

**“RECUERDOS
DEL ALTO PERÚ”**

JAVIER GARIN

**“RECUERDOS
DEL ALTO PERÚ”**

**Crónica de la campaña libertadora de
Manuel Belgrano**

**Edición
“DEL BICENTENARIO”**

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2016

Primera edición: Marzo de 2010
Segunda edición: Abril de 2013
Tercera edición: Julio de 2016

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2016 Javier Garin
e-mail: javiergarin@yahoo.com.ar
ISBN en trámite

A mi hija Victoria

*Mi música no suena sólo para los victoriosos
Sino para los derrotados y los muertos también.
Todos dicen: es glorioso ganar una batalla.
Yo digo que también es glorioso perderlas,
Pues se pierden con el mismo coraje con que se ganan.
(...)
¡Viva por los generales que perdieron el combate
Y por los héroes vencidos!
Los incontables, ignotos héroes,
Tan valiosos como los más grandes de la Historia.*

Walt Whitman

“Mucho me falta para ser un Padre de la Patria, me contentaría con ser un buen hijo de ella.”. –Manuel Belgrano

El lector que lo desee puede consultar el blog:
www.manuelbelgranoxjaviergarin.blogspot.com

Estas memorias apócrifas se basan en documentación real de su protagonista: cartas, oficios, partes de guerra, reminiscencias inconclusas. Muchos párrafos fueron transcritos literalmente. Otros, adaptados a las necesidades del relato. Procuré reflejar –aún en el estilo– las ideas, impresiones y opiniones del personaje histórico, antes que las propias: pero siempre se trata de una interpretación. Para la vida de campaña y el cuadro de situación, tuve como guía las memorias de Paz, Lamadrid y Lugones, y la clásica, aunque discutida, obra de Mitre.

Si de estas páginas aflora, siquiera en parte, el espíritu que animó aquellos días, sin dejar de interesar al lector de hoy, habré alcanzado mi propósito.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE:
“JUJUY”

“La vida es nada si la libertad se pierde”.
Carta de Belgrano al doctor Francia.

LOS AZARES DE LA PROVIDENCIA

Nada importa saber o no la vida de cierta clase de hombres que todos sus trabajos y afanes los dedicaron a sí mismos, y ni un solo instante a los demás; pero la de los hombres públicos, sea cual fuere, debe siempre presentarse, o para que sirva de ejemplo que se imite, o de lección que retraiga de incurrir en sus defectos.

La Divina Providencia se empeñó en hacerme testigo o protagonista de sucesos extraordinarios. Tal vez por eso estas páginas no carezcan de utilidad para quienes, en un futuro más tranquilo, vuelvan sus ojos a la agitada época de que hablaré: cuando las Provincias Unidas desfallecían frente a la soberbia de los tiranos, y el ideal de Libertad e Independencia amenazaba sucumbir a manos de sus enemigos.

Tiempos hay descomunales de hechos, en que la Historia lo domina todo; asalta los hogares; desbarata los proyectos apacibles; hace de un escribiente un general y de un tendero un estadista; conmueve los retiros; se cuele en los cajones; saca héroes de los arrabales para sepultarlos finalmente en la ignominia: y los niños crecen alucinados por extrañas voces; y los hombres anhelan en secreto la oscuridad y la calma. Así fue la época que me tocó en suerte: para bien o para mal, toda mi existencia hubo de quedar marcada por el signo de los tiempos.

También yo, como tantos, albergué la presunción de que los hombres dominaban a los hechos. Dolorosamente he comprendido que una fuerza superior lo gobierna todo, hombres y hechos: unos y otros, simples instrumentos en la realización de sus designios; y no deja de ser una arrogancia de nuestra mortal condición el suponernos en conocimiento de ese vasto plan que sólo existe en la mente de Nuestro Creador.

Es claro, al recordar, que las previsiones humanas juegan poco o nada en las grandes cosas. Nuestros augurios rara vez se cumplen. Los hechos engendrados por nosotros son hijos rebeldes, que se vuelven contra sus padres.

Evocando aquellos años prodigiosos, hoy puedo atestiguar cuánto hubo en ellos de fatalidad ciega, impenetrable.

¿Quién hubiese previsto en 1807 –hace apenas doce años– que estábamos a las puertas de una Revolución? Por entonces la invencible quietud colonial lo asfixiaba todo. Yo mismo era un simple funcionario de la Corona, por cuya fantasía no cruzaba siquiera la ocurrencia de participar en una inminente conmoción. Con 37 años, mis aficiones se reducían a la filosofía y la música; no concebía para mí otros afanes que los tranquilos de escritorio, ni mayor gloria que llenar las funciones confiadas por un ministro del Rey. Durante la segunda invasión inglesa había actuado en la defensa de Buenos Aires como ayudante de campo: fue en razón de ese cargo que tuve oportunidad de conversar con el brigadier general Crawford, uno de los jefes ingleses prisioneros. La Inglaterra conquistaba por las armas o por la seducción, y cuando mi astuto interlocutor esbozó la posibilidad de que el Virreinato del Río de la Plata se independizara de España, sugiriendo el apoyo de Su Majestad, cautamente repliqué:

“La Independencia está lejos y nada se arriesgará ante el fracaso seguro. Toda nación defiende su interés sin tener el menor cuidado por los males de otras, y si la Inglaterra quiere hoy apoyarnos, nada nos asegura que mañana no haya de abandonarnos en cuanto se le ofrezca un partido más ventajoso en Europa. Los que nacimos en esta tierra queremos al amo viejo o a ninguno, pero nos falta mucho para aspirar a la empresa”.

El inglés sonrió con ironía:

“Veo que Ustedes –respondió– no conseguirán la Independencia antes de un siglo”.

Al evocar hoy aquel vaticinio, soy yo quien sonrío ante la ironía superior de los hechos. ¡Qué frágiles resultan los juicios de los hombres! En 1807 asentí en silencio a esas desalentadoras palabras; tres años más tarde la Revolución estallaba en Buenos Aires, el Virrey era depuesto, se desconocía toda autoridad colonial, se abolía todo privilegio de los europeos, y quedaba resueltamente constituido el primer gobierno de americanos bajo la advocación de la soberanía popular. Sin saber cómo ni por dónde, yo mismo me veía designado vocal de la junta gubernativa, y en cuestión de meses salía de Buenos Aires portando los atributos del mando militar, para llevar la Revolución –tres años antes juzgada imposible– al Paraguay, al Tucumán, al Alto Perú, pues mis

paisanos se empeñaron en hacer de mí un militar, aunque nada he sabido de milicias.

Y a pesar de tantos sacrificios y luchas como han sobrevenido desde entonces, castigando nuestra soberbia ilusión de que la Historia podía ser moldeada con caprichos de niños y con proclamas grandilocuentes, hoy vemos triunfar la anarquía dondequiera que dirigimos la mirada. No perdí la fe en la protección de Dios, que al fin hará triunfar nuestra sagrada causa; pero, fuerza es confesarlo, si bien creo discernir Su intervención, no me siento ya animado a interpretar Sus designios.

Muchas veces intenté escribir mi vida pública, sin llevarlo nunca a efecto. Hoy, que la muerte se avecina y aguardo su llamado con hartazgo de las cosas de este mundo, lo intento una vez más, no para recrear una existencia ya demasiado ardua, sino para atenerme a los sucesos que tuvieron lugar durante mi jefatura del Ejército auxiliar del Alto Perú, cuyo desarrollo comenzó el año de 1812, y de algunos de los cuales fue escenario esta ciudad de San Miguel del Tucumán, en donde ahora agonizo, mientras contemplo impotente el derrumbe de la Patria y de la trabajosa obra de mi vida.

¡Quiera el Todopoderoso que la amargura y melancolía de mis horas postreras no empañen aquellos recuerdos, según los voy volcando a la consoladora amistad de estas páginas!

AÑO DOCE

Si repasando los años que siguieron a aquel gris otoño en que nacimos a una existencia independiente me tocase indicar el más hostil para la causa de la patria, escogería sin vacilación el de 1812, aún cuando en todo este tiempo no hayamos conocido un solo día exento de peligro.

Fresca era la Revolución, poco cimentado el gobierno, la opinión escasa y múltiples los enemigos que desde dentro y desde fuera preparaban nuestra ruina. El hecho mismo de habernos sobrepuesto a ese año ominoso llega a parecerme hoy obra de milagro.

Pero quizás atribuyo a la generalidad lo que sólo a mí concierne. Hay en cada existencia una hora solemne, que señala inauguraciones y clausuras. Fue entonces que sonó para mí, estrenándome en un género de padecimientos, aunque luego familiares, a la sazón por nuevos más amargos. Esto lo digo sin olvidar que el año doce me deparaba una vislumbre de eso que el vulgo llama gloria, y que no es sino pomposa y fugaz ensoñación.

No deja de ser singular que me tocara a mí poner el pecho a tantas adversidades. Porque, ¿quién era yo en 1812, ni qué aptitudes me calificaban para llevar sobre los hombros la mayor responsabilidad militar nunca cargada por ninguno de nosotros?

Aunque la voluntad de Dios, la insistencia de mis paisanos y los apuros de la necesidad hicieron de mí un militar, bueno será recalcar que ni lo fui por naturaleza, ni por carácter, ni por educación, ni jamás cruzó por mis mientes, en lo que alcanza la memoria de mis tiernos años, el pensamiento de seguir la noble carrera de las armas.

Todos aquí, y muchos en la España, saben que mi carrera fue la de los estudios, y que, concluidos estos, debí a Carlos IV que me nombrasen secretario del Consulado de Buenos Aires. Por consiguiente, mi aplicación, poca o mucha, nunca se dirigió a lo militar; y si en 1796 el Virrey Melo me confirió el despacho de capitán de milicias urbanas en aquella ciudad, más bien lo

recibí por tener un traje más que ponerme, que para tomar conocimientos en semejante carrera. Bien cara hube de pagar esta vanidad de juventud, pues a causa de ella nada ha podido persuadir a mis conciudadanos que de militar sólo tenía el uniforme.

De entre la multitud de guerreros que pululaban en esos tiempos de lucha no había, hacia 1812, otro más infortunado. Toda mi experiencia se reducía a improvisaciones y derrotas; venía de sufrir un desastroso revés en la campaña paraguaya y de haber sido destituido y públicamente procesado. Mi renombre, conquistado detrás de los escritorios, se fundaba en servicios bien distintos a los que suelen prestarse en los cuarteles y los campos de batalla. Hoy todos me evocan con el grado de General, pero en 1812 nadie me asociaba a esa jerarquía. El cómo y el por qué devine jefe del vital Ejército del Alto Perú en el momento de mi peor descrédito, habiendo oficiales más peritos en el arte de la guerra, son misterios que yo mismo tardé en develar.

El nombre de mi bautismo es Manuel Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano; el lugar de mi nacimiento, Buenos Aires, la fecha: el tres de junio de 1770: poco tiempo antes de la creación del Virreinato del Río de la Plata, a cuya destrucción me tocaría contribuir; mi padre, D. Domingo Belgrano y Perí, conocido por Pérez, natural de Italia, y mi madre, doña María Josefa González Casero, natural como yo de Buenos Aires. Tuve la fortuna de criarme en el seno de una familia acomodada, bien que numerosa; la ocupación de mi padre fue la de comerciante, habiendo adquirido riquezas para vivir holgadamente y dar a sus hijos la educación mejor de aquella época, merced al sistema del monopolio que por entonces aplicaba la España para beneficio de unos pocos. Y había de ser este hijo que ahora escribe el encargado de propugnar la abolición del sistema que había enriquecido a su padre.

Pero mi vida se halla repleta de paradojas. Aún hoy no deja de asombrarme que, siendo yo de natural pacífico, todo mi destino fuera de contiendas, y que, gustoso del retiro, hubiera de verme siempre, como el buen fray Luis, mezclado en públicas zozobras. Sin embargo, cuando medito que el lugar de mi nacimiento fue una perdida colonia, que había menester de todo pues nada tenía, veo claramente cuán imposible nos era a los hombres de mi tiempo eludir las obligaciones cuya solicitud oiríamos en breve.

Agotada la ilustración nada excesiva disponible en estas tierras, viajé a España a la edad de dieciséis años para completar mis estudios. Al tiempo

que me graduaba de bachiller para proseguir la carrera de abogacía, estallaba en Francia la Revolución que cambiaría la faz del mundo. Aquel prodigioso acontecimiento hirió profundamente mi imaginación, y en los círculos de letras que frecuentaba contraí bien pronto el entusiasmo y las ilusiones de la época. Lleno de las ideas de libertad, igualdad, propiedad y seguridad, veía tiranos dondequiera que el hombre no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido; y como la suerte me puso en contacto con hombres amantes del bien público, que me manifestaron sus útiles ideas, se apoderó de mí el deseo de propender en cuanto pudiera al provecho de la humanidad. Concepto que hoy son casi banales eran por entonces novedades que arrobaban las imaginaciones. Todo parecía posible en un porvenir no demasiado remoto, y quiso el destino que aquella época maravillosa en promesas coincidiera con mi juventud, de modo que penetraron en mí, ya para siempre, los flamantes ideales.

No diré cuál fue el progreso de mis estudios, orientados al derecho público, los idiomas vivos y la economía política, que por entonces hacía furor. Baste mencionar que, al cabo de pocos años, se me hizo el honor de escogermé para ocupar el Consulado de Buenos Aires, y aún de pedirme que indicara los candidatos para los restantes Consulados de América, con la mira de promover la agricultura, la industria y el comercio. Gobernaban la metrópoli funcionarios liberales; mi candor se halagó con la idea de aplicar los conocimientos adquiridos en bien de mis provincias. Poseído de tan nobles cuanto inocentes esperanzas, emprendí en 1794 el regreso al Río de la Plata. Mi cabeza bullía de ideas: impulsar el comercio libre, la creación de riquezas en todos los ramos útiles, la educación, la navegación y el arte, la exploración de nuevas tierras, la apertura de caminos... Ya me figuraba, en mi precipitado entusiasmo, dirigiendo esa suerte de ínsula Barataria que era el virreinato con todas las luces de los tiempos modernos. ¡Ah, y qué duro sería el desengaño! Sirva mi caso de lección a aquellos que aún esperan obtener, bajo los auspicios de la tiranía, los bienes que sólo puede proporcionarnos la Libertad.

No puedo decir bastante mi sorpresa cuando vi los hombres nombrados por el Rey para la Junta: comerciantes españoles, que nada sabían ni les interesaba fuera de su comercio monopolista, a saber: comprar por cuatro para vender por ocho con toda seguridad; y la metrópoli tampoco atendía a otra cosa que a los medios de sacar a sus colonias el máximo provecho. Conocí que nada se haría a favor de las Provincias; mi ánimo se abatió por la oposición

continúa a todos mis proyectos; y tras mucho inútil batallar, viendo frustradas las mejores iniciativas, me resigné a la inocua tarea de redactar memorias doctrinarias, sin más esperanza que dejar sembradas las semillas para un futuro bien distante. Así gasté vida, energías y ambiciones, una salud cada vez más quebrantada, ideas y entusiasmo, hasta que al fin la rutina y quietud de la colonia terminaron por devorarme. Confinado en la flor de la edad a la estrechez de un puesto que compensaba pobremente las depuestas ambiciones con honores vacíos y el fantasma de la figuración social, sólo encontraba algo de consoladora espiritualidad en la Religión, la música y las charlas ociosas con mi amigo y hermano querido, el infortunado Castelli. Metamorfoseado de soñador grandilocuente en funcionario ejemplar, en ocasiones me asaltaba un alocado presentimiento. Ya la Historia vendría a conmover la enfermiza quietud de mi despacho.

Así fue. Los años 1806 y 1807 sacudieron al virreinato. La tentativa de conquista de Inglaterra nos despertó de nuestro viejo sopor. De la noche a la mañana nació el partido de los americanos y un incierto clamor corrió por los oscuros sótanos de la vida social. Fue en la primera invasión que tuve mi bautismo de fuego en un insignificante episodio de la resistencia. Al regresar de un corto exilio fui nombrado sargento mayor de las milicias de americanos. Me avergonzaba haber visto a mi patria bajo otra dominación, subyugada por una empresa aventurera, cual había sido la del valeroso Beresford. Sin poder apartar la imagen del inglés ocupando Buenos Aires con un número despreciable de tropas, me contraje a los estudios militares, tomé maestro de armas –pues ni manejarlas sabía–, leí libros de estrategia y procuré aprender los rudimentos de esa carrera que me era totalmente extraña. Pero la rivalidad entre oficiales, la indisciplina y las debilidades de mi temperamento, no hecho a la vida de cuartel, no tardaron en persuadirme de regresar a mi función civil.

Tan rápido maduraron los sueños insurreccionales que, cuando en 1808 cundió la noticia del cautiverio del rey Fernando a manos de los franceses, el terreno estaba más que abonado, y los hijos de América entrevimos la ocasión de sacudirnos, a un tiempo, la tutela de España sobre estas tierras, y la de los odiados peninsulares, que monopolizaban el poder en las colonias, sobre nosotros. No repetiré cuántos esfuerzos, conjuras, sociedades secretas, prédicas al oído y públicos pronunciamientos, combinaciones y planes urdimos en aquellos meses febriles. El caso es que al saberse en Buenos Aires la disolución de la Junta de Sevilla y el dominio de Napoleón en toda España, no

hubo americano que no adhiriese a nosotros y proclamase caduca la autoridad del Virrey. Funcionario de día, conspirador por las noches, propagandista disimulado, cabecilla borroso, cortejador de la Infanta Carlota, susurrador de Liniers y Cisneros, poco a poco, casi sin proponérmelo, ni aún advertirlo, mi vida había ido quedando atada a la suerte de una patria todavía por nacer, y las ideas de Libertad e Independencia se habían impuesto como los dos objetivos a que consagraría esfuerzos y sudores.

Vino mayo del año diez, de eterna memoria. Había ido yo a descansar a la campaña. Hasta allí fue a buscarme un emisario con el aviso de que era llegada la hora de hacernos con el poder. Me apresté a regresar, figurándome inaugurada una nueva época que acaso nos lanzase con brillo propio al cielo de las naciones. Sin embargo, al tomar aquel día el camino de Buenos Aires, estaba yo muy lejos de sospechar que, antes de que terminara mayo, formaría parte del primer gobierno americano, y que en apenas tres meses los singulares derroteros que la Providencia traza para los mortales me conducirían, transformado en general, hacia el terror y la fiebre de los campos de batalla. Mi vida dejaba de pertenecerme; no tendría ya pensamientos para mí ni tiempo para el afecto o el reposo; conocería todas las alternativas de la gloria y la defenestración, la grandeza y la miseria, la desolación de las derrotas y el júbilo de los propósitos cumplidos.

En aquellos primeros tiempos de la Revolución, sin embargo, todos mis esfuerzos se dirigían a los medios de conducir racionalmente la sociedad hacia las fuentes de su felicidad y el respeto de los derechos que nos había enseñado la Francia veinte años antes. Mis conocimientos marciales eran ningunos; no sólo ignoraba cómo se formaba una compañía en batalla o en columna, pero ni sabía mandar echar armas al hombro, y si bien luego algo aprendí, se deja ver que no podía entrar yo al rol de nuestros oficiales, que desde sus tiernos años se habían dedicado, aunque más no fuese, a la rutina que los constituía en tales; pues tampoco se les enseñaba otra cosa, ni la corte de España quería que supiesen más. Y en verdad, nuestro principal escollo, una vez que tomamos el poder, fue vernos envueltos en empresas militares antes de tener oficiales preparados o tropas medianamente disciplinadas.

Como vocal de la Junta me contraje, lleno de lisonjeras esperanzas, a las tareas de Gobierno. Casi se hace increíble nuestro estado actual al recordar los buenos augurios que rodeaban la Revolución en esos primeros días, la unión y concordia de muchos que la componíamos, el sinnúmero de proyectos que se formaban en nuestras cabezas y la consideración que merecíamos del pueblo de Buenos Aires. ¿Adónde ha ido todo a parar? ¿Cómo caímos luego en tamañas desdichas? A poco que se examine, sin embargo, se echa de ver que todas nuestras penurias se deben al pésimo estado de nuestra educación y a la nula disciplina de una sociedad encendida por las ideas de Libertad sin tener una noción paralela de las obligaciones que pesan sobre los hombres libres. Encoge el corazón pensar que durante trescientos años las instituciones coloniales funcionaron sin exabruptos, y que en nueve de Revolución no hemos hecho sino asistir a caídas de gobierno tras gobierno, golpes de mano, motines, discordias, hasta desembocar en la actual anarquía, que lo devora todo; y muchas veces tiemblo al suponer que acaso estuvo en nuestro primer movimiento el origen de tanta agitación, como si al romper los lazos de la autoridad virreinal hubiésemos dejado sembradas las semillas del caos que luego se volvería en nuestra contra.

No tardaron en aparecer los partidos y facciones. Yo percibí lo que se preparaba, y viendo que no lo podía atajar, mi espíritu decayó, ansiando separarme de aquellas luchas.

Fue entonces que la Junta determinó mandar la expedición al Paraguay, creyendo que existía allí un gran partido a favor de la Revolución, oprimido por unos cuantos mandones: expedición la más insensata, digna de unas cabezas acaloradas, a quienes nada era difícil porque no reflexionábamos ni teníamos conocimientos. Pesa sobre mí la vergüenza de haber prestado conformidad al desatino, pero es fácil convencerse de lo que halaga, y entonces creíamos que todos los americanos, fuesen de Buenos Aires, Paraguay o Perú, con sólo oír “libertad” se mostrarían dispuestos a alcanzarla.

¡En qué profunda ignorancia vivíamos del estado cruel de las provincias interiores! ¡Qué velo cubría nuestros ojos! El deseo de independencia nos hacía pasar por todo, casi sin contar con los medios. Cuando la Junta puso la mira en mí, para mandarme al frente de la expedición, admití sin vacilar, porque no se creyese que sólo quería disfrutar de la capital, y también por escapar a la semilla de desunión que ya entreveía. Mi ignorancia militar no sería obstá-

culo: todo se presentaba fácil, y el pueblo paraguayo –se decía– nos llamaba a gritos. ¡Tremendo error, que pagaríamos con sangre!

De entonces data lo que puede llamarse mi verdadera carrera militar. Allí, en el Paraguay, cruzando ríos y esteros, atravesando leguas y más leguas de pantanos, montes y aldeas abandonadas, bajo un clima deletéreo, conocí por primera vez la realidad de la milicia, los sinsabores del mando, el horror de las matanzas. Tardíamente comprobé la falsedad de los informes que nos habían inducido a tan temeraria empresa, al toparme, a las puertas mismas de la vieja Asunción, no con una multitud agradecida, sino con un ejército varias veces superior que nos aguardaba para destruirnos. Esa fue mi escuela, obligado a librar batallas que no esperaba sin haber dirigido una escaramuza. Aprendizaje infortunado y –por cierto– excesivamente brusco, aunque en algún instante estuvimos, contra toda lógica, a un paso de la victoria.

Derrotado, removido del mando, sometido a proceso infamatorio por los sediciosos del 5 y 6 de abril de 1811, yo juré no volver a aceptar responsabilidades militares. Si al poco tiempo, con el Triunvirato, me avine a comandar el Regimiento Número Uno de Patricios, lo hice por entender que ese destino era más político que militar, pues no tenía otro objeto sino desterrar de su seno los elementos adversos al nuevo gobierno. Todavía me ilusionaba con emplear mis talentos en lo que yo sabía y deseaba: la labor civilizadora, el progreso de las ideas, la fecunda administración.

Tal, a grandes rasgos, había sido mi vida hasta 1812, cuando tuvieron lugar los acontecimientos que referiré. A febrero de ese año creía yo atravesar un tranquilo anonimato; no intervenía en las grandes decisiones y estaba alejado de las turbulencias de Buenos Aires. Cumpliendo modestamente mis deberes, seguía los grandes hechos que se desarrollaban sin creer que hubiera de tener en ellos, en lo inmediato, protagonismo alguno. ¡Cuán inadvertido estaba de que lo más duro y grandioso de la trama que para mí urdía la Providencia ni siquiera había comenzado!

FEBRERO DE 1812

Por singulares motivos conservaré siempre en la memoria el 27 de febrero de 1812, y acaso también mis paisanos, pues ese día ondeó la enseña con que quisimos distinguirnos entre las naciones. Hay para mí otra razón: lejos de donde me hallaba, sin yo saberlo, esa tarde se decidió mi destino al expedirse mi nombramiento como flamante jefe del Ejército del Alto Perú.

Ambas cosas estarían vinculadas. La bandera acompañaría mis pasos militares, inspirando y guiando a las tropas; y a la vez, los esfuerzos de esas mismas tropas afianzarían su adopción como emblema de Libertad e Independencia. Quien lo adjudique todo al azar verá una coincidencia en donde yo sospecho la muestra de una más alta Voluntad.

Me hallaba en el puerto del Rosario, sobre el Paraná, varias leguas al norte de Buenos Aires, con el cargo de comandante y la comisión de erigir unas baterías de costa para prevenir las incursiones de la escuadra española. Siendo Montevideo el bastión español en el Río de la Plata, sus naves eran señoras de las aguas, sin que el Gobierno revolucionario contara con un miserable bote para hacerles frente.

Desde días atrás venían acelerándose los trabajos, con tan buen éxito que en menos de una quincena estuvo casi concluida una batería en la barranca, y se emplazó otra en la isla vecina, dotada de tres potentes piezas de artillería. En esas circunstancias llegó el aviso de que una escuadrilla enemiga, fuertemente artillada y con quinientos hombres de desembarco, debía zarpar de Montevideo para atacar esa fortificación.

Gobernaba en Buenos Aires el que luego se llamó Primer Triunvirato, cuyo genio dominante, según se decía, era don Bernardino Rivadavia: hombre reservado, enérgico y en muchos sentidos enigmático, que se había impuesto a la corporación gubernamental con su carácter decidido y lleno de obstinación. Para unos, era temible, oscuro y ambicioso; para otros encarnaba los ideales revolucionarios tras la muerte de Moreno. Debo confesar que, pese a nuestra

amistad, aún a mí me era difícil penetrar sus verdaderos pensamientos. Hasta su estilo literario, pomposo y nutrido de imágenes confusas, suscitaba un no sé qué de deliberada tiniebla. Y aunque mucho después hube de intimar con él en Europa, nunca pude evitar esa sensación de extrañeza que despertaba, y que debía tener parte en su don de influir sobre los demás. Pero al actuar no conocía vacilaciones: bajo su inspiración el Gobierno había ordenado y ordenaría ejecuciones sin que hubiese ruegos capaces de quebrantar su resolución.

Las circunstancias imponían esta conducta implacable. Nos enfrentábamos a un doble peligro: militar y político. Respecto de lo primero, la Revolución se hallaba cercada por todas partes y sus ejércitos sufrían merma en cuanto acción se les presentaba. Respecto de lo segundo, las muchas promesas, las pocas realidades, la boca siempre llena de discursos y las manos siempre vacías de hechos, habían concluido por apagar el primitivo entusiasmo de los pueblos, que, poseídos de fundada prevención contra la orgullosa Buenos Aires, empezaban a preguntarse si, con la Revolución, no se habría hecho sino abatir un amo para entronizar otro.

Para colmo de males, había no sé si llamarla cautela desmedida en el Gobierno. No queriendo comprometerse en la proclamación abierta de los principios revolucionarios, se obstinaba en fingir que ejercía el poder en nombre de Fernando VII, el monarca cautivo. Pero tal subterfugio aconsejado por los ingleses, más que prudencial, comenzaba a ser pusilánime, pues ni engañaba a los enemigos, dándoles idea de debilidad, ni entusiasmaba a los partidarios, obligados a empuñar las armas bajo el estandarte de un rey cuyo solo nombre recordaba los atropellos de siglos.

Valiéndome de mi amistad con Rivadavia, yo había propuesto en los días anteriores la adopción de una Escarapela; el Gobierno acogió mi idea y la decretó con los colores blanco y azul celeste. Mi opinión era contraria a la timidez gubernamental, ardiendo en el deseo de ver a la nación libre de todo dominio, sin degradantes fingimientos. Aún cuando el Gobierno tenía razones para ocultar sus propósitos, no eran pocos los acomodaticios que, temiendo una derrota, no querían malquistarse con la España poniéndose en franca insurrección. Y, por lo demás, según siempre creí, más respeto merece una iniquidad declarada que una buena intención llena de disimulo; así, pues, escribí al Gobierno observando que nuestras banderas de entonces eran las mismas de nuestros enemigos: como que aún flameaba el estandarte real en

la Fortaleza de Buenos Aires. “Abajo esas señales exteriores que para nada nos han servido, y con que parece no hemos roto las cadenas de la esclavitud”, exhorté. Y no queriendo esperar la negativa del Gobierno, estaba resuelto a forzarlo por el hecho consumado.

Di, pues, en bautizar “Batería de la Libertad” a la de la barranca, y “de la Independencia” a la de la isla; y tan pronto como se me informó que estaban terminadas, dispuse su inauguración, reuniendo a todo el vecindario, en el que ya se notaban los primeros síntomas de esa falta de entusiasmo más nociva a nuestra causa que las armas de los tiranos. Las tropas formaron en batalla; las revisté y arengué, y luego de jurar vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores, para que América del Sud fuera el templo de la Independencia y la Libertad, mandé enarbolar una bandera confeccionada en secreto con los colores de la escarapela.

Siempre he sido de la opinión que más que cien discursos valen las impresiones y las actitudes; los primeros se olvidan, pero las segundas permanecen y atan duraderamente las voluntades. No preciso describir cuánto influyó en los ánimos de los soldados, y en el mío propio, ver ondular aquella bandera, que no evocaba ya la caduca autoridad de un monarca, sino la nueva soberanía emanada de los pueblos. No había en sus paños ninguna de esas señales guerreras con que se complacían las antiguas potencias, ni águilas, ni leones, ni símbolos de conquista, ni rojos sangrientos. Se dice que Franklin, ese gran hombre de la América del Norte, quería para su patria, como ave emblemática, no el águila marcial, indicadora de avidez y violencia, sino el tranquilo y doméstico pavo; así, también yo aspiraba a que mi patria luciera símbolos pacíficos, desalentadores de esas guerras que más tarde habrían de desgarrarla. ¡Y lacera el corazón pensar que aquel estandarte, bajo el cual combatirían nuestros soldados por todo el continente, sería más tarde quemado en las plazas y pisoteado por mandones y tiranuelos!

Concluido el acto, deshecha la formación y dispersos los concurrentes, me encerré a redactar el informe a Buenos Aires. Ignoraba yo que aquellos gestos de audacia me atraerían amargos recelos de parte del Gobierno, poniendo en peligro mi actuación posterior. Poco después me postró una dolencia que se insinuaba desde hacía varios días. No abandonaría el lecho sino para acudir al nuevo destino que me aguardaba, del cual era aún completamente ignorante.

Transcurrieron dos días. La escuadra enemiga no llegó, pero en cambio vinieron noticias de Buenos Aires. La lentitud de los correos había demorado el oficio de mi nombramiento, que me tomó de sorpresa.

Comunicaba el Gobierno, escuetamente, que había sido yo designado General en Jefe del Ejército auxiliar del Alto Perú, debiendo ceñirme a las instrucciones reservadas que se acompañaban, a las remitidas a mi antecesor el General Pueyrredón, y a las que dictara la necesidad. Se decía que Pueyrredón había pedido su relevo por hallarse aquejado de una enfermedad mortal; y me pareció un enigma que el Triunvirato se acordase de mí para reemplazarlo. Circunstancias posteriores hubieron de indicar que se seguía en esto una especulación. El destino secretamente fijado a dicho ejército distaba de ser glorioso; nadie apetecía su jefatura; y aún se llegó a decir que Pueyrredón exageraba sus dolencias para librarse de un penoso deber.

El Alto Perú y la Banda Septentrional del Río de la Plata eran nuestros frentes militares. En la Banda Septentrional, mantenían los españoles el bastión de Montevideo, de que ya hablé; y el Alto Perú estaba sometido a la influencia de Lima, cuyo Virrey era enemigo jurado de Buenos Aires. Ambos frentes nos eran adversos. Los hombres de la Revolución, con esa grandilocuencia que cree poderlo todo, peculiar del primer entusiasmo, habíamos soñado extender la Libertad a toda la América, no sólo por amor de justicia, sino también por necesidad, pues mientras hubiese en el continente un sólo virrey, gobernador o sicario de España, nuestra propia situación no estaba segura y se prolongaban las amenazas de vernos reconquistados. Así, pues, nuestro plan había previsto dos acciones simultáneas: consolidar Buenos Aires desalojando a los españoles de Montevideo, y arremeter contra el corazón del poder colonial en el Perú, para irradiar desde allí los ideales revolucionarios al resto de América. Tras casi año y medio de fracasos, este plan ambicioso se derrumbaba. Montevideo parecía inexpugnable; su marina dominaba los ríos; y las intrigas e ingerencia del Brasil venían a enturbiar aún más las cosas. Y en el Alto Perú, tras una victoria inicial en Suipacha, nuestro ejército había sido destrozado en el río Desaguadero, debiendo emprender una precipitada fuga, perseguido por el sanguinario general Goyeneche. Al tiempo de ser yo designado su nuevo jefe, nuestras tropas retrocedían por la jurisdicción de Salta, debiendo partir urgentemente a su encuentro, pues era tal su abatimiento que se temía una disolución.

Mis aprensiones se agravaron cuando leí las órdenes reservadas. Me informaban que el plan del general Goyeneche, según cartas interceptadas, consistía en invadir las tierras bajas a la cabeza de tres mil hombres, ocupando Salta, cuando el ejército patriota, luego de continuos infortunios, era apenas una sombra incapaz de oponerle resistencia. El enemigo empleaba ahora, en sentido inverso, los mismos caminos que la Revolución, buscando cerrar sus fuerzas sobre Buenos Aires.

“La invasión de Goyeneche hará, sin duda, que nuestro Ejército retrograde –decían las instrucciones–, pero, sobre todo, conviene no exponer las fuerzas. En tal caso es necesario hacer la retirada en el mejor orden, destruyendo cuanto pueda ser útil al enemigo, para dificultar sus marchas y recursos.

“Se cuidará mucho de retirar con tiempo los útiles de la fábrica de fusiles del Tucumán.

“Se tratará de reunir y tener siempre la fuerza concentrada, llamando la atención al enemigo para que se debilite a medida que extienda sus conquistas”.

Tal era mi cometido: organizar la retirada en orden, mantener unido a un Ejército al borde de la disgregación, dismantelar existencias y quemar bienes. ¡Con razón nadie ambicionaba ese mando! ¿Qué ocasiones de gloria o lucimiento ofrecían unas operaciones dictadas por la desesperación, y cuyo objeto era dejar librados al enemigo territorios, poblaciones y habitantes, retrogradando siempre, sin ofrecer jamás combate, a través de centenares de leguas, por tierras áridas o desiertas? El Ejército del Alto Perú podía ser la tumba de cualquier reputación militar. Entonces, ¿qué mejor jefe que uno que ya la había perdido?

Diré más: tuvo parte en la elección del Gobierno la idea de que, siendo yo un organizador competente, poco o nada se extrañaría mi ignorancia militar, pues estaba descartada toda posibilidad de batalla, debiendo sólo retirarme; y aún mi falta de veleidades militares era una ventaja sobre otros, ya que un militar ambicioso, en ese trance, puede sentirse tentado a desobedecer.

Confieso que entonces no pensé así, pues ninguna noción tenía de los razonamientos del Gobierno. Su plan, como luego comprobé, era reconcentrar todas las fuerzas disponibles para una defensa cerrada de la capital, sin importarle que se perdieran las provincias; y como no había recursos para atender los dos frentes de guerra, se había resuelto sacrificar el Alto Perú para consagrarse a la Banda Septentrional. ¡Bien pobre cosa, luego de haber

soñado llevar la Revolución a toda América, el resignarse a defenderla nada más que en la capital!

Pero no quiero anticipar sucesos que sólo más tarde comprendí. Por ahora diré que mi candor se sentía muy honrado con la elección, inquietándome no llegar a corresponder, por impericia, a la confianza del Gobierno. Otro motivo de inquietud era que nada conocía de los países adonde iría a actuar: mi ignorancia era completa, pues, fuera del Paraguay, nunca había salido yo de Buenos Aires y sus inmediaciones. Confieso que durante largos momentos, en la soledad de mi lecho, reflexioné sobre las consecuencias que para mí podían derivarse, pues aún sentía en la boca el mal trago de mi reciente procesamiento. Nada quería saber de jefaturas: me contentaba con un papel subalterno, y me habría tentado el aducir como excusa mi mala salud de no haber tenido conciencia de los graves peligros que se avecinaban.

No sin angustia ordené preparar mis cosas para la partida, cediendo el mando de las baterías a mi segundo. La noche de ese día tuve un sueño intranquilo. Mi salud empeoró, y llegué a temer que lo que hubiera sido un pretexto terminara convirtiéndose en realidad. Amaneció el 1.º de marzo de 1812. Sin más compañía que ayudantes y ordenanzas, tomé la posta rumbo a las lejanas provincias del Norte. No tenía tiempo de pensar en dolencias: la de la Revolución acaparaba mis preocupaciones.

MARZO DE 1812

Nunca olvidaré ese viaje: las tierras desoladas, los montes abrasados por el sol, las posadas míseras, las sacudidas del camino, el horizonte chato, inacabable.

Lleno de sombríos presentimientos, iba por esos países como descubridor, sin saber nada de ellos, sus necesidades y costumbres.

Por segunda vez, contando la campaña al Paraguay, tenía ante los ojos la patria de mis pensamientos, tan desconocida para mí en su realidad tangible como las ignotas extensiones del Asia. ¡Qué diferencia entre ese mundo inhabitado, que aún mostraba las huellas de la mano de Dios, y las comarcas de Europa visitadas en mi juventud! Días enteros sin avistar otra cosa que desiertos, soledad ingente, algún pobre rancho o las postas del camino. Mi corazón sufría a la vista de tan dilatados espacios, hostiles para el hombre, que tal vez el ingenio transformaría en vergeles, pero que, abandonados, sólo eran distancia inútil, sin nada que reconfortara la vista o engañase el hastío. Y entonces entreví el destino de nuestra América, su Naturaleza prodigiosa convertida en maldición. ¿Y cómo insuflar en pueblos tan ajenos la identidad necesaria al sustento de los Estados?

Según me adentraba en las provincias, más perceptible se hacía el espejismo de la nacionalidad. Muy diferente era la sociedad de Buenos Aires de éstas que ahora empezaba a conocer. Hartas de desórdenes, escépticas después de tanta promesa incumplida, desconcertadas por la rivalidad de los partidos, viendo sólo en los porteños el apetito de dominarlas, las gentes empezaban a mostrarse adversas: a la indiferencia había sucedido el encono, y no exagero al afirmar que se nos tenía poco menos que por enemigos. En Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, en todos los pueblos recorridos en mi camino desde el Rosario, yo encontraba quejas, lamentos, frialdad, y diré más: odio mortal, que casi puede asegurarse preferían a Goyeneche, aunque más no fuese por variar de situación y ver si mejoraban. ¡Y pensar que un año atrás, en mi tránsito

hacia el Paraguay, hallé en todas partes una decisión entusiasta por la causa de la patria! La Revolución los había decepcionado: ya no comprendían el sentido de la guerra que asaltaba sus hogares, disminuía sus haciendas, amenazaba a sus hijos. Y yo había aprendido a sangre que, sin el concurso de los pueblos, inútiles son las armas.

En cuanto al país al que me dirigía, sólo estaba cierto de que era una región montañosa, selvática en algunos lugares, árida en otros, cuyas poblaciones –Tucumán, Salta, Jujuy– conservaban con mayor fuerza que la culta Buenos Aires los sedimentos de la rutina colonial. Eran sociedades tradicionales, castizas, donde la Iglesia poseía una influencia sin contendiente, y a las que apenas había penetrado el hálito renovador de las ideas modernas. Pertenecientes al Río de la Plata, pero colonizadas por el Perú, poco y nada sabían de las ventajas del libre comercio, las bondades de la educación o las promesas de la democracia. Debería yo asumir en ellas responsabilidades militares y también políticas. ¿Cómo actuar para no herir las confianzas? ¿Cómo persuadirlas de que no venía a abolir a Dios ni a agraviar sus creencias, sino a libertarlas del yugo español? Pues el astuto Goyeneche había logrado convencer a los devotos, con la complicidad del clero, de que éramos todos herejes los de Buenos Aires y santa la guerra que libraba contra nosotros.

Mucho reflexionaba yo sobre las causas del enfrentamiento entre Buenos Aires y Lima. La enemistad de ambas capitales era anterior a la Revolución. Todo en ellas era opuesto, contradictorio. Encarnaban el antagonismo entre americanos y españoles, entre los defensores del libre comercio y los usufructuarios del monopolio. Buenos Aires, fundada por azar, como escala para expediciones mayores, sin metales preciosos que atrajesen la codicia, había sido ignorada largo tiempo por las autoridades; y si hoy era poderosa, no debía su poder sino a sí misma. En vano el perverso sistema colonial quiso alguna vez sofocarla con la prohibición del comercio o con gravámenes absurdos; en vano los intereses monopolistas de Lima y Cádiz repudiaron hasta su mismo derecho a existir. Designada capital virreinal, unida por el contrabando a Inglaterra, su puerto, sus cueros, el ganado de sus pampas habían hecho de ella una ciudad floreciente e indócil; y cuando la Revolución se propagó por América, halló en sus calles defensores entusiastas. Por el contrario, el Perú, desde el remoto Pizarro y el saqueo esplendor de los Incas, era el botín máspreciado de la colonia, origen de opulencias y servidumbres. La legendaria Lima se convirtió en sede de la contrarrevolución, como Buenos Aires lo

era de la insurgencia. Fue fatal que se enfrentaran, y el teatro de su duelo no podía ser otro que el Alto Perú, país intermedio, “terra nullius” cuya posesión estratégica se disputaban encarnizadamente.

Mis informes indicaban que nuestro ejército se reducía a 1.500 hombres, sin precisar cuántos enfermos o imposibilitados: apenas la mitad de las fuerzas que nos amenazaban. Grande era su desmoralización, hija de los terribles contrastes y de una retirada deshonrosa. No había disciplina y sí mucha rivalidad entre oficiales, entre los distintos cuerpos y entre los cabecillas de las facciones que se habían formado en su seno. Escaseaban armas, municiones, recursos.

El enemigo, triunfante, desbordaba arrogancia. Yo conocía a su general, don José Manuel de Goyeneche, cuya nombradía concitaba los temores de toda América a causa de las torturas y crímenes que había consentido u ordenado contra los partidarios de la Libertad. Americano él mismo, pero desnaturalizado, se mostraba feroz en su lealtad a la metrópoli. Su ejército estaba formado por americanos desnaturalizados como él, devotos de su persona hasta el fanatismo. Sin ser un genio militar, poseía conocimientos y tino, además de una habilidad política nada desdeñable. En 1808, según yo recordaba, había llegado al Río de la Plata como enviado de la Junta de Sevilla, dedicándose a intrigar contra Liniers. Puesto luego a las órdenes del Virrey del Perú, se encargó de reprimir a los insurrectos de La Paz, demostrando por vez primera su ferocidad. Tras la victoria, mandó degollar a los cabecillas rebeldes en el campo de batalla, usando sus cabezas como adornos de las horcas en que ejecutó a sus seguidores. Esa y otras barbaries, los miembros ensangrentados de las víctimas que mandó clavar en las columnas miliares de los caminos, la siniestra fama de que se revistió con tales actos: todo ello le fue de utilidad para amedrentar a los pueblos. Cínico, cruel, creyente en los tormentos y el terror como instrumento político, y sin escrúpulos para utilizar los servicios de verdugos como Imas o Landívar, mientras acopiaba una abultada fortuna personal en premio a sus infamias: ese era Goyeneche, el general que se decía campeón del cristianismo, con quien me mediría en los meses siguientes.

Al frente del Ejército colonial, Goyeneche tomó a su cargo repeler la Revolución que intentaba propagarse hacia Lima. Nuestro ejército llegó en su avance triunfal hasta el río Desaguadero; Goyeneche fue en su busca, y luego de violar arteramente un armisticio, tomó a los patriotas de sorpresa y

los derrotó, quedando en posesión exclusiva del Alto Perú. Se dedicó luego a pacificar el territorio, aplastó o intimidó a los insurrectos, y remontó sus fuerzas hasta 4.000 hombres, con la mira de invadir las tierras bajas del Río de la Plata. Pero aunque nuestro ejército había evacuado el Alto Perú, el fuego revolucionario continuaba encendido en las poblaciones. La heroica Cochabamba opuso una tenaz resistencia. Goyeneche debió posponer la invasión para consolidar su base de operaciones. Aunque infligió a los rebeldes una derrota tras otra, en cuanto volvía las espaldas la sublevación retoñaba otra vez. Últimamente, sin embargo, el jefe realista empezaba a sentir las manos libres. Ante el peligro, Pueyrredón había comenzado la retirada hacia Tucumán.

En busca de aquellas tropas fugitivas, a cuyas espaldas quedaban extensos territorios sin defender, viajaba yo desprovisto de ilusiones. Los días pasaban, y con ellos las leguas del camino; mi salud mejoraba, e incipientes planes empezaban a delinearse en mi pensamiento. Acaso hubiera un modo de contener la invasión, pero no podía yo saberlo hasta no comprobar el estado de las tropas.

Por fin, el 26 de marzo arribé a la posta de Yatasto, a media marcha entre Tucumán y Salta. Allí aguardaba Pueyrredón para poner en mis manos el Ejército y tal vez la suerte de todos nosotros.

En Yatasto permanecían la mayor parte de mis futuras tropas, y hube de detenerme allí rodeado de expectación, pues se había difundido, no sé cómo, que venía con el designio de continuar la retirada a todo trance.

No repetiré que sentía ansiedad por ver a mis hombres. Sin embargo, dejé el pasar revista para otro día, y fui a entrevistarme con mi predecesor, pues me urgía escuchar de sus labios noticias fidedignas.

Don Juan Martín de Pueyrredón me recibió con efusividad. Nos unía un conocimiento de años, y hasta puedo decir que, en cierto modo, me debía la vida. Había sido yo quien, poco antes de la Revolución, lo hice embarcar secretamente en un bergantín a Río de Janeiro, mientras las tropas del Virrey lo buscaban para castigarlo por conspirador. Desde entonces nuestra relación, que había sido fría, se convirtió en una firme amistad. No puedo describir la impresión que ahora me produjo su aspecto, su rostro extenuado, el profundo

decaimiento que reflejaba toda su persona. Y si bien no parecía enfermo de muerte, traslucía una fatiga tan profunda que no supe qué esperar del estado de las tropas, si ése era el de su comandante.

Mi colega resumió una realidad peor que todos los temores. Una cuarta parte de los hombres estaba en el hospital; el resto, con mala instrucción y peor disciplina; ni había medicamentos, ni dinero, ni posibilidad de obtenerlos del país; las armas: menos de seiscientos fusiles, poco más de doscientas bayonetas, una treintena de pistolas y una artillería reducida a seis malos cañones; los cartuchos de fusil, apenas para 34.000 disparos; ni espadas tenían los oficiales. Pueyrredón deshizo mi confianza en que el Gobierno pudiera ayudar. Entonces vi por primera vez que todos los esfuerzos estaban centrados en la Banda Septentrional: ese Ejército era huérfano.

No menos graves eran la indisciplina y la desertión. Los soldados, me dijo, sólo acechaban la oportunidad de huir, sin que la amenaza de fusilamiento bastase a ponerles dique. Muchos jefes fomentaban la desertión con su pesimismo, vaticinando futuros desastres. No ocultaré mi asombro de que Pueyrredón lo hubiese dejado pasar, pero lo cierto es que ante una desmoralización tan honda ni siquiera los más drásticos correctivos hacían efecto.

¿Y qué decir de las poblaciones? ¿Indiferencia? Peor aún: animosidad, la misma que yo había observado en mi camino. Ni un sólo hombre se sumaba al Ejército para hacer frente al invasor. Pueyrredón coincidió conmigo en que nada cabía esperar de un entusiasmo que hacía tiempo había dejado de existir.

Inquirí novedades de Goyeneche. Con sorpresa supe que, lejos de ganar terreno, también las avanzadas realistas se estaban poniendo en retirada.

“Cochabamba ha vuelto a insurreccionarse –explicó Pueyrredón–. Otra vez tendrá que aplastarlos antes de atacar. No se puede exagerar el servicio que nos prestan estas rebeliones”.

Reflexioné aliviado. La demora de Goyeneche me daba tiempo para tantear el terreno.

“Si ellos están retrocediendo –dije–, debemos contramarchar”.

Pueyrredón asintió, habiendo ya tomado algunas disposiciones para recuperar terreno. La prudencia aconsejaba no evidenciar la propia debilidad con precipitaciones inútiles.

De muchas otras cosas hablamos que ahora no referiré; baste decir que recogí noticias suficientes para comprender cuánto distaba esa jefatura de ser un divertimento. Recibido del mando, ordené reunir las tropas para arengarlas al día siguiente.

Me presenté ante las desmigajadas partes de aquello que se llamaba Ejército, y que, reunido, no formaría tal vez un regimiento. Si el talante de mi colega me había impresionado, ¿qué diré de los soldados y oficiales? El pecho sufría ante esos hombres andrajosos, que llevaban en las caras la huella de la desesperación. Mal instruidos, mal comidos, impagos y acariciando íntimamente la desertión, el sólo verlos bastaba a deprimir el espíritu. Oían mis palabras con la curiosidad con que se atiende todo lo nuevo, pero sin ninguna convicción. Los exhorté a la constancia y al afán de lucha, sin dejar de ver en ellos una mueca de descreimiento, y acaso una interrogación. ¿Pretendía yo arrastrarlos una vez más a las penalidades, los sacrificios sin fruto y quizás la muerte? ¿Cómo esperaba que combatieran, desprovistos de fusiles, contra un enemigo casi tres veces superior en número, que acababa de arrollarlos? Les hablé de subordinación y disciplina, pero, ¿a quién subordinarse? ¿A esos oficiales que, tras conducirlos a la derrota, proclamaban ahora abiertamente la imposibilidad de triunfar? Y cuando di en pedirles respeto a las poblaciones, la perplejidad de sus rostros fue lo bastante elocuente como para que yo mismo, recién llegado, pudiese comprender sus dudas, como lo confirmé más tarde con mejores fundamentos. Tenían frescas en sus memorias las ofensas sufridas de los mismos pueblos por cuya libertad peleaban. ¿Cómo hacerles olvidar lo sucedido en Potosí? Una chusma vengativa había atacado a los últimos restos del ejército libertador, asesinando a cien de sus camaradas en las calles.

Puse fin a la arenga sin ilusiones. El espíritu de las tropas depende de sus superiores, pues ellos son las verdaderas palancas de un Ejército. Mandé llamar a éstos para hablarles en privado.

Era la primera reunión con mis futuros auxiliares en la conducción del Ejército, y si yo aspiraba a dejar sentada mi autoridad desde un comienzo, debía esforzarme por dar una idea de seguridad.

Quien no se ha visto en el lance de mandar no puede tener noción de las dificultades. Individuos hay nacidos para el mando; pero yo, hecho a memorias y dictámenes, habiendo pasado la vida tras un escritorio, hallé siempre extremados obstáculos para adecuarme a la rígida estructura de jerarquías

y dependencia del estado militar. Fue por eso que la carrera de las armas se convirtió en mi particular tortura, y no pasaba hora sin que debiera vencer mi naturaleza y dominar alguna debilidad. ¿De qué otro modo impondría disciplina a esos cuerpos levantiscos, que solían ver en mí un civil disfrazado y patético? Debía construir a fuerza de paciencia una severidad que estaba lejos de poseer, echando mano a mil expedientes menores, recursos dramáticos más propios de un comediante que de un jefe y ostentaciones de sacrificio personal. Mi inseguridad me llevaba a controlar el cumplimiento de las órdenes más insignificantes. Ora aplicaba la Ordenanza para sancionar las faltas más leves, ora apelaba al propio ejemplo, reduciendo mi ración antes que la del soldado, poniéndome al frente de trabajos que a otros concernían, vigilándolo todo. No digo esto en mi alabanza, sino confesando flaquezas. Con mejores disposiciones, tales actitudes habrían sido innecesarias. Los más sensibles errores que cometí no tuvieron otro origen sino esa inseguridad, a la que sólo con el tiempo he conseguido, si no vencer, al menos disimular.

Hablé a los oficiales. Mi voz, poco apta para los acentos de la milicia, produjo una ingrata disonancia. Sin embargo, conseguí impresionarlos.

“La salvación de la Patria pende de este Ejército- comencé-. No se tolerará la menor palabra o actitud de desaliento. Es mi decisión combatir hasta las últimas fuerzas. Quien no tenga fortaleza de espíritu puede ya mismo pedir su licencia. No necesito pusilánimes contagiando su cobardía, sino hombres decididos a defender a su patria hasta el holocausto, aunque más no sea para borrar el afrentoso concepto que se tiene de los americanos”.

Reinó el silencio. Nadie se acogió a la franquicia que acababa de otorgarles.

OTOÑO DE 1812

Heme aquí al frente del Ejército del Alto Perú, entreviendo apenas el sinnúmero de dificultades que amenazaban su existencia, de las cuales era el enemigo la más remota.

Lícito es al pobre jactarse de sus virtudes. Se me perdonará si digo que, con mi llegada, la situación de las tropas empezó a cambiar, y al cabo de un tiempo hubiera costado reconocerlas. Pero no se piense que todo fue llegar, mirar y recomponer: mucho padecí antes de ver madurados los primeros frutos.

Los problemas eran materiales, morales y políticos, pero al principio me absorbieron las tareas de reorganización.

Ningún oficial objetó el anuncio de resistir la invasión, si bien pocos lo tomaron en serio. Hablaban de esto con sorna; y si en algo disentían, era que para unos yo había lanzado una bravata, mientras otros me tomaban por iluso. Sólo cuando mandé recuperar terreno mi anuncio adquirió alguna seriedad. No queriendo estarme quieto, dispuse contramarchar hacia Salta, estableciendo el cuartel general en un paraje que llamaban el “Campo Santo”: alusivo nombre para la morada de un ejército cuasi difunto.

Aquella decisión no sólo fue oportuna sino salvadora para mi autoridad. Contribuyó a darme ascendiente sobre el alicaído espíritu de la tropa. Era la primera vez en largo tiempo que volvían sobre sus pasos, y aun cuando no fuesen muchas las leguas recobradas, se mostraba la decisión de luchar. Desde el Campo Santo podíamos avanzar destacamentos hasta los desfiladeros del Alto Perú, a la vez que, asentados a pocas leguas de Salta, imponíamos nuestra presencia a la población.

El país de Salta, franja interpuesta entre los frondosos bosques del Tucumán al sur y los desiertos que se extienden más allá de Jujuy hacia la Puna, llegaría con el tiempo a serme sumamente familiar. De Oeste a Este, presenta la transición de las alturas cordilleranas a ese chato, salvaje e ignoto territorio que envuelve al Paraguay, y en donde aún no ha conseguido penetrar el

hombre civilizado. Un agudo contraste se ofrece a los ojos de los hombres, marcando las condiciones en que se desenvuelven sus vidas. Hacia Occidente, la tierra es árida y accidentada, con altas cumbres arañando el cielo, quebradas estrechas y salitrales inhospitalarios. Hacia Oriente, la llanura muestra su triste y monótona extensión, toda montes, toda soledad. Y entre ambos extremos se alzan las sierras centrales, de suave perfil, con amplios valles, ideales para las labores agrícolas, donde se asienta el grueso de la población: los valles Calchaquíes, abrigo en otros tiempos de un puñado de naciones satélites del gran imperio incaico, que resistieron con obstinación a los conquistadores españoles; y un poco más al centro, el férax valle de Lerma. En él ha afincado la Conquista su baluarte: la hermosa y pacífica ciudad de Salta, fundada casi dos siglos y medio atrás y destinada a ejercer un papel principal por su ubicación privilegiada y su importancia económica.

Es el valle de Lerma el enclave de una animada vida social. Paso obligado para el viajero que quiera dirigirse al Alto Perú, su riqueza contrasta con la aridez circundante. La ciudad de Salta, orgullo de la colonización, con sus nobles casonas de anchos portales y artísticas rejas, su Cabildo, su pintoresca iglesia de San Francisco, y su cordial y orgulloso vecindario, se extiende en un punto situado entre cadenas de cerros cubiertas de espesa vegetación. Las alturas de San Lorenzo, y el cerro de San Bernardo cercan y estrechan a la Ciudad, desde cuyas tranquilas callejas pueden verse las siluetas de las moles poniendo un fondo agreste a las prolijas fachadas y a las torres de iglesias y conventos. Circunda a la Ciudad una verde faja de arboledas y quintas. Su clima es benigno, encantadoras sus noches, perezosas sus mañanas. Hacia el Sud parte el camino a Tucumán, luego de franquear el Portezuelo; hacia el Norte, el camino a Jujuy, atravesando el campo de Castañares, revestido de hierbas. No muy lejos se halla el Campo Santo, donde nuestra presencia venía por aquellos tiempos a romper la monotonía, indicando que ni siquiera ese abrigado valle estaba libre de los afanes del siglo.

Hablo hoy con el conocimiento que me dieron años de operaciones en un territorio largamente disputado, pero entonces poco y nada sabía de Salta, ni tenía quién me proporcionase informes. No había mapas ni cartas, y todo era fiarse a tal o cual baqueano. Debí, pues, entre tantos afanes, encarar también el de geógrafo.

La opinión no nos era ni por lejos favorable. Tal vez sorprenda esta afirmación, hecha respecto de un pueblo más tarde distinguido por su heroica defensa de la libertad. Pero la causa de la patria hubo de calar lenta y dolorosamente en Salta; y a las fechas de que hablo, aún había muchos sostenedores del Rey, y no pocos hombres de bien a quienes la torpe política de Buenos Aires había enajenado. Ya se anunciaba el fin de la hospitalidad para los porteños y que nos habían de exprimir hasta chuparnos la sangre.

¿Cuáles fueron mis primeras providencias? Las más elementales, pues ni siquiera lo elemental existía. Pasmaba la ignorancia de mis hombres, incluso los veteranos, que no sabían de la guerra sino las más burdas rutinas. Los lazos de la autoridad se habían aflojado cuando no deshecho; y no se hallaba ramo, ni actividad, ni renglón alguno de la vida militar que respondiese al más grosero principio de organización. ¿Se creerá que hasta los ejercicios periódicos habían caído en desuso? Restablecí los ejercicios y las revistas, y fundé una academia práctica en que se mantuviera el afán de emulación. El parque y la maestranza, el hospital, las oficinas de provisión, la justicia militar, todo era desidia y abandono. Yo no cesaba de agradecer a Cochabamba la demora que ocasionaba al enemigo, ya que en esas condiciones no podríamos haber intentado otra cosa que la fuga. Todo debí reorganizarlo: desde la atención a los enfermos hasta el modo de llevar las cuentas y administrarse los víveres; y en los días que siguieron a nuestra llegada al Campo Santo, salieron de mi despacho las más disímiles reglamentaciones, pues me veía obligado a disponer sobre una hoja en blanco. Habilité un Tribunal militar para sancionar las faltas y reprimir la desertión; ordené la contabilidad; creé un cuerpo de ingenieros y una compañía de guías para que levantaran cartas topográficas; hice seleccionar un cuerpo de cazadores de infantería; usé todos los arbitrios para restituir el sistema disciplinario. Debí crearlo todo de la nada, chocando a cada paso con infinidad de obstáculos puestos por los mismos que debían asistirme y no querían salir de sus rutinas. ¿Exagero? Más bien me quedo corto.

En cuanto a regularizar la disciplina, pocos días bastaron para comprender que no hallaría en esto auxilio ninguno, pues mis órdenes no se respetaban ni llegaban muchas veces a comprenderse. Así fue cómo lo tomé todo en mis manos, con actividad no diré que infatigable, pero sí tenaz, recorriendo las reparticiones noche y día, entrometiéndome en todo, desde la limpieza de los fusiles hasta la preparación de las raciones, hurgando en las tiendas y en los libros contables, supervisando los ejercicios y el hospital repleto de enfermos,

observando, reprendiendo, llamando al orden, sin que yo mismo pueda hoy explicar de dónde sacaba las fuerzas. ¡Y sin embargo, qué lentamente se avanzaba! Nunca me costó tan sostenido trabajo asentar el principio de autoridad. De todas mis providencias se murmuraba; en todas se hallaban razones para el descontento; y aunque la suspicacia es natural frente a cuanto huelga a novedad, lo que hacía más fatigoso el trabajo era la ignorancia de unos cuerpos cuyos oficiales no pasaban de rutineros. Nociones hoy resabidas despertaban extrañezas invencibles. Véase, como ejemplo, lo que sucedió cuando quise acostumbrar a los jinetes al arma blanca.

No sé de dónde provenía el rechazo de la caballería al empleo de lanzas. Hoy nadie ignora su utilidad; pero en 1812 predominaba el concepto de que eran deshonorosas. ¿Para qué gastarme en decirles que no era ocurrencia mía: que así lo enseñaba Federico, padre de la moderna Estrategia? Los hombres de la caballería, a quienes se les daba un ardite de ese tal Federico, que no tenían el gusto de conocer, se resistían a usar lanza, y aún se dio el caso de hombres valientes que se abochornaban como chicos al verse convertidos en lanceros. A fin de demostrar mi predilección por ellas, armé de lanzas a mi propia escolta.

Entretanto, ¿qué pensaban de mí los soldados? Estando yo en todas partes, no podía dejar de ver la incredulidad burlona que acompañaba mis pasos. Tal vez la causa era mi temperamento, desprovisto de la autoridad imponente que todo lo allana. Tal vez mi negativa a disfrazarme con atributos jerárquicos haya tenido también su parte, pues nunca quise rodearme de distinciones, ni en el trato ni en el atuendo; y así, el ajuar de mi caballo era como el de cualquier otro; iguales mis ropas; comía lo que todos, y no gastaba una moneda en arreglar mi persona. Bien sé que los hombres gustan de las apariencias, y donde ven ostentación inclinan la cerviz; pero era preciso desterrar las viejas usanzas: los soldados debían respetar la autoridad, no por sus accesorios, sino por ella misma.

Tal vez haya pecado de excesiva dureza en la aplicación de las normas. Los castigos estaban a la orden del día. Agrias e hirientes palabras salieron de mi boca por faltas no demasiado graves, que yo trataba como atentados. Pero debo alegar en mi defensa que procuraba evitar la arbitrariedad, pues lo que resiente a los hombres no es tanto el ser reprendidos como el serlo con injusticia. A éste le recriminaba lo poco airoso de su aspecto, a aquel le arrebatava el fusil para enseñarle a cargarlo con rapidez, a otro lo tachaba de poco hombre.

A los oficiales los llamaba aparte para corregirlos de tal manera que a veces veía en sus rostros que hubiesen preferido batirse con el enemigo.

Todo este despliegue acalló las mofas abiertas, pues a mis espaldas se seguía murmurando. El humor burlón de las tropas me bautizó despectivamente “Chico Majadero” y “Bomberito de la Patria”. Andando el tiempo esos motes llegarían a ser afectuosos.

Otro asunto complicado era habituar a las tropas a los deberes religiosos: cuestión no menor en esos países. Uno de los peores yerros de los jefes que me habían precedido fue desdeñar la importancia de la Religión, a la que veían como aliada del despotismo. Yo estaba resuelto a aventar este motivo de desconfianza, que sólo servía para que el enemigo nos titulara herejes y se presentara a sí mismo como adalid de Dios Nuestro Señor.

Ya he dicho de qué astuta manera Goyeneche había aprovechado las torpezas perpetradas por el ejército patriota. Su guerra era santa: venía a combatir a los enemigos de Dios y del Rey, que negaban a Cristo y se burlaban de las creencias de sus padres. Y como quiera que muchos patriotas habían cometido actos de impiedad contra iglesias e imágenes, y el propio Castelli, durante su permanencia en el Alto Perú, había ofendido al clero, Goyeneche usufructuaba esos errores convenciendo a sus tropas de que los muertos en batalla eran mártires e irían volando al Paraíso. ¡Júzguese hasta qué extremos llegaba su hipocresía! Al arribar a Chuquisaca, hizo exorcizar la residencia en que se había alojado Castelli por una procesión de sacerdotes pertrechados de incensarios, hachas encendidas y diluvios de agua bendita, para ahuyentar los demonios que podía haber sembrado el diabólico representante de la Junta porteña. ¡Y contra semejante ignorancia era preciso combatir, no sólo con las armas, sino también con la habilidad, para no escandalizar a los crédulos!

Pero esto, que para mí era claro como el agua, no lo era para mis hombres. Desde el momento en que se me ocurrió obligarlos a rezar el rosario comenzaron las murmuraciones. Se me tachó de santurrón. Ellos debían prepararse para luchar y no perder el tiempo en tonterías.

¿Y quién me daba derecho a inmiscuirme en los pocos esparcimientos del soldado? ¿Qué me importaba si en ratos de ocio se entretenían apostando? ¿Por qué no les permitía divertirse con las muchachas de los pueblos? Pero era indispensable apaciguar los recelos de la población civil, que venía sufriendo todo género de abusos, pues los hombres de armas rara vez saben respetar por

sí mismos tales preocupaciones. Había que desterrar los ultrajes a la decencia de las familias que tanto habían contribuido a sentar nuestra fama de incrédulos. A causa de esta resolución debí desprenderme de hombres valiosos.

En la clase de los oficiales mi predicamento no era mayor que entre los soldados. Estaban los jefes antiguos, que se creían con más méritos que yo. Eran los coroneles don Juan Ramón Balcarce y don Eustaquio Díaz Vélez.

Balcarce, veterano del arma de caballería, tenía conmigo viejas diferencias. Hombre altanero y jactancioso, había seguido la carrera de las armas desde el tiempo de la Colonia, pero aunque sabía mucho de rutinas y resultaba ideal para la instrucción, como luego lo demostró, me permito dudar que tuviera positivas virtudes para el mando, y mucho menos genio militar, lo que no le impedía considerarse víctima de una injusta posposición. No tengo, para calificar ante mi Nación cuál sería este individuo, sino presentarlo como uno que cooperó a la sedición del 5 y 6 de abril de 1811. Además, había sido el autor de las persecuciones en mi contra. Por su causa, el cuerpo de Húsares, de que él era Teniente Coronel en tiempos de mi campaña al Paraguay, se había negado a auxiliarme, pidiendo mi remoción del mando en esos desgraciados sucesos. Cuando llegué a Yatasto y supe de boca de Pueyrredón que éste Balcarce dirigía una fuerza de caballería en el Ejército, lo primero que hice fue interrogar a mi antecesor sobre la conveniencia de mantenerlo en su puesto. Pueyrredón respondió que no cabía dudar de su patriotismo, y yo lo acepté, máxime cuando el propio Balcarce se apresuró a dirigirse a mí por carta, arrepentido al parecer de sus anteriores inconductas. Sin embargo, poco a poco noté que se oponía solapadamente a todas mis innovaciones.

El otro hombre, Díaz Vélez, era un oficial formado en las guerras de la Revolución. Retórico y algo engreído, pecaba de gestos ampulosos, dando pie a las malicias de sus pares. Pero nadie dejaba de reconocer su energía y actividad y era respetado hasta por el enemigo. Pudimos establecer una buena concordia en el trabajo, aunque al comienzo se mostró muy frío y orgulloso. Lo dejé como segundo mío, no sin mutuos recelos, que sólo con el tiempo se disiparían.

Más entusiasmo hallé en la oficialidad joven. Ellos eran menos cerrados a mis sugerencias; no resistían los cambios, como los viejos, y se esforzaban por destacarse frente al nuevo jefe como el camino más seguro para su progreso. Algunos de éstos jóvenes serían célebres. Allí estaba Manuel Dorrego, oficial

de valentía indisputable pero de temperamento imposible. Desde un comienzo supo Dorrego conquistar mis simpatías gracias a su excelente disposición. Andando el tiempo pondría en evidencia otros rasgos de su carácter: inconstancia y rebeldía, un orgullo excesivo y veleidades infantiles. En la caballería se destacaban don Cornelio Zelaya y Gregorio Aráoz de La Madrid: ambos temerarios en las cargas y empeñados al rechazarlas. Dotados de excepcional fortaleza, podían pasarse semanas enteras sin desensillar. La Madrid, con apenas diecisiete años, era más bravo que muchos veteranos. Fue más tarde uno de mis amigos más leales.

Los días pasaban. Yo lograba conciliar el sueño a duras penas. Durmiendo no más de cuatro horas, mi lámpara permanecía encendida cuando toda otra luz se había apagado. Las noches en que no me desvelaban los afanes militares, lo hacía la correspondencia. Ora escribía a Buenos Aires reclamando dinero o enviando informes, ora a las autoridades de la región para sumarlas a nuestra causa. Preciso era conquistar una opinión adversa, y como ésta se apoya en los individuos de prestigio, a ellos enviaba mis cartas. Aunque no guardara relación con las faenas de un general, este esfuerzo epistolar tendría también sus frutos.

ABRIL-MAYO DE 1812

Pueyrredón había descrito con exactitud la situación de Goyeneche. Los antecedentes de Cochabamba justificaban la cautela del General realista. Esa provincia había sido la primera en pronunciarse a favor de Buenos Aires y tomar las armas. En Aruhuma, una multitud armada de cañones de estaño, hondas y macanas logró vencer por primera vez a un ejército regular.

Luego del arribo de Goyeneche como jefe militar del Alto Perú, tales hazañas no se habían repetido. El duro General los había aplastado en su propia capital. Pero los cochabambinos no se amilanaban. Sin armas, cercados de contratiempos, y sufriendo pérdidas en cada encontronazo, se refugiaron en los valles para continuar la guerra.

Bien comprendía Goyeneche que el mal debía ser extirpado de raíz. Dejando parte de sus fuerzas al mando de su primo, don Pío Tristán, en Tupiza, marchó con 2.500 hombres y ocho piezas de artillería para caer sobre el corazón de la revuelta. Otras columnas confluían al mismo punto. El plan era seguro y Cochabamba no tenía posibilidades de resistir.

Los emisarios de Cochabamba venían a pedirme que amagara un ataque para distraer al enemigo. Pero por mucho que deseara ayudarlos, nada podía hacer. Ni siquiera tenía planes definitivos para la defensa de Salta. A comienzos de abril salí en expedición de reconocimiento, pensando establecer baterías en posiciones inexpugnables que cerraran el paso a la invasión. Comprendiendo que esto era irrealizable, me limité fortificar la Quebrada de Humahuaca. Las súplicas de Cochabamba sólo sirvieron para subrayar nuestra impotencia.

Me torturaba la estrechez a que estaba reducido. Dinero, pertrechos, armas: todo faltaba y debía esperarlo del Gobierno. Y cada día me persuadía con mayor firmeza de que en Buenos Aires no existía una idea cabal de aquellos países ni de las necesidades del Ejército. Si alguna vez había esperado que nos llegara el turno de ser atendidos, ahora empezaba a desengañarme. Ese Ejército debería conformarse con las sobras, esperando para retirarse cuando

llegara el momento. Bien triste convencimiento para quien empezaba a ver que, si desamparábamos a esos pueblos, nunca más los recuperaríamos para la Libertad.

¡Dinero, dinero y dinero!: esas tres cosas necesitaba yo, y no me cansaba de decirlo al Triunvirato. Yo no podía imponer nuevas exacciones, ni recabar auxilios por la fuerza, ni tampoco dejar impagos los gastos de las tropas, a menos que quisiera enajenar para siempre el escaso crédito que Pueyrredón había sabido recuperar. Al fin me remitieron 40.000 pesos fuertes. Con economía feroz, logré atender los gastos más urgentes y pagar a cuenta de los haberes adeudados a las tropas.

La falta de armas no era menos crítica, y sí más irremediable. Habiendo pedido espadas, me respondieron que el Estado no las tenía, ni tampoco dónde comprarlas. ¿Medios de movilidad? Los bueyes, mulas y caballos del Ejército habían quedado inútiles: ni pensar en reemplazarlos.

Hervía la sangre al observar tanto obstáculo, tantas dificultades, que se habrían vencido rápidamente con un poco de interés por la patria. ¿Qué más podía hacer, salvo mantenerme? De todos los socorros pedidos, no había uno que marchara: se demoraban las ropas y municiones que debían hacerse en Tucumán; en vez de armas, de Buenos Aires me enviaron hojalata para construir tarros de metralla. Un día tuve noticias de que vendrían doscientos fusiles, y ya empezaba a ilusionarme y hacer planes cuando supe que habían sido desviados a la Banda Septentrional.

Yo seguía ardiendo por socorrer a Cochabamba, pero la Providencia parecía encaprichada en frustrarlo. A fines de abril una epidemia de “chucho” mandó a la cama a la mitad de mis hombres. La fiebre hacía estragos, y ni siquiera había quinina para administrar a los enfermos, a quienes vi estremecerse y delirar a la buena de Dios.

“¿Qué haríamos si el enemigo nos atacara ahora?”, murmuró uno de mis asistentes.

“Pelear —contesté iracundo—, aunque hubiera que arrastrarse hasta el campo de batalla”.

A decir verdad, ni yo mismo creía en esa bravata.

Esos dos primeros meses fueron de incesante contrariedad. Lo conseguido ayer se desbarataba hoy. El descrédito aumentaba por las erradas políticas del

Gobierno. Sin el aliciente de un triunfo militar, debían los pueblos soportar abusos, requisiciones, presencias de tropas. Se habían vuelto de nieve hacia nuestras desdichas.

Buenos Aires consideraba mi deber reconquistar el espíritu público. ¿Pero con qué medios? No era fácil alejar el escepticismo después de tanta promesa incumplida, tanto funcionario impune, tantas inconsecuencias y exabruptos. Yo pensaba que ese “espíritu público” sólo sería recobrado con el buen gobierno: promoviendo la educación, ramo el más preciso y el más abandonado, fomentando el comercio, franqueando caminos, facilitando la producción y extracción de frutos: aplicando, en suma, el puñado de ideas que justificaban nuestro movimiento, y que hasta entonces no habían sido más que fantasmagorías. La opinión de los pueblos sólo puede sostenerse por la justicia: ellos suelen ser ignorantes, pero saben muy bien lo que se les debe, y acaso por su mayor ignorancia se consideren acreedores a más de lo que les corresponde.

Como nuestros apuros no podían aguardar esos lentos frutos, algo empezaba a conseguir por mí mismo: las relaciones con los habitantes mejoraban, el crédito se iba extendiendo en forma lenta pero segura, y la honrada conducta restaba enemigos. Así como hice respetar haciendas y costumbres, también dejé en claro que no toleraría deslealtades, cualquiera fuese la calidad de su autor. Desde el ignorante cura de aldea hasta el obispo en su residencia de Salta, casi todo el clero era enemigo jurado de la Libertad. Tendiendo una sutil vigilancia, interceptamos correspondencia secreta del obispo con Goyeneche. Le di veinticuatro horas para abandonar la ciudad.

Ya fructificaba esta constancia cuando llegó la noticia de que el Triunvirato había disuelto la Asamblea y concentrado el poder. ¿Cómo explicar, ahora, que mis tropas no venían a subyugar a los pueblos, idea que ya cundía hasta en la misma Cochabamba? Por esta razón tuve mi primer encontronazo con el Gobierno. La franqueza es un agravio para quien está convencido de poseer toda la verdad; y los triunviros, que lo estaban, se indignaron por un oficio que entonces les dirigí censurando esa medida. Desde ese instante su desconfianza hacia mí no hizo sino crecer.

En esa soledad sin paliativos, veía a mi alrededor toda clase de conjuras. Era más severo de lo que aconsejaba la justicia, y no osaba confiar mis dudas a nadie por miedo a que se aprovecharan de mi debilidad.

No había podido formarme un plan de campaña. Tal vez con mejores avisos del estado de Suipacha me hubiese dirigido contra aquel punto; pero, si la suerte de las armas me era adversa, ¿a dónde apelar? ¿Apelaría a esos pueblos, en que sólo veía frialdad, y si cabe decir, una oposición formal?

Pensando que la inmovilidad era la peor de las opciones, a mediados de mayo resolví abandonar el Campo Santo y establecer el Cuartel General en Jujuy, aunque todavía no supiera qué rumbo seguir.

Jujuy señala el límite de lo que desde antiguo se ha dado en llamar “tierras bajas”. San Salvador, en la confluencia de los ríos Xibi-Xibi y Grande, es su principal población: tranquila y soñolienta, con sus blancas fachadas, sus angostas calles y su apacible vecindario. Allí arranca el camino de Humahuaca, bordeando el río Grande en medio de desolados cerros, subiendo y subiendo hacia la vasta terraza de América. Pronto el caserío queda atrás; el aire se hace más limpio y ligero, el cielo más azul. Altos picos de piedra desnuda y colorida alzan sus crestas a uno y otro lado. En estaciones secas, el Río Grande es un delgado curso que apenas murmura en el imponente silencio, pero cuando llegan las lluvias no tarda en desbordar y anegarlo todo. A la vera del camino, recostadas sobre los cerros, se suceden pequeñas aldeas de adobe, con sus viejas iglesitas y sus calles estrechas, envueltas en un silencio tan denso que obliga a andar de puntillas y sosegar la voz. Los habitantes delatan, en lo moreno de la piel y el callado temperamento, su ascendencia india. Sólo al celebrar sus antiguas fiestas se los llega a ver alegres: soplan entonces sus rústicas zampoñas, pulsan sus destemplados instrumentos, y traen de lo profundo la fuerte voz de la raza, que siglos de conquista no han conseguido acallar.

Todo es extraño en aquella región. A medida que el viajero sube el camino, se diría que remonta también el pasado. Y aunque la presencia colonial salta a la vista, hay tan curiosa mixtura con lo americano que resulta difícil no evocar el abatido reinado del Inca. Las agujas de los cardones, los rebaños de llamas, los sembradíos, el mudo telón de los cerros, y el sol brillante y diáfano en un cielo profundamente azul, son otras tantas evidencias de que se ingresa a un mundo diferente, hecho de soledad y silencio, viento y estupor. Los afanes de la guerra no podrían ser más ajenos a aquel paisaje inmóvil. Y sin embargo, antes aún de 1812, la guerra había penetrado también allí, y

tropas de ambos bandos iban y venían, subían y bajaban por el camino de la Quebrada, persiguiéndose mutuamente, recobrando hoy lo que habían cedido ayer para volver a cederlo mañana.

Fue a mediados de mayo que llegamos a San Salvador. Yo abrigaba el propósito de tantear el terreno para una posible marcha a Suipacha, al encuentro de la vanguardia realista, pero pronto debí desistir por el estado de mis fuerzas. Mandé llamar a mi segundo, pensando en enviarlo a dirigir la insurrección cochabambina, que carecía de jefes militares. Luego de oír mis razones con un silencio desdeñoso, Díaz Vélez replicó:

“De nada sirve mi marcha si no me acompaña una fuerza de apoyo. Pero piense usted que desprenderse de un gran número de hombres puede ser muy peligroso en caso de derrota, porque el Ejército quedaría muy debilitado”.

Era cierto, y acepté la objeción, no sin que me molestara la actitud de mi segundo. Aún necesité muchos meses para habituarme a sus ásperas maneras, así como para comprender que las tenía tan secas con los otros como conmigo.

Me limité a destacar una vanguardia compuesta del batallón de Pardos y Morenos y los regimientos de Húsares y Dragones, con orden de adelantarse hasta Humahuaca. Como Díaz Vélez cayó enfermo, no me quedó más remedio que poner al mando a Balcarce, que lo sucedía en rango. Al hacerlo, procuré acallar desconfianzas acaso injustas y demostrar que no estaba animado de espíritu vengativo. Confieso haber sido excesivamente rígido en mis apreciaciones personales, y esto me llevó a cometer frecuentes injusticias. Lástima que deba uno aprender a juzgar sólo al final de la vida, cuando es menor la utilidad de tal conocimiento.

Con Balcarce no me equivocaba: hasta su separación del Ejército, ejerció una sorda resistencia contra mi autoridad. Pero entonces no estaba en condiciones de prescindir de sus servicios.

Contra mis deseos más fervientes, no podía auxiliar a Cochabamba. Me conformé con avivar la rebelión en Atacama, y esperar, esperar, haciendo cuanto pudiera para seguirme manteniendo, hasta tanto tuviera gente instruida, buenas armas, y la Divina Providencia nos abriera un camino para mejorar de suerte. Y no pasaba semana sin pedir refuerzos al Gobierno, empezando por los hombres y concluyendo hasta con la pólvora para las salvas de la victoria.

Entretanto, a la cabeza de sus dos mil quinientos soldados, Goyeneche seguía sus operaciones. Cochabamba estaba cercada. Los insurgentes, cerca de seis mil hombres de pie y a caballo, desordenados y mal pertrechados, preparaban una defensa desesperada. Confiaban en reproducir el buen suceso de Aruhuma, pero las circunstancias eran ahora muy diversas, superior el armamento realista y mejor adiestradas sus tropas.

Los cochabambinos habían improvisado cuarenta cañones de estaño y unos 400 arcabuces del mismo material, fundidos en los días previos. Era célebre su destreza con las macanas y los garrotes, pero poco podían hacer sin fusiles. Y para colmo de males, los dos caudillos de la revuelta, rivalizando entre sí, tuvieron la infeliz ocurrencia de dividirse las fuerzas. Con una mitad marchó uno de ellos al encuentro de Goyeneche, mientras el otro se quedaba a enfrentar a las restantes columnas. Esto los debilitó aún más.

Goyeneche intimó rendición pero se negaron. La madrugada del 24 de mayo –víspera del segundo aniversario de nuestra Revolución–, la columna realista atacó, derrotó y puso en fuga a la mitad de los rebeldes, mientras otras formaciones incendiaban pueblos y amenazaban la capital. Poco después salía de Cochabamba una diputación a ofrecer la rendición incondicional.

Mientras los comisionados marchaban al campamento realista, una multitud se reunió en la plaza. Los jefes de Cochabamba preguntaron si el pueblo estaba dispuesto a luchar hasta el último trance. Algunos vacilaban, otros respondieron por la afirmativa, muchos callaron. Entonces ocurrió algo singular. Un grupo de mujeres, en medio de la multitud, preguntaron a viva voz si no había hombres en Cochabamba.

“¡Si ustedes tienen miedo saldremos nosotras a recibir a los tiranos!”.

Esa fue la señal para que se levantaran muchas voces resueltas, y ya no se oyó sino un clamor. ¡Nada de rendición! Mujeres y hombres acudieron a las armas dispuestos a vencer o morir. Ocuparon el cerro de San Sebastián, que dominaba la Ciudad, y allí apostaron los cañones que les quedaban.

Tres días más tarde, las fuerzas de Goyeneche conseguían forzar la posición del cerro. La soldadesca saqueó y asesinó a mansalva. Dejando atrás sus hogares, parte de la población fugó a los desiertos. Goyeneche capturó a un cabecilla disfrazado de fraile y lo ejecutó. Otros siguieron su suerte. Las cabezas fueron clavadas en los caminos como advertencia; muchas propiedades,

confiscadas; los indios, azotados hasta arrancarles la piel. Calabozos y sótanos se llenaron de torturados. Goyeneche había jurado hacerles pagar.

Ahora estaba libre. Ahora podía volverse contra Buenos Aires. Arrasaría todo a su paso, castigaría a los revoltosos, y en día quizás no remoto sus tropas cercarían a la odiada capital.

MAYO-JULIO DE 1812

La distancia retrasó varias semanas las noticias de Cochabamba. Allí se sufría y moría por la Revolución; aquí, en San Salvador de Jujuy, festejábamos para el mismo tiempo su segundo aniversario. También a nosotros nos llegaría el turno de padecer.

Amaneció el 25 de mayo: un frío y dudoso sol iluminó el poblado, dorando mansamente sus callejas, sus paredes blancas, la inmemorial pereza de sus patios. Todo era quietud y silencio en aquel amanecer otoñal: todo, excepto mi posada, en cuyos alrededores se dejaban oír, desde muy temprana hora, los pasos de la tropa desfilando y formando. Yo quería celebrar la fecha con un acto que a muy pocos había participado, cual era enarbolar por segunda vez la enseña independiente.

En mi fuero interno, había jurado no desmayar hasta verla proclamada. Seguía en esto el camino del hecho consumado, pues no era de esperar que el Gobierno adoptase la enseña mediante un decreto formal.

Tengo dicho que para algunos la máscara de Fernando VII era un disfraz conveniente para mantenerse dentro de la legalidad. Otros, oportunistas, se negaban a compartir actitudes irreconciliables con la metrópoli, para el caso de que la Revolución fuera derrotada. Tanto unos como otros no podían admitir una nueva bandera, lo cual motivó que se mirara con gran disgusto la enarbolada en el Rosario por mí. Más tarde supe que el Gobierno había despachado un duro oficio en que me ordenaba arriarla, advirtiéndome no ser de mi incumbencia la adopción de pasos semejantes, que malograban su política exterior y comprometían los fundamentos de su actuación ante Inglaterra. Pero el oficio reprobatorio llegó al Rosario después de mi partida, y nunca cayó en mis manos. Ignoraba la amonestación gubernamental, y los triunviros mi ignorancia. Consigno esta explicación, porque algunos siguen creyendo que al izar por segunda vez la bandera incurrí en desobediencia cuando no es así. En mi excéntrica carrera militar sólo una vez he desobedecido, y ello en cir-

cunstances tan imperiosas y con tan positivos fundamentos, que cualquiera en mi lugar habría hecho otro tanto.

Llegada la hora de la ceremonia, salió de mi posada el Barón de Hølemberg, quien acababa de incorporarse al Ejército como oficial de artillería. Este extranjero, paradójicamente, fue el hombre escogido por mí para portar la enseña, que mis soldados contemplaban por vez primera, y con la que yo esperaba se distinguieran de los enemigos. Con grave paso la transportó hasta el Ayuntamiento, y unos minutos después se la vio flamear en los balcones, reemplazando al estandarte real que solía presidir las celebraciones públicas. Una salva de quince cañonazos saludó su aparición: soldados y espectadores prorrumpieron en vivas.

Después tuvo lugar el Te Deum en la Iglesia matriz, a que asistí conmovido, en compañía de las autoridades y corporaciones. Concluido el oficio, ordené traer la bandera y bendecirla por el deán Gorriti, a fin de que todo fuera correcto, solemne e impresionante. Los cañones repitieron la salva, y el silencio volvió a instalarse en San Salvador de Jujuy. Mientras pasaba el día, recuerdo haber observado de vez en cuando a los transeúntes, que se acercaban al Cabildo sin poder ocultar la curiosidad que les inspiraba el flamante símbolo.

Al caer la tarde, una pomposa comitiva, presidida por mí e integrada por los miembros del Cabildo, asistió al retiro de la bandera. Yo mismo la tomé en mis manos para dirigirme con ella al centro de la plaza, entre las filas en formación del Ejército. Una multitud observaba.

“Soldados –dije–: hace dos años que por primera vez resonó en estas regiones el eco de la Libertad, y continúa propagándose hasta por las cavernas más recónditas de Los Andes, pues no es obra de los hombres sino de Dios. El 25 de mayo será siempre memorable en los anales de nuestra historia, y vosotros tendréis un motivo más para recordarlo cuando en él, por vez primera, veis la Bandera Nacional en mis manos, que ya os distingue de las demás naciones, pese a los esfuerzos del enemigo por echarnos cadenas más pesadas que las que cargábamos”.

El silencio era tan profundo que mis palabras alcanzaban a todos. Confieso haberme emocionado. Proseguí hablando sin prisa, y aunque mi discurso fue breve y simple, muchos de los que me oían, según luego supe, compartieron aquella rara emoción. Había temor en el pueblo y desaliento en la tropa; el

enemigo podía caer sobre nosotros en poco tiempo más. Mis palabras intentaban llevarles esperanza y coraje. Les pedí que no olvidaran que nuestra obra era de Dios, y que Él nos había dado esa bandera para que la sostuviéramos. Les recordé que nuestros padres, hijos y conciudadanos nos miraban, y luego los hice prestar juramento de defender a la Patria. Soldados y vecindario rompieron en aclamaciones.

La columna formó, y yo, con la bandera entre las manos, me puse a su cabeza. Comenzamos a marchar al compás de música triunfal por las calles de Jujuy. Luego mis hombres desplegaron en batalla, otra vez frente al Ayuntamiento. Avancé con lentitud, recorriendo las filas y paseando ondulante la bandera sobre todas las cabezas.

¡Qué frías se nos antojan las ideas cuando no viene en auxilio de nuestra corta imaginación el signo material en que las ciframos! La idea final de la Independencia, que nos inducía a luchar, pareció muda y lejana a mis hombres hasta esa tarde, en que les mostré el emblema que la representaba. Muchos estaban curtidos por las batallas; muchos esperaban la ocasión de desertar y regresar a sus hogares; muchos hacía rato que habían derramado las últimas lágrimas; pero cuando la nueva bandera pasaba frente a ellos, rozándolos, esos hombres duros y cansados se enternecían como niños. Yo lo vi, y puedo atestiguarlo. “¡Daré mi sangre por esta bandera!”, gritó uno apretando los dientes. Otro juró morir antes que entregarla al enemigo.

¿Se dirá que me distraigo en vano con estas descripciones? Pero lo cierto es que esa ceremonia influyó poderosamente en los ánimos. No es dable a mi pluma pintar el decoro y respeto de esos actos, el gozo del pueblo, la alegría del soldado, ni los efectos que palpablemente hube de notar bien pronto en todas las clases de la sociedad. De nieve me habían parecido los pueblos, y tibios mis hombres; pero ese día, al pasear entre ellos el nuevo estandarte, no pude dejar de pensar que acaso mis temores eran injustos: que la patria sí tenía hijos dignos, y ellos no consentirían su humillación.

Tantas esperanzas habían despertado aquellas muestras de entusiasmo, que en la correspondencia al Gobierno hube de encarecerlo sin tapujos. Lejos estaba de suponer la reacción iracunda que provocaría.

Para entonces, arrinconado por un sinnúmero de peligros, el Gobierno se refugiaba en un estrecho concepto de su autoridad. Por todas partes veía conjuras y desacatos, motines y conspiraciones. La llaneza de mis oficios, frecuentemente críticos, no hacía sino alimentar en mi contra ese enfermizo recelo.

Además de las notas oficiales, yo mantenía correspondencia privada con Rivadavia. Este había ofrecido tomar a mi Ejército bajo su protección, y llenaba sus cartas de elogios pero, a juzgar por la mínima ayuda en que se traducían sus promesas, yo comenzaba a temer no fueran más que frases de consuelo. “Nada podré si no tengo quién me auxilie, y en vano serán las esperanzas que se pongan en mí –le escribía–: Usted sabe bien que los mejores deseos no equivalen a unas malas armas con pólvora y municiones”.

¡Qué imprudente me mostraba al escribir de este modo! ¡Hasta qué punto me eran ajenas las suspicacias del impenetrable secretario! Ellas crecían con tales respuestas; crecían con cada queja, reclamo u objeción leídos en mis notas, y un día servirían para acusarme. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Siempre me tocaba la desgracia de ser llamado cuando el enfermo había sido atendido por todos los médicos, y lo habían abandonado. ¿Tenía poderes para obrar milagros? Rivadavia encarecía las esperanzas depositadas en mí, pero nada se puede hacer con solas las esperanzas. Era preciso empezar por el verdadero método para que el enfermo sanase, y ni aún para eso había lugar, porque todo era apurado, todo era urgente, y el que llevaba la carga no tenía la culpa de que el enfermo acabase moribundo. Rivadavia había ofrecido atender este ejército: le rogué que lo hiciera, y que lo hiciera de un modo digno, con la celeridad del rayo; no por mí, pues al fin mi crédito era cosa de poco momento, sino por la Patria y consecuencias que podía traernos el tener que dar pasos retrógrados.

Disconformidad, exigencias, y aún el propósito de no retroceder en la forma ordenada: tal fue lo que creyó descubrir Rivadavia en mis misivas. Fue en medio de esta tirantez creciente –y, en lo que a mí respecta, totalmente involuntaria–, que se conoció en Buenos Aires el segundo izamiento de la bandera.

El Gobierno, atribuyéndolo a pura contumacia, despachó en el acto una amonestación, cuyas pomposas frases delataban la pluma de Rivadavia. “A V.S. le sobra penetración para llegar con ella al cabo de la trascendencia de su proceder –me decían–: el Gobierno, pues, consecuente con la confianza que ha depositado en V.S., no puede hacer más que dejar a la prudencia de V. S.

mismo la reparación de tamaño desorden; pero debe igualmente prevenirle que ésta será la última vez que sacrificará hasta tal punto los respetos de su autoridad”.

No puedo exagerar cuánto me lastimó aquella reconvención. Me juzgaban con ligereza: a falta de otros elementos, debió bastarles una conducta de años. ¿O no había yo aceptado el mando de un Ejército calamitoso sin formular reservas? ¿O no había renunciado a la mitad de mis sueldos en obsequio de las necesidades que nos urgían? Había venido a esos pueblos sin conocerlos; los había hallado fríos, indiferentes y tal vez enemigos; tuve la ocasión del 25 de mayo y dispuse la bandera como un medio más de acalorarlos. ¿Y había por esto cometido un delito? Lo sería si hubiese querido hacer frente a las disposiciones del Gobierno; no así estando ignorante de ellas. Con pesar recogí la bandera, resuelto a deshacerla para que no quedara ni memoria de su efímera aparición. Nadie notaría su falta, y si alguno me preguntase, respondería que la guardaba para el día de una gran victoria: suceso incierto y remoto... Al cabo, todos la habrían olvidado.

“V. E. tendrá su sistema –contesté, no sin amargura–, pero también diré con verdad que como hasta los indios sufren por el rey Fernando VII y los hacen padecer con los mismos aparatos que nosotros proclamamos la libertad, ni gustan oír nombre de Rey, ni se complacen con las mismas insignias con que los tiranizan. Puede V. E. hacer de mí lo que quiera, en el firme supuesto de que, hallándose mi conciencia tranquila, recibiré con resignación cualquier padecimiento, pues no será el primero que he sufrido por proceder con honradez y entusiasmo patriótico”.

A la distancia aprecio hoy el efecto que tuvieron en mí aquellos reproches. Por su causa empecé a perder la incondicional certidumbre del acierto del Gobierno. Como si un velo se hubiese descorrido, cada vez fue más visible para mí cuánto había de torpeza en la estrategia gubernamental, y qué ingrato papel tenía asignado en ella.

Pero si malas eran mis relaciones con quienes dirigían, no lo eran mejores con quienes debían obedecer. Desconfiaba el Gobierno de mí, y yo de mis subordinados. El blanco principal de mis sospechas era siempre Balcarce. Desde su puesto como jefe de vanguardia, en la Quebrada de Humahuaca, Balcarce

no cesaba de pedirme autorización para perseguir a las partidas que desprendía la vanguardia enemiga. Cuando al fin accedí, por ver en acción tamaño ardor guerrero, se limitó a avanzar unas pocas leguas y a enviarme un nuevo pedido de autorización, pero esta vez para retroceder, porque, según decía, estaba exponiéndose demasiado. Por aquellos tiempos corrió el rumor de que este jefe había transmitido a Pueyrredón, durante la retirada desde Potosí, un parte falso. No pude comprobar tal acusación, pero ella contribuyó a que perdiera la fe en sus comunicaciones.

Reconozco haberme dejado llevar por mi desconfianza. Sólo a causa de ella acepté, los oficios de cierto adulón con vocación de confidente, que iba y venía de la vanguardia trayendo chismes. Un día me informó de una conjura. Al parecer, había sorprendido a un grupo de oficiales planeando un motín. Los oficiales fueron detenidos e incomunicados; se labró rápido sumario, y al fin pudo comprobarse que todo el asunto se reducía a una estúpida broma entre hombres aburridos. Clausuré, el sumario desterrando a uno de los reos, causante de la confusión con su imprudencia, y dejé de prestar oídos a tales informes. ¡Pero debió haber sido mucha mi soledad, para que, siquiera por un momento, escuchase las maquinaciones de un intrigante!

Grande también era mi zozobra: como que la invasión se venía acercando día a día y nuestro Ejército tambaleaba, sin que hubiera conseguido, al menos, frenar a los desertores. No había juez, ni alcalde, ni quien los encontrara; en vano tomaba yo todas las medidas imaginables; en vano los amenazaba de fusilamiento —y los habría fusilado si hubiese tenido la fortuna de capturarlos—: nada, pero realmente nada, lograba adelantar. Resulta indecible lo que me costaba meter a esos hombres por vereda. Un día era un oficial sorprendido en un robo; otro día, un soldado que faltaba el respeto a su capitán delante de las tropas; ayer alguien había abandonado el servicio; hoy un jefe exponía a su compañía a la rebelión. Y estaba Balcarce en la vanguardia, blasonando de que él sólo acometería al enemigo, pero limitándose a inocuas correrías y a mostrar como rehén de guerra a un pobre viejo, pariente del marqués de Yaví; y estaba mi segundo Díaz Vélez, con sus desdeñosas reservas de veterano... ¿En quién apoyarme, no ya para discutir los detalles de un plan de campaña, que todavía no había logrado forjar, sino —sencillamente— para hacerlo partícipe de mis dudas y desalientos?

Apabullado por las responsabilidades, yo acechaba en todos los rostros la sombra de una traición y cometía algunas injusticias. Un día desairé duramente a un oficial oriental que mandaba una compañía de paisanos suyos, y que tenía una disputa personal con su superior. Celoso de las jerarquías como siempre he sido, di la razón al superior sin parar mientes en que el desairado era un héroe de anteriores sucesos en la Banda Septentrional, caudillo famoso, que había tomado el pueblo de Mercedes y realizado otros hechos de valor. Yo lo recordaba por haberlo tratado en su época de gloria. Con Artigas, había sido uno de los promotores de la insurrección contra los españoles de Montevideo, y ahora servía en mi Ejército junto a dos hermanos suyos, que lo seguían con fanatismo. Se llamaba Venancio Benavides. Evoco hoy su figura magnífica de guerrero: especie de gigante que sobresalía varias pulgadas de todos sus camaradas y sabía acometer fieramente al enemigo. A partir de ese entredicho, creo yo, Benavides cobijó un sordo rencor que lo llevaría más tarde a defecionar, poniendo en peligro la suerte del Ejército.

Así como podía equivocarme en la severidad, podía hacerlo también en las preferencias. Uno de los oficiales por quien sentía mayor inclinación era Manuel Dorrego. Apreciaba en él las buenas disposiciones militares, y confieso haberle dispensado un afecto, casi diría paternal, porque, si bien no era tanta la diferencia de edad, sí lo era la de temperamentos. Pero justamente por aquella época nacieron los amargos rencores que luego nos separarían.

En efecto, a poco de establecido el Cuartel en Jujuy, arribó el Barón de Hølemberg, alemán, aventurero, militar de escuela formado en Europa, y con notables conocimientos en el arma de artillería. Era un hombre arrogante y autoritario, defensor del orden militar más riguroso. Venía de Buenos Aires con el encargo de ayudar en la organización de la artillería. Desde la primera entrevista me dejó impresionado con sus graves conceptos. Le escandalizaba nuestra falta de disciplina, y como esa era también mi principal preocupación, no pude menos de congratularme de tenerlo a mi lado. Había servido en Ejércitos regulares y no en meras hordas de reclutas, y su fuerte personalidad parecía a propósito para satisfacer mis expectativas. Confieso que lo amé por sus cualidades, y en medio de mi penosa soledad, tuve la flaqueza de aferrarme a él como a una tabla de salvación. Yo, que hacía gala de republicanismo, que vestía como cualquiera de mis subordinados y ridiculizaba las prerrogativas nobiliarias, de pronto me encontré tolerando el título de Barón que ostentaba mi nuevo asistente. Comencé a prestar humilde oído a sus consejos, lo colmé

de honores, le di el rango de Comandante General de Artillería, y aún consentí en que se lo llamara Jefe de Estado Mayor, cuando ese título no existía en el Ejército. Tan elevado y orgulloso lucía el Barón, tan suficiente y seguro de su propio valer, que parecía casi natural esa preeminencia. Y era, por lo demás, activo y emprendedor. Sin pérdida de momento acometió la organización de la artillería, renovó el ramo de ingenieros, se encargó del parque y la maestranza, cooperó a la instrucción de la infantería y a habilitar el pobre armamento disponible, y dirigió el fundido de cañones, obuses y morteros, duplicando en poco tiempo el poder de la artillería. Era competente; no descansaba; llevaba la disciplina a extremos de rigor; vigilaba las obligaciones ajenas: poseía, en suma, las características necesarias para hacerse odioso a todo el mundo.

Pronto nació un partido de oposición al extranjero. Muchos eran los oficiales que se sentían agraviados por sus prerrogativas. Dorrego soñaba con una facción adicta, que le permitiera armarse una situación de poder: la oportunidad era inmejorable. Exaltado a caudillo, se dedicó a alimentar el rencor contra su rival. Pienso que en tal actitud tuvo una buena parte el juzgarse reemplazado en mi confianza por un advenedizo. Y como quiera que yo, para hacer valer mi autoridad, respaldase a Hølemberg contra la facción que lo atacaba, las iras de Dorrego se volvieron también contra mí.

Todo esto ocurría en aquel período de incertidumbre que medió entre la caída de Cochabamba y el comienzo de la invasión enemiga. Mientras Goyeneche ultimaba los preparativos para llevarla a cabo, no pasaba día sin que yo, poseído de crecientes temores, buscara refugio en la oración. Quería convencerme de que Dios me acompañaba, no por mí, sino por la justicia de nuestra causa. Las dudas eran graves; sufría también mi salud; y aunque aquellas plegarias no diesen respuesta a tantas preguntas como yo me hacía, al menos sí consuelo, que es más de lo que ordinariamente tienen los hombres.

Hacia el mes de julio de 1812 ocurrió lo temido. Fue un grave momento para la Revolución. Todos los frentes de lucha, multiplicando peligros, se mostraron adversos, sin que se divisara salida a tanto infortunio combinado. En la Banda Septentrional, la presencia de tropas portuguesas constituía una amenaza encubierta; en Buenos Aires, una oscura conspiración de españoles, acaudillados por el fanático Martín de Álzaga, intentaba deponer a las autori-

dades; y en Jujuy, donde yo luchaba con mis imposibilidades, rumores aciagos empezaban a difundirse.

A mediados de ese fatídico mes tuve aviso de que el enemigo había reforzado su vanguardia en Suipacha; las avanzadas realistas batían el campo hasta La Quiaca con creciente audacia. ¿Qué anunciaban esas operaciones? ¿Habría llegado la hora de emprender la retirada? ¿Tendríamos que abandonar esos pueblos al enemigo, sin intentar una resistencia honrosa?

Era cierto que en la acción se vería la efectividad de mis trabajos. Pero ¿cuáles eran los elementos con que contaba? Apenas 1.300 hombres mal instruidos y peor armados para resistir a un enemigo varias veces superior en número, armas y disciplina.

He de decir que tengo una singular cualidad de carácter, no sé si beneficiosa o perjudicial. La espera me atormenta; la responsabilidad de tomar la iniciativa me llena de inquietudes; pero una vez que ha sonado la hora y los acontecimientos ya no dependen de mis resoluciones, me vuelvo obstinado y frío. Tras la mortal incertidumbre de meses, ahora veía los aprestos de la invasión con una especie de alivio.

Pese a las instrucciones, hallaba muy doloroso, muy contrario a la opinión y muy nocivo al espíritu público el tener que retroceder, con la consiguiente pérdida de intereses y ocasión de perjuicios a esos pueblos, que renovarían sus odios, si es que estaban amortiguados, o los aumentarían al ver que los porteños sólo habíamos ido a exponerlos al desastre, dejándolos sin auxilio en manos de los enemigos.

Desde hacía algún tiempo las noticias de Cochabamba estaban bloqueadas, pero el rumor de un trágico desenlace había superado el cerco realista y ya llegaba a Jujuy, traído por esa misteriosa red de propagación que, de boca en boca, a través las inmensas distancias de nuestro continente, va difundiendo el eco de los sucesos lejanos. Era un rumor impersonal; nadie podía dar cuenta de su origen, ni explicar cuándo y cómo Cochabamba había caído. Sin embargo, parte de las fuerzas salvadas del desastre venían huyendo por el camino del Despoblado, lastimosas, abatidas, cubiertas de luto, en busca de la protección de nuestro Ejército; y al fin, hacia los últimos días de julio, recibí de sus emisarios la confirmación de mis sospechas. Cochabamba había caído y los realistas avanzaban con el designio de ocupar Salta.

Repasé los expedientes que se nos ofrecían. Si había de resistir, era preciso contener o retrasar la invasión para reunir mayores tropas. Pero, ¿cómo hacerlo ahora, cuando en los meses anteriores no había podido? Llamé al Barón de Hølemberg. ¿Qué podía decirme de la artillería? Que estaba acelerando el fundido de los cañones. ¿Y el resto del armamento? De Buenos Aires venía, por fin, un pequeño auxilio de 400 fusiles. Era ya algo. Llamé también a Díaz Vélez con la idea de enviarlo al Alto Perú, a Chayanta, donde aún permanecía en pie la insurrección; le confiaría 100 de mis mejores hombres. Pero aún para equipar esa diminuta fuerza hube de toparme con todo género de dificultades: al cabo, no me quedó más remedio que desistir de ese propósito, contentándome con enviar al capitán Zelaya al frente de una partida, para que protegiera la migración de los cochabambinos.

Ceder terreno, entregar las ciudades al enemigo, evitar batalla... Lo amargo de esa misión me obsesionaba. Y sin embargo, tales eran las órdenes, tal lo que aconsejaba la prudencia, y tal, en fin, la comisión que yo mismo había aceptado al asumir la jefatura. En los pocos momentos de soledad, cuando mi cerebro trabajaba más tercamente, acudía a mí una pertinaz imagen. Eran evocaciones del Paraguay. A dicha campaña se reducía toda mi experiencia militar, y era inevitable que apelara a ella en busca de guía.

Yo recordaba la amarga sorpresa que había tenido al comprobar, ya en tierra paraguaya, la falsedad de nuestros informes. La población, supuestamente adicta, nos fue francamente hostil. Esta circunstancia se me había hecho patente nada más pisar aquel infortunado territorio y ver frente a nosotros leguas y más leguas de desolación, campos arrasados o aldeas vacías. Hasta las chozas más miserables estaban desnudas, sin que hubiera dónde tomar recursos: ni cosechas ni ganados, sino sólo montes insalubres y extensiones desiertas. Así nos habían vencido los paraguayos: retirándose, confiando al clima, a la distancia y a la misma tierra la labor de destruirnos.

Esta era la imagen que acudía a mis pensamientos. Yo había probado en carne propia la efectividad de aquel recurso pasivo que tenían los pueblos. Una retirada no siempre es una fuga: puede revestir un carácter militante, empeinado y sordamente fatal. ¿Por qué no intentar con los realistas, en Jujuy, lo que habían hecho conmigo los paraguayos?

Pero tampoco quería engañarme. Las gentes de aquí no se mostraban afectas a la Revolución; carecían del entusiasmo para dejar atrás hogares y

haciendas, negocios y comodidades, y sumarse a una aventura que les parecía ajena. Acaso no era que prefirieran a los realistas: acaso sólo se trataba de pueblos indiferentes, que confiaban aún evadirse de esa gigantesca lucha, reduciendo al mínimo los inevitables perjuicios y contemplando resignados el paso de los Ejércitos, ora porteños, ora peruanos, ya defensores de la Libertad, ya paladines del Rey. Unos y otros traían cargas, pesares, violencias. ¿A qué arriesgarse a tomar partido? ¿Los supuestos libertadores les habíamos dado, acaso, mayor felicidad?

El ardor por una causa no nace de la nada. ¡Cuántos años de prédica subterránea había demandado el hacerlo madurar en Buenos Aires! Y de lo que menos disponía yo era de tiempo.

Mientras me entregaba a estos pensamientos, tuve una inspiración crucial, que fijó el rumbo ulterior de aquella guerra. Si esos pueblos no se decidían por ellos mismos, aún restaba la posibilidad de obligarlos. Aún tenía en mis manos, tal vez, las palancas para arrancarlos de su apatía, poniéndolos en situación tal que no pudiesen soñar con mantenerse al margen. Si la persuasión no era viable, aún podía serlo la fuerza.

Con nerviosa mano me apresté a redactar un documento. Mucho lo medité, sabiendo que quizás me exponía a una sublevación. Era un expediente arriesgado, pero tampoco hallaba otro, y en mi intimidad quería abrigar una esperanza. Daría un golpe de autoridad tan brusco que acaso sacudiera para siempre a esos pueblos de su modorra exasperante.

El 29 de julio Jujuy acusó mi golpe. Los hombres prominentes estaban tan perplejos como los oscuros vecinos; las corporaciones deliberaban; las comadres susurraban en los umbrales de las casas; todos buscaban la opinión de todos, sin que nadie supiera a qué atenerse; y no eran pocos lo que se preguntaban si debían tomar en serio las noticias, o sólo sería el paso en falso de un general acorralado. ¡Bien recuerdo aquel estupor!

Era la Revolución, que llegaba por fin a ellos con toda su energía. La Revolución: esa palabreja abstrusa por la cual los hombres mataban o morían en el Alto Perú, en la Banda Septentrional y en otros puntos distantes de América; esa palabreja que arrastraba ejércitos a favor o en contra, cuyas tropas

exaltadas habían visto pasar los jujeños hasta entonces, como un espectáculo extraño en la monotonía de sus vidas. Era la Historia que golpeaba a sus puertas; que iba a buscarlos a la intimidad de sus alcobas, la mansedumbre de sus patios, los mostradores de sus tiendas, sin dejarles un refugio donde rehuir su llamada.

Un desconcertante bando acababa de aparecer con mi firma, ordenando la retirada en masa de la población. Todos debían seguir al Ejército en su marcha hacia el Sur. Abandonarían residencias, asuntos y posesiones. Hacendados, comerciantes y labradores debían retirar sus ganados, géneros y cosechas; nada quedaría al enemigo. Ningún arma blanca, de chispa o munición: cada cual llevaría consigo las que tuviese o pudiese adquirir, porque todos, acaso, tendrían que usarlas. El pueblo entero se hallaba desde entonces incorporado al Ejército y unido a su destino.

Los vecinos dudaron. Ellos eran ciudadanos pacíficos: la guerra no les incumbía; la Revolución era un hecho remoto que sucedía en Buenos Aires; ni la habían llamado ni estaban dispuestos a entregarle pertenencias y vidas. ¿Cómo podía involucrarlos?

Pero yo podía porque disponía de la fuerza. Podía porque había acompañado mi bando de una amenaza brutal. El que no obedeciera sería pasado por las armas.

Era una disposición tiránica, pero las circunstancias la hacían necesaria. ¡Y cómo debí oír, entonces y luego, de patriotas y enemigos, las críticas más duras por haberla adoptado! Cada ciudadano debería decidir de una vez por todas si estaba o no por la causa de la patria; si prefería o no el yugo español; si iría a la muerte por uno u otro de los bandos en disputa. No había distinciones: ricos y pobres; ilustres y desconocidos; poderosos e infelices; prelados, doctores, jornaleros, vagabundos; todas las clases de la sociedad; todos los individuos de la población. Y, por descabellada que a muchos pudiera parecer mi orden, dudo que dejaran de tomarla en serio: tales son los beneficios de no faltar jamás a las promesas.

“Llegó la hora —decía el bando— en que manifestéis vuestro heroísmo y vengáis a reuniros al Ejército a mi mando, si como aseguráis queréis ser libres. Entended que al que se encontrase fuera de las guardias avanzadas del Ejército, en todos los puntos en que las hay, o que intente pasar sin un pasaporte, será pasado por las armas inmediatamente, sin forma alguna de proceso. Que

igual pena sufrirá aquel que por sus conversaciones o por sus hechos atentase contra la causa sagrada de la patria, sea de la clase, estado o condición que fuere. Que los que inspirasen desaliento, estén revestidos del carácter que estuvieren, serán igualmente pasados por las armas, con sólo la deposición de dos testigos”.

Todos los que a mi primera orden no estuviesen prontos a marchar y no lo efectuasen con la mayor escrupulosidad serían considerados traidores y tratados como tales.

“No espero que haya uno solo que me dé lugar para poner en ejecución las referidas penas –concluía–, pues los verdaderos hijos de la patria me prometo que se empeñarán en ayudarme, como amantes de tan digna madre, y los desnaturalizados obedecerán ciegamente y ocultarán sus inicuas intenciones. Mas si así no fuese, sabed que se acabaron las consideraciones y nada será bastante para que deje de cumplir lo dispuesto”.

Los lectores de estas palabras comprendieron que no era prudente manifestar opiniones en público; las corporaciones, que deseaban protestar, no sabían cómo hacerlo sin incurrir en falta. Yo esperaba ansioso sus reclamos, decidido a acallarlos con energía: había arriesgado una jugada difícil, que dependía de mi resolución. Al fin el Consulado, en representación de los comerciantes, se atrevió a formular una queja. ¡Siempre son los pudientes los que llorisquean! Los pobres aceptan bien o mal los sacrificios por el bien común, pero los pudientes sólo saben defender sus negocios.

“La providencia de que Uds. reclaman –los amenacé– se ha de llevar a ejecución venciendo los imposibles mismos”.

También el Cabildo me hizo llegar una reclamación, a la cual respondí que no buscaba plata con mis providencias, sino el bien de la patria y la seguridad pública.

“Ayúdenme –les dije–, tomen conmigo esta empresa, y eleven los espíritus, que, sin que sea una fanfarronada, el tirano morderá el polvo con todos sus satélites”.

Tales réplicas causaron la impresión buscada, pero no aliviaron mis incertidumbres. Podía suceder que lejos de emigrar en masa, la población se sublevara en masa para resistirme. ¿Los fusilaría a todos? Mi intuición me indicaba que ese bando tendría otros frutos.

Y en los días que siguieron pude comprobar un repentino cambio en Jujuy. Las murmuraciones cesaron; las dudas desaparecieron; todo era preparativos y actividad callada; no hubo nuevas protestas; y hasta quise encontrar en los hechos más sencillos –en el alboroto de las calles, en el continuo transitar de las carretas, en el silencio expectante de las noches– los indicios de un tardío despertar.

El pueblo se plegaba ahora a mis propósitos. Fuese la bandera enarbolada el 25 de mayo, fuesen los esfuerzos de tantos días, fuese la energía demostrada con el bando: lo cierto era que había conseguido tocar las fibras dormidas de las gentes. ¡Ya podía caer sobre nosotros Goyeneche con su ejército liberticida: yo, mi Ejército y aquellos asombrados vecinos sabríamos cómo recibirlo!

AGOSTO DE 1812

Hasta aquí mis recuerdos avanzaron insensiblemente; pero ahora empieza a serme difícil proseguir. En la memoria se agitan multitud de impresiones sepultadas por los años, muchas de ellas penosas, y no es grato a estos ojos cansados volver a contemplar el horror de las batallas.

Era ya agosto, y la guerra dejaba de ser una amenaza para convertirse en un hecho. La vanguardia realista en Suipacha, que mandaba el primo de Goyeneche, don Pío Tristán, había recibido considerables refuerzos. Contaba para entonces tres mil quinientos hombres de línea y diez cañones de montaña. Goyeneche deseaba invadir sin pérdida de tiempo, y creyendo que esas fuerzas bastaban, ordenó a Tristán avanzar con amplias facultades. Entretanto, él permanecería como retaguardia en el Alto Perú.

Desde Lima, el Virrey Abascal le había aconsejado posesionarse de Salta como punto estratégico y adelantar destacamentos hasta el río Pasaje, para avanzar sobre Tucumán, estrechando a Buenos Aires de tal modo –pensaba– que dentro de poco tiempo no le quedarían recursos para mantener dos mil hombres. En cuanto a auxilios materiales, el Virrey opinaba que Salta y Tucumán eran ricas y, por lo mismo, era razonable y justo que pagasen lo que habían hecho gastar. Esto significaba confiscaciones, tributos y despojos a los habitantes.

Desde Suipacha Tristán miraba sin aprensiones su misión. Aún sin conocer el número exacto de nuestras fuerzas, sabía que difícilmente podríamos hacerle frente, debiendo replegarnos tan pronto como empezara a avanzar. Su único cuidado era no destacar partidas que pudieran ser emboscadas. En cuanto a las poblaciones, habilidad y rigor bastarían para controlarlas.

Según más tarde pude averiguar, y entonces sospechaba, los planes de Tristán consistían en ocupar sucesivamente las ciudades principales, persiguiéndonos y hostilizándonos en el camino. Confiaba en que la desmoraliza-

ción, la deserción y la indisciplina causaran a nuestras filas mayores estragos que las balas de los cañones. Lejos estaba de pensar en batallas.

Con esta disposición y esta confianza, el 1 de agosto de 1812 ordenó a sus tropas iniciar la marcha sobre las provincias bajas, no sin antes haber adelantado una fuerte vanguardia de 800 hombres, al mando del coronel Huici, a fin de reconocer y despejar el camino.

Por singular que pueda parecer, mi nuevo adversario y yo habíamos sido amigos en España, en tiempos ya remotos.

Jóvenes, inexpertos, perdidos en la vida peninsular –tan diferente de las pequeñas villas coloniales de que proveníamos–, era natural que trabáramos amistad al conocernos en la metrópoli. Muchas eran las cosas ocurridas desde entonces. Y los caprichos de la vida querían que ahora volviésemos a encontrarnos, no como viejos camaradas de juventud, sino como generales al mando de Ejércitos enemigos.

Don Juan Pío de Tristán y Moscoso nació en Arequipa unos tres años después que yo en Buenos Aires. Pero nuestros destinos resultaron divergentes. Desde aquel lejano encuentro en España, ya nada en común volvió a unirnos. Mientras que yo estudiaba y adhería a las nuevas ideas, él se volcaba a la carrera de las armas. Al tiempo de hacerme cargo de la secretaría del Consulado en Buenos Aires, Pío Tristán combatía a las órdenes del General Ricardos en la guerra del Rosellón. Yo, años después, participaba de una Revolución contra España; Pío Tristán se ponía al servicio de las autoridades españolas para sofocar esa misma Revolución, bajo las órdenes de su primo. Y ahora, en 1812, los azares de nuestras respectivas carreras nos llevaban a enfrentarnos, porque los extraños senderos de mi vida me habían traído a Jujuy, donde me aprestaba a recibir la invasión del Ejército a su mando.

Recordaba yo a mi adversario como un joven altivo, nada cobarde, jactancioso sin dejar de ser cortés. Era un típico hombre de armas, que soñaba con hazañas guerreras, y ya en su mocedad tenía fama de valiente. Su carrera posterior había sido correcta. Yo ignoraba si los años transcurridos habían agregado a su coraje la cuota necesaria de prudencia, o si simplemente se trataba de un rutinero, como por entonces abundaban en América.

Tristán, por su parte, debía recordarme como lo que fui en mi estadía en España: un muchacho estudioso y cordial, desafecto a las armas, contrario a la costumbre del duelo y a las violencias. Según me confesó más tarde, no le cabía en la cabeza verme ahora de General. Había sabido de mis acciones en el Paraguay, pero, por el resultado, no podía juzgar que fuera yo otra cosa que un improvisado

“Es un buen hombre –decía a los suyos– pero no pasa de ser un abogado. Más me preocupan sus lugartenientes, que tengo entendido son militares verdaderos”.

Dudo que Tristán pudiese siquiera concebir el cambio que había sufrido aquel tímido jovencito de otros tiempos. No porque fuese yo otra cosa que un abogado, como él decía, sino porque las circunstancias me habían endurecido y la conciencia del deber había despertado en mí una voluntad desconocida, supliendo con ella lo que me faltaba de vocación y conocimientos.

Íbamos a enfrentarnos, pues, dos hombres opuestos, no sólo por los lugares que ocupábamos sino también por nuestras maneras de entender el mundo. De un lado, el general realista, arrogante por los triunfos de sus armas, audaz y no carente de inteligencia, pero más voluntarioso que reflexivo, quien, apoyado en la superioridad numérica, anticipaba ya en su pensamiento una victoria segura. De otro lado, yo, curtido en la derrota, hombre de sentencias más que de obras, pacífico por convencimiento y carácter, pero arrojado a un destino de luchas que me obligaba a triunfar primero de mí mismo para enfrentar después a nuestros verdugos. En nuestras manos estaban por el momento los destinos de aquella guerra. Sólo el campo de batalla decidiría a favor de uno u otro.

Dispuesto el tablero de este modo, estaba ya iniciada la partida; sólo que en lugar de trebejos impasibles a su destino, nosotros moveríamos voluntades humanas, y con cada jugada arriesgaríamos vidas de hombres.

El juego de la guerra no consistía en otra cosa. Había que estudiar con frialdad las posiciones, tratando de descubrir las debilidades del adversario y previniendo las propias. Cualquier movimiento mal efectuado podía derivar en el desastre: un alfil expuesto, una torre en la columna equivocada, una dama demasiado pasiva podían conjugarse para el fracaso, de un modo apenas per-

ceptible, pero fatal. A veces convenía ofrecer un cebo, y entonces un puñado de hombres se enviaban al sacrificio, como se sacrifica un peón para obtener del adversario una jugada imprudente. A veces el secreto del éxito radicaba en enmarañarlo todo, de manera que las piezas contrarias quedaran atezadas e inmóviles. Y otras veces, la inferioridad propia podía compensarse con una ofensiva audaz, que no diera tiempo al enemigo para atacar a su vez.

Las circunstancias me aconsejaban el retroceso, y así lo tenía ordenado. Pero yo quería disputar cada palmo de suelo con honor. En tal caso, lo más conveniente hubiese sido reconcentrar toda mi fuerza, y este fue mi primer pensamiento; pero llevado de la obstinación en no abandonar Jujuy hasta el último momento, tanto por no dar muestras de debilidad cuanto para organizar mejor la retirada de la población, hube de cometer un error que podía costarnos caro. Dispuse que nuestra vanguardia de Humahuaca defendiera esa posición, en donde no podría auxiliarla si el enemigo caía sobre ella.

Balcarce —mi imparcialidad no puede menos que reconocerlo— había hecho trabajos importantes en la Quebrada, reclutando a los nativos y organizando los primeros esbozos de lo que luego sería la gloriosa caballería gaucha: esa caballería imparable, impredecible, maestra en el arte de la sorpresa, que llegaría a enloquecer a los realistas atacándolos como un relámpago, cobrando varios muertos y perdiéndose otra vez en la espesura de los montes o en los accidentados cerros. También había fortificado puntos estratégicos. Pero aún así distaba de poder resistir seriamente al invasor.

Sólo un error paralelo de Tristán nos salvó de un contraste. En vez de cargar con todo su Ejército, se limitó a adelantar una columna de 700 hombres. Balcarce avisó de estos movimientos, y yo, temiendo que se tratara de un parte falso como el que, decían, ese oficial había remitido anteriormente a Pueyrredón, decidí relevarlo, enviando en su reemplazo a Díaz Vélez, con el encargo de avanzar una columna de 300 hombres para hostilizar a los realistas por los flancos y retrasar sus marchas.

En Jujuy, la inmediatez del enemigo había desatado una fiebre de actividad. Vigilaba yo personalmente los preparativos de la retirada, la fundición de los cañones, el retiro de archivos y bienes del Estado, ganados y cabalgaduras, la organización del convoy que seguiría al Ejército, la disciplina de las tropas y el armamento, con un despliegue de energía que hoy, vencido por la edad, se me antoja casi inconcebible.

Ya nadie resistía la emigración; los hombres reunían y preparaban todas las armas disponibles, y las mujeres ayudaban construyendo cartuchos para los fusiles. Y si hasta entonces nos había sido imposible reclutar un solo voluntario, ahora podía yo vanagloriarme de tener un nuevo cuerpo de caballería formado con los jóvenes que emigraban, a los que bauticé “Decididos”: estos es, resueltos por fin a defender la libertad.

Esos días pasaron con una vertiginosidad de que yo mismo no dejaba de sorprenderme. Los acontecimientos se precipitaban, devolviéndome la energía y la fe que muchas veces me habían faltado. Las horas que debía dedicar al sueño se me antojaban un derroche, y dormía con remordimientos.

Recuerdo hoy una escena singular, que debió haberme afectado muy profundamente para que permanezca con tanta vivacidad en mi memoria. Balcarce, relevado del mando de la vanguardia, se presentó en mi despacho pidiendo tener conferencia conmigo. Lo recibí e invité a exponer los motivos de su petición.

“Tengo derecho a saber por qué se me ha reemplazado”, dijo.

Lo oí con sorpresa, y duramente le contesté:

“Me extraña, coronel. Ni Usted tiene ese derecho, ni yo obligación de rendirle cuentas”.

Balcarce hizo un gesto de asentimiento, pero añadió:

“Señor: no me deje pensar que se ampara Ud. en su autoridad para eludir un reclamo justo”.

Tales palabras terminaron de indignarme. Era tan precaria la disciplina de aquellos primeros ejércitos, que escenas como la que describo tenían lugar con mucha más frecuencia de la que podría suponerse. Poniéndome de pie, le dije:

“No me interesa lo que Usted piense. Si quiere saber por qué lo reemplacé, le diré que no me inspiraban confianza sus informes. Y en cuanto a mi autoridad, lo eximo por un minuto de todo miramiento: dígame lo que tenga que decir”.

“Bien –comenzó, enrojeciéndose de ira–: recojo su invitación. Ha dicho que no me tiene confianza: ¿querrá tal vez tacharme de cobarde? Sin embargo, muchos conocen aquí los planes de Usted y de sus amigos del Gobierno, y afirman que no ha venido con voluntad de combatir, sino de llevarnos en retirada hasta Córdoba”.

Tuve un impulso violento al oír aquellas palabras, pero, recordando la licencia que yo mismo había otorgado, me contuve. Muy fiera debió ser la expresión de mi rostro, porque Balcarce enmudeció. Haciendo un gran esfuerzo, hablé sin estallar:

“Pues diga a los infames que pregonan esas cosas, que preparen sus pechos y no sus lenguas, porque pronto tendrán ocasión de demostrar su valentía”.

Se retiró Balcarce saludando rígidamente, y yo me quedé solo y mortificado por largo rato.

En medio de los peligros que se cernían, un triste suceso vino a tornar aún más riesgosa la situación.

Quién sabe qué incomprensible ambigüedad de la naturaleza humana puede hacer de un hombre a la vez un héroe y un traidor. Venancio Benavidez, el caudillo oriental, había sido lo uno, y estaba por ser también lo otro.

Campeón de la libertad en la Banda Septentrional, poseedor de justa fama por los actos de arrojo que había protagonizado, su personalidad y figura parecían a propósito para hacerlo destacar del común. ¿Por qué, entonces, cambiaría ahora de bando, poniéndose al servicio de una causa odiosa? ¿Por qué traicionaría a sus compañeros y mancharía para siempre su reputación? ¿Por los treinta dineros de Judas? Sólo Dios Todopoderoso vislumbra en el oscuro interior de las almas.

Aunque las consecuencias de una traición puedan ser grandes, la traición en sí constituye un acto muy pequeño, que, como tal, sólo puede tener motivaciones pequeñas. Acaso Benavides no era más que un aventurero, un violento sin ideales, enamorado de la acción, a quien daba lo mismo la libertad que el Rey; acaso, sintiéndose agraviado por las desavenencias que mantenía con su jefe inmediato, o herido por mi desaire, llevó su despecho al extremo de defecionar. Nunca lo supe, ni quise descubrirlo. El caso es que en el momento más crítico, cuando ya la invasión estaba en marcha, se pasó al enemigo arrastrando tras de sí a uno de sus hermanos y a los otros hombres que venían con él desde la Banda Septentrional.

Una traición es un lance vulgar de la guerra, y no hubiera tenido mayores efectos en otras circunstancias; pero ignorante Tristán del estado de nuestras fuerzas, Benavidez no halló mejor forma de probar su sinceridad que presentarle un informe completo del número de hombres, las posiciones, el armamento. Tristán se sorprendió al conocer nuestra casi raquítica debilidad, aunque algo suponía de ella. Ahora sabía que con nuestros escasos efectivos, unos pocos fusiles y cartuchos para breves horas de fuego graneado, le resultaba innecesaria la cautela. Ordenó acelerar las marchas para acorralarnos y destruirnos de un solo golpe. Sus tropas avanzaron tan fogosamente que Díaz Vélez, no teniendo más remedio que franquear el paso de la Quebrada, se replegó sin lucha.

Esta ofensiva nos obligaba a abandonar Jujuy en apretadas condiciones. No sin amargura di la orden de retirada hasta Tucumán. En el camino se resolverían los futuros cursos de acción: por el momento no era dado pensar en otra cosa.

Difícilto que la noche anterior a nuestra partida muchos pudieran dormir en Jujuy, como que al día siguiente marcharían dejando atrás hogares y bienes, hábitos y recuerdos. Fue una noche ansiosa y grave. Incesantes patrullas recorrían las calles; en las casas había mudas señales de actividad; las carretas continuaban cargando; mensajeros apresurados cruzaban la sombra a todo galope. En mi Cuartel, yo descansaba menos que ninguno, pues los preparativos distaban de hallarse ultimados; el bando no se había podido aplicar en toda su extensión, y los cañones fundidos aún se enfriaban. Recién el día anterior el barón de Hølemberg pudo informarme que acababan de salir de los hornos cuatro culebrinas de bronce, tres de ellas perfectas. Y, entretanto, ya el enemigo venía sobre la ciudad, con el propósito de cortar la retirada: Díaz Vélez mandaba a avisar que estaban a muy pocas leguas, pisándole los talones.

Amaneció el 23 de agosto de 1812. La ciudad presentaba un aspecto extraño y agitado; la fría luz de aquella madrugada invernal acentuaba la impresión de melancolía que se había adueñado de todos. En medio de una incesante actividad, tomé las últimas disposiciones. Luego me hice un alto para responder al oficio que desde Buenos Aires acababa de llegarme, rebosante de incomprensión. El Gobierno me había ordenado llevar a cabo la retirada sin dejar al enemigo nada de utilidad; pero ahora, contradiciéndose, reprobaba mi bando y aconsejaba no violentar a los pobladores. “Más vale –decía– sufrir un

pequeño mal que resulte de las consideraciones a los pueblos hermanos, que exponernos a los resultados del disgusto y de la indignación de los hombres que deben formar parte de nuestra gran familia.” ¿Cómo, sino con una invencible perplejidad, pude yo leer semejantes líneas? Estaba visto que nunca conseguiría satisfacer las expectativas gubernamentales; un día se me reprochaba desobediencia y al siguiente exceso de celo. Repliqué con fatiga, justificando mis medidas con las instrucciones que el propio Gobierno me había dado. Las circunstancias impedían actuar con blandura: nada se adelantaría pensando en contemporar.

Pero no tenía sentido perder tiempo en explicaciones; ya la resolución estaba tomada; a las cinco de la tarde presencié la salida del grueso de nuestras columnas por el camino de las Postas, y poco después, una división de 200 hombres, que antes había estado en la vanguardia y ahora quedaba en retaguardia, salió también de la ciudad. Solamente permanecieron conmigo en San Salvador de Jujuy, todavía unas horas, un grupo de ayudantes y oficiales, y las tropas que al mando del capitán Zelaya quedarían para demorar al enemigo. La retirada, ese ingrato paso, ya estaba en marcha, y aunque había sido mi decisión la que fijara su principio, solamente la Divina Providencia podía saber cuándo y cómo terminaría.

La noche había caído. En las calles vacías soplaban un frío viento invernal, mientras las recorrían lastimeramente algunos perros abandonados. Las casas estaban cerradas, los almacenes vacíos, la plaza muerta, el ayuntamiento sumido en una penumbra fantasmagórica. Yo ajustaba los últimos detalles y preparaba mi partida. Se hizo la medianoche. Minutos después montaba ya mi caballo y cruzaba presuroso los arrabales. Todo era negrura y tristeza a mi alrededor.

Así anduve muchas leguas en la impenetrable sombra, sintiendo una fuerte desazón por no haberme sido posible organizar ninguna resistencia. La superioridad del enemigo era arrolladora e inevitable la retirada, pero ello no me consolaba; y la acusación de Balcarce seguía flotando en mi ánimo.

¿Y dónde estaba mi Ejército que no lograba alcanzarlo? ¿Tanto se habría alejado, a pesar de ir a pie, rodeado de carretas, ganados y familias? Por fin divisé a mis fuerzas, que ofrecían un espectáculo estremecedor, marchando en compacto silencio a través de la noche. Sólo se oían las órdenes aisladas de los oficiales y el acompasado susurro de los pasos. Cruzábamos un país arrasado:

la hacienda ausente, las sementeras destruidas, las acequias borradas, y hasta las chozas más humildes despojadas de habitantes y enseres. Todo había sido retirado en los días previos, o lo llevaba consigo el Ejército como un gigantesco lastre que tornaba aún más dificultosa su movilidad; y cuando llegaban a descubrirse bienes o provisiones no retirados, se daban sin vacilación a las llamas, quedando las hogueras humeantes al costado del camino.

Pocas horas después de abandonada Jujuy, los realistas entraron en ella pisándonos los talones. No sospechaban lo que encontrarían. ¿Dónde estaban los habitantes, dónde los recursos, dónde los numerosos partidarios del Rey de que hablaban los informes? La vanguardia se había posesionado de un pueblo fantasma. Al avanzar, se toparon al fin con las tropas del capitán Zelaya que yo había dejado con orden de retrasarlos. Se abrió el fuego y, tras breve intercambio, Zelaya dispuso replegarse ordenadamente, sin pérdidas. Esas fueron las primeras balas de campaña. Pero las otras avanzadas que cubrían sus flancos cayeron en poder de los realistas, perdiéndose siete oficiales. Eran también los primeros prisioneros.

Un emisario me informó de la llegada del enemigo a Jujuy. Para esto, tras una marcha ininterrumpida durante toda la noche, sin instantes de reposo, el Ejército patriota había dejado atrás cerca de diez leguas. En vista de la proximidad del enemigo, mandé reforzar la retaguardia, que conducía Díaz Vélez, con dos piezas de artillería y alguna caballería adicional.

La retirada prosiguió en medio de penalidades crecientes. El agua y los alimentos debían ser rigurosamente racionados. Los emigrantes padecían en silencio. Con cada legua, mayor era el cansancio, el sueño y la desmoralización. La retaguardia luchaba sin cuartel contra el enemigo, que salía ya en nuestra persecución. Díaz Vélez desprendió varios piquetes para iniciar una guerra de guerrillas contra los flancos realistas. Día y noche, los hombres de la retaguardia hacían correrías, se retiraban, volvían a aparecer, disparaban unos tiros, herían algunos enemigos o eran heridos por ellos, y volvían a retirarse. Así iban demorando el avance realista.

Otras diez leguas avanzamos en estas condiciones. Nadie se atrevía a manifestar la menor inquietud: yo había advertido que quien lo hiciera sería pasado por las armas. Un oficial vino a anunciarme que acababan de descubrirse dos gruesos cargamentos de tabaco.

“Quemadlos a la vista de todos”, ordené. Ardieron las carretas en medio de un humo espeso, y los soldados y emigrantes se entretuvieron brevemente con su contemplación.

En esos momentos era indispensable que diera muestras de la mayor diligencia y firmeza frente a la desmoralización que cundía. Acicateando a los hombres, alentando a los fatigados, reprendiendo a los temerosos, castigando las faltas: así mantenía el orden y la disciplina. Dominaba cada gesto para que no se traslucieran mis preocupaciones: y sin embargo tenía sobrados motivos para temer. El enemigo estaba demasiado próximo; la marcha se tornaba más ardua, y cualquier traspíe podía ser fatal. Nadie había podido informarme con exactitud si quienes nos perseguían eran la totalidad de las fuerzas realistas o su vanguardia. En el primer caso, bastaría cualquier demora para que Tristán nos diera alcance y nos obligara a presentar una batalla perdida desde antes de comenzar. Y aunque la fatiga me dominase, y aunque me sintiese en extremo débil por la incapacidad de retener alimentos, me esforzaba por disfrazar mis aprensiones bajo una apariencia invariable de serenidad y compostura.

Pero entonces ocurrió un revés que vino a acentuar el desánimo de las tropas.

Nos hallábamos en Cabeza de Buey, distante más de veinte leguas de Jujuy, y la retaguardia mandada por Díaz Vélez, tres leguas más atrás, aguardando al enemigo en Cobos.

De pronto aparecieron fuerzas realistas, y cargaron decididamente sobre los hombres de Díaz Vélez; se abrió el fuego, y la humareda se espesó entre ambas líneas. Quisieron los nuestros mantenerse, pero era tal la superioridad de sus atacantes que al fin debieron ceder.

Ya parecía que toda la retaguardia se perdía, cuando supe lo que estaba ocurriendo. Mandé en su auxilio al cuerpo de reserva, que desplegó en batalla para hacer frente a lo que viniera. Por gracia de Dios, los agresores no debían ser más que una partida: el cuerpo de reserva logró contenerlos, salvando a sus compañeros casi de milagro. Muchos hombres se perdieron, entre ellos varios oficiales, que los realistas remitieron prisioneros a Potosí.

Quiero referir aquí lo que sucedió a uno de esos oficiales capturados, según muchos meses más tarde llegué a saber; y lo consigno como muestra del carácter religioso que había asumido aquel conflicto. Se llamaba Escobar, y como en tiempos de la primera expedición al Alto Perú cometiera un acto de impiedad, arrancando una cruz en Chuquisaca, estaba marcado por hereje: la Inquisición se hizo cargo de él al llegar cautivo a Potosí. Agotado y enfermo, fue un día sacado de la cárcel y conducido frente al célebre Tribunal, que lo esperaba con majestuosa ceremonia. “Expresa el reo su profesión de fe”, le ordenaron. Escobar, valeroso soldado, a quien nadie había visto cejar en batalla, sintió un pavor invencible en presencia de aquella autoridad, no pudiendo articular una sílaba. Le ordenaron recitar el credo. El infeliz sudaba y temblaba hurgando en su memoria, pero todos sus esfuerzos eran inútiles, y al fin se desmayó. Comprobada de este modo la herejía, la Inquisición tomó en sus manos el destino del prisionero, que le entregó gustosa la autoridad militar. ¡Y digan después que yo he sido necio o tibio al querer anular, mediante el respeto a la Religión, las insidiosas maquinaciones de que se valía el enemigo!

Pero tales hechos llegarían a saberse mucho tiempo después; mis preocupaciones actuales eran otras. Los hombres de la retaguardia eran incapaces de precisar cómo se componían las fuerzas que acababan de atacarlos. ¿Era o no el ejército de Tristán? En vano los interrogué. Confieso que perdí la serenidad, y aunque no fue sino por un instante, el rumor de mis inquietudes se difundió con rapidez. Comenzaron las murmuraciones. Con todo y seguir en vigor la pena de fusilamiento, algunos se atrevieron a censurarme en la intimidad. Decían que yo los llevaba a la muerte, habiendo cometido un gravísimo error al no abandonar Jujuy con mayor antelación. ¿Qué probabilidades de éxito tenía aquella marcha sin reposo, y en la que tarde o temprano tendrían ellos que luchar en las peores condiciones contra el enemigo invencible? El descontento crecía, y las miradas que a hurtadillas me dirigían los hombres reflejaban su desconfianza: había en ellas esa mezcla de rencor y zozobra que preanuncia un motín.

En esos pensamientos me desvelaba, cuando en mitad de la noche comenzaron a sonar terribles cañonazos. ¿Un nuevo ataque? Las descargas venían del sur. Luego, el enemigo se nos había adelantado y cortaba nuestra retirada.

Acudí a toda prisa. Ya el pánico lo dominaba todo: las mujeres gemían, los soldados se desbandaban. Mis esfuerzos disciplinarios de meses se revelaban inútiles: el caos había ganado a las tropas con alarmante facilidad.

Mi presencia contribuyó a restaurar el orden. Comenzamos a organizarnos para resistir, cuando se supo que era una falsa alarma.

“¿Cómo es posible? –troné– ¿Y los cañonazos?”.

El comandante del parque, temeroso y balbuciente, se adelantó para explicar que se habían incendiado unas cajas de municiones. Eso era todo.

“Usted es el responsable –le dije– Queda arrestado. Ya tendrá tiempo de explicar este descuido ante consejo de guerra en Buenos Aires”.

Desde ese momento la retirada fue todavía más ardua. Temiendo por la rapidez con que mis tropas se habían desorganizado, ordené reconcentrarlas y aperebirlas para el combate. Entonces más que nunca eché mano de la severidad, pues presentía una desbandada inminente. Los soldados tropezaban de sueño, las raciones debieron limitarse aún más. En esas circunstancias fueron sorprendidos dos individuos separándose de la línea. ¿Pensaban desertar? Mandé fusilarlos a la vista de todos.

Una madrugada me adelanté para reconocer el camino. Estábamos frente al Río Pasaje, luego de retroceder cincuenta leguas desde Jujuy. Era el 29 de agosto. A unas dos leguas se encontraba la retaguardia, y un poco más atrás, las fuerzas realistas, cuya composición y número me eran desconocidos.

Bien empezaba a comprender que no era posible prolongar aquella situación. Más tarde o más temprano el enemigo lograría acorralarnos, obligándonos a combatir en inferioridad. Cuanto más se retrocediera, mayores serían los obstáculos, menor la firmeza de la disciplina y menos probable hallar un terreno apropiado para resistir. Debía admitir hasta qué punto la marcha retrógrada nos estaba carcomiendo. Aunque la desertión había sido frenada, en unas cuantas leguas más no habría castigos bastantes para contenerla; y el escepticismo se extendía como una plaga. ¿Pero qué más podía pretender de hombres abochornados y en perpetua fuga, sin un plan claro ante ellos que les infundiera esperanzas? No era a la derrota a lo que yo temía –¿o no representaba ya una derrota abandonar aquellos territorios sin combatir?–, sino a los efectos morales y políticos de la retirada. Mis hombres necesitaban, para continuar, un objetivo próximo y palpable; y muy feo era el trance de abando-

nar esos países sin disputarlos nunca, de modo que tal vez nunca pudiéramos recuperarlos para la Revolución. La cobardía que mostrábamos a los pueblos era un revés político peor que cualquier derrota militar. Y aunque yo no quisiese aceptarlo, las palabras que en Jujuy me dirigiera Balcarce, acusándome de participar en un plan de retirada hasta Córdoba, en connivencia con los hombres del Gobierno, seguían resonando en mis oídos.

Hice avanzar el caballo para dejar atrás a mis acompañantes. Hacía tiempo que me rondaba una visión. Cada vez que rezaba en la soledad de mi tienda, esa visión volvía a aparecer. ¿Quién podía asegurar que acaso la Divina Providencia no se había apiadado de nosotros y nos enviaba una respuesta?

SEPTIEMBRE DE 1812

Asolas en el frío de aquel amanecer, junto al curso del río Pasaje, me detuve para evocar la visión de otra mañana en cuyo recuerdo intuía providenciales anuncios.

Al cerrar los ojos, traje la memoria un extenso prado de oscuro verdor: ese verdor perpetuo y obsesionante, voluptuoso y malsano que sólo puede encontrarse en las florestas del Paraguay.

Eran, una vez más, las imágenes de mi anterior campaña. Sobre una colina estaba yo, rodeado de consejeros y asistentes, y allá abajo en el prado, las fuerzas paraguayas aguardando en formación: cinco mil hombres calculaban unos, nueve mil según otros. Cifras que eran, para el caso, lo mismo, desde que nuestro Ejército no pasaba de quinientos. Habíamos marchado desde las Misiones, abriéndonos camino a través de ciénagas y mortales boscajes, bajo un clima deletéreo, hasta llegar a las puertas mismas de la vieja Asunción, para toparnos, ya sobre el final de la marcha, con la sorpresa de un enemigo en apariencia invencible. Pero tan difícil como combatir parecía ahora el retirarnos, hambrientos, perseguidos y sin recursos. Casi era preferible la rendición; y algo de esa idea debió cruzar por la mente de quienes me acompañaban, a juzgar por sus miradas exhaustas.

“Ocho de cada diez de esos hombres son puro bulto –arriesgué–. Jamás han escuchado un disparo. Los vamos a sorprender”.

Los otros oficiales se miraron. Fingiendo no advertirlo, volví grupas rumbo a nuestro campamento. Poco después mis quinientos hombres se lanzaban a través del campo, cargando a los incrédulos paraguayos. Lo inesperado y vigoroso de esta carga fue tan grande, que en breve tiempo estuvo casi ganada por nosotros una batalla imposible. El jefe paraguayo, creyéndolo todo perdido, se quitó el uniforme y huyó. Sólo el azar hubo de arrebatarnos a último momento la victoria. La desobediencia de un jefe y la dispersión de nuestra caballería

permitieron a los paraguayos, reagrupados, volver sobre sus pasos y encontrar a los patriotas divididos: la suerte de la acción dio un vuelco en minutos.

Imágenes confusas se sucedían luego: interminables pastizales; esteros y montes; ataques y sobresaltos; jornadas infelices. La retirada era penosa; las tropas estaban diezmadas. Cruzamos un río y acampamos. El enemigo nos cercó silenciosamente. Dos veces intimaron rendición incondicional, y por dos veces respondí con la negativa. Parecía casi un suicidio, pero yo aún confiaba en que se nos abriría un camino para salir con honor de ese apuro; y de no, al fin era lo mismo morir de cuarenta años que de sesenta. Y, acción descabellada, ordené atacar. Atacar, no defendernos. Cuando concluyeron los disparos, los sorprendidos paraguayos se apresuraron a concedernos una capitulación honorable.

Así terminaba la evocación. Al abrir los ojos, sus vivas imágenes retrocedieron, para dejar lugar, nuevamente, al Río Pasaje que tenía ante mí, y a la glacial mañana en que, a mis espaldas, tiritaba el fugitivo Ejército del Alto Perú.

Mi situación actual no era desahogada, pero tampoco lo había sido en el Paraguay. Parecía condenado a no tener jamás la superioridad de mi parte. Sin embargo, bien ilustraban aquellas visiones que a veces lo inesperado de un movimiento puede invertir la relación de fuerzas. La guerra no es un cálculo aritmético: los factores materiales pueden ceder frente a los morales, y el bando más débil triunfar de sus verdugos. Tristán venía sobre nosotros con tanta confianza en el triunfo que acaso –pensé– aún pudiéramos darle una heroica sorpresa.

Regresé adonde las tropas en un estado espiritual poco común. De pronto, ya nada se me antojaba imposible; las dudas se habían aligerado.

Era preciso reorganizar el convoy y descansar. Mandé hacer alto en las márgenes del Pasaje, y poco después redacté un oficio al Gobierno exponiendo la idea que ya para entonces me dominaba: hacernos fuertes en Tucumán, resistir, y aún luchar a campo abierto. Esto contradecía las órdenes, pero yo no veía otro camino digno. Ya nada quería saber de retiradas infinitas. ¿Qué pensarían los pueblos de nuestras ardientes proclamas de los meses anteriores? ¿Y qué dictaminaría la Historia, al escrutar con fríos ojos –ciegos a las necesidades y urgencias del momento– la triste fuga de aquellas fuerzas? Todavía me negaba a creer que el Gobierno fuese irreductible en llevar la retirada

hasta Córdoba. Libré aquel oficio aún a riesgo de encender nuevas dudas y renovar contra mí los cargos de desobediencia. Esperaba que las autoridades comprenderían mi determinación.

Fue entonces cuando, lejos de sorprender, fuimos nosotros los sorprendidos.

Después de vadear el Pasaje, continuamos la marcha hacia el sur, acosados con creciente audacia por nuestros perseguidores. El 3 de septiembre, tras cruzar el río Las Piedras, recibí el inopinado aviso de un ataque que acababa de desarticular nuestra retaguardia.

La ofensiva había comenzado a las dos de la tarde, poniendo en fuga nuestra línea de avanzada. Díaz Vélez procedió enérgicamente.

“¡Pie a tierra!”, ordenó. Granaderos y Dragones, saltando de sus caballos, se apostaron a los costados del camino, entre espesuras y bosquecillos a resguardo de las balas. Abrieron un sostenido fuego que durante unos instantes hizo retroceder a los realistas. Ya Díaz Vélez se felicitaba por el éxito, cuando una nueva y más briosa carga cayó sobre sus posiciones. Esta vez no eran las líneas avanzadas sino toda la vanguardia realista, en número de 600. En vano el mayor general quiso frenar la desbandada: sus hombres huían; el aire rebosaba de balas y de humo; el enemigo aparecía por todas partes. Apenas tuvo tiempo de espolear a su caballo. La fuga era tan precipitada que el mismo Díaz Vélez se encontró confundido con sus perseguidores. Nadie lo había identificado, y esto le permitió escapar un buen trecho, pero un jinete realista que cabalgaba a su lado, empezó finalmente a gritar, advirtiendo a sus compañeros. Díaz Vélez derribó a su identificador de un golpe de puño y apuró la carrera. Atrás quedaban las piezas de artillería y como cien cautivos.

Los primeros en llegar adonde el Ejército me dieron el aviso. El enemigo cargaba como si quisiera dar cuenta allí mismo de todas nuestras fuerzas. Eché una rápida ojeada al terreno y ordené desplegar en batalla. Al parecer, no tendría tiempo de llegar a Tucumán según los planes que me había formado. Mis hombres ocuparon una fuerte posición, cubiertos con el río y con la protección natural que nos daban los bosques. Y esperé, sin saber que no era el grueso del enemigo quien venía, sino su vanguardia.

Era la hora de la siesta. El paraje había quedado en completo silencio bajo un calor inusual para la estación. Se habían incendiado unos pajonales para restar visión al enemigo, y pronto una densa humareda lo cubrió todo. Recorrí la línea arengando a las tropas. “El que eche pié atrás será pasado por las armas”, les advertí. Desde la falsa alarma de la otra noche, me inspiraba menos temor el enemigo que nuestra poca moral y organización.

Pronto llegó un rumor de gritos y galopes. Las respiraciones cesaron; todas las miradas se clavaron en el recodo donde el camino se perdía. Fue un largo instante de tensión, como que por primera vez íbamos a ver el rostro del enemigo. No hubo brizna que se agitara, ni hoja que temblara en los árboles cercanos. En las caras que me rodeaban estaba pintado el miedo, y yo mismo no dejaba de temer un desastre.

Aparecieron uno, dos, cinco de nuestros jinetes. El rumor se transformó en rabiosa gritería. Toda nuestra retaguardia fugitiva desembocó en el camino ante nosotros, mixturada con sus perseguidores. El polvo del tropel se unió al humo para aumentar la confusión.

Observando que los realistas podían introducirse mezclados con los nuestros, me volví a Hølemberg:

“Señor Barón, no pierda tiempo, haga jugar la artillería”.

Comenzaron los cañonazos. El enemigo se detuvo en seco, sorprendido. Con rapidez ocupó una altura y apostó tiradores.

“¿Vienen más fuerzas?”, interrogué a Díaz Vélez, que acababa de frenar su caballo ante mí.

“Sólo éstos”.

Suspiré aliviado. Era el momento de contraatacar. Mandé al capitán Forest con cien hombres y dos piezas ligeras por la derecha, y al comandante Aráoz con otros cien por la izquierda, al tiempo que la caballería encaraba por el centro. La derecha abrió fuego y todos se lanzaron a una sobre el enemigo. Envueltos en el polvo, el humo y las balas perdidas, los realistas huyeron. Por espacio de media legua los persiguieron los nuestros, descargando fusiles, blandiendo los sables, matándoles veinte hombres, arrebatándoles las armas y tomando 25 prisioneros, además de rescatar a muchos de sus compañeros capturados unos momentos antes.

Cuando sonaron los últimos disparos volví a respirar. Por un instante había temido la suerte más negra. Ahora me asombraba la sencillez de nuestra victoria. No debíamos lamentar más que tres muertos. Tal vez la suerte empezaba a acompañarnos.

Las tropas rompieron en vivas a la Patria. Nadie recordaba el hambre y la desesperanza de los días anteriores. Al observarlos, ya no vi en sus miradas esa sombra de hostilidad que tanto había llegado a preocuparme. Hasta ese día mi persona había encarnado la autoridad inflexible que los guiaba a fuerza de castigos en una poco gloriosa retirada, sin que ninguno de esos hombres llegara a concederme más confianza que la que un cautivo puede poner en su carcelero. Pero ahora, por primera vez, pude percibir algo así como un afectuoso reconocimiento. Y cuando, al caminar entre las tropas, oí que algunos murmuraban esos motes de “Bomberito de la patria” y “Chico Majadero” con que se habían acostumbrado a aludirme, ya no había en sus tonos la burla y el desdén, sino el respeto.

El resto de la tarde transcurrió en poner orden al improvisado campamento que allí mismo establecimos. Al ocultarse el sol pasé revista. El cambio de humor saltaba a los ojos. El triunfo –bien lo sabía yo– había sido mínimo, pero era incalculable su valor moral. Era lo que yo necesitaba, y lo aproveché. Deteniéndome frente a cada cuerpo que había sufrido bajas, llamé a los muertos por sus nombres. Se hizo cada vez un silencio grave y doloroso.

“¡No existen –dije– pero viven en nuestra memoria como mártires de la Libertad!”.

Luego felicité a los soldados con palabras breves, recordándoles que debíamos esa gloria a quienes generosamente habían derramado su sangre.

Los festejos continuaron. Me recliné en mi tienda sin dejar de oír las voces joviales de la tropa. Y aunque pocas veces en mi vida he faltado a la verdad, entonces consigné una mentira deliberada. Lo hice al dar el parte de la acción, exagerando considerablemente las pérdidas del enemigo, para incrementar el entusiasmo. En oficio reservado al Gobierno dejé en claro que ni eran tantos los muertos, ni los prisioneros, ni las armas que se habían tomado.

No quedaba mucho tiempo para decidir mis planes. La acción de Las Piedras me hubiese debido inspirar mayor confianza. Había elevado al Gobierno mi resolución de hacer pie firme en Tucumán, pero era muy grande la responsabilidad de desobedecer. Si seguía la retirada hasta Santiago del Estero o Córdoba, el enemigo no nos dejaría de perseguir, y quizás nos obligase a presentar batalla en cualquier otro punto del camino, en condiciones menos favorables. Entretanto se resfriaría el entusiasmo, se haría más difícil recuperar lo perdido, y más trabajoso contener la tropa para no exponernos a una total dispersión: pues debe saberse cuánto cuesta hacer una retirada con gente inexperta en la mayor parte, hostilizada por el enemigo con dos días de diferencia. Pero si resolvía presentar batalla en Tucumán y era derrotado, iría derecho a un consejo de guerra con todos los argumentos que descalificaban semejante conducta. Tomé la pluma para insistir con mi plan ante el Gobierno y despaché un segundo oficio.

En los días siguientes arribamos a una bifurcación. Hasta entonces habíamos traído el camino central, llamado de las Postas, que conduce a San Miguel del Tucumán; pero allí se me ofrecía la posibilidad de desviar hacia el camino de las Carretas, que se dirige a Santiago del Estero y Córdoba dejando Tucumán al oeste. Era el camino mejor para proseguir la retirada, aunque unas leguas más adelante presentaba un atajo a esta última ciudad. Como no tenía resuelto mi plan y todavía esperaba una autorización del Gobierno para dar batalla, puse la decisión tomando el camino de las Carretas. De este modo quedaba en actitud de cumplir las órdenes gubernamentales, sin renunciar a la alternativa de dirigirme a Tucumán llegado el caso.

A todo esto el enemigo había ocupado la ciudad de Salta, por la que nosotros eludimos pasar. Salta dio a los realistas un jubiloso recibimiento: las campanas de las iglesias repicaron saludando a los “defensores de la Religión”; los vecinos españoles se alistaron como voluntarios, y los curas bendijeron al invasor entre agradecidas preces.

Yo había dejado una pequeña fuerza en Salta con orden de sostenerse hasta el último instante. Poco después esa fuerza vino a unírseme en el camino. Quise saber cómo se había cumplido mi orden. El oficial a cargo dio explicaciones vagas; lo interrogué con mayor severidad, y su turbación creció. Al fin debió confesar que había abandonado su puesto sin ver la cara al enemigo. “Arrestado por cobarde”, ordené, y marchó preso a la capital, siguiendo

las pisadas del comandante del parque que en los días anteriores había dejado estallar las cajas de municiones.

La retirada prosiguió con lentitud. No confié a nadie la indecisión que me desvelaba, entre obedecer al Gobierno y el camino de resistencia que se imponía cada vez con mayor claridad a mi pensamiento.

Me he detenido en puntualizar aquellas disyuntivas para dar una idea de lo costoso que hubo de serme el decidir. ¡Y qué justificadas resultaron después mis dudas! ¡Qué pronto tendrían mis temores una ingrata confirmación!

En Buenos Aires el Triunvirato empezaba a desespararse: su situación política era endeble, pese a la energía de Rivadavia. Este había obtenido un gran triunfo con la represión del motín de los españoles, cuyo caudillo, Martín de Álzaga, acababa de ser ejecutado con sus cómplices, medida aplaudida como una justa y necesaria demostración de autoridad. El pueblo de Buenos Aires no pudo sino conmovirse frente a una escena que simbolizó el fin de las pretensiones españolas en la capital. Mientras el cadáver de Álzaga permanecía suspenso, un francés a quien éste había sometido a tormentos veinte años antes se adelantó con lágrimas en los ojos, abrazó el cadalso y lo cubrió de besos. Las ejecuciones prosiguieron por más de mes y medio, dando cuenta de todos los españoles complotados. Pero no obstante ese triunfo, el Gobierno, incapaz de responder a las expectativas del partido que lo había encumbrado, se hundía cada vez más en un despotismo que no se compadecía con los ideales de la Revolución.

Al mismo tiempo crecía el desaliento por la suerte de sus armas. Enérgico en los asuntos interiores, el Gobierno parecía timorato frente a la amenaza exterior, queriendo salvar a toda costa la Revolución en la capital con olvido de las provincias. El enemigo se le antojaba imbatible, y ya había empezado a considerar el retiro de las tropas de la Banda Septentrional, abandonando ese frente de guerra. En cuanto al Norte, descontaban que yo me replegaría a Córdoba según las órdenes, para concentrar las fuerzas en la defensa cerrada de Buenos Aires. Pero he aquí que, cuando mayor era la inclinación del Triunvirato a ese concepto que no vacilo en calificar de estrecho, hubieron de llegar a sus manos los oficios en que yo les participaba mi decisión de atrincherarme en Tucumán.

Las dudas de Rivadavia acerca de mi actitud adquirirían visos de certeza. ¡Luego, yo me proponía exponer aquellas fuerzas a un desastre seguro! ¿Y qué sería de Buenos Aires cuando el Ejército del Alto Perú pereciera por la irresponsabilidad de su jefe? El 12 de septiembre la zozobra gubernamental debió llegar a su paroxismo. Cuatro oficios sucesivos me fueron despachados ese día, reiterando la orden de marchar hasta Córdoba. ¡Con el antecedente de la bandera, no querrían que yo adujese no haber recibido ninguna comunicación! Rivadavia perdió su proverbial sangre fría. Le era imposible relevarme, porque un cambio de jefatura en hora tan crucial podía ser calamitoso; pero estaba decidido a forzar mi obediencia apelando a los más drásticos expedientes. No deja de ser doloroso para mí el referir acontecimientos que puedan argüirse luego en demérito de quien, como Rivadavia, me ha honrado alguna vez con su amistad; pero tampoco resulta lícito acallar una verdad que los propios documentos exhiben, y es de todo punto cierto que él y sus colegas me preparaban una muy severa represalia.

Yo, ignorante de tales intenciones, seguía bregando a la sazón entre dudas que eran más imperiosas con cada legua de camino. Al cabo de unos días alcanzamos el paraje llamado Encrucijada, último desvío a Tucumán. Era también, para mí, una encrucijada moral. Allí debía finalmente decidirme, bien por continuar el camino a Santiago, abandonando Tucumán al enemigo; bien por tomar el atajo a la Ciudad, con lo cual tendría que presentar batalla o fortificarme para una defensa honrosa, con todas las probabilidades de ser vencido. En el primer supuesto, aunque de fatales consecuencias, yo quedaba exento de reproches, pues sólo estaba obedeciendo. Sin embargo, el cumplimiento del deber consiste a veces en la desobediencia, y estaba casi persuadido de ser éste el caso. En el segundo supuesto mi Ejército podría perderse y la causa de la Revolución sufrir un revés ilevante. Pero no dejaba de repetirme que era preferible la derrota en batalla a sucumbir oscuramente por las dificultades de una interminable marcha retrógrada.

El único a quien consultaba era el Barón de Hølemberg. Cuando al fin le franqueé mis pensamientos, no vaciló en aconsejar que presentara batalla. Había incluso un plan posible, si bien en extremo aventurado, y el Barón lo expuso con la prolijidad de quien comunica, no una ocurrencia momentánea, sino una idea que ha venido madurando. Sugería contramarchar y atacar al enemigo antes de que pudiera concentrar todas sus fuerzas; la sorpresa, según

él, sería demoledora. Yo sentí que esta idea me azotaba el cerebro. Armonizaba con mi fe en los golpes de audacia.

No obstante, hube de tomarme tiempo para meditarlo. Ni podía ya dormir, ni comer, ni estar me quieto; y debía reprimir a toda hora esta extraordinaria agitación, para no delatarla ante las tropas. Sumábase a ello un agrio malestar en el vientre, con que parecían anunciarse los primeros síntomas de una úlcera.

Llamé por fin a Díaz Vélez.

“Necesito su opinión –le dije–. Estoy empezando a creer que no hay mejor expediente que enfrentar al enemigo. No se me oculta que arriesgo un total desastre y dejar a los realistas con la ruta libre a Buenos Aires. Ud. no ignora las órdenes del gobierno, pero he meditado que acaso podamos intentar alguna acción antes de emprender ese camino: tal vez contramarchar de sorpresa”.

Díaz Vélez asintió, lo que no dejó de asombrarme, porque esperaba algún tipo de objeciones.

“Me gustaría –proseguí– enviar a alguien a San Miguel del Tucumán para explorar el ánimo de la población, y tal vez entusiasmarla. Si contamos con el apoyo de los tucumanos, habría menos que temer”.

Nuevamente hallé en Díaz Vélez una total conformidad, lo cual me proporcionó inesperado alivio.

“La persona apropiada, si me permite sugerirlo –dijo– es el coronel Balcarce. Sirvió en Tucumán como ayudante de las milicias y goza de gran concepto entre los tucumanos”.

Oí con disgusto aquella sugerencia. Mi animadversión hacia Balcarce había crecido a partir de nuestro entredicho en Jujuy. Sin embargo, no había otro candidato que, dadas las circunstancias, reuniese mejores condiciones. No sin dudas, concluí por aceptar la propuesta. No ocultaré, por poco digno que parezca, que tuvo su pequeña y humana parte en esa decisión el deseo de demostrar a Balcarce cuánto se había equivocado conmigo.

Enviamos por él. Se presentó con rígida actitud. Cuando le anuncié mi idea de resistir en Tucumán, todo su rigor marcial no fue bastante para disimular el asombro. Le expliqué la misión que pensábamos confiarle.

“En el trance apurado en que nos hallamos –agregué–, es necesario que podamos oponer una fuerza respetable. Usted tendrá la responsabilidad de

formarla con los voluntarios que consiga en la ciudad. No preciso encarecer la urgencia con que ahora necesitamos de refuerzos”.

Balcarce asintió gravemente. Había en su mirada una expresión indefinible, que yo comprendí muy bien sin necesidad de palabras. La actitud entusiasta que reveló ese oficial, de quien me separaban tantos rencores, fue la segunda sorpresa de ese día. Por primera y única vez depusimos nuestra enemistad, y Balcarce partió resueltamente a cumplir su encargo con la más amplia autorización para obrar, debiendo levantar cuerpos de caballería, y recoger todas las armas disponibles, todas las monturas nuevas o viejas, mulas y caballadas.

Yo, en estado febril, escribí nuevamente a Buenos Aires. No quería dar un traspie por el que luego me crucificaran: necesitaba, cuando menos, la aquiescencia silenciosa del Gobierno.

“Es muy doloroso –insistí– tener que ir retrogradando y no ver el término de esta campaña, cuando las tropas han tomado un fuego y una energía extraordinaria, que de necesidad debe resfriarse con la retirada, no estando a su alcance la razón de ella; y así es que se me han empezado a desertar desde que emprendí mi marcha. Yo quisiera hacer prodigios por la patria y por el honor de sus armas, pero no veo camino si el enemigo no me da tiempo. Entre la mucha gente, apenas contaré 600 o 700 hombres útiles, y en cuanto a armas, me hallo con muchas descompuestas. Sin embargo, veré si puedo estimular a los tucumanos para aumentar el número de caballería con lanzas, y si logro montar a todos los hombres de armas para contramarchar con rapidez y conseguir alguna victoria sobre las divisiones del enemigo, cargándolo con el todo de mis fuerzas, lo que acaso nos sacaría de apuro y libertaría de retirarnos tanto”.

SEGUNDA PARTE: “TUCUMÁN”

*“Entré en esta empresa con los ojos
cerrados y pereceré en ella antes que
volver la espalda”.*

MANUEL BELGRANO

SEPTIEMBRE

Ocupadas por los realistas Jujuy y Salta, todas las campiñas y pueblos de la región iban quedando en su poder, con excepción del Tucumán. La rica geografía de este país conjuga montañas y llanos: los últimos repliegues de Los Andes se suavizan aquí en peculiar transición de cerros y planicies, hasta desembocar en la gran llanura que se extiende al este, más allá de los límites de la civilización. Al occidente de San Miguel, dos altas cadenas –las cumbres calchaquíes y los nevados del Aconquija– se erizan formando, como frontera natural, un magnífico telón de siluetas montañosas. Ríos y riachos lo atraviesan hacia el sudeste, confluyendo en el Río Salí. Los valles y faldeos están revestidos de una impenetrable selva. Nogales, cedros, laureles, arbustos enmarañados, lianas y plantas trepadoras, flores silvestres salpicando la espesura, y un sinnúmero de aves en perpetua gritería saturan los sentidos de quien ose adentrarse en aquellos bosques de permanente tumulto. Y de tanto en tanto aparecen mínimas aldeas, la iglesita blanqueada bajo el sol impiadoso, señalando la presencia del hombre en medio de ese paisaje febril.

A orilla derecha del río Salí descansa la apacible población de San Miguel del Tucumán, corazón y cabeza de la región: aldea respetable, de apenas veinte manzanas de edificación compacta; rodeada de terrenos baldíos, quintas, arboledas y ranchos de arrabal. Más allá de la calle de ronda se extiende el campo, en algunas direcciones abierto y llano, en otras revestido de bosquecillos y naranjales. Las rectas calles ofrecen agradables perspectivas de fachadas blancas y prolijas, destacándose algunas residencias vistosas, sin dejar de ser austeras. El clima es caluroso y húmedo: el sol cae a plomo en las largas siestas del verano. Hacia el oeste la mirada se entretiene con las líneas severas de los cerros y sus faldas cubiertas de vegetación. Y en los alrededores crecen amplios naranjales, cuyas entrelazadas copas hacen el efecto de galerías. Allí van a pasearse las familias los domingos, celebrando festines y bailes al son de las guitarras. Las gentes del vecindario son llanas y alegres, y también devotas. Su virgen tutelar es Nuestra Señora de las Mercedes, en cuyo convento tiene

lugar cada año una solemne función eclesiástica. La devoción de la santa patrona estaba ya entonces muy extendida, aunque los sucesos por desarrollarse contribuirían a acrecentarla.

Hacia esa población se encaminó don Juan Ramón Balcarce en septiembre de 1812, a cumplir con el delicado encargo que yo le había hecho, del cual dependía ahora, en parte, el destino de nuestro Ejército.

A veces medito que nuestros ideales democráticos de entonces tenían una buena dosis de irrealidad. La opinión pública, a la que rendíamos homenaje, era en aquellos tiempos, y lo sigue siendo hoy, asunto de unas pocas familias. Ellas monopolizaban las magistraturas, los puestos capitulares, los cargos eclesiásticos. Ellas poseían las tierras y manejaban la opinión de sus jornaleros; disponían de las riquezas públicas y privadas; dictaban las normas del buen gusto en el trato, la moda y la política. Las señoras ejercían a veces un influjo secreto mucho más poderoso que la autoridad de sus ilustres maridos, y no era raro verlas decidir, durante frívolas tertulias, entre indiscreciones, galanterías y juegos de salón, los asuntos de mayor importancia. Irónico suena el tiempo pasado al referir estas cosas. Muy pobre ha sido el cambio introducido por una década de Revolución; pero no se debe esperar otra cosa mientras sigan los pueblos hundidos en la ignorancia.

Una de las familias tucumanas más prominentes era –y sigue siendo– la de los Aráoz: viejos habitantes de la zona, usufructuarios sempiternos de los principales puestos en el Cabildo y en la Iglesia. Don Bernabé Aráoz, figura familiar, se hacía notar por dotes que, andando el tiempo, lo convertirían en caudillo de su provincia. Por entonces no era más que un hombre distinguido, afortunadamente partidario de nuestra causa, al igual que el resto de sus familiares.

Balcarce halló en Tucumán una fría recepción de las autoridades. Ni los miembros del cabildo, ni el intendente ni el teniente gobernador parecían inclinados al entusiasmo patriótico. Sin dejarse amedrentar, mandó recoger todas las armas existentes en el pueblo. Esta medida suscitó gran zozobra, afianzando la creencia de que nos pertrechábamos para proseguir la retirada. No tardó en presentarse ante Balcarce una comisión, compuesta por el movedizo don Bernabé, el cura doctor Pedro Aráoz y don Rudecindo Alvarado, quienes venían a implorarle, para su sorpresa, la resistencia al invasor. El Ejército patriota

no podía dejar a los vecinos en manos de Tristán; ellos estaban dispuestos a combatir hombro con hombro con los soldados, si era preciso.

“El Ejército no está en condiciones de hacer mucho –les respondió Balcarce–. El General tiene el propósito de luchar, pero son necesarios mil hombres más, montados y armados, y dinero”.

“Los vecinos de Tucumán proveeremos el dinero y los hombres que hacen falta –replicó don Bernabé–. No mil, sino dos mil. Los traeremos de la campaña si es necesario”.

Si las autoridades no mostraban decisión, el apoyo de los Aráoz suplió cualquier falta. La familia ofreció a Balcarce toda su influencia, desplegando una incansable actividad. Pronto vio el oficial que se le abrían todas las puertas y se caldeaban los ánimos. Aparecían voluntarios de todas las clases sociales. De la campaña empezaban a llegar contingentes de fieros y taciturnos gauchos, cada uno con su cabalgadura, sus bolas y sus lanzas. El entusiasmo de Tucumán por la causa revolucionaria excedía a todo lo hallado en el Norte, y el prestigio de que allí gozaba Balcarce contribuía a facilitar su tarea. Don Bernabé lo consultó sobre la conveniencia de insistir ante mí y manifestarme el apoyo del pueblo por medio de una diputación. Balcarce, ocupado en organizar a los voluntarios, prestó conformidad; y yo hube de verme un día sorprendido por la presencia de aquellos emisarios que venían a expresarnos –por primera vez en nuestra ardua peregrinación– la solidaridad de los habitantes.

Quien por aquellos días haya comprobado la situación del Ejército del Alto Perú, su miseria inaudita, los soldados semidesnudos, los largos padecimientos que revelaban sus rostros, el agobio de sus espaldas encorvadas y de sus pasos vacilantes, no habrá podido menos que conmoverse. En todos se leía el tremendo esfuerzo de la retirada, y la suerte que forzosamente debía aguardarlos a manos de un enemigo tan superior como el que venía persiguiéndolos. Los curiosos que se acercaron al campamento supieron que se trataba de un Ejército condenado. Un sanjuanino de paso por Tucumán sintió tan honda impresión que al regresar a su provincia hubo de organizar una colecta describiendo las miserias que había visto.

¿Y qué puedo decir de mí mismo, sino que los días de penurias habían impreso en mi salud elocuentes marcas? Pero si se me interrogaba por la suerte que esperaba corrieran nuestras armas, respondía con obstinada fe:

“No teman los tucumanos que este Ejército se quedará para hacer morder el polvo al godó. Dios nos ha de acompañar en esta sagrada empresa, y acaso se arrepienta el enemigo de toda la altanería con que viene”.

Poniendo en práctica este pensamiento, ordené avanzar hacia la ciudad, aun cuando no estuviera cierto de contar con algo más que súplicas y juramentos de lealtad. Salió a recibirme el ayudante de Balcarce con la información de que se habían reunido numerosos voluntarios.

“Quiero verlo por mí mismo”, contesté, y salí al galope lleno de impaciencia.

Era verdad. Balcarce –cuyas dotes para el reclutamiento y la instrucción nunca he dejado de reconocer– me aguardaba con cuatrocientos voluntarios, así como con la alentadora novedad de otros contingentes de la campaña. Revisé a los voluntarios. Su aspecto rudo y temible no me engañaba: el valor ordinario de nada sirve en las batallas, cuando no se disputa con un enemigo individual y visible, sino que se es parte minúscula de enormes masas en movimiento, sometidas a la acción de los cañones y al fuego anónimo de los fusiles. Se ha visto a bravucones famosos temblando de terror con cada cañonazo: sólo la experiencia y la disciplina tienen en esto utilidad. Y en punto a disciplina, por mucho que hubiera de reconocer a los esfuerzos de Balcarce, no se me ocultaba que esos hombres introducirían en mis tropas un factor de relajamiento. No estando en condiciones de elegir, no pude sino confiar en que su entusiasmo supliría su falta de instrucción.

Acto seguido me establecí en una quinta de las afueras y mandé llamar a Balcarce, recibéndolo con la mayor cortesía. Luego de darle a leer las instrucciones del Gobierno:

“Es mi determinación –dije– pasarlas por alto. Tales instrucciones fueron dictadas hace varios meses, y el Gobierno no está al tanto de las circunstancias actuales. No se puede dirigir las operaciones militares desde la distancia. Pero me gustaría conocer su opinión”.

Como en Encrucijada, Balcarce replicó:

“General: soy del parecer que no hay otro medio de salvarnos sino volver caras a la invasión”.

Más tarde, mientras el Ejército hacía un alto a orillas del río que fluye en las inmediaciones de San Miguel, tomé nuevamente la pluma para oficiar al

Gobierno. Era el 12 de septiembre, el mismo día en que desde Buenos Aires se despachaban los cuatro oficios insistiendo en la retirada.

“Son muy apuradas las circunstancias –escribí–, y no hallo otro medio que exponerme a una nueva acción: los enemigos vienen siguiéndonos. El trabajo es muy grande; si me retiro y me cargan, todo se pierde, y con ello nuestro total crédito. La gente de esta jurisdicción se ha decidido a sacrificarse con nosotros, si se trata de defenderla, y de no, no nos seguirán y lo abandonarán todo: pienso aprovecharme de su espíritu público y energía para contener al enemigo si me es dable, o para ganar tiempo a fin de que se salve cuanto pertenece al Estado. Cualquiera de los dos objetos que consiga es un triunfo, y no hay otro arbitrio que exponerse. Acaso la suerte nos sea favorable, animados como están los soldados y deseosos de distinguirse en una nueva acción. Es de necesidad aprovechar tan nobles sentimientos, que son obra del Cielo, que tal vez empieza a protegernos para humillar la soberbia con que vienen los enemigos, con la esperanza de hacer tremolar sus banderas en esa capital. Nada dejaré por hacer; nuestra situación es terrible, y veo que la patria exige de nosotros el último sacrificio para contener los desastres que la amenazan”.

Firmé y sellé este oficio, y dejé también sellada mi suerte, porque ya no había cómo dar un paso atrás.

La vanguardia realista había hecho alto entre las localidades de Yatasto y Metán, a veinte leguas de nosotros. La inminencia del desenlace era un hecho evidente para todos, y muchos empezaban a tomar sus recaudos para congraciarse con el invasor seguramente victorioso. Hombres ilustres, de gran prestigio en su tierra, como el alcalde provincial de Santiago, se ponían ya al servicio de Tristán, lo mismo que varios religiosos, entre ellos el popular cura Laguna, quien predicaba desde el púlpito la guerra santa contra sus propios paisanos. Esas mudanzas de opinión eran otras tantas muestras de la razón que me asistía al no querer retroceder.

Lento era el avance del enemigo. Se demoraba para concentrar todas sus divisiones. La vanguardia salió de Metán sin apuro, y su jefe, el coronel Huici, que había dirigido el acoso a nuestras fuerzas durante la retirada, miró confiado el país que iba conquistando. Como traía el camino de las Postas, y nosotros habíamos tomado el de las Carretas, no creía posible sobresalto algu-

no. Al llegar al pueblo de Las Trancas, a escasa distancia de Tucumán, quiso echar un vistazo al humilde caserío, y entró antes que sus columnas, con la sola compañía de un portaestandarte y un capellán. Las casas permanecían en silencio; no se divisaba un alma por las callejuelas. Sediento, el coronel se apeó frente a una vivienda cuyo aspecto le agradó. La columna realista avanzaba varias cuadras más atrás.

De pronto, unos galopes. Al volver la vista, el coronel Huici se ve rodeado de desconocidos. Por el desaliño y extravagancia de sus vestimentas conoce que son gauchos de la región. Intenta una resistencia vana, pero los forajidos lo apuntan con lanzas y fusiles y le ordenan volver a montar. Cuando, desde lejos, la columna realista advierte lo que ocurre, se lanza al rescate de su coronel. Los paisanos emprenden la fuga a todo galope, llevándose prisionero al coronel realista; la persecución se prolonga; momentos hay en que están a un paso de ser atrapados; ora los detiene un arroyo, ora toman un atajo oculto en el monte, para volver a surgir varios cientos de varas más adelante. Valiéndose de todos los accidentes del terreno, que conocen a la perfección, los paisanos consiguen al fin evadirse y se hunden poco después en las sombras de la noche. A las doce ingresan a Tucumán trayéndome a Huici como obsequio inesperado.

Aquella captura, más valiosa como símbolo que como hecho militar, vino a demostrar oportunamente que los altivos invasores no eran tan infalibles como para no dejarse sorprender, alguna vez, por la proverbial picardía de nuestros paisanos. Tucumán se regocijó con la noticia, y los soldados compusieron coplillas burlonas para celebrarla. La arrogante confianza de Huici y el oportunismo de sus captores contribuyeron a alejar el temor al enemigo.

Ya nuestras tropas habían ocupado la ciudad. Infantería y artillería acampaban en la plaza, y una gran agitación encendía los ánimos. Había ejercicios a toda hora; se focebaban las bocacalles, y se situaban los cañones que no saldrían al campo.

Mi primer plan fue luchar a orillas de la población, apoyándonos en ella, y replegarnos a la plaza en caso de derrota. La ansiedad me empujaba, como siempre, a vigilarlo todo: trabajos, organización y disciplina. Tan pronto me aparecía en la plaza como salía a las afueras a tomar apuntes, acompañado siempre del estado mayor, sin descansar ni desensillar: proceder explicable por la proximidad del peligro, pero que obedecía en no escasa medida a la necesidad de descargar una tensión insoportable.

Habían reaparecido las luchas facciosas. Ha pesado sobre mi carrera militar una inexorable maldición, por cuyo motivo, en cuanta oportunidad quise distinguir a un hombre por sus servicios o cualidades, el poco hábito disciplinario trajo como fatal consecuencia, bien su insubordinación, bien la de sus camaradas. Balcarce recibía ahora de mí las mayores consideraciones y gozaba de total libertad para organizar la caballería e instruir a los paisanos. Seiscientos hombres, entre Húsares, Decididos y paisanos, llegó a tener a su mando. Gracias a él empezaba a formarse una poderosa fuerza, cuyo protagonismo sería decisivo: el paisanaje, que oía de su boca las primeras nociones guerreras, y que integraría la célebre caballería gaucha, el arma más efectiva contra los realistas. Balcarce se supo granjear la ciega devoción de aquellos nuevos elementos, lo que incrementó su sentido de importancia personal. Así, aunque debía su cargo a una recomendación de Díaz Vélez, no tardó en dispensarle una insolencia creciente; discutía sus órdenes y llegó a tratarlo groseramente en presencia de la tropa: violación inaudita a la disciplina militar aún en aquellos endebles ejércitos. Saberlo yo e indignarme fue todo uno, pero: ¿qué podía hacer? Balcarce ejercía ya tal ascendiente que no era dado sancionarlo sin exponerse a un motín.

Un pequeño suceso vino, en aquellos días, a proporcionarme una breve ocasión de solaz.

Tristán se había enfurecido con la captura de Huici, su coronel de confianza. Recordando, tal vez, la fama de bárbaros que Goyeneche había hecho correr en torno nuestro, o bien temeroso de una venganza por los atropellos que los realistas solían cometer con los prisioneros que nos tomaban, me envió por medio de un trompeta un altanero oficio en el cual, tras amenazarme con imponer a los cautivos patriotas el mismo trato que yo a su apreciado coronel, remitía a éste cincuenta onzas de oro para los gastos de su comodidad. Leí el oficio sin dejar de sonreír ante la naturaleza jactanciosa de mi camarada de juventud, que lo había fechado en el “Campamento del Ejército Grande” ¿Pensaría espantarme con el pomposo título?

Devolví al emisario las cincuenta onzas de oro para ser distribuidas entre los prisioneros patriotas, me obligué a entregar una suma igual al coronel Huici, pues no éramos vándalos para maltratarlo, y feché la respuesta a Tristán en el “Cuartel General del Ejército Chico”, sin dejar de sonreírme al imaginar

la expresión de cólera de mi adversario cuando leyera esas palabras burlonas con que castigaba su arrogancia.

Dos días más tarde llegaban a mis manos los cuatro oficios gubernamentales del 12 de septiembre, a que hice alusión. No cabía desentenderse de las órdenes, que eran retroceder y retroceder.

La permanencia en Tucumán nunca sería apoyada por el Triunvirato. Seriamente me pregunté qué querían aquellos hombres. Sin duda, que yo acometiera imposibles. Porque imposible era emprender la retirada y salvar al mismo tiempo los pertrechos de guerra existentes en Tucumán; imposible no perder las tropas nativas que había reclutado Balcarce, y que desertarían con todo y armamentos... ¿Tantos trabajos habían de dilapidarse así? El interés del enemigo sería estrecharnos desde que le diéramos muestras de debilidad. ¿Qué camino tomar, en donde el Ejército no estuviese expuesto a perecer? ¿Cómo pasar la travesía? ¿De dónde sacar esos recursos para ejecutarlo, cuando los que iban quedando atrás, todos se hacían nuestros contrarios, y facilitarían al enemigo los medios de perseguirnos? Los tucumanos mismos, que ahora estaban con nosotros, serían los peores. Era claro que el Gobierno no había pesado ninguna de esas consideraciones; desde Buenos Aires no podían ver las cosas con la claridad con que yo en el centro del conflicto. Entonces, para que no cupiese duda, respondí al Gobierno que mi resolución, tras cavilarla y consultarla con los oficiales de más mérito, era intentar una defensa honrosa en ese punto, confiando en un resultado feliz; y de no, al menos nos habríamos perdido en regla y no por el desastre oscuro de una retirada.

Quemaba mis naves y me ponía en franca insubordinación; no cabría esperar piedad ninguna en caso de derrota: la venganza sería demoledora. Conocía la naturaleza obstinada y rencorosa del secretario de Guerra, capaz de los arbitrios más crueles para hacer respetar su autoridad. ¿Y acaso no había padecido ya en el Paraguay, obedeciendo y todo, los sinsabores de un proceso?

Aunque yo lo ignorara, la actitud de Rivadavia adquiriría, en esas fechas, un tinte exasperado y violento. La situación del Triunvirato era cada vez más difícil, y mayor la tentación del despotismo. Nuevamente iba a ser yo el chivo expiatorio. Rivadavia creía que mi conducta atentaba contra la estabilidad del

Gobierno. Como se vio más tarde —aunque por motivos que entonces ni siquiera podía sospechar—, el inflexible secretario no se equivocaba en esto último.

Cuando recibí mi primer oficio fechado en el río de Tucumán, Rivadavia, lamentando más que nunca el ponerme en ese cargo, despachó una respuesta durísima. Si yo me veía en apuros, ello era consecuencia exclusiva de no haber acometido diligentemente los preparativos de la retirada, y no tenía derecho a quejarme. Pero ahora el mal estaba hecho, y la retirada debía continuarse con la mayor rapidez, aun cuando en el ataque que esperaba la fortuna se declarase por mis armas: lo que importaba era salvar la división. Alguno pensará que miento al declarar lo antedicho, y que pongo en pluma de Rivadavia un modelo de absurdo: ¡retirarme aunque ganara la batalla! Y sin embargo, quien no me creyere podrá acudir a los oficios que seguramente obrarán en los archivos gubernamentales; por mi parte, he conservado copia de ese documento entre mis papeles, por ser ilustrativo del grado de inconsecuencia que guió los pasos de nuestros gobernantes desde aquellos primeros tiempos. ¡Y luego nos asombramos del cruel abismo en que se ha venido precipitando la Nación!

La ira de Rivadavia, sin embargo, no había alcanzado su máximo punto; fue al recibir mi última comunicación, fechada en Tucumán, que terminó de desatarse. ¿Qué le importaba a él la pérdida de las existencias de guerra de Tucumán? Era un pobre justificativo para tamaña insubordinación: el Ejército debía retirarse de cualquier modo, pues más grave daño era perder todas las fuerzas, y que Buenos Aires quedara desguarnecida. Debía yo abandonarlo todo, inutilizándolo en lo posible o quemándolo en el último de los casos: “así lo ordena y manda este Gobierno por última vez, y bajo el supuesto de que esta medida ha sido trayendo a la vista el orden de sus planes y combinaciones hacia la defensa general: la falta de cumplimiento le deberá producir a V. S. los más graves cargos de responsabilidad”. Menudo anticipo de la suerte que me aguardaba si una victoria providencial no venía a salvar mi situación. La “defensa general” mencionada por Rivadavia debía leerse como defensa de Buenos Aires, que era lo único que para entonces le preocupaba. Según supe más tarde, redactó este oficio solo en su gabinete, no siendo hora de despacho, y debió mandar a un ujier a recabar las firmas de los triunviros a sus casas. Pueyrredón puso su firma sin vacilar; pero mi amigo Chiclana se negó argumentando que en la situación en que se hallaba mi Ejército, ordenar la retirada equivalía a entregarnos maniatados al enemigo. Cuando la nota con la respues-

ta de Chiclana llegó a manos de Rivadavia, éste la arrojó al suelo, murmurando improperios hacia su autor. Y despachó la orden con sólo dos firmas.

Bien lejos de aquellos sucesos, continuaban en Tucumán los aprestos de batalla. Yo no desesperaba del triunfo, pero a veces me vencía el abatimiento. Me repetía, como ensayando un alegato ante el juez de mi conciencia, que no era dado hacer milagros: trabajaría, sí, por el bien de la patria y por el de sus armas cuanto fuera posible, y me pondría en disposición de defenderme para no perderlo todo; pero siempre había tenido la desdicha de que se me abandonase, o que fuesen tales las circunstancias, que no se me pudiera atender. Y en la soledad, rogaba a Dios nos mirara con compasivos ojos y protegiera los nobles esfuerzos de mis compañeros de armas: ellos estaban llenos del fuego sagrado del patriotismo, y dispuestos a vencer o morir con su general.

Siempre con la idea de presentar batalla fuera del pueblo, y, en caso desgraciado, encerrarme en la plaza hasta concluir honorablemente, salía con frecuencia a reconocer y estudiar las inmediaciones.

Se trata de anchas planicies con algunas lomas y naranjales: terreno favorable a las operaciones de la caballería —arma que era, con mucho, la más fuerte nuestra, pese a constituirla numerosos reclutas que jamás habían hecho una carga—. Desde el Norte viene el camino por donde avanzaría el enemigo, quien, habiendo dejado atrás la localidad de Las Trancas, aceleraba sus marchas aproximándose a Nogales. Hacia el este hay una llanura; hacia el oeste, el llamado Campo de las Carreras, por donde pasa el camino a Santiago, y más atrás, el cerro cuya cumbre se ve desde la población. Al sur, también llano, parte el camino que une San Miguel con Santiago del Estero. Yo observaba todos los puntos cardinales, si bien ponía mi principal interés en las tierras ubicadas al Norte, de donde calculé seríamos atacados. Decidí esperar al enemigo apoyando la espalda en la ciudad, para cargar sobre él a la bayoneta así como se presentase, lanzando simultáneamente la caballería sobre sus alas. Este, en lo general, era mi plan, que había meditado y consultado. Ni siquiera imaginaba que el enemigo pudiera atacar desde otro punto mediante una maniobra estratégica. Y sin embargo, esa era la idea de Tristán.

Los últimos informes advertían que desde el día anterior estaba en Nogales; las avanzadas realistas se mostraban ya a nuestra vista. A la cabeza

de sus más de tres mil hombres de las tres armas –todos ellos perfectamente instruidos y con excelente espíritu–, sabedor de que nosotros no teníamos la mitad de ese número, y suponiéndonos carentes hasta de una mala caballería, Tristán no dudaba de la victoria. Pero tampoco dejaba de pensar que, llegado el caso, nosotros podríamos retirarnos a Santiago del Estero, salvando parte de las fuerzas. Y Tristán ansiaba una completa destrucción. Ir cazando a los fugitivos no era gloria suficiente. Quería vencernos o rendirnos en batalla, por medio de una combinación que añadía la dosis de sorpresa que todo estratega se complace en poner.

Tenía una idea bastante exacta del terreno. El 23 de septiembre llegó a Nogales, a un paso de Tucumán. Envío sus avanzadas a tantear, y supo que mis tropas, efectivamente, habían formado al Norte. Pero el camino desde Nogales presenta una bifurcación en la Cañada de los Nogales: una ruta sigue a Tucumán –camino del Afatal– mientras que otra –“camino real”– se abre hacia el oeste, evitando la ciudad, para encaminarse a Santiago por el campo de las Carreras. Paralelo hacia el oeste, corre también el antiguo “camino del Perú”, que a Tristán por el momento no le interesaba. Su combinación era ingeniosa. Amagaría atacar por el Norte, adelantando una fuerte columna por el camino del Afatal, mientras el grueso de sus fuerzas tomaba el Camino Real, rodeando Tucumán por el oeste, hasta quedar situado al Sur. De ese modo nos veríamos sorprendidos, cortada nuestra retirada a Santiago, atrapados entre dos fuegos si nos atrevíamos a resistir, o bien sitiados en la plaza desde el Sur por el grueso del Ejército realista, y desde el Norte por la columna de distracción.

En la madrugada del 24, Tristán levantó campamento, envió la columna de distracción por el Afatal y tomó con el resto el Real a Santiago, haciendo marchar a sus hombres en una columna continua de camino, con sus trece piezas de artillería cargadas en mulas sobre su flanco derecho, como única medida de precaución.

No todo hubo de resultarle como esperaba, pues a poco andar, una pequeña partida nuestra trató de hostilizarlo e incendió algunos pajonales, obligándolo a un rodeo imprevisto por el camino llamado Antiguo del Perú, que corría casi sobre las faldas de los cerros. Al quedar evidenciada su maniobra, ordenó que la columna de retaguardia lo siguiera como en reserva. Cuando terminó de rodear la ciudad, dispuso desviar hacia la izquierda para tomarla

por el sudoeste, a través del Campo de las Carreras, con lo que, presumía, se situaba a nuestra retaguardia.

Al hacer este movimiento, el Ejército realista se topó con un curso de agua que brotaba de un manantial. Sus exploradores le llevaron un viejo aguador, capturado mientras recogía agua en el arroyo. Tristán ordenó que lo pusieran en libertad, y dándole una onza de oro, le dijo:

“Llévame el agua que has cargado a San Miguel del Tucumán”.

Y le indicó a qué casa, porque había llevado su arrogancia al extremo de tener ya escogida su futura residencia de general victorioso.

“Apúrate, hombre –añadió–. Vengo de un largo viaje, a mediodía entraré en la ciudad, y quiero tomar un buen baño”.

Sus oficiales celebraron con fuertes risas esta fanfarronada.

24 DE SEPTIEMBRE

Extraña coincidencia: era día de la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes, virgen tutelar de la ciudad amenazada.

Pero esa vez otros acontecimientos ocupaban a devotos y no devotos. La cercanía del enemigo, la inminencia de la batalla, el estado de conmoción: nada contribuía al recogimiento y la meditación pía. La ceremonia en honor de la Virgen, que año tras año se celebraba en su convento, fue suspendida. No repicaron campanas. En su lugar, el aire sería sacudido durante horas por las descargas de cañones y fusiles, indicando que a pocos pasos de allí la muerte cobraba sus presas. Fue un día de luto y terror para las mujeres de San Miguel, cuyos hijos, maridos y hermanos acaso estuvieran muriendo mientras ellas oraban en los rincones sombríos o al pie de los altares. El olor de la pólvora flotó durante todo el día sobre las compungidas calles, invadió los patios, se coló por las ventanas, llevó el miedo y la tristeza a los aposentos, despertó en las imaginaciones escenas de heridas abiertas y cuerpos destrozados. Era el olor penetrante de la guerra, que saturaba la atmósfera y enturbiaba el claro cielo primaveral: ese hermoso cielo indiferente a las desdichas de los hombres.

¡Qué duros e inquietantes habían sido los trabajos previos! Hasta último momento llegaron nuevos grupos de jinetes a ofrecerse como voluntarios. A falta de fusiles se les daba lanzas; a falta de lanzas, cuchillos atados a largos palos; a falta de todo, se les dejaba con sus puñales, sus lazos y sus bolas. Preciso es haber estado en una situación tan apurada como la mía para admitir el concurso de tales guerreros, más nocivos que útiles a la hora de combatir. En puntos estratégicos se abrieron fosos o se levantaron trincheras; y la plaza fue fortificada con una pequeña guarnición, apostando allí seis piezas de artillería. ¡Y cómo rezaban las tucumanas en esas horas de temor! Ellas, que habían tomado parte en la decisión de sus hombres, elevaban plegarias para que la buena Virgen de las Mercedes los protegiera en su empeño y se los devolviese con vida y gloria tras la batalla.

La víspera hubo aprestos que conmocionaron a la ciudad: el enemigo se había dejado ver desde el Norte, y yo, sin dilación, mandé formar nuestra línea frente a él, pero no atacó. Tras acercarse a distancia de media legua, las tropas realistas volvieron caras y desaparecieron. Nuestro Ejército permaneció formado hasta que cayó la noche; luego, dispuse su repliegue al interior de la plaza.

Y mientras las mujeres rezaban y los soldados velaban en espera del combate, yo, en quien unas y otros tenían puesta su confianza, por cuya iluminación pedían ellas en sus rezos y a cuyo tino fiaban ellos sus vidas, medía agónicamente el paso del tiempo, turbado por toda clase de dudas. Me esforzaba por disimular la feroz batalla que hacía rato había comenzado para mí, sin traslucir inquietud. ¡Pero qué miedos, qué sombras de malos augurios me perseguían sin abandonarme nunca! Ninguno sino yo era el responsable de esas vidas. Una orden mal dada, un error en el momento crítico de una acción, significarían muertes inútiles por las que acaso tuviera que responder mi alma. ¡Y cómo detestaba entonces la guerra!

Yo, que había soñado con los beneficios de la paz y la civilización, tenía que comandar ahora a los míos a través de la barbarie, para que derramaran sangre propia o ajena. Porque no me engaño en esto: aunque la guerra fuese necesaria y justa, matar es y será siempre un crimen ante Dios. Alguna vez mi alma había desesperado de la mansedumbre de la Colonia; pero ahora, en tan crueles momentos, ¡cuánto añoraba la benévola amistad de mis libros y la parsimonia de mi antiguo despacho del Consulado!

No era menor mi angustia por las consecuencias de la acción que se avecinaba. ¿Cómo olvidar lo que estaba en juego? ¿Cómo ahuyentar la idea de que una derrota equivalía al hundimiento de la Revolución, la ruina de Buenos Aires y del movimiento emancipador? Porque, sin querer exagerar la importancia de mi participación en aquella lucha, tal vez la historia de nuestra independencia no hubiese de conocer batalla más decisiva. Derrotado nuestro Ejército, quedaba expedito el camino a Santa Fe, a Córdoba, a la orgullosa capital. Los realistas se harían de un Ejército mayor que el que pudiera levantarse contra ellos, remontando su caballería con los naturales de la región, ya para entonces volcados a la causa del Rey y desengañados de la Libertad; todo el prestigio de la victoria seguiría al invasor en su avance; Goyeneche le proporcionaría otros mil o dos mil hombres de refuerzo, con lo que tendría unos siete mil para extender sus conquistas. Las fuerzas de la Revolución se

verían obligadas a abandonar –tal vez para siempre– la Banda Septentrional, el Entre Ríos y las Misiones. Desde Montevideo, los realistas ayudarían a cercar Buenos Aires, asfixiándola y desembarcando nuevas tropas en el Paraná, para engrosar al invasor. Los portugueses, hasta entonces atados por su armisticio con Buenos Aires, tendrían las manos libres para romperlo, como se lo habían ofrecido por carta a Goyeneche. Y quién sabe si la suerte de Chile no quedaría también sellada al interrumpirse sus comunicaciones con nuestras provincias. Lima, consolidada su fuerte posición, irradiaría su influencia sin contrincantes hacia el sur. Tarde o temprano lograríamos emanciparnos, porque, como creo, ello es voluntad de Dios, pero serían necesarios muchos años y sufrimientos, porque España, libre del yugo napoleónico, podría enviar Ejércitos y flotas a socorrer a sus virreyes.

¿Podía extrañarme la furiosa desesperación de Rivadavia, al ver que el destino de la Libertad se jugaba en una partida? Pero no era yo un ligero, capaz de arriesgarlo todo al azar de la guerra. Me forzaban las circunstancias; de no ser así, jamás habría cargado tan demoledora responsabilidad.

Sonaron las doce, comenzó el día de la batalla, y acercándome al Barón de Hølemberg, que iba a mi lado, apoyé mi sudorosa mano en su hombro.

“Dios nos quiera ayudar en este día, en que se decide la suerte de los americanos...”, murmuré, para no ser oído de nadie más.

Y sin aguardar su respuesta, monté mi caballo y me alejé.

A las dos de la madrugada, di orden de salir al campo y ocupar las posiciones del día precedente. Las tropas obedecieron con agitación. ¿Qué sucedía? ¿Temía yo un ataque nocturno?

En realidad, me era difícil refrenar mi ansiedad. Calculando que tendríamos al enemigo encima con las primeras horas del alba, quería asegurarme de estar bien preparados.

La noche transcurrió con penosa lentitud. Los soldados aguardaban en sombras; los jefes velaban; una grave atmósfera pesaba sobre todos. Cada tanto, los ojos se volvían hacia oriente, acechando los primeros arreboles del amanecer. Desde la ciudad llegaban aislados cantos de gallos; fuera de eso, todo era silencio y expectación.

Empezó a aclarar. Una mortecina palidez hizo destacar la línea del horizonte. La aurora, gris y fatídica, emergía poco a poco, mientras el Ejército iba entrando en movimiento.

Aparecieron emisarios; los jefes cambiaban opiniones en voz baja; me detuve a observar en cierta dirección, persiguiendo una señal. Llamé al Barón y atalayamos el paisaje cada vez más nítido. A lo lejos vimos desplazamientos de tropas.

Tristán no se había percatado de que sus combinaciones estratégicas estaban condenadas a revelarse por un accidente del terreno. La marcha de flanco rodeando la ciudad obligaba a su Ejército a acercarse a las faldas de los cerros, con lo que sus maniobras quedaban expuestas a nuestros ojos a causa del declive.

Llamando al joven La Madrid, le di instrucciones de hostigar como pudiese a Tristán. Se alejó a todo galope en dirección noroeste. A poco vimos brillar una fogata de pastizales incendiados en la lejanía.

Un rumor corrió por las tropas: el enemigo marchaba para cambiar sorpresivamente el campo de batalla. Di orden de llevar a cabo una veloz contramarcha hacia el Oeste. Comprendiendo que los movimientos de Tristán nos obligaban a presentar batalla en un terreno no reconocido suficientemente, dispuse replantear nuestras líneas en el extremo opuesto de la ciudad.

Las tropas desfilaron a toda prisa por los suburbios mientras aumentaba la luz del alba. Los cañones fueron arrastrados y los oficiales situaron sus respectivos cuerpos en el nuevo terreno, conservando siempre la ubicación relativa que yo les había asignado. Gran inquietud los dominaba a todos, como si, en efecto, a nadie se le ocultara la importancia de la acción que estaba por desarrollarse; y debo consignar aquí, en su elogio, que respondieron a mis primeras disposiciones con la mayor celeridad. Operamos aquel movimiento en cuestión de minutos: la sorpresa que pretendía darnos Tristán debió trastocarse en la suya propia, cuando, al descender hacia el campo de las Carreras, descubrió casi sobre su flanco a nuestra línea de infantería tendida delante de los arrabales. El Barón, sin más compañía que su ayudante José María Paz, salió en reconocimiento de los enemigos, llegando a aproximárseles tanto que podrían haberlo atrapado; pero era tal su sorpresa que no atinaron ni a perseguirlo.

Para entonces, ya la mañana estaba entrada; un sangriento sol proyectaba sus rayos sobre el Campo de las Carreras, que en las horas siguientes volvería a empurpurarse, pero de sangre.

Nuestras fuerzas rondaban los 1.800 efectivos, de los cuales sólo 800 eran infantes. Un tercio de esta arma carecía de bayoneta, habiendo yo hecho distribuir grandes cuchillos para suplir la falta. Dividí la infantería en cuatro columnas pequeñas, tres en línea de masas y una a retaguardia como reserva. Cada columna estaba a su vez dividida en tres secciones. La de la derecha la formaba el Batallón de Cazadores al mando del Capitán Forest; la del centro, el Nro. 6 al mando del comandante Warnes; y la de la izquierda, el de Pardos y Morenos a las órdenes del comandante Superi. La columna de reserva estaba compuesta por piquetes extraídos de los otros cuerpos y tenía como jefe a Dorrego.

El arma de caballería era muy nutrida, pero también caótica, ya que la formaban gran mayoría de paisanos. Yo la había situado a ambos flancos de la infantería, en dos gruesas divisiones desplegadas en batalla, con dos pequeñas reservas a retaguardia. Conferí el mando del ala derecha a Balcarce, su organizador, y el de la izquierda a Bernaldes Palledo, con orden de que también se dividiesen por mitades las armas. Pero Balcarce burló esta orden y se quedó con la mayor parte de los fusiles. La falta de adiestramiento me obligó a hacer formar a la caballería desplegada desde el comienzo, porque no creía que estuviese en condiciones de desplegarse en mitad de la batalla. Toda su instrucción se limitaba al manejo del fusil y a reconocer la voz de “avance”; en cuanto a las cargas, nada de su mecanismo les era familiar: cada uno cargaría a su modo y haría lo que le dictara su antojo. Ya el aspecto de aquellos hombres daba una idea de su irregularidad: sin uniformes, envueltos los torsos en ponchos coloridos y las piernas en montoneras de cuero, tenían toda la apariencia de salvajes; y sin embargo, la posesión de una caballería numerosa, por deficiente que fuese, era una ventaja que compensaba lo menguado de la infantería, ya que el terreno se mostraba propicio para sus cargas. En la caballería del ala derecha militaba el cuerpo de Dragones: veteranos, disciplinados, que por lo mismo hacían gran contraste con el resto de la línea, integrada por la rústica caballería tucumana.

En cuanto a la artillería, la mandaba el Barón. Como mi plan contemplaba cargar a la bayoneta, se había resuelto no llevar demasiada artillería al campo,

para dejar a nuestras líneas mayor movilidad; en consecuencia, sólo se dispusieron cuatro piezas de a seis; los restantes cañones quedaron en la plaza. El Barón situó sus piezas en forma separada, intercalándolas en los claros que dejaban las columnas de infantería y caballería, según la usanza de aquellos tiempos. Tanto el corto número de cañones como su colocación separada, que les restaba contundencia, eran, según lo veo hoy con mejores conocimientos, yerros que nos ponían en desventaja frente a las trece piezas, aunque de menor calibre, del enemigo.

Todos los movimientos, disposición de fuerzas y detalles tácticos, los consultaba con el Barón, cuyas sugerencias eran para mí poco menos que palabra sagrada. También por entonces se había sumado al Ejército, aunque sin puesto efectivo, el coronel José Moldes: militar adusto y rígido, fervoroso de la disciplina, a quien yo estimaba en mucho desde los tiempos anteriores a la Revolución, habiendo luego prestado servicios en la Banda Septentrional y en el propio Ejército del Alto Perú, en tiempos del General Pueyrredón. Moldes se había presentado ante mí hacía algunos días, con lo que renovamos nuestra vieja amistad. Por patriotismo, así como por afecto hacia mí, quiso Moldes participar de la batalla.

Así formaba nuestro Ejército la mañana del 24 de septiembre, aguardando la orden de ataque.

Digo “orden de ataque” porque, en efecto, lejos de limitarnos a defender la plaza, mi intención era tomar la ofensiva, aunque los realistas nos superasen en número, armamentos, disciplina y arrogancia.

Tristán debió observar con incredulidad la actitud amenazante de nuestras tropas, siendo así que, según luego confirmé, había especulado con la posibilidad de que no presentáramos batalla. Pese a su fanfarronada de que entraría en Tucumán antes de mediodía, pienso yo que estaba muy lejos de sus previsiones la idea de combatir allí mismo: su plan más bien consistiría en ocupar la parte sur y preparar desde esa posición los ataques que en los días siguientes dirigiría contra la plaza. Al hablar más tarde con Tristán, así me lo dio a entender.

Pero ahora se topaba con nuestra línea tendida provocando a la lucha, mientras sus tropas nada tenían dispuesto aún: ni cargadas las armas, ni

montada la artillería. Sin embargo estaba tranquilo. Desde su posición nuestras fuerzas le parecieron más débiles de lo que realmente eran: unas pocas columnas de infantería, unos pocos cañones... La configuración del terreno le impidió divisar nuestras dos alas de caballería, casualmente emboscadas tras unos naranjales.

Las fuerzas realistas estaban divididas. Tristán traía el grueso consigo, habiendo dejado a retaguardia una columna fuerte con el encargo de cortar el camino a Santiago. Los cuerpos de infantería con que avanzaba eran el Batallón de Abancay, de Cotabambas, Real de Lima, Paruro, Chichas y Fernando VII. Por toda caballería contaba con la de Tarija. Sus trece cañones venían en mulas, porque las sendas del Alto Perú no permiten el uso de rodados. Marchaba a paso de camino cuando descubrió nuestra posición, y reuniendo de urgencia su estado mayor, dispuso con la mayor celeridad todos los aprestos bélicos: cargar armas, desatar y montar cañones, organizar las columnas y apercebirlas para combatir.

En esto se hallaba cuando nuestro Ejército rompió la marcha. Sus hombres apenas había tenido tiempo de hacer montar dos de sus trece cañones, y ya los nuestros caían sobre ellos.

Fue recién entonces que se hicieron visibles a Tristán las dos grandes alas de caballería desplegadas en batalla. A toda prisa mandó desplegar también su línea, con la caballería de Tarija situada sobre el ala izquierda, y la infantería en cinco columnas, en precipitada maniobra.

La batalla había comenzado.

Deliberadamente inauguro el relato de aquella memorable y disputada acción describiendo los apuros que, de modo bien irónico, hubo de sufrir el enemigo.

Cuando di orden de marchar confiaba en aprovechar su sorpresa y la indecisión que ganaría a los jefes realistas al ver que los acometíamos en lugar de esperarlos. Mis mayores dudas provenían del campo, a primera vista desventajoso, hallándonos en un bajo mientras que el enemigo ocupaba una lomada. Pero no había cómo remediarlo. Con extraña emoción ordené avanzar.

Al otro extremo del campo veíamos a los realistas tratando de organizarse. A menos de tiro de cañón, ordené desplegar por izquierda las tres columnas de infantería: única maniobra que habían ejercitado y conocían bien. Tuve la auspiciosa satisfacción de comprobar que se desplegaban aún mejor de lo que habían hecho durante los ejercicios.

Mientras avanzaban, el enemigo, que no había conseguido aún montar sus cañones, abrió fuego de fusil. Era el primer estruendo de la jornada, y los nervios de muchos sufrieron una dura prueba. Comenzaron las primeras guerrillas que precedían a la batalla. El olor de la pólvora se difundió rápidamente. Se me acercó el Barón.

“Respondamos con artillería”, me dijo. Asentí y me hice a un lado con mi caballo.

Un ensordecedor estruendo señaló la entrada en acción de nuestros cañones. Yo sentí una sacudida y me desperté en el suelo. Mi caballo, pese a ser mansísimo, se espantó con la descarga, dando un corcovo que echó por tierra, a la vez, mi persona y toda mi dignidad de General. Vinieron varios a socorrerme, creyéndome alcanzado por una esquirla. Confieso no haberme visto nunca en lance tan ridículo.

Esta inusitada caída, aunque se prestase a sonrisas burlonas, no hizo reír a nadie. Poseídos como estaban del temor supersticioso que envuelve a los hombres en presencia de la muerte, los soldados la recibieron como señal de mal augurio.

Nuestros cañonazos habían abierto algunos claros en la línea realista, en que ya se podían divisar las primeras sangrientas bajas. Pero no era menos espantoso el fuego que desde su lomada enviaban los fusiles enemigos. El silbido de las balas llevaba terror y muerte a nuestra infantería, a quien yo había ordenado no responder y seguir avanzando. Así se cumplió, dejando atrás a los caídos y reemplazándolos sin detenerse.

Los cañones del Barón disparaban con diabólica regularidad, con su secuela de cadáveres. A través del polvo y el humo que ya se espesaban, pude yo observar cómo la confusión iba dominando a la infantería enemiga. Ya muchos soldados corrían en dispersión, desorganizando la línea, buscándose unos a otros para guarecerse. Aunque horrible, el espectáculo era auspicioso para nosotros, y yo pensé que no pasaría mucho tiempo antes de que el centro enemigo se desbandara. De haber llevado más artillería al campo, hubiéramos

podido desorganizar la línea completa de Tristán a cañonazos. Fue entonces que eché de menos las piezas dejadas en la plaza.

Vacilaba el enemigo bajo nuestra artillería, no obstante que la lucha recién había comenzado. Los Batallones de Cotabambas y Abancay eran los que habían sufrido más pérdidas. El humo lo iba envolviendo todo, mientras los gritos de los agonizantes hacían estremecer a los ilesos.

El jefe del Batallón Abancay, coronel Barreda, valeroso español, viendo con impacientes ojos los daños a que eran sometidos sus hombres, no quiso ya esperar, y antes de recibir orden para ello, mandó cargar a la bayoneta. Sus hombres lo hicieron en dispersión, según acostumbraban cuando se batían con los indios del Alto Perú. La orden de Barreda fue oportuna, porque infundió nuevo valor a sus tropas, pero provocó un movimiento desordenado y confuso que sirvió para incrementar lo caótico de la línea realista.

Al observar aquel desorden, tuve el pensamiento de que la batalla podía decidirse con un golpe vigoroso. Casi al mismo tiempo el Barón me envió un mensajero con el consejo de redoblar el ataque. Ordené que la infantería y las dos alas de nuestra caballería cargaran en forma simultánea.

Se tocó paso de ataque, y las tres columnas de infantería, mal armadas como estaban, se adentraron en lo espeso de la contienda con arrojo, calando bayoneta o blandiendo cuchillo. La lucha se generalizaba. Los infantes realistas, enconados y a pie firme pese a los claros que habían dejado los cañonazos, aguardaban con la seguridad de su mayor número. Sin embargo, la columna al mando de Forest, audazmente dirigida, se internó en el humo con magnífica resolución, y en breve lapso mostró que era capaz de imponerse.

La caballería debía confluir al ataque sobre el centro enemigo, que era su punto más débil, pero el ala derecha, al mando de Balcarce, se iba desfilando por el costado en vez de avanzar. Esta desobediencia me inquietó, aunque no atiné a hacer nada para remediarlo, porque en esos momentos el flanco izquierdo requería mi atención.

Llegó a mi lado el ayudante del Barón con un nuevo mensaje.

“General, manda a decir el Sr. Barón que haga cargar la caballería de la izquierda”.

“Dígale Ud. –respondí– que yo mismo voy a ocuparme”.

La caballería de la izquierda, dirigida por Bernaldes Palledo, no había entrado aún en batalla. En aquel flanco el enemigo no tenía caballería; pero en cambio, la infantería era terriblemente superior en número, y estaba intacta, habiendo nuestros cañones descargado con preferencia al centro. Se retrasaba el cumplimiento de mi orden de atacar, por cuya razón debí repetirla. La caballería hizo entonces una corta carrera, pero el fuego enemigo era tan mortífero que la detuvo en seco.

Todo nuestro flanco izquierdo hacía aguas. La infantería enemiga amenazaba con derrotarnos, y el ala izquierda de nuestra caballería, repelida, se mostraba impotente. Bernaldes Palledo alegó después que esa impotencia era debida a la falta de armas, porque, como dejo apuntado, Balcarce se había quedado con la mayoría de los fusiles. Dos columnas de la infantería enemiga desfilaban en martillo, transversalmente a nuestra línea. De esa manera, arrasarían a la infantería patriota desde la izquierda comprimiéndola hacia el centro. Cuando ello ha ocurrido en una batalla, suele ser imposible mantener el orden de toda la línea, que, desguarnecida por uno de sus costados, corre el riesgo de desbandarse.

Fue un momento muy grave para mí. Al ver que el centro enemigo cedía, me había creído a un paso de vencer, pero ahora comprendía que la oportunidad podía escaparse. Yo no podía revertir la situación de aquel flanco. Había puesto mi fe en el ataque al centro, donde esperaba se decidiría la jornada a nuestro favor, y era por tal razón que me preocupaba la renuencia de Balcarce a confluír en el ataque.

Confiando a los jefes de la izquierda la faena de contener al enemigo, dirigí toda mi atención a la caballería del ala derecha, por ver que ejecutase mis órdenes.

Hallándome en tales apuros, no sé quién vino de parte de Balcarce a decirme que avanzaría luego que la infantería hubiese destrozado al enemigo. Eso me enfureció. No iba a permitir que se repitiera lo ocurrido en Paraguay: la desobediencia o estupidez de un subalterno no me arrebataría el triunfo. Redoblé mis órdenes.

El avance de la infantería patriota había interrumpido la línea de fuego de nuestra artillería, que no podía seguir disparando sin matar a sus compañeros. Era un momento de máxima tensión, y yo, sin dejar de observar lo que pasaba, elevaba para mis adentros ardorosas oraciones.

Pero Balcarce no avanzaba. Llamé a mi edecán Pico.

“Vaya adonde Balcarce y dígame de mi parte que ese no es modo de atacar. ¡Que avance al galope, por su madre!”.

Más tarde, se justificaría alegando que sus reticencias obedecían al estado de sus tropas. ¿Cómo podía, con esos voluntarios de disciplina casi nula, lanzarse sobre las bayonetas realistas, cuya sola visión daba pavor? No era que resistiera mis órdenes, sino que no estaba en situación de cumplirlas: la carga debía efectuarse forzosamente de modo distinto. Balcarce hizo dar la señal con los timbales de Dragones, y avanzó, pero no hacia el centro sino a su frente, con un breve rodeo a la derecha para evitar los proyectiles de la infantería enemiga, que había hincado rodilla en tierra y mantenía un nutrido fuego. En vez de atacarla, la esquivó. Sus jinetes, dando aullidos feroces y produciendo un siniestro fragor al golpear con las riendas sus guardamontes de cuero, se lanzaron sobre la caballería realista.

Al verme burlado en mi idea, mascullé una imprecación y volví la cara a retaguardia, donde permanecía el cuerpo de caballería de reserva, al mando del Capitán Antonio Rodríguez.

“Entre en batalla— le ordené—. Ataque el centro enemigo desde este mismo punto”.

El Capitán asintió y el cuerpo de reserva salió al galope con denuedo propio.

Observaba el principio de este movimiento, que tan efectivo y oportuno sería para el resultado de la batalla, cuando tuve la ocurrencia de volver sobre mi costado izquierdo, que me había visto obligado a descuidar a causa de Balcarce. Me urgía saber el éxito que había tenido aquella tropa del enemigo que viera desfilar en martillo. Pero no di más que unos pasos cuando se me apareció mi amigo el coronel Moldes preguntando:

“¿A dónde va Usted?”.

“A buscar a mi gente de la izquierda”.

“Es inútil, General, están cortados”.

Sentí que mi ánimo se desvanecía. Eso significaba que el enemigo había introducido en nuestras líneas una fuerza que aislaba toda la izquierda. La maniobra de martillo tendría un éxito completo. La izquierda estaba quizás perdida. El triunfo se me escapaba otra vez.

¿Qué hacer para remediarlo, si aún era posible? Eché la vista al frente. Balcarce había dispersado al parecer a la caballería realista, pues nada llegué a ver de esas tropas, sino un enorme claro abierto en la izquierda enemiga.

“Busquemos la caballería”, dije con enronquecida voz.

Espoleando a mi caballo, me lancé al claro, seguido de Moldes, que hacía vanos esfuerzos para llevarme calma.

Para entonces, ya toda la primera línea se había alterado hasta lo irreconocible. Soldados que no se sabía si eran propios o enemigos corrían en el desorden más completo, cargando o huyendo en medio de una humareda irrespirable. Los cascos de mi cabalgadura tropezaban con los muertos, cuya sangre hacía barro. El silbido de las balas, el trueno de las descargas, los gritos y maldiciones, todos los ensordecedores o terribles sonidos de la batalla habían alcanzado su máximo punto. En medio de una confusión atroz, muchos hombres vagaban perdidos, sin poder reunirse con sus regimientos. La nube de humo y polvo anulaba la visión.

En ese momento, y como para aumentar lo tremendo del caos que me envolvía, ocurrió algo extraño y al principio inexplicable. El cielo se llenó de tinieblas; el sol desapareció; un anormal y persistente zumbido se apoderó del campo de batalla, al punto de amortiguar los disparos de los fusiles. Yo no veía más allá de unos pocos pasos delante mío. Algo golpeó mi frente, y me llevé una mano suponiéndome alcanzado por una bala, pero no tenía ni un rasguño. Sobre nosotros caían raros e inidentificables objetos, en ráfagas, en oleadas, invadiéndolo todo, tendiendo una opaca cortina frente a los ojos de los combatientes, como si una maldición hubiese descendido sobre el campo de batalla.

MEDIODÍA DEL 24

Aún hoy siento un eco de angustia al evocar esa rumorosa oscuridad que se abatió sobre el escenario del sangriento drama, ocultándolo a mis ojos. Nunca he participado en batalla más informe, cambiante y difícil de reconstruir en sus detalles que la acción del Tucumán. Cuando al fin se desgarró la viviente nube que nos cubría, el campo de las Carreras mostró el triunfo único e indisputable del caos.

¿Qué había sucedido? Pasada la inicial sorpresa, lo comprendí. Una manga de langostas: una inverosímil manga de langostas atravesando el extenso prado en lo crucial de la batalla. La Naturaleza llevaba adelante sus ciclos con indiferencia completa a los afanes de los hombres. Mi ansiedad quiso leer en ello un signo celeste, aunque no pudiera saber si favorable o contrario.

Repuesto de mi asombro, procuraba abrirme paso a través de la trémula muralla, entre soldados sin filiación determinable que corrían perdidos, moribundos que se arrastraban en el barro sanguinolento, equipajes abandonados, armas rotas, caballos y mulas sin jinete. Todo daba la misma impresión de cerrado desconcierto. Quienes tuvieron entonces su bautismo de fuego, no habrán podido menos de pensar que la guerra consistía en un cúmulo de azares irreductibles a sistema, y la ciencia militar no en otra cosa que en pamplinas.

Era imposible saber qué había sido de cada columna, en dónde se combatía y en dónde se había hecho un alto para reorganizarse, a qué ejército pertenecía el soldado que a pocos pasos emergía del humo... Se dio el caso de individuos extraviados que, buscando reincorporarse a sus regimientos, concluían en manos de los enemigos, a quienes habían confundido con sus camaradas. A tal extremo desacordados e imprevistos habían sido los movimientos de las tropas que no era extraño toparse con el jirón de una columna realista, vagando sin rumbo y sin peligro en medio de las columnas patriotas. Y las langostas seguían cubriéndolo todo como una agitada marea verde y gris.

¿Dónde estaban las fuerzas confiadas a Balcarce? Para referirlo debo alterar el orden de mis conocimientos, pues sólo más tarde supe lo que había sucedido con ellas.

Según dije, Balcarce atacó desfilándose sobre su derecha y no hacia el centro, cayendo sobre la caballería de Tarija, que se vio acometida por una nube de vándalos. Envueltos en ponchos de colores, gritando, golpeándose las montoneras con las riendas, agitando sus lanzas, los gauchos tucumanos llegaban como un temible alud, haciendo por fin su aparición. Rudos, morenos, de espesas barbas y semblantes sombríos, tan pavoroso aspecto traían y tan vigorosamente cargaban, que la aterrorizada caballería de Tarija se dio cobardemente a la fuga. Por un momento, los jinetes tucumanos parecieron realmente una nube de langostas abatiéndose sobre un sembradío, salvo que, en lugar de campos devastados, dejaban tras de sí un reguero de cadáveres. Todo lo que se movía era lanceado o degollado, y por el claro que dejó la caballería enemiga al fugar, ellos se introdujeron a galope tendido, para consumir una matanza con los dispersos. No perdonaban ni a los arrieros, ni a los criados, ni a las prostitutas que habían acompañado al enemigo, llevando pánico al campo realista. Ganada la retaguardia, se precipitaron sobre el parque y bagajes, lo tomaron por sorpresa y se dedicaron al saqueo, lo que todavía les dejaba tiempo para degollar a los infelices que venían en fuga. Pero era tan grande la sed de botín, tan poca la disciplina y tanta la seguridad de haber cumplido ya con su deber, que, olvidando que la batalla proseguía en otros puntos, se dedicaron desde entonces solamente a rapiñar.

La desobediencia de Balcarce despertó mi cólera, y durante mucho tiempo le atribuí un papel principal en las zozobras que padecimos. Hoy, sin embargo, con más sereno juicio, reconozco que la caballería tucumana, pese a entregarse al pillaje, tuvo un efecto crucial en la batalla. Con su mortífera carga, todo el Ejército realista vaciló. La infantería que aún sostenía el centro se creyó perdida al ver desguarnecido su flanco y a la caballería tucumana cabalgando en todas direcciones y acuchillando a diestra y siniestra.

El centro enemigo empezaba a ceder al terror cuando hizo su aparición la caballería de reserva que yo había mandado al ver que Balcarce no cumplía mis órdenes. Entonces su resistencia se quebró como una vieja rama incapaz de sostener un peso excesivo. A su quiebra siguió la dispersión. Los desdicha-

dos que lograban eludir las bayonetas eran degollados por los gauchos que los esperaban a retaguardía y los perseguían a través de los naranjales.

Pero no todo el centro realista estaba aún vencido: en otros puntos lograba mantenerse. Tristán hacía esfuerzos sobrehumanos para contener la dispersión. Honrando su fama de valiente, desplegaba una constancia y un valor admirables, de esos que, al contagiarse, pueden cambiar el curso de una acción.

Si un observador imparcial hubiese arribado al Campo de las Carreras en esos críticos momentos, habría podido suponer que se desarrollaban dos batallas simultáneas y opuestas a uno y otro costado. La derecha realista triunfaba de nuestra izquierda, y nuestra derecha había arrasado a la izquierda realista. El centro presentaba ventajas claras para nosotros. Pero la batalla distaba aún de haberse definido. Así como yo había fiado todo mi éxito al triunfo del centro, Tristán fiaba el suyo a las ventajas de su derecha. Tristán se dedicó a contener y animar al resto de sus tropas para evitar que desbandaran. Era un hombre empedernido, que no se daría por vencido tan fácilmente, cuando hasta esa misma mañana había tenido la victoria por segura.

Y tampoco le faltaban razones. En el momento de su mayor apuro hubieron de llegarle noticias de que nuestra izquierda acababa de ceder: el Batallón de Pardos y Morenos mandado por Superi, tras desigual combate, se había visto forzado a echarse atrás, en condiciones tan lastimosas que su jefe, cercado, cayó prisionero.

Nada de esto sabía yo, y cumplo, al narrarlo, el solo deseo de mantener un orden. Desde que salí tras de Balcarce, cesó mi verdadera intervención como General, ya que a partir de ese momento me fue imposible regresar a los puntos en donde se disputaba el terreno. Sin hallar a quienes buscaba, ni tampoco poder volver atrás, me limitaba a reorganizar dispersos, acompañado del Coronel Moldes y de algunos oficiales. Ante mí no encontraba sino despojos: espectáculo estremeedor aún para quien tuviera alguna experiencia en la guerra.

No había rastros de columnas, batallones o regimientos. Sin embargo, la lucha debía proseguir en otros puntos, porque aún llegaban el estruendo de los fusiles, las exclamaciones y los gritos. Yo marchaba pensativo y cabizbajo, con la creciente certidumbre de haber sido derrotado.

“¿General?”, dijo alguien, aproximándose. Volví de mis tristes reflexiones para encontrarme con José María Paz, el ayudante del Barón de Hølemberg.

“Por fin lo encuentro, Señor. –dijo Paz– Lo estoy buscando desde hace rato y nadie sabía nada de Usted. El Sr. Barón me encomendó decirle que insistiera Usted con hacer cargar la caballería del ala izquierda. Sé que este recado es ahora inoportuno, pero...”

Yo hice un gesto de asentimiento. A la sazón, nuestra ala izquierda estaba destrozada. El coronel Moldes, menos paciente que yo, interrumpió con brusquedad al tardío emisario, para pedirle noticias de la batalla. Pero nada sabía, y luego de ver lo inútil que resultaba interrogarlo, lo dejamos que se incorporara a nuestra comitiva.

Yo permanecía taciturno y como atontado. La nube de langostas se había ido y el sol brillaba otra vez sobre nosotros. Dirigiéndome Moldes con voz alterada, murmuré:

“¡Sólo quisiera saber, amigo, si hemos ganado o perdido, y si los godos pudieron o no tomar Tucumán!”

Poco después fueron llegando algunos de los incontables dispersos de la caballería, que al verme se arrimaron a mi pequeña columna, dando por concluida su vergonzosa faena de saquear equipajes y ultimar heridos.

“¿Qué hay? –pregunté al primero en acercarse, un teniente de Dragones– ¿Qué sabe Ud. de la plaza?”

El teniente respondió con displiscencia:

“Nosotros hemos derrotado a los que teníamos al frente, pero creo que el enemigo ha ocupado la ciudad”.

“No crea Ud. a este oficial –terció Moldes indignado–: está hablando de miedo”.

“Señor coronel, yo no tengo miedo, y sí tanto honor como Ud”.

Moldes dirigió una mirada llena de desprecio al teniente, cuya persona y caballo estaban cubiertos de ropas y otros efectos.

“¡Cómo ha de tener honor un ratero como Ud.!” le dijo.

“Si quiere, puedo demostrárselo ahora mismo”, replicó el teniente.

Yo había prohibido la bárbara práctica del duelo, no sólo por repugnar a mi cristiano sentimiento, sino por evitar que los más valientes emplearan sus ardores en matarse. Esta costumbre me ha sido siempre odiosa, y debí estar muy abstraído para no percatarme del reto que había tenido lugar en mi pre-

sencia. Fue necesario que alguien llamara mi atención sobre los dos hombres, que ya se alejaban para batirse.

“¡Señores! –reaccioné– ¿Qué insubordinación es esta?”.

Una vez separados los duelistas, la columna prosiguió su marcha entre los muertos y el humo que ya se empezaba a disipar. Los disparos sonaban ahora más aislados.

Al poco rato apareció por fin Balcarce con unos treinta miembros de su desvanecida caballería. Venía dando vivas a la patria.

“¡Lo felicito, mi General! –prorrumpió– ¡La victoria es nuestra!”.

Tan abrumadora era mi ira hacia él que no pude articular palabra. Bastaba una ojeada a sus acompañantes cargados de botín para comprender en qué se habían estado entreteniendo.

“Un subordinado suyo –dije al fin– me da las condolencias, y Usted me felicita. ¿En que se funda para proclamar la victoria?”.

Tuve la sospecha de que Balcarce no podía fundarse en nada, pero, no asistiéndole ningún interés en empeñar nuevos combates, sostuvo su opinión con el mayor convencimiento.

“¿Y cómo no habremos triunfado –replicó– si nosotros destrozamos al enemigo que teníamos al frente? Yo calculo que en todas partes habrá sucedido lo mismo. Vea cómo ha quedado el campo cubierto de cadáveres. ¡Nuestras armas no descansaron!”.

Como una prueba de sus afirmaciones, me mostró un gran cuchillo de monte, en cuya rica empuñadura estaba asegurada una de las medallas de oro batidas en honor de Goyeneche por sus triunfos de Huaqui y Sipe-Sipe.

“Vea, mi General. Se lo he cobrado al coronel Peralta”.

Permanezco hasta el día de hoy en la creencia de que Balcarce pretendía tomarme de imbécil. ¿Qué trofeo era ese, seguramente robado al equipaje de su dueño? Unos pasos más atrás venía su ayudante y hombre de confianza, haciéndose seguir de unos baúles, también producto de la rapiña. Pero mi abatimiento llegaba a tal punto que sofocaba mi indignación, y no volví a pronunciar palabra.

La breve columna que venía tras de mí continuó su melancólica marcha entre despojos. A cada momento llegaban nuevos dispersos, cada cual con su

botín. Al cabo de un rato, ya se habían agrupado cerca de doscientos hombres, y con esta escolta proseguí avanzando sin hablar con nadie, embargado y sombrío.

Hacía tiempo que la batalla había terminado. El polvo y el humo huían con la brisa; las langostas se habían retirado. Poco a poco quedaba expuesto a nuestros ojos el ancho Campo de las Carreras, convertido en pudridero. El olor de la pólvora y la sangre cuajada lo saturaba todo. Yo no alcanzaba a ver otra cosa que cadáveres, fijados para siempre en un grito trunco o en el gesto de contener la sangre de un tajo, o bien tendiendo yertas manos hacia algún punto postreramente anhelado del horizonte. Y en medio de ese osario a cielo abierto, algunos sobrevivientes vagaban sin fuerzas; otros corrían de despojo en despojo, robando anillos y cadenas, como hienas en la carroña. El Ejército patriota había desaparecido como el humo de los cañonazos. ¿O serían sus restos los que nutrían ese osario, que se dilataba hasta los arrabales de la ciudad? Esta duda me atormentaba. ¿Quién podía decirme cuántos de mis hombres habían perecido, cuántos fugado, cuántos caído prisioneros? ¿Y el enemigo dónde estaba? ¿Ocuparía la plaza?

Cada hombre que se sumaba a mi columna era ansiosamente interrogado, pero nadie podía dar noticias. Yo seguía sin despegar los labios, mortificado por la proximidad de Balcarce, por sus jactancias, sus anécdotas de carnicerías y su ridícula seguridad en la victoria. Y cuando alejaba mi pensamiento de lo inmediato, volvían a aparecer ante mis ojos aquellos muertos, cada uno de los cuales se me antojaba una acusación. Me preguntaba si tenía sentido tal holocausto; si valían la Libertad y el progreso de nuestra causa la vida de un sólo hombre. ¿No eran esas muertes un pecado irredimible? Si la batalla estaba perdida, y la patria no se había salvado, entonces, ¿de qué servían? Sólo yo, el insubordinado general de aquellos cadáveres, debía cargar con la culpa. ¿O no se me había ordenado retroceder sin combatir?

Pero quizás Balcarce tuviera razón. Quizás la infantería, replegada oportunamente por disposición de Díaz Vélez, resistía en la plaza. Sólo había una forma de saberlo.

“Distamos más de una legua de Tucumán –dije–. Vamos hacia allá. Aquí no hay nada que hacer”.

Poco después de tomar ese rumbo, alguien advirtió:

“Mirad, hay tropas”.

El desolado llano se extendía ante nosotros, y más atrás, en las orillas de la ciudad, se alcanzaba a discernir una reunión de soldados.

“Son nuestros”, –aseguró uno.

“Se me hace que no”, –dijo otro, lúgubre.

Balcarce opinó que era la infantería de Díaz Vélez. Un cuarto dio positivas razones para suponer que se trataba de realistas. La discusión se generalizó, siempre en términos teóricos. Había quien especulaba con la hipótesis de que Tucumán estuviera en poder del enemigo, y el Ejército patriota en fuga hacia Santiago. Al fin me harté, y acallando todas las voces con una fuerte exclamación, dije:

“¡Y cómo hemos de salir de dudas, si yo y mi comitiva somos los que vamos de descubridores!”.

A nadie se le había ocurrido enviar una misión de reconocimiento, y menos que a nadie, a Balcarce, que ni aún entonces lo hizo. Hubieron de ofrecerse algunos voluntarios, entre ellos el teniente Paz y el capitán Saravia, acaso avergonzados por mi reconvención.

El grupo de voluntarios se alejó con cautela y tardó algún tiempo en volver. Si he pasado en mi vida, frecuentemente, por angustias y temores, y si la carrera militar no ha sido avara en deparármelos, debo, no obstante, reconocer que pocas veces los sufrí tan crueles como ese día, durante el tiempo que tardó aquella partida de reconocimiento en volver, o luego, al dudar yo de la exactitud de sus informes. Referiré lo que me contaron.

Al avanzar, vieron que el suelo estaba por aquella parte sembrado de armas y baúles, y hasta yacía abandonado un lujoso coche, que tal vez había sido el de Tristán. Por allí debía haber pasado el equipaje realista. El teniente Paz desmontó por curiosidad, creyendo que no había nadie vivo. De pronto un soldado se movió entre los despojos. ¿Patriota o realista?

“Dígame qué fuerza es la que tenemos delante”.

“Es nuestra”.

“Bien. Pero Ud., ¿a qué ejército pertenece?”

El soldado vaciló, porque tampoco él sabía a qué ejército pertenecía Paz.

“Al nuestro”, dijo.

“¿Pero cuál es el nuestro?”

El soldado retrocedió lentamente, dirigiéndole una mirada recelosa.

“El nuestro”, volvió a contestar.

Y de repente, echándose a un costado con agilidad, tomó un fusil del suelo e hincó rodilla en tierra. Ambos oprimieron los gatillos al mismo tiempo, sin que sus armas dispararan. El realista —que eso era— estaba tan lleno de terror como el joven Paz, y ni uno ni otro osaban moverse; sólo la aparición del capitán Saravia puso fin a su incertidumbre. El realista quiso huir, y Saravia lo apuñaló al galope.

La partida continuó su avance. Varios pasos más allá descubrieron dos cañones, abandonados por el enemigo sin más recaudo que su provisoria inutilización. Eran los mismos cañones perdidos por Díaz Vélez en Las Piedras.

Al llegar a una distancia suficiente como para reconocer, por fin, a las columnas que permanecían formadas en las orillas de la ciudad, Saravia dictaminó lúgubrememente que eran realistas.

Regresaron. Al oír su informe envejecí. El coronel Moldes se acercó, y tocándome el hombro:

“Esto no significa que los nuestros hayan sido derrotados”, dijo. Pero la verdad era que tampoco él creía otra cosa.

Yo me resistía a admitir la noticia. En tal caso, había que suponer perdida la batalla, tomada la ciudad, y a nuestra infantería muerta, prisionera o fugitiva. Necesitaba comprobarlo personalmente. Ordené avanzar a mi columna. Cada paso que hicimos significó una tortura cruel. Pero, cuando nos aproximamos a aquella fuerza cuya identidad seguía siéndome dudosa, giraron los cañones hacia nosotros y abrieron fuego.

Ya no había dudas. Eran realistas. Nuestro Ejército había sucumbido.

FIN DE JORNADA

Bajo el violento sol del mediodía, nuestra miserable columna dudaba qué dirección tomar. Singular cambio se había operado en mis hombres desde que supieron que el enemigo estaba en posesión del campo de batalla. Había descendido sobre todos el abatimiento que antes me torturara solamente a mí; ninguno osaba hablar, y en sus rostros se leían acerbos temores.

Por extraño que parezca, mientras mis hombres se abatían yo empezaba a recobrar-me. Ya habría tiempo para lamentaciones: ahora quería sacar fuerzas de flaqueza para decidir un rumbo de acción antes que la pérdida fuese más grave. Llamé a mis oficiales para consultarlos. Al cabo de unos minutos de improvisada conferencia, la columna volvió a ponerse en marcha rumbo al sur, para establecer nuestro campamento en la estancia del teniente gobernador de Tucumán, llamada El Rincón, distante tres leguas de la ciudad, y una vez a resguardo, tomar desde allí una idea más exacta de la situación.

El coronel Moldes se aproximó para recordarme que la partida de reconocimiento había hallado dos cañones abandonados.

“General, aquí me dicen que es posible traerlos con una partida bien montada”.

“¿En dónde es eso, si cuando avanzamos no vimos ningún cañón?”.

Moldes hizo una seña a Paz, que se adelantó para confirmar el hallazgo.

“Bien –dije–, ya que Ud. sabe dónde están, preciso es que vaya a traerlos”.

Con este encargo y ocho hombres, Paz regresó al campo de batalla, mientras mi columna continuaba su retirada, dejando a nuestra izquierda el camino a Santiago del Estero y un ameno naranjal, cuya nota de verdor distraía cada tanto las miradas vencidas de mis hombres.

Tal fue la primera medida que dispuse luego de lo que se presentaba como una derrota ilevante. Entretanto, no había dejado de considerar los pasos sucesivos que daríamos, a fin de ponernos a salvo, así como de hallar a

nuestros restantes camaradas, para que se nos uniesen, si es que estaban vivos, o para tener por cierta su perdición, si se confirmaban las peores sospechas.

Luego de un rato de silenciosa marcha, me volví a Moldes, cuya compañía me era inestimable en esos momentos.

“¿No cree, Coronel, que debemos enviar una partida a la ciudad, para que nos saque de ascuas? Fea cosa sería que nos retiremos como perdidosos para saber después que Díaz Vélez o algún otro resistía en la plaza”.

Moldes estuvo de acuerdo. Hoy no me explico que tardáramos tanto en adoptar esa elemental providencia, a no ser por la gran turbación que nos poseía. Llamamos voluntarios, y se ofreció el capitán Saravia, quien fue a cumplir con este encargo sin dilación.

Nuestra marcha prosiguió con lentitud bajo la siesta. Poco después arribamos a la estancia El Rincón. Me encerré a solas en el despacho que me habían improvisado para meditar sobre la suerte que nos aguardaba.

Ahorraré la descripción de mis padecimientos y dudas en el transcurso de aquella tarde, según se retardaba toda noticia del estado de Tucumán. Preparaba mi ánimo para la resignación de la derrota, pero enseguida se me ocurría que Díaz Vélez había logrado retirarse al interior de la plaza, según estaba previsto.

Mi columna se había engrosado considerablemente con los dispersos que se nos fueron sumando en el camino, y luego con los que vinieron a la estancia, anoticiados de que yo estaba allí. También, signo auspicioso, llegaban muchos prisioneros, traídos por partidas sueltas de jinetes, por algunos gauchos caritativos que les habían perdonado la vida, y hasta por mujeres de los alrededores; con lo cual el campamento se hacía a cada momento más nutrido. Esos prisioneros demostraban que también el Ejército realista había sufrido una gran dispersión. En algunos casos, ellos mismos se habían entregado para salvar sus vidas, porque los campos hervían con bandas de gauchos dispersos de la caballería de Balcarce, que se dedicaban a robar y asesinar. Pero aunque venía gente en forma continua al campamento, aún no aparecía nadie que me trajera lo que más necesitaba: noticias.

Para asegurar la reunión de mis dispersos, yo había mandado partidas sueltas en distintas direcciones: primer intento de reorganización que permitió incrementar el número de efectivos en forma apreciable.

Como nadie viniese de Tucumán, decidí enviar nuevos hombres para que trataran de acercarse a la plaza. En esto me encontraba cuando entró Saravia a todo galope, grandemente excitado. Saravia era un valiente salteño, apodado “Chocolate” por lo oscuro de su tez, que odiaba con terrible pasión a los realistas.

“¡Mi General –gritó–, Tucumán es nuestra!”

Aquel anuncio provocó violenta agitación en el campamento; y así como me había sentido envejecer con el anuncio de que el enemigo ocupaba los arrabales, ahora volví a la vida. Hice pasar a Saravia a mi despacho.

Grande fue la ansiedad con que oí sus primeras explicaciones. A cada instante lo interrumpía para obtener nuevos detalles, mientras me asaltaban las dudas más necias y descabelladas y vacilaba en darle crédito.

Saravia me dijo que para cumplir mi encargo había dado un gran rodeo entrando al pueblo por el este. Inútiles fueron sus intentos de obtener informaciones de los vecinos, pues las calles estaban vacías y nadie abría las puertas. Al acercarse a la plaza notó que estaba ocupada por tropas. Efectivamente eran nuestras. Sus camaradas lo recibieron en brazos cuando saltó el foso de protección y las empalizadas. Había creído muertos a muchos de esos hombres.

Ya para entonces se sabía la noticia de que yo estaba a salvo con una respetable columna de Caballería fuera de la plaza. Allí, no obstante haberse visto obligados a retirarse hacia el interior de la ciudad, nadie dudaba de que la victoria nos pertenecía. Saravia trató de formarse una idea de lo acontecido, para luego referírmelo. Fue de su boca que me hice por primera vez una idea del desarrollo de la batalla, que había sido hasta entonces una incógnita para mí.

Supe que, una vez incomunicado del resto de mis hombres, y prácticamente derrotada nuestra izquierda –cuyo jefe Bernaldes Pallero, fue hecho prisionero– los realistas no pudieron sostener la posición, en parte por quedar desguarnecidos a causa del ataque de la caballería de Balcarce, y en parte por el subsiguiente avance de nuestra infantería, la caballería de reserva y la reserva de infantería, que hicieron gran número de prisioneros y mataron enorme cantidad de dispersos. La infantería, en una acción brillante cuyo mérito correspondió a Forest y a Dorrego, redujo al enemigo en toda su línea

obligándolo a retroceder. Tristán no pudo reorganizar sus tropas sino como una legua al sur del campo de las Carreras, concentrando a los desbandados en torno a la fuerte columna que horas antes había destacado para cortar el camino a Santiago, y que por esa razón no había entrado en combate. Reagrupados los realistas, volvieron a avanzar; pero ya los patriotas les habían tomado varios centenares de prisioneros y trofeos, rescatando incluso al batallón de la izquierda y a su jefe. Unos 500 cadáveres de realistas, y sólo 80 de patriotas, quedaban en el llano. Las banderas de Cotabambas, Abacay y Real de Lima, en poder de los nuestros, ilustraban la humillación que habían inflingido a esos regimientos. Al volver a cargar los realistas, se trabó un indeciso combate; con gran prudencia, Díaz Vélez, Dorrego y Forest prefirieron no darles ocasión de vengar sus pérdidas, y observando que Tristán tenía nuevamente la ventaja de su lado, emprendieron una oportuna y bien calculada retirada hacia el interior de la ciudad, fortificándose en ella para defenderla hasta el último hombre. Tristán los siguió hasta los arrabales, pero inseguro de poder atacar la plaza, se detuvo allí, en donde más tarde hube de encontrarlo yo cuando marchaba con mi pequeña columna de doscientos jinetes. Así habían quedado las posiciones al final de esa jornada: Díaz Vélez, con sus fuerzas relativamente intactas, ocupando la plaza; Tristán, dueño del campo de batalla, ocupando los arrabales del sudoeste, con mucha merma, pero aún con superioridad de tropas; y yo al frente de una columna de caballería, retirándome hacia el sur a esperar noticias. Ni Díaz Vélez ni yo sabíamos por el momento nada el uno del otro, y Tristán pretendía aprovecharse de esta ignorancia para intimar rendición.

No terminaba de interrogar a Saravia, cuando me avisaron que había llegado a El Rincón el teniente Paz, y pedía verme con urgencia, pues traía un mensaje de Díaz Vélez.

Yo había mandado a Paz en busca de los dos famosos cañones. Estos fueron recuperados, pero Paz no regresó con ellos. Deseoso de saber qué pasaba en la ciudad, se dirigió hacia allá por propia iniciativa, acompañado de dos reclutas que conocían la zona. El anuncio de un mensaje del mayor general me obligó a suspender el interrogatorio a Saravia y hacer pasar al joven teniente sin pérdida de tiempo.

Paz me dijo cómo había ingresado en Tucumán dando también un rodeo para esquivar al enemigo. También él llamó inútilmente a las puertas cerradas y atrancadas de las casas. Llegado a la plaza con la emoción consiguiente, tuvo tiempo, entre abrazos y saludos, para ver en un rincón, rodeada de una firme guardia, a una cabizbaja multitud. Eran cerca de quinientos prisioneros realistas, incluyendo algunos jefes de nota como el valeroso coronel Barreda, el coronel Peralta, el comandante Alcón, el auditor Medeiros, y otros destacados oficiales enemigos. El mencionado Barreda era uno de los más importantes: primo de Tristán y Goyeneche, su figura era respetada hasta por nuestros hombres, habiendo sido autor de una potente carga de la infantería enemiga al despuntar de la batalla. Peralta –el dueño del cuchillo que Balcarce me había exhibido como trofeo– estaba tan malherido que esa misma noche moriría. Y además de los oficiales y soldados había en la plaza cinco cañones, trescientos fusiles y varios estandartes y banderas tomados durante la acción.

Luego de tan crueles dudas como las pasadas, el teniente Paz no podía salir de su sorpresa. Pero bastaba una mirada en torno para convencerse. La plaza estaba fuerte; los fosos y las calles, bien guarnecidos para la defensa. En las azoteas de las casas se veían las cabezas de los soldados apostados. Y el ánimo de todos era excelente y triunfal. Se notaba gran diligencia y decisión en los movimientos; los soldados reían y bromeaban sin ofender la disciplina; los oficiales vigilaban con rostros llenos de confianza.

La noticia de que yo estaba a salvo con una columna de caballería incrementó el entusiasmo. Liberándose a duras penas de las preguntas que le dirigían y las anécdotas que le narraban, Paz consiguió hacerse llevar ante Díaz Vélez.

Este permanecía encerrado en una vieja casona de la cercanía, poseído de un entusiasmo bélico estridente y gritón. Desconociendo la suerte de la caballería derecha y de mi persona, se sentía el héroe de la jornada. Había tomado posesión del mando con la serenidad de quien se cree nacido para él; y cuando Paz fue introducido en su despacho, recorría la estancia dando ampulosos pasos.

“¡Adelante, adelante!”, exclamó. Sin tomar asiento, como si aún permaneciese en medio del fragor de la lucha, interrogó al teniente con minuciosidad. Al fin, hizo una breve pausa pensativa, luego de la cual salió de su ensimismamiento para ordenarle:

“Vuelva a Ud. a montar a caballo y vuele en alcance del General, para decirle que tenemos las ventajas que Ud. ya sabe; que se han tomado todas las medidas de defensa; que la plaza está fuerte y que se defenderá hasta la última extremidad”.

Y a continuación ordenó a su ayudante conseguir caballos para el teniente, aunque hubiera que quitárselos “al Espíritu Santo”.

Me sonreí al escuchar esa exagerada expresión, que pintaba de cuerpo entero a mi segundo. Paz prosiguió relatando que en esos momentos hubo gran agitación en la plaza. Se acercaba un hombre encapuchado, a quien Dorrego conducía del brazo. Era un parlamentario enemigo; lo habían vendado para que no pudiese tomar nota del estado de la plaza. Díaz Vélez pidió a Paz, que aguardara para ver con sus propios ojos e informarme la respuesta que pensaba dar a Tristán.

Una vez en el despacho, y retiradas las vendas, el emisario de Tristán puso ante Díaz Vélez un oficio, que éste recibió con irónica sonrisa.

“¿Su General capitula?”.

“No, por cierto, sino que me envía a intimarle la rendición de la plaza, en nombre de la fraternidad americana”.

“No pierda el tiempo –interrumpió Díaz Vélez–. No me pienso rendir ni aunque venga cargando el mismo diablo”.

El emisario explicó que debía responder en el plazo de dos horas, en cuyo caso se ofrecía a la guarnición los honores de la guerra; de lo contrario atacarían entregando la ciudad a las llamas.

“No hacen falta dos horas para la contestación: se la voy a dar ahora –dijo Díaz Vélez, fulminándolo con la mirada, después de leer el oficio de Tristán–. No nos vamos a rendir; si quiere atacar, que lo haga, en la seguridad de que lo estaremos esperando. Y comunique a su General que así como ose incendiar un sólo rancho, haré pasar a cuchillo a todos los prisioneros, empezando por su primo el coronel Barreda, a quien tenemos el honor de hospedar”.

No hay forma de describir lo que tales noticias significaron para mí. Cada frase de Saravia y de Paz me descargó de un peso. Ya creía ver con mis propios ojos la plaza llena de esperanza, iluminada por la luz crepuscular, y en sus trincheras, mis soldados en merecido reposo, sin descuidar, empero, ni la vigilancia ni sus obligaciones.

Fuera de la ciudad, en los arrabales del sudoeste, los realistas se disponían a pasar la noche. Sus pérdidas habían sido muchas; y la noche que iba envolviendo los campos aledaños estaba llena de peligros. Grupos dispersos de gauchos cabalgaban recorriendo el llano, robando, despojando y matando a los que encontraban perdidos. El peligro no era menor para los patriotas que para los realistas, pues los gauchos no reconocían a nadie.

El propio teniente Paz me refirió que, ya en el campo, cuando se dirigía en mi busca, se encontró rodeado por una de esas partidas, que lo amenazaron al grito de “muera el godó”. Y parecían ya dispuestos a lancearlo, sin admitir explicación alguna, hasta que pudo hacerles entender que iba con un mensaje urgente para mí. Sólo entonces se avinieron los gauchos a retirar sus lanzas, haciendo una venia mal aprendida.

Otros errabundos no tuvieron la misma fortuna: sus cadáveres aparecerían a la mañana siguiente tendidos en el campo.

En las casas y ranchos de las inmediaciones se repetía una escena singular: algunos realistas perdidos suplicando asilo y proclamándose prisioneros: tal era su terror por la masacre que el gauchaje hacía. Ranchos hubo, habitados sólo por mujeres, en que soldados del Ejército real depusieron sus armas con tal de no pasar la noche a campo abierto.

En mi improvisado despacho de El Rincón, oía las noticias que me llegaban con las horas. La Madrid, que había salido para recabar informes, volvió a la medianoche a comunicar que la plaza seguía bien guardada y el enemigo en las afueras.

En el curso de esas horas, en que se hacía cada vez más palpable nuestra ventaja, varias veces me había visto forzado a interrumpir aquellas conferencias, para quedarme a solas unos minutos, lo que hizo creer a mis asistentes que me hallaba indispuerto. En realidad, lo hacía por necesidad de desahogarme, pues todavía me costaba creer que esa acción, que hasta hacía poco aparentaba ser un nuevo eslabón en mi cadena de derrotas, se presentaba ahora con todas las probabilidades de una brillante victoria. Y tan pronto me preguntaba si no sería alguna nueva confusión como empezaba a murmurar una plegaria de gratitud. Muy tremenda cosa es pasar en un día las mudanzas que yo pasé.

Avanzada la noche me paseaba en sombras, víctima de la irritación de mis nervios, sin atender a quienes me aconsejaban el descanso. Con la aurora nos

aguardaría otra jornada tal vez tan dura como la anterior. Al fin me persuadieron de que intentase dormir. Tendido a regañadientes en el lecho, mientras hilvanaba vagas elucubraciones acerca de las medidas a adoptar, el sueño cayó sobre mí como una compasiva avalancha.

Durante la tarde anterior, había yo destacado partidas que recorrieran el campo para juntar dispersos, enviando asimismo al teniente Paz en busca del parque de artillería, situado por precaución en punto distante a una legua de la ciudad, pues estaba falto de municiones y de piezas para reparar los cañones. No se pudo dar con el parque, pero, en cambio, fueron muchos los dispersos y cautivos que se encontraron durante la noche; y, cuando rompió por fin el alba, ya mis tropas contaban más de 500 hombres y muchísimos prisioneros.

A la sazón yo había saltado del lecho y meditaba un plan de ataque. En mi descanso no había soñado sino con cañonazos, cargas de caballería, humo y muertos. Pero al amanecer de ese día 25 me sentía reposado y tranquilo, y nada hubiera podido disuadirme de nuestro triunfo.

“Ha llegado la hora de actuar con energía, General –dijo Moldes–. No deje que el enemigo se reponga de sus descalabros”.

Asentí, y dispuse marchar.

Era una mañana serena, optimista. Un verdor lleno de inocencia revestía las planicies. Los soldados se movían con pereza por las fatigas del día precedente. Poco a poco la marcha se hizo más entusiasta. El camino nos parecía mucho más corto, y los prados, que a la luz crepuscular se me antojaron siniestros, lucían ahora hermosos. A medida que me acercaba a Tucumán diviso el campanario de una iglesia, mi confianza aumentaba al pensar que la plaza estaba ocupada por nuestros hombres.

El Ejército de Tristán permanecía en el mismo punto que la tarde anterior. Yo dispuse mi línea frente a la suya, en actitud de espera. Por la parte sur de la ciudad abrimos comunicaciones con la plaza.

Era extraño volver a encontrarnos cara a cara con el enemigo. Hacia el noroeste el campo de las Carreras permanecía con sus cadáveres insepultos. Quién sabía cuántos de mis hombres habían sobrevivido a la jornada anterior sólo para perecer en esta que ahora comenzaba.

El enemigo quedó también a la espera, mientras nuestra columna empleaba su tiempo en movimientos de aparato, con los que queríamos intimidarlo.

Mi mirada, cada tanto, regresaba al campo de las Carreras. No podía apartar el recuerdo de los muertos; uno, en particular, con el que me había topado mientras buscaba a Balcarce, se me presentaba con la obsesiva insistencia de un símbolo. Tenía la garganta abierta, y era, con toda probabilidad, un soldado realista a quien los gauchos de Balcarce habían degollado. La mano derecha conservaba un ademán inconcluso, como de buscarse el cuello, y en los muertos ojos se eternizaba la perplejidad. Esa visión, que durante las horas siguientes había olvidado, volvía a mi memoria con nitidez.

Yo no quería otro enfrentamiento. Estaba decidido a otorgar a Tristán algunas concesiones, aunque malograrse ventajas militares. Me asqueaba tanta masacre. Pensé enviar un parlamentario para negociar con mi viejo amigo de juventud.

Reuní a los oficiales de mayor graduación. Tras evaluar las novedades llegadas del interior de la plaza, me dirigí a Moldes.

“Coronel, quiero confiarle el encargo de intimar a Tristán la rendición”.

Moldes no era efectivo del Ejército. Su elección no obedecía sólo a la amistad que le profesaba y al deseo de recompensar su apoyo en las horas anteriores, sino también a la conveniencia de enviar como parlamentario a un hombre cuya arrogante energía parecía a propósito para amedrentar. Además, al igual que yo, había conocido a Tristán en Europa, lo que lo convertía en un negociador inmejorable.

“Hágale saber –lo instruí– que no está en mi ánimo seguir derramando sangre de hermanos, y deseo proponerle la paz en nombre de la fraternidad americana”.

No muy diferentes habían sido las palabras con que la tarde anterior Tristán intimó rendición a Díaz Vélez. En el término de pocas horas la situación había variado por completo.

Moldes me refirió más tarde que Tristán lo recibió dignamente. Su rostro ofrecía inequívocos signos de agotamiento: también él había pasado, en sentido inverso, por las mismas terribles alternativas e incertidumbres.

“Diga Ud. al General Belgrano –replicó– que el Ejército del Perú no aceptará proposiciones vergonzosas mientras exista un sólo hombre en sus filas, porque preferimos la muerte a la ignominia. Las armas del Rey no se rinden”.

Esta era la respuesta que yo hubiese preferido no oír. Tristán no insinuó siquiera una posibilidad de negociación. Cuando Moldes me hizo saber sus palabras, guardé silencio.

“No se deje impresionar –dijo Moldes–, el enemigo está débil y desmoralizado. Ellos mismos son los primeros en conocer su inferioridad; una acción vigorosa puede rematarlos”.

Tomé a Moldes de un brazo afectuosamente.

“¿Qué dice Ud.? –le respondí– ¿Tenemos fuerzas suficientes como para salir a batalla seguros del triunfo? ¿Y si se pierden en la acción todas las ventajas obtenidas? No crea que estoy acobardado, pero hay que evitar la imprudencia”.

Un nuevo ataque, nuevas angustias y sangre vertida... Confirmando esa singularidad de mi carácter que me ha hecho animoso en la desesperación y vacilante en el triunfo, yo creía conveniente aguardar. Tampoco me decidía a sacar infantes de la plaza, debilitando su guarnición. Pensaba más bien ofrecer a Tristán una escapatoria honorable, para que durante la noche se marchara con las reliquias de su Ejército.

El resto de la tarde transcurrió en tensa espera. Al ponerse el sol ordené una marcha semicircular rodeando la ciudad hasta llegar al punto del arroyo Manantiales, por donde el día anterior había despuntado el enemigo. Durante la breve marcha, soldados y oficiales iban a los tumbos, cayéndose de fatiga. El teniente Paz, provisionalmente adjunto a mi comitiva, no conseguía mantenerse despierto luego de dos noches sin dormir, y su caballo chocaba contra el mío. Viendo el estado de su jinete, fingí no darme cuenta. Cuando por fin hicimos alto, varios hombres se dejaron caer rendidos.

Me apeé y tendí la vista a mi frente, donde todo era oscuridad y silencio. La ciudad permanecía en sombras. Faltaban muchas horas para la madrugada. Con ella vendría el desenlace.

PRIMAVERA DE 1812

Hay en la vida un instante de irrepetible cumbre, a partir del cual todo lo pasado se ve entre brumas, como se observan desde un cerro los llanos que van quedando en sombras al atardecer, y todo lo futuro, por lisonjero que parezca, no puede ser sino disminución y abajamiento.

Es posible que esa cumbre nos pase inadvertida por la esperanza de mayores alturas y sólo tomemos nota de ella una vez que vamos descendiendo. Y así es cómo en lo alto olvidamos detenernos a gozar, creyendo que aún nos resta por subir; para arrepentirnos más tarde por haber menospreciado nuestra plenitud. Cruel o compasiva ignorancia, que ojalá nos deparara –al menos– la discreta sabiduría de ser humildes.

Yo puedo indicar cuándo alcancé mi cumbre. Fue la mañana del 26 de septiembre de 1812. Permanecí en ella exactamente un año y una semana, al cabo de los cuales no hice más que descender.

Amaneció sobre el Campo de las Carreras, que se extendía ante nuestro campamento con sus despojos insepultos. A su fondo alzaba San Miguel del Tucumán sus arboledas y su campanario.

Desde muy temprano estaba yo de pie tratando de descubrir la actitud del enemigo. Cuando aclaró comprobé por fin que no ocupaban el punto de la víspera. ¿Se habrían retirado? Era preciso corroborarlo.

Poco después llegó la confirmación. Tristán había aprovechado las sombras para huir. La batalla estaba ganada.

Una extraordinaria alegría se apoderó de las tropas. Ahora sí acepté las felicitaciones de mis oficiales. Todo mi cuerpo se aflojó: recién entonces pude advertir, por contraste, la tensión que me había dominado.

“Tal parece, querido amigo –dije a Moldes en voz baja– que la Providencia ha querido favorecernos”.

Ordené marchar a la ciudad, a encontrarnos con nuestros camaradas.

Las calles presentaban un animado espectáculo. Donde había reinado silencio se desataba el júbilo; puertas y ventanas estaban abiertas, y de todas partes salían los vecinos a saludarnos. Los gritos y vivas, los abrazos de las mujeres con sus hombres, las correrías de los niños, el redoblar de las campanas: ¿habrá forma de describir esas sagradas alegrías de los pueblos?

Avanzaba yo sonriente, observando a mi alrededor, cuando una anciana se arrimó para ofrendarme un manojo de florcitas silvestres, únicas que en su precipitación había logrado reunir. Las apreté contra mi pecho como la más codiciada de las medallas.

En la plaza tuvo lugar una emotiva escena. Los soldados se abrazaron en medio de tumultuosos vivas a la patria. Parecían colegiales. La alegría y el orgullo se pintaban en sus caras. ¡Qué lejos estaban de lo que habían sido unos días atrás!

Fui al encuentro de Díaz Vélez, que me aguardaba lleno de jactancia. Dejando para otra ocasión el festejar, pasamos a reunirnos en privado.

Hablamos. En poco tiempo teníamos ya resuelto el futuro curso de acción. Sin duda Tristán seguía el camino de Salta. Conferí a Díaz Vélez el mando de seiscientos hombres, lo mejor de la infantería y la caballería, para picar la retirada del enemigo y hostigarlo durante el camino, quitarle recursos, prepararle sorpresas, batir partidas que se desprendiesen y hacerle una activa guerrilla. Tristán marchaba ahora en condiciones equivalentes a las nuestras antes de la batalla, perseguido por la misma ruta que hiciera con el orgullo del invasor.

La algarabía se prolongó largamente. Cuando, poco después, partió la vanguardia de Díaz Vélez, el júbilo se redobló.

“¡Duro con los godos! –les gritaban– ¡A pegarles fuerte!”.

Yo, entretanto, redacté el parte de victoria al Gobierno.

Era una ocasión para vengar tantos disgustos, reprensiones y censuras. Habíamos logrado el más contundente triunfo de las armas revolucionarias. Y lo habíamos logrado sin recibir auxilio, contra toda probabilidad, contra la terca voluntad del Gobierno y su torpe abandono. No me faltó el deseo de aprovechar la ocasión, pero luego reflexioné que los hechos hablaban por sí solos. El parte que escribí fue mesurado, libre de reivindicaciones personales, desprovisto de ironías.

Sólo en epístola particular a Rivadavia consigné algunas de las esperanzas que sentía renacer al calor del triunfo, pero sin pompa ni rencor. Creía ya expedito el camino al Perú; acaso el destino me deparara ser un libertador de nuestra América. ¿Excesivas ambiciones? ¿Y por qué no? Sentía en mis manos la fuerza para intentarlo, si era que el Gobierno se resolvía a asistirme. Dios protegía la santa causa: ¿cómo no ver la ocasión de continuar la victoria hasta el Desaguadero, y tal vez hasta Lima?

Fantasías de grandeza o euforia del triunfo, bien ganado teníamos el derecho de soñar.

¡Muy diferentes son las cosas con el éxito! Todo se allana, y donde ayer había obstáculos, hoy se ven puertas abiertas y manos tendidas.

Hasta el día mismo de la batalla, era yo el hombre público más solitario de América. Cabeza de un ejército desamparado, cercado de miserias, entre la hostilidad de los pueblos y la del Gobierno, sin oficiales en quienes fiarme, había conocido lo amargo del poder y ninguno de sus halagos. Había sido el eterno pospuesto, el hombre a quien se acude cuando los demás rehúsan, el médico de moribundos.

Ahora podía presentar a la faz de América el único ejército revolucionario victorioso en todo el extenso continente. La suerte me acompañaba; todos los ojos estaban fijos en mí; y en lugar de indiferencia, escepticismo o menosprecio, ahora veía admiradores, adulones, notables que confesaban el honor de estrechar mi mano... ¡Preciso es ser muy calmo para no dejarse arrebatar!

La sociedad tucumana me festejaba con banquetes y bailes. Alzaban las copas a mi salud, me invitaban a las principales casas. ¡Y qué dulces miradas las de esas hermosas señoras! Aunque de nadie podría decirse con más propiedad que de mí la frase aquella de “solterón empedernido”, ni a nadie se habrá encontrado menos proclive a galanteos, bueno será aclarar que tampoco acostumbré, en mis años, pasar con indiferencia la compañía femenina: algo de lo poco que sé lo he adquirido en la sociedad de las mujeres, y aún deseaba que mis oficiales frecuentaran sus reuniones, con lo cual aprenderían modales menos toscos y a contener esos impulsos con que agriaban la vida del cuartel.

Sonreía yo con disimulo, aceptaba aquellas atenciones con recato, y me permitía unos instantes de solaz en premio a mis penurias.

De abogadillo, incompetente o sospechoso, según el caso, había pasado a primer general de la Revolución. ¿Pero mi mérito no estaba en las disposiciones anteriores a la batalla? ¿Y si esta se hubiese perdido? Habría marchado solo, vituperado, sin respaldo de nadie, a afrontar un proceso por desobediencia, traición o quién sabe qué otros lapidarios cargos.

Napoleón lo dijo: el éxito justifica. No vemos sino los frutos. Jamás nos detenemos a medir el trabajo que llevó obtenerlos, ni los desvelos y agonías precedentes. Sólo Dios sabe juzgar; no hay juicio recto fuera del Suyo, que nos aguarda a todos. ¿Qué decir de esos flamantes partidarios míos, de los que ahora encontraba miles? Si hoy me prodigaban su aplauso, día llegaría en que, abandonado de la fortuna, vinieran esos mismos a denostarme.

No hay rencor en lo que escribo. Aténganse cada cual a su propia aprobación, que no depende del resultado sino de haber hecho lo debido, y no busque el concepto de nadie: solamente el de su conciencia, que al fin es con la que vive y no querrá que le remuerda.

Las opiniones de la gente van y vienen. El hombre justo es como la roca del mar. Las olas lo embaten, y alguna vez lo cubren, pero al fin se cansan y le besan el pie.

Mientras tanto, ¿se creerían terminados los trabajos? Nada de eso. El enemigo distaba de haber sido aplastado y el peligro subsistía. Había que aprovechar la victoria, para no malograrla. Era indispensable proseguir la dura y cotidiana tarea de organización militar. Toda la caballería gaucha se había desbandado regresando a sus hogares con el botín. Otra vez faltaban hombres, armas, dinero para llevar adelante una nueva campaña. Ahora el Gobierno no podría negarse...

No me había limpiado aún el polvo de la batalla cuando llegó a mis manos, con demora, el oficio del Gobierno que ya mencioné, en el cual se me ordenaba absurdamente proseguir la retirada a todo trance, a pesar de cualquier victoria. Habíamos hecho una honrosa retirada desde Jujuy; habíamos vencido obstáculos superiores a todas las previsiones; habíamos vencido al enemigo

mismo contra todo vaticinio; pero aún no conseguíamos vencer las reticencias de aquellos señores del Gobierno.

Ni cruzaba por mi cabeza acatar tal despropósito, con el que desaparecerían todas las glorias pagadas con sangre. Pero todavía era de temer, por uno de aquellos sucesos que la Providencia dispone para nuestro castigo, y que no están a nuestros alcances, que viniese luego el enemigo y me arrollase. ¿Cómo rehuir la abominación gubernamental? Tomé la pluma e hice presente al Gobierno que no sabía qué partido tomar, y pedí que sus órdenes fuesen terminantes para que jamás pudiera culpárseme. Insistí en hacerles ver que si se aprovechaban las ventajas obtenidas se podía concluir la guerra civil en todas las provincias. Y para añadir a mis razones un golpe de efecto, despaché dos banderas tomadas al Real de Lima y dos estandartes de Cochabamba, pidiendo fueran colocados en el Convento de las Mercedes, en Buenos Aires, como señal de gratitud a la Virgen, a cuya intercesión debíamos sin duda la victoria. Obligado a exhibir las banderas ante el pueblo de Buenos Aires, le sería más dificultoso al Gobierno insistir en la retirada frente a una opinión pública exaltada por esos emblemas de triunfo.

Pero yo ignoraba los sucesos que, para mi fortuna y la de estas Provincias, empezaron a desarrollarse por esos días en la lejana capital. La batalla de Tucumán no sólo significó un freno al avance realista, sino también el comienzo de un cambio político de magnitud, inaugurando una etapa más fecunda en logros para la Libertad.

Desde hacía tiempo el Triunvirato naufragaba. Rivadavia se parecía cada vez más a los girondinos, en quienes empezaba a apoyarse. Para usar una expresión de aquellos tiempos, se había “apeluconado”. Su Gobierno era una dictadura que se valía del terror y la intriga para perpetuarse. La justificación era que sin un fuerte poder central resultaba imposible mantener a flote la nave revolucionaria. Pero la pretendida energía resultante de esa concentración de atribuciones no alcanzaba logros visibles; todos los proyectos defensivos se limitaban a Buenos Aires; y se retaceaban indefinidamente los proclamados derechos soberanos del pueblo. Rivadavia y los suyos postergaban una y otra vez convocar al órgano deliberativo que debía moderar su poder; y mientras tanto pretendían que la Revolución se encerrase tras la grotesca frontera del

río Luján. Su energía alcanzaba para reprimir a los enemigos internos de su autoridad, pero frente al invasor colonial se trocaba en cobardía.

Convocada una nueva Asamblea por la fuerza de la opinión, los manejos políticos subterráneos y las exclusiones arbitrarias de ciertos diputados propagaron la indignación y el descreimiento.

Para entonces había aparecido en Buenos Aires una fuerza política oculta. Acababan de surgir San Martín y Alvear, recién venidos de Europa con el propósito de acelerar la independencia. Apenas pusieron los pies en Buenos Aires, muchos miembros destacados del partido revolucionario, decepcionados de Rivadavia, se pusieron en connivencia con ellos, siendo la cabeza visible Bernardo Monteagudo, hombre fogoso que aspiraba a recoger la antorcha de Moreno. Cuando su conspiración estaba adelantada y sólo faltaba fijar la fecha para la caída del Gobierno, llegó a Buenos Aires la noticia de mi victoria en Tucumán. Hubo un momento de desconcierto. El Gobierno aparecía robustecido y su situación se consolidaba.

Sin embargo, el respiro duró poco. No tardó en saberse el lastimoso estado de mi Ejército y la miseria a que había estado reducido. Se supo también el plan de retroceder hasta Córdoba dejando indefensas a las provincias. Se supo que yo había obtenido la victoria desobedeciendo órdenes. Los descontentos, exagerando aquellos hechos para sus propios fines, no tardaron en pintarme como una víctima del Gobierno, triunfante a pesar de su abandono.

La indignación estalló. El pueblo se reunió en la plaza el 8 de octubre para reclamar al Cabildo que disolviera al inicuo Triunvirato.

Así quedó constituido un nuevo Triunvirato, más acorde con los ideales de nuestra Revolución. Puesto que uno de los triunviros se hallaba ausente, fue elegido reemplazante nada menos que mi hermano Francisco. La situación daba un vuelco.

El nuevo Gobierno llamó a Asamblea Constituyente para el año próximo fijando un nuevo procedimiento de elección. Y dispuso para los vencedores de Tucumán toda clase de honores y premios, así como toda la ayuda que pudo recabar.

Los nombres de los muertos en batalla se inscribieron en una lámina de bronce en la pirámide de la Revolución; los nombres de los combatientes fueron registrados en el libro de honor del Cabildo; se confirió a las tropas un

distintivo honorífico y a los oficiales un escudo con el lema “La Patria a sus defensores de Tucumán”; a mí se me acordó un escudo de oro con el mismo mote, y se me expidieron los despachos de “Capitán General”, cuando hasta entonces me había sido negada la confirmación del grado de brigadier. Además se decretó un mes de paga adicional a las tropas, a la sazón al borde de la indigencia.

El nuevo Gobierno se apresuró a felicitarme por “mi heroica resolución”, mi “intrepidez”, mi “valentía” y otros halagadores calificativos. Por pudor no reproduzco aquí ese excesivo documento, que ninguna modestia toleraría, y sólo lo menciono para que se aprecie hasta qué punto habían variado las consideraciones debidas a mi persona y mis tropas.

En menos de una semana se reunía en Buenos Aires una junta general de notables para analizar las operaciones a seguir en el Alto Perú. Por unanimidad se acordó autorizar al Gobierno para que me remitiera los auxilios necesarios a fin de proseguir mi campaña hasta el Desaguadero, e incluso hasta Lima, tal como yo había pedido vanamente a Rivadavia.

Las banderas tomadas al enemigo fueron paseadas en solemne procesión por las calles de Buenos Aires, en medio de aclamaciones populares. Tendidas las tropas desde el rastrillo de la Fortaleza hasta la arquería de las casas consistoriales, el Gobierno y todas las corporaciones llevaron las banderas en actitud humillada ante el pabellón de la Libertad, fijándolas en los balcones del Cabildo, donde permanecieron todo un día. Por la tarde las condujeron al templo de Nuestra Señora de las Mercedes, en cumplimiento de mis deseos, donde fueron recibidas con toda ceremonia, mientras el pueblo se entregaba a un ruidoso entusiasmo patriótico, y mi nombre era vivado junto con la Patria.

Yo permanecía en Tucumán ignorante de todo, y a decir verdad, bastante fatigado. Pasaba ya la primera euforia, y mi energía posterior al triunfo empezaba a decaer.

Mi salud nunca había sido excelente, y ahora volvía a atormentarme. Pero tal vez no fuera mi salud física, sino un desgano moral, que se reflejaba en mi cuerpo. Nunca fui de aquellos hombres brillantes e incansables, cuyos logros los estimulan a continuar. En mis horas de triunfo solía embargarme

un relajamiento de la voluntad. Yo he encontrado fuerzas en la desesperación; el éxito me ha embotado.

Pero seguía mis faenas sin respiro. Día y noche trabajaba en la reorganización militar, abusando de esa complejidad inquebrantable para el esfuerzo continuo que debo agradecer a la Providencia, y que me permitía sobrellevar las dolencias sin interrumpir mis tareas. Como tengo también la fortuna de no necesitar más que tres o cuatro horas de sueño por día, dedicaba mis noches a leer y escribir. Por aquellos tiempos leí mucho y escribí más, casi sin valerme de secretario.

En varias oportunidades conversé con los realistas prisioneros. Mi espíritu se inclinaba a la conciliación. Alentaba la esperanza de que Goyeneche demostrase una mayor disposición para oír propuestas de paz. Él también era americano, y yo no quería creer que le fueran indiferentes los desastres de la guerra civil. Conversaba con el coronel Barreda, su primo, hombre valeroso y educado, aumentando mi convencimiento de que era posible poner fin a los pesares de la guerra.

Esta disposición no me impedía ser inflexible con los traidores. El alcalde provincial de Santiago del Estero, un tal Aranda, que había desertado al avanzar Tristán, creyendo en su triunfo, fue capturado en batalla. Lo hice fusilar en la plaza de Santiago, a la vista de sus vecinos.

Mandé también fusilar a un soldado enemigo, que tras pasarse a nuestras tropas, fue detenido cuando desertaba para volver con sus antiguos camaradas; en el interrogatorio terminó confesándose espía.

Cuando lo llevaban al cuadro fatal, se volvió al pelotón y proclamó, con la serenidad de un mártir:

“¡Muero contento por mi Religión y por mi Rey!”.

Tal era la convicción que Goyeneche había insuflado en los suyos.

A pesar de esta energía, yo estaba exhausto. Ansiaba sinceramente retirarme. Había cumplido con mi misión al detener al enemigo y abrir el camino para una nueva campaña libertadora. Mi mayor deseo era un refugio alejado de las luchas y las responsabilidades. Vanas ilusiones. Jamás se me concedería.

Tenía la impresión de que las provincias quedarían libres muy pronto. Venciendo, no había enemigo, y todos serían los adoradores de nuestras armas. Si nos apurábamos Goyeneche caería por sí sólo con el avance de nuestro Ejército. Pero yo padecía mucho de cuerpo y espíritu, y confieso que empezaba a detestar todo lo que no era Buenos Aires.

**TERCERA PARTE:
“SALTA”**

*“No busco gloria, sino la unión de
los americanos”.*

Carta a Chiclana

PRIMAVERA DE 1812

Un mes después de la batalla se llevó a cabo la pospuesta función de la iglesia que cada año se realizaba en el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, santa patrona de la ciudad en que había tenido lugar aquel primer gran triunfo de las armas revolucionarias.

Nunca había sido más nutrida y brillante la concurrencia. Asistí a la misa con mis oficiales de rigurosa gala. Los principales personajes locales se habían dado cita. Reinaba un reverente silencio.

La victoria sobre el invasor tuvo lugar el día de advocación de la Virgen. La devoción por ella, tradicional entre los tucumanos, alcanzó su máximo punto tras la batalla. A ella habían elevado sus plegarias las mujeres pidiendo el regreso con vida de los combatientes; a ella se habían encomendado muchos soldados y voluntarios antes de la acción. Me ocupé de declarar que esa victoria era obra de su intercesión, y la nombré Generala del Ejército, haciéndola reconocer por tal.

La gratitud a la Virgen se leían en todas las miradas. Sólo algunos de mis hombres, incrédulos, se mantuvieron ajenos a aquel sentimiento, pero sin dejar de respetarlo. Poco a poco empezaban a comprender lo que yo siempre había sostenido: que la Religión era también un arma.

Son muy respetables las preocupaciones de los pueblos, y mucho más aquellas que se apoyan, por poco que sea, en cosa que huele a Religión. Quien quiera mandar tropas con éxito en estos países, deber tener presentes no sólo a los generales del pueblo de Israel, sino a los gentiles, y sobre todo al gran Julio César, que jamás dejó de invocar a los dioses inmortales, y por sus victorias en Roma se decretaban rogativas.

Tanto como la derrota de Huaqui, había perjudicado a nuestro Ejército la irreverencia sacrílega de los revolucionarios porteños. La primera Campaña al Alto Perú fue por eso algo peor que un fracaso militar: fue un fracaso político. Las derrotas militares pueden vengarse, pero la opinión de los pueblos, una

vez enajenada, ya no se recupera sino a costa de largos y continuos esfuerzos. Un acto de impiedad podía ser más fatal para la Revolución que un contraste de sus armas; un hombre que afrontaba el último suplicio exclamando: “muero contento por mi Religión”, impresionaba infinitamente más que cualquier proclama democrática; una muestra de piedad era más efectiva que todas las declaraciones de derechos. Yo no hacía caso en esto a las risas de los mentecatos y las censuras de los sabihondos de Buenos Aires. Ellos siempre están dispuestos a criticar a quienes obran lo que ellos no son capaces de obrar; y, proclamando su intransigente adhesión a los principios, olvidan las realidades. Confíese una Revolución a tales “revolucionarios”, y se verá cuán pronto fracasa.

Si la opinión de las provincias del Norte empezaba a pronunciarse por la causa de la Libertad, se debía en gran parte al recato impuesto por mí al Ejército. Nuestra rigurosa observancia de los deberes religiosos había demostrado a los pueblos que la Libertad no era incompatible con su fe. Por lo demás, ¿cómo podía no comprender lo que digo, cuando yo mismo he sido siempre un creyente sincero?

Oímos en silencio el sermón del Dr. Agustín Molina. Los elogios excesivos que el canónigo tributó desde el púlpito a la caballería, formada principalmente por hijos del país, provocaron algún malestar en los oficiales de la infantería, por la rivalidad, entonces más viva que nunca, entre ambas fuerzas. Aún yo no pude menos de sentirme incómodo ante el ensalzamiento indirecto de Balcarce, jefe de la caballería, con quien no lograba evitar conflictos.

Por la tarde se llevó a cabo la solemne procesión. La imagen de la Virgen fue paseada en medio de una multitud. Oficialidad y tropa estuvieron presentes sin armas, por orden mía. Era patente la devoción de los vecinos que tantos temores y riesgos habían pasado, y que veían en la Virgen una dulce protectora. Hondo recogimiento envolvía a la procesión mientras avanzaba por las calles; muchos eran los ojos llenos de lágrimas.

En esos momentos un rumor de caballos quebró el silencio. Todas las miradas se volvieron con sobresalto. Eran los hombres de la vanguardia que, al mando de Díaz Vélez, habían salido en persecución del enemigo vencido, y que, por singular coincidencia, regresaban de Salta precisamente entonces, habiendo cumplido su deber.

Les ordené sumarse a la procesión tal cual venían, sin apearse de los caballos, sucios de polvo y sudor, cansados y gloriosos. Esta orden produjo fuerte impresión, y el acto adquirió una solemnidad aún más grandiosa.

Atravesamos los arrabales para desembocar en el campo de batalla. La santa patrona, conducida en andas, se internó ceremoniosamente en el escenario de nuestro triunfo, en cuyo suelo aún permanecía visible la sangre derramada.

La tarde caía tras los cerros. Toda la misteriosa gravedad de la escena parecía haberse comunicado al paisaje, que de pronto se hallaba sumido en una calma singular. Desde los naranjales cercanos llegaba un clamor de aves soñolientas. La procesión hollaba la tierra en que seiscientos hombres habían perdido la vida.

Llevado de un repentino impulso, abandoné mi puesto y avancé con decisión hacia las andas en que era conducida la imagen. La procesión se detuvo. Todos los congregados observaron sin comprender qué me proponía. Se hizo una profunda y sorprendida pausa.

Humildemente de pie ante la Virgen, pido a los andadores que la bajen un poco, hasta ponerla a mi alcance. Entonces elevo el bastón de mando y lo acomodo entre las delgadas manos de la imagen.

La concurrencia ha enmudecido. Hasta los hombres más rudos y descreídos, hasta los veteranos más curtidos del Ejército, hasta los burlones más impiadosos, trasuntan una emoción acaso no experimentada desde la infancia. Es el milagro de la fe: sagrado misterio que sobrevive a los embates de la razón, que no ha podido ser aventado ni aún por el huracán más majestuoso y terrible que allá en Francia contemplaron los hombres, ni por las miserias de la vida, ni por los crímenes de la guerra.

Me aparté respetuoso. La Virgen, con el bastón guerrero en sus manos, fue alzada nuevamente. La procesión se reanudó en silencio. El cielo de la tarde se hizo rojo y maravilloso, y el rumor de las pisadas se difundió muy leve y tristemente en el aire quieto.

Después de la ceremonia me dirigí lleno de ansiedad a nuestro cuartel general, para oír de labios de Díaz Vélez cómo se habían cumplido mis órde-

nes. Se jactó de los ochenta prisioneros rescatados y los sesenta tomados a los realistas. Le pedí que me proporcionara un informe completo de la situación en las filas enemigas.

Tiempo atrás, Tristán me había calificado de “imperdonable” por haber obligado a los jujeños a acompañar mi retirada. Pero el hombre está dotado de una capacidad casi infinita para acomodar sus juicios, y el general realista nunca creyó imperdonables las sangrientas represalias de Goyeneche en el Alto Perú. ¿Cuán imperdonables nos consideraría ahora por haberlo derrotado?

Y bien graves habían sido sus pérdidas. Sesenta y un jefes, más de 600 soldados prisioneros, siete cañones, 400 fusiles, tres banderas, dos estandartes, 450 muertos en el campo de batalla y todo su parque y bagaje, contra sólo 80 hombres que perdimos nosotros. Se había visto obligado a huir perseguido, por un país desierto, sin víveres, conservando a pura voluntad el orden y la disciplina, con la amargura de la derrota y la responsabilidad de salvar lo que pudiera de un total desastre. Pero yo sabía que Tristán era algo más que un bravucón. Sin abandonarse al desconsuelo, sus tropas hicieron la retirada no menos heroicamente que antes las mías.

Tristán no se admitía derrotado. Buscando disfrazar su fuga con el carácter de una maniobra estratégica, prohibió bajo pena de ahorcamiento que se insinuase siquiera la realidad de la derrota. Cinco días después de la batalla remitía al “gobernador” puesto por él en Salta la orden de ahorcar sin proceso a cuantos propalaran noticias del contraste, y mandaba publicar la mentirosa descripción que él mismo efectuó de la batalla, cuya lectura, al caer en mis manos, no dejó de causarme risa. Según él, sus tropas habían atacado con tal vigor que en menos de media hora nos tuvieron a todos de rodillas implorando clemencia. Sólo no había podido rematarnos por la fuga de la cobarde caballería de Tarija; pero organizados otra vez los batallones, nos habían finalmente encerrado a balazos en la trinchera de la Ciudad. Más tarde se retiró, no porque nos temiera, sino para evitar que sus soldados exaltados prendieran fuego a la Ciudad. Todos los muertos eran atribuidos a nuestras tropas, en número de seiscientos, mientras que su propia pérdida la redujo a unos pocos muertos y heridos, y a los baúles robados, pues, según él, nosotros triunfamos de sus equipajes indefensos, mientras ellos destrozaban nuestros batallones.

Pero este gesto desesperado no impidió que la noticia se difundiera, llevada por los paisanos, los espías, los mensajeros, y hasta sus propios dispersos, que habían huido a Salta antes que él.

En esa ciudad había ochenta patriotas prisioneros tomados en Las Piedras. No bien llegada la noticia, se insurreccionaron y pusieron a su cabeza a un hombre que llegaría a convertirse en invaluable asistente mío: José Antonio Álvarez de Arenales. Español volcado a la causa de la independencia americana, liberal fanático, Arenales había estado preso en Lima por su intervención en la revuelta de Chuquisaca, en 1809. Regresado a su vecindario de origen, cumplía funciones de alcalde ordinario en Salta cuando Tristán hizo su invasión. Era un osado aventurero. Años antes había tenido en Chuquisaca ciertas desavenencias con el gobierno colonial; al ordenarse su prisión, huyó realizando un portentoso viaje a Buenos Aires para presentar sus descargos personalmente al Virrey, lo que le dio celebridad por ser una de las más veloces travesías que se hayan hecho nunca por esas ingentes soledades. Fue él quien asumió provisionalmente el gobierno salteño y dictó las más severas medidas contra los españoles.

Pedí a Díaz Vélez detalles sobre sus operaciones de hostigamiento, las que me refirió con petulancia característica. Los realistas marchaban en masa por territorios poco conocidos, sin caballería ni movilidad, ignorantes hasta de lo que sucedía a dos pasos de distancia. La vanguardia patriota, en cambio, podía fraccionarse, pasar a vanguardia del enemigo, destacar partidas, y realizar toda clase de maniobras. Una noche aparecen las fuerzas de Díaz Vélez sobre el campamento realista, tirotean y ponen en fuga a sus tropas, obligándolas a ganar las alturas de un cerro y abandonar sus fogones y asados. Otra vez es el capitán de Dragones Cornelio Zelaya quien, al llegar al Río de las Piedras, rinde a fuerza de armas a cuarenta hombres con sólo treinta a su mando. Cada monte puede convertirse en una celada, cada arboleda ocultar una partida que tirotea a las tropas y acuchilla a los dispersos; en cada vado pueden aparecerse los patriotas a tomar prisioneros o dejar en tierra unos cuantos realistas muertos. Anoticiado Díaz Vélez de la insurrección de prisioneros en Salta, envía al intrépido Zelaya con sus Dragones para auxiliarlos. La vieja ciudad vuelve a contemplar soldados revolucionarios. Zelaya se refuerza con cincuenta nuevos hombres y poco después emprende el camino de Jujuy para tomarla por asalto y apoderarse de un convoy con dinero metálico que viene para el Ejército real. Los realistas se han fortificado en una sola calle, colocando un cañón en cada

esquina, reforzados con los españoles del lugar, que desde balcones y techos abren fuego. Zelaya llega y echa pie a tierra; emprende un fuerte escopeteo; cambia de táctica y lanza un ataque por tres puntos; al fin es rechazado, dejando 16 cadáveres al pie de las trincheras, no sin haber cobrado a los realistas un número similar de víctimas y otros tantos prisioneros. Regresa a Salta, en donde se reúne con Díaz Vélez, quien, habiendo tomado un camino alternativo, se ha adelantado a las fuerzas de Tristán con el objeto de resistir la ocupación de la ciudad por aquel. Se siguen algunas escaramuzas, pero la superioridad numérica de los realistas obliga a los patriotas a abandonar Salta por segunda vez. Los restos del maltrecho ejército de Tristán se fortifican luego en ella, mientras ordena capturar a Arenales, que para entonces se ha ocultado en una chacra.

Avergonzado y sumido en la mayor tristeza, el jefe realista se encontró por fin en un lugar seguro. Desde Salta escribió a su primo amargamente, confesando su derrota y pidiendo refuerzos para vengarla.

Agradecí a Díaz Vélez su relato y lo despedí, consintiendo que fuera a gozar de un merecido descanso.

No todos mis hombres eran tan competentes y leales como Díaz Vélez y Zelaya. Amargas disensiones habían estallado en el Ejército después de la victoria. De quienes permanecieron durante esos días conmigo en Tucumán, había sólo dos de mi plena confianza: el coronel José Moldes y el Barón de Hølemberg. Pero bien pronto debí prescindir de ambos.

Las desavenencias aparecieron en cuanto cesaron los tiros. Principales agitadores eran los inquietos Dorrego y Forest, quienes se atribuían todos los créditos de la victoria. A este lo señalaban como cobarde, a aquel como necio, a otro como incompetente; pero sus más acerbas críticas se dirigían a los que habíamos quedado fuera de la plaza. Sobre todo, acusaban a la caballería de cobardía y a Balcarce de vulgar ratero que se había dedicado a desvalijar el parque realista mientras la infantería debía soportar el peso mayor de la batalla. No siempre esas críticas estaban dictadas por honrados motivos: a algunos jefes se les hostigaba porque se les quería suceder en el mando. Ya dije que yo mismo fui objeto de acusaciones por haber dormido fuera de la plaza, pues, al

parecer, sólo lo que regresaron a ella eran héroes. Pero ni siquiera Díaz Vélez escapaba a sus reproches.

El odio a Balcarce llegó a tal extremo que Dorrego dio orden para que no entrase en sus cuarteles ningún oficial de caballería. Por fortuna, este hombre revoltoso y lleno de ambición fue alejado de Tucumán, al tener que marchar en persecución del enemigo.

La caballería contestaba recordando que la mayor parte de los muertos y heridos lo habían sido por sus manos. Balcarce era proclamado héroe absoluto. Ensoberbecido por el apoyo de los tucumanos, jugaba a caudillo de la plebe. Pronto se creyó libre de miramientos, y aún llegó a calificarme públicamente de hipócrita. Así renacía nuestra enemistad, que sólo la inminencia de la batalla había acallado. Yo no dejaba de retribuirle, acusándolo de no haber atacado a la infantería enemiga, e informaba a Buenos Aires sobre este punto.

Pero si las posiciones de la infantería y de la caballería eran inconciliables, había algo en que estaban de acuerdo: en detestar a Moldes y a Hølemberg.

Mi gratitud a Moldes era grande. Su apoyo me había fortalecido en los peores momentos. Pero oficiales y soldados clamaban contra él porque, habiendo sido segundo jefe bajo Pueyrredón, su severidad proverbial lo indispuso con todo el mundo. El propio Pueyrredón había labrado informes muy desfavorables sobre él, en los que le atribuía el genio árido, la presencia inaccesible, el sombrero fijo en la calle, el asiento menguado en su casa, el desprecio de pareceres y el estar siempre dispuesto a mandar, nunca a obedecer. Yo pensaba, en cambio, que la aversión a este excelente oficial se debía a su apego a la disciplina. Las ideas de libertad habían cundido erradamente en las tropas, no dispuestas a acatar sino las extravagancias de tal o cual caudillo. Circulaban unas coplas contra Moldes, en que se lo tildaba de tirano:

Ya ningún tirano
ni déspota alguno
logrará en nosotros
abrigo ninguno.
Que viva la patria,
Bravos oficiales,
paisanos y tropas,
guerreros marciales.

Esta canción era entonada al compás de la guitarra en reuniones y vivaques, excitando el odio contra el coronel.

Ignorante de esta animadversión, y deseoso de distinguir a mi amigo, lo hice reconocer Inspector General de infantería y caballería, puesto acorde con sus inclinaciones disciplinarias. Infantería y caballería depusieron su odio recíproco para combatirlo, y en una reunión de todos los cuerpos dieron poder a Balcarce, Forest, Peson y Villanueva para que en su nombre me pidiesen la separación del coronel. Hasta la vanguardia que perseguía a Tristán envió un representante.

Viendo que no podía oponerme a todos, me embargó una profunda rabia. No eran suficientes los trabajos que tenía por delante: también debía soportar estos actos de insubordinación.

“General –me dijo Moldes –, está visto que no se me quiere. Le ofrezco mi renuncia”.

“Pero Ud. entenderá que acceder es entregarse de pies y manos a futuras exigencias –repuse–. Cada vez que estos revoltosos decidan que alguna nominación no les gusta, saldrán con un planteo”.

Moldes sugirió redactar su renuncia y fecharla con dos días de anticipación, para que su alejamiento no pareciera responder a la imposición de los oficiales. Así se hizo. Era un domingo, y a las cuatro de la tarde se presentaron en mi despacho. Todos los cuerpos estaban acuartelados, con excepción de la artillería, que salió a hacer ejercicios frente a mi residencia, mientras su oficial daba voces –adrede– de “rompan el fuego” junto a las ventanas.

“Tomen, aquí tienen –me apresuré a decir con ira, arrojando la renuncia sobre el escritorio–. Moldes la presentó hace dos días por motivos personales. ¡No me vengan con peticiones inútiles!”.

Pero los desaires no terminaron allí. En los días siguientes me vi privado de mi otro hombre de confianza. Como Holemborg había dejado el campo de batalla a causa de una herida, no tardó en difundirse que la herida era de propia mano, para eludir el peligro. ¡Quisiera yo saber quién puede herirse por la espalda!... Pero de nada valían objeciones. Tocado en su honor, él mismo elevó una solicitud para quedar fuera del servicio. Su carácter se hizo díscolo, agrio, aún para conmigo, y en una oportunidad me respondió en términos irrespetuosos. Me vi obligado a licenciarlo.

De este modo quedé más sólo que nunca, al frente de un Ejército dividido, que bien pronto había olvidado lo poco que debía, si no a mi sabiduría como jefe, al menos a mi constancia y sacrificio.

Al fin llegaron, con retraso, noticias de los honores y premios decretados por el nuevo Gobierno, del entusiasmo despertado en la capital por la victoria... ¿Habrían concluido los días de abandono?

En el acto dispuse la distribución de los distintivos y escudos y del premio dinerario para las tropas. Se incrementó el legítimo orgullo de mis hombres, y hasta parecieron compensadas las penurias de tantos meses de orfandad.

Por mi parte, decliné el nuevo grado de Capitán General que me habían conferido y el trato de “Excelencia” que le era consiguiente. No precisaba distinciones sino ayuda. No hay mejor medio de favorecer a los hombres de armas que limitar a lo necesario sus pompas y grados; pues la mucha deferencia termina predisponiendo a la soberbia y el desprecio hacia la población civil; máxime en nuestros pueblos, que tan fácilmente se dejan impresionar por el resplandor de las medallas. Al repasar mi existencia, pienso que si en algo he servido a la Patria, nunca tuve otro objeto que el de verla constituida, y este es el premio a que siempre aspiré, habiendo mirado los cargos como comisiones que me fueron confiadas, y que por aquel principio debía desempeñar. Por lo demás, ¿cómo podía yo admitir tanto homenaje a mi persona, cuando no se me ocultaba que en la acción del 24 no había tenido más de general que mis disposiciones anteriores, y haber aprovechado el momento de mandar avanzar, habiendo sido todo lo demás obra de mi segundo Díaz Vélez, de los jefes de división, de los oficiales y de toda la tropa y paisanaje, en términos que a cada uno se le podía llamar el héroe del Campo de las Carreras del Tucumán? Así se lo manifesté al Gobierno, desengañándolo si era que suponía a mi actuación un relevante mérito, pues, aunque mis hombres me amargarán la vida con disputas en torno al heroísmo de unos o de otros, llegando a retacearme los pocos títulos a que me había hecho acreedor, no podía ser yo tan ingrato de conducirme de igual modo con ellos.

Mientras tanto, poco tiempo quedaba para disfrutar de tales reconocimientos. Ya quería el Triunvirato que se aprovechara al máximo la victoria, ya enviaba algunos refuerzos para terminar de abatir a los realistas, y me hacía

saber que esperaba de mí un vigoroso ataque, para prevenir que Tristán fuera reforzado, o que con noticia de que se me enviaba algún socorro, temiese ser atacado y abandonase Salta para incorporarse a Goyeneche. ¡Nuevos afanes, nuevos trabajos, nuevas tribulaciones! Inútil era soñar con la paz de un retiro o el imposible descanso de un hogar. La guerra exigiría de todos nosotros mucho más de lo que ya nos había quitado.

FIN DEL AÑO 12

La integridad de un Ejército, como la de un hombre, padece más al terminar la lucha. Mientras todo es preparativo y urgencia, la incertidumbre y los obstáculos electrizan la voluntad. Pero cuando el combate ha concluido, es preciso un temperamento vigoroso para saber afrontar sin mengua la victoria o la derrota, pues ambas imponen sus propios desafíos. Al volver la vista a aquellos días posteriores a la batalla, comprendo de qué modo el enervante influjo de la victoria pesaba sobre nosotros.

Yo sabía que Goyeneche aspiraba a ser árbitro de América. Mis conversaciones con el coronel Barreda habían alimentado la esperanza en una solución pacífica: el momento no podía ser más oportuno; la situación obligaría al General enemigo a reconsiderar sus planes. Con esa idea, y sin que dejara de influirme el hartazgo de la guerra, tomé la pluma y le escribí invitándolo a negociar. Le expuse la conveniencia de un acuerdo con Buenos Aires y la imposibilidad de establecer un sistema de Gobierno forzando la voluntad de los pueblos, pues, aún cuando el éxito militar lo acompañara, nunca conseguiría arraigarse en un país hostil. Como demostración le envié los estados de nuestra reciente victoria. Inglaterra y Portugal, le dije, manifestaban la mejor disposición hacia el gobierno porteño, y ni siquiera el Perú era confiable para él, pues desde Lima mismo clamaban por que yo los libertara de la opresión. No había otra salida: Goyeneche debía avenirse a que Buenos Aires y Lima resolvieran sus diferencias como buenos hermanos, nombrando diputados para un Congreso encargado de zanjarlas.

Esta carta tenía una segunda intención. Sospechando que Tristán podía ocultar a su primo la magnitud de su derrota, uno de mis objetos era hacerle ver la pérdida que había tenido. Según más tarde llegué a saber, el mismo día en que yo escribía a Goyeneche, éste lo hacía al Virrey de Lima sugiriéndole la necesidad de transar con nosotros.

Pero en Buenos Aires no fue bien mirada mi iniciativa. A vuelta de correo, el Gobierno me hizo llegar su disconformidad. La conducta anterior y actual de “nuestros infernales enemigos” –me advirtieron– nos ponía fuera de toda obligación de mantener cualquier tratado con ellos, si no era dictado por la necesidad del momento. Como yo insistiera, se me respondió que Goyeneche no nos podía dar seguridades, y todo lo que no fuera con él una acción campal debía ser “una ejecución militar”. ¿Olvidaba yo que ese jefe había violado un armisticio? ¿O que había revivido en el Alto Perú la práctica de tiempos de Espartaco, de guarnecer con víctimas los caminos?

No. No lo olvidaba. Pero empezaba a comprender cómo la guerra lo esterilizaba todo. La guerra era miseria y dolor para las poblaciones; mataba o invalidaba a los hombres en la edad más provechosa; y nuestros grandes ideales de libertad e igualdad, industria y educación, debían posponerse indefinidamente. La lucha por sobrevivir absorbía todas las fuerzas de la vida. No debe extrañarse que yo, militar por azar, que detestaba las glorias guerreras, buscara un armisticio después de la victoria. Los déspotas aman la guerra pues les da pretexto para oprimir a sus súbditos; pero los Gobiernos liberales no pueden sostenerla prolongadamente sin provocar su propia negación. O se vuelven despóticos como sus enemigos, o se debilitan hasta perecer.

La respuesta de Goyeneche se demoraba, acaso por falta de interés. Yo pedí a Buenos Aires que se diera a la prensa mi proposición, para exponer ante todos la terquedad criminal del enemigo.

¿Qué sucedía conmigo –se preguntaban en Buenos Aires–, cuando, habiendo demostrado constancia en las horas más difíciles, ahora parecía abandonarme?

El nuevo Gobierno estaba impaciente, y así como sus predecesores habían censurado mi demora en retroceder, éstos recelaban que me demorase en atacar. Buenos Aires hizo un gran esfuerzo para enviarme ayuda, no sólo porque era necesario, sino también, creo yo, para quitarme todo pretexto. Había que aprovechar la ventaja: no era momento de dudas, o todo podía perderse. Si Tristán permanecía en Salta era porque aún confiaba en reiniciar hostilidades. Mi deber era expulsarlo.

¿Qué necesitaba para hacerlo? A mi entender, el Ejército debía remontarse a 4.000 hombres si se quería destruir a Tristán y luego ensayar la reconquista del Alto Perú, tan distante de nuestra base de operaciones. Pero el Gobierno objetó que aún cuando con semejante número se pudiese llevar las fronteras a Lima, no había forma de reunirlo, a menos que se renunciara a la campaña sobre Montevideo. En consecuencia, debería contentarme con el Nro. 1 de Patricios —mi antiguo regimiento—, que ya venía como refuerzo con cerca de cuatrocientas plazas, muchos de ellos reclutas ni siquiera fogueados por la escasez de pólvora. Además se me prometía 300 a 400 hombres de la guarnición de Buenos Aires, y unos 25 artilleros, sin asegurar la fecha en que serían enviados.

Yo había sostenido la necesidad de avanzar, pero ahora veía el camino sembrado de inconvenientes. Para remontar las fuerzas había promovido una recluta e incorporado algunos prisioneros tarijeños. Sin embargo, contaba apenas 1.300 infantes, unos 600 jinetes —de los cuales un tercio carecían de instrucción—, y diez piezas de artillería. Todo el paisanaje de la caballería tucumana se había dispersado; el armamento estaba en pésimas condiciones y era exiguo; faltaban caballos, mulas y carretas. También —y como siempre— escaseaba el dinero. A causa de la incuria del anterior gobierno estaba imposibilitado de ultimar a Tristán: llegó el caso de que no teníamos cómo aprovechar la victoria, y nada me habrían importado las órdenes opuestas para seguirla, si antes no se hubiese dejado a este ejército, si no con tal abandono, al menos con mucho descuido. Era necesario que el Gobierno actual reparara las omisiones del anterior. Para colmo, habiendo comenzado la estación de las lluvias, los ríos desbordaban, lo que entorpecería las marchas. ¿Y si por uno de esos caprichos de la Providencia mis armas eran derrotadas? La patria asistiría impotente a la disminución de esto que se llamaba Ejército, o tal vez su disolución, franco el camino al enemigo para que llevase sus armas hasta donde quisiera. Y aunque estaba dispuesto a ir a buscar al enemigo como fuese, con la esperanza de que la Providencia nos proporcionaría las ventajas que necesitaba la Patria, yo habría preferido, y así se lo manifesté al Gobierno, que se me hubiera dado orden de atacar sin condiciones, para que después no se me juzgara de temerario, o preparase el patíbulo en una desgracia que podía suceder. Ya a mi pariente Castelli lo crucificaron tras la derrota de Huaqui, y yo mismo sufrí procesamiento después del Paraguay.

Lo cierto es que me sentía agobiado y débil, gastada mi salud y temeroso de perder en una jornada lo que tantos sacrificios había costado. La victoria de Tucumán era el resultado de muchos factores, entre ellos el azar; y el azar podía serme mezquino en una nueva batalla. Por primera vez tenía... ¿lo diré? Miedo. Luego de haber vencido, me enervaba el miedo de fracasar. Entonces, ¿por qué no aducir razones de salud para apartarme del mando? ¿No lo había hecho antes Pueyrredón, según se decía? ¿Y no tenía yo pretextos suficientes en lo delicado de mi constitución, torturado como estaba por padecimientos que hasta solían impedirme montar? Retirándome con gloria de un puesto en que nunca me había sentido a gusto, otro más capacitado tomaría mi lugar, y yo, libre al fin, podría dedicarme a lo que siempre había soñado: la política de altas miras, la fecunda administración, los proyectos civilizadores... Pero, ¿a quién podía confiarse el mando de ese Ejército díscolo, que a duras penas se sometía a mi autoridad, y que se tornaría imposible para cualquier otro? ¿Qué general tendría el suficiente tino de no malograr los réditos políticos alcanzados con tanto esfuerzo? Acaso volvieran los tiempos del abuso, la irreligiosidad, la incompetencia. Nadie en Buenos Aires comprendía tan bien como yo el carácter de aquellos pueblos. Y, aunque a los ojos del mundo me retirara inmaculado, mi conciencia jamás dejaría de reprocharme.

Así me debatía entre pensamientos opuestos. Sólo acabaron mis vacilaciones con las noticias llegadas por esos días desde Buenos Aires. Entraba el Gobierno en el camino de la Independencia, y era convocada una Asamblea Constituyente para comienzos del año venidero. Con emoción leí el oficio que así lo anunciaba.

“El eterno cautiverio de Fernando VII –decía aquella proclama inolvidable– ha hecho desaparecer los últimos derechos de la España”.

Tales eran las palabras que los pueblos habían aguardado con impaciencia. ¡Por fin había en Buenos Aires una autoridad que, arrancándose el vergonzoso disfraz de la lealtad a Fernando, se atrevía a revelar sus propósitos!

“Esta, sin duda, será la memorable época en que el pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, abriendo con dignidad el libro de sus eternos derechos, por medio de libres y legítimos representantes, vote y decrete la figura con que debe aparecer en el gran teatro de las naciones.” ¿No coincidía este pensamiento con el que yo mismo había expresado al crear la Bandera? ¡El gran teatro de las naciones, donde ondearía, tal vez, la enseña bicolor,

enarbolada cierta tarde ignota a orillas de un ancho río americano! ¿Cómo no sentirme conmovido al leer aquellas líneas? ¿Tenía sentido, ahora, perderme en devaneos y negociaciones?

A partir de ese día, todas mis dudas no diré que cesaron, pero sí que fueron enérgicamente sepultadas. No había derecho al desaliento: criminal será, ante sí mismo, quien se acobarde a la hora de ver realizados sus sueños.

Dorrego, vuelto con la vanguardia a Tucumán, había reanudado su plan de encubramiento personal. Nombrado jefe propietario del batallón de Cazadores, no se sentía satisfecho con este ascenso. Tampoco Forest lo estaba con su nuevo grado de teniente coronel y segundo comandante del regimiento Nro. 6. Uno y otro ansiaban perjudicar a Balcarce.

La situación de Balcarce era para entonces difícil. Tenía el apoyo de sus amigos tucumanos, pero lo detestaban sus colegas militares, y yo, su jefe, le guardaba resentimiento. El nuevo Gobierno también lo sospechaba por su filiación política; había ordenado labrarle una sumaria secreta, remitiéndome una orden en su contra, firmada en blanco, para que procediera como creyese conveniente.

Mis prevenciones habían aumentado desde la expulsión de Moldes, de la que suponía promotor a Balcarce. Di curso a la sumaria secreta, y fueron citados a declarar varios oficiales y jefes, bajo juramento de no confiar a nadie el objeto de aquella declaración. Se acusaba a Balcarce de cobardía en batalla, de haberse entregado al saqueo en lugar de combatir, y de enriquecerse con botines mientras sus camaradas corrían peligro. ¿Actuaba yo con mezquindad vengativa? Tal vez. Balcarce se me había hecho intolerable, más aún por el favor público de que gozaba en Tucumán. Pero algunos de los interrogados, que tenían amistad con él, violaron el juramento para ponerlo sobre aviso. Desde entonces Balcarce empezó a procurarse un resguardo. Al momento de elegir representantes a la futura Asamblea, logró que sus partidarios lo ungieran diputado. Así se puso a salvo marchando a Buenos Aires. Era el tercer jefe de valía que abandonaba, en pocos días, el Ejército del Alto Perú.

Los sabihondos, que nunca duermen cuando se trata de poner reparos a los que sí trabajamos, me han achacado el que permitiera la elección de Bal-

carce: éste no sólo era mi enemigo personal, sino también cabecilla de partido. Pero, ¿qué se supone que debía yo hacer? ¿Inmiscuirme en las elecciones? Tal parece que sólo estamos dispuestos a respetar la voluntad del pueblo cuando coincide con la nuestra.

La Asamblea General representaba mis máximas aspiraciones, y yo, sin pertenecer a ningún partido, simpatizaba con los del Gobierno, cuya estrategia me parecía la mejor. Sin embargo, si había de mostrar la sinceridad de mis convicciones, no podía prestarme a burlar los deseos de los vecinos, ni tan siquiera a influirlos. Me excusé de presidir el acto, delegando tales facultades en el Gobernador, para que lo presidiese sin voto. Quería hacer ver a todos la imparcialidad con que procedía, y que nadie me pudiera atribuir partidos, en que no estuve, estoy ni estaré jamás. Esta es la conducta que se me ha reprochado, sin comprender que no he trabajado por el encumbramiento de tal o cual facción, sino por la Independencia. Mi misión era repulsar al enemigo externo afianzando la seguridad del Estado, mientras la Asamblea se encargaba de organizarlo. Las provincias debían regirse sin la tutela de las fuerzas que Buenos Aires había mandado a ellas; y el Ejército, no influir en los pueblos, salvo en lo que fuera propaganda revolucionaria. ¡Cuánto habríamos avanzado si siempre, y en todo sitio, nuestros hombres de armas se hubieran hecho acreedores del mismo reproche que contra mí se dirigió!

Con la partida de Balcarce no se acabaron las controversias. El cuerpo de Cazadores, gozaba de bien merecido concepto: cuerpo escogido, era también el primero de tropas ligeras. Dorrego aspiraba a las más estafalarias preferencias para su batallón, poniendo en aprieto mi ecuanimidad. Para reforzar su situación, concertó una alianza con la artillería, constantemente proclamada en fogones y tertulias, con protestas de eterna amistad. “¡La Artillería y Cazadores!”, era el voto desafiante que salía de boca de los oficiales de ambos cuerpos. Organizaban bailes en los que excluían al resto de la oficialidad, se abrazaban fraternalmente y miraban a los otros poco menos que como enemigos. Cierta noche esta rivalidad rozó el escándalo. Los Decididos habían organizado un baile; Dorrego fue invitado, pero al concurrir encontró la oportunidad de considerarse ofendido porque no se le hicieron honores. Tras dejar altivamente la reunión seguido de los suyos, meditó volver a deshacerla a mano armada. Yo, que estaba como invitado, debí permanecer hasta el último en el baile, temeroso de cualquier incidente, y sabedor de que nada se intentaría mientras estuviera allí.

Ignoro por qué este hombre se conducía así. ¡Si dijera hasta qué extremo lo he distinguido en el trato; cuántas veces escribí a Buenos Aires recomendando sus virtudes; cuántas veces fingí ignorar sus dislates; y cuántas, en fin, debí amonestarlo buscando provocar su reflexión! Si quise a Moldes por amigo, y a Holemberg como apoyo y consejero, yo a Dorrego le dispensaba un afecto casi paternal. Si no lo hice objeto de mayores confianzas fue por la sola causa de su conducta, sus celos hacia el Barón y mi deseo de corregirlo mediante la severidad, pues es cierto que uno exige más de quien más estima. Lo confieso con dolor, ya que en día no lejano su comportamiento hacia mí sería muy amargo.

Pasaba las horas urdiendo despropósitos. Una noche, para escarmentar a ciertos civiles que tenía entre ojos, allanó una casa de juego en donde sabía se encontraban, y los llevó presos al cuartel.

“¿Puede ser que después de haberme privado del Barón y de Moldes, quieran también indisponerme con el vecindario?” exclamé al saberlo, golpeando con ira mi escritorio. Puse en libertad a los cautivos, pero, por más que deseaba castigar a Dorrego, nada me atreví a hacer, por temor a la sublevación de sus facciosos.

No transcurrió mucho tiempo sin que los Cazadores protagonizaran otro incidente durante las paradas que se hacían en la plaza para la distribución de las guardias. Quiriendo formar primeros en la derecha, trataron de arrebatarse esa posición a un cuerpo más antiguo. Los desplazados no lo consintieron, volviendo a colocarse a la derecha; los Cazadores desfilaron por retaguardia y tomaron la derecha por segunda vez; y así sucesivamente, hasta toparse con un muro. Eran niños con armas. Dejé mis ocupaciones y acudí a la plaza a zanjar la cuestión. Como di razón a los rivales, los Cazadores fueron a formarse a la extrema izquierda, prometiéndose desquite.

Obligado a contemporizar, no tenía más remedio que devorar la ira. Las responsabilidades, el trabajo organizativo y estos disgustos, aunque pequeños, roían mi salud e iban acentuando los síntomas de una indisposición creciente.

Cada vez se hacía más necesario marchar sobre Salta. Yo trabajaba con ahínco, reservando sólo las noches para mi descanso.

Era, en efecto, por las noches que me sentía más a gusto. Durante el día, bajo los calores que ya empezaban a pesar, mil afanes me requerían: la recluta y la instrucción; el acomodo de los refuerzos que venían de Buenos Aires; los

ejercicios; la faena de administrar como un meticuloso avaro los recursos de que disponía, y la de introducir el plan reorganizativo que para entonces tenía en mente. En cambio, al caer la sombra, cuando la ciudad y el cuartel se hundían en el silencio, podía yo ilusionarme con momentos de preciosa serenidad. Entonces era cuando escribía. No me incomodaba la correspondencia; antes bien, me agradaba ir hilvanando las palabras. Experimentaba bienestar en el diminuto rasguño de la pluma sobre el papel, y en el desenvolverse del hilo de tinta frente a mis ojos. Me traía recuerdos de la vieja secretaria del Consulado y de las horas pasadas redactando dictámenes y memorias. Cuando ya nada restaba por hacer, acometía una vieja y relegada traducción de Washington. Esto y la lectura eran mis únicos recreos.

Desde hacía tiempo yo siempre tenía a mano un gastado ejemplar de la “Despedida” que compuso Jorge Washington: ese héroe digno de la admiración de nuestra edad y de las generaciones venideras, ejemplo de moderación y patriotismo. Al retirarse de la vida pública, dejó a sus conciudadanos saludables lecciones; y yo siempre he creído que, hablando con ellos, habló con cuantos tenemos y cuantos puedan tener la gloria de llamarse americanos. Desde joven sigo a Washington como guía de patriota austero, libre de mezquindades facciosas, sólo preocupado en alcanzar la independencia y engrandecimiento de su pueblo. Y aunque jamás he sido ambicioso, alguna vez me asaltó, en horas de inmodestia, la desmedida aspiración de imitar a aquel gran hombre. ¡Pobres capacidades las mías, e infinita presunción!

La “Despedida” era mi amuleto y fuente de calma. Desde que cayó en mis manos en 1805, me ha proporcionado entusiasmos y consuelos; la recomendé a mis amigos, la tuve en mi bagaje durante la campaña al Paraguay, comencé a traducirla como aporte a la educación de mis compatriotas, cuando, atacado por los paraguayos en Tacuarí, debí quemarla con todos mis papeles. Ahora volvía a ella, y mientras descansaba de tareas menos gratas, me sentaba a mi escritorio, y, con reposada pluma, iba vertiendo las palabras de Washington al español.

A veces mi ánimo era más firme: por ejemplo, el día que llegó a mis oídos la ruptura de alianzas entre los oficiales que me amargaban la vida. Eran tan pueriles que ni siquiera advertían su conveniencia: unidos resultaban intocables, pero enemistados irían cayendo uno tras otro. Sólo era cuestión de esperar.

He dicho que con la salida de Hølemberg y Moldes, había yo perdido a mis confidentes. Aunque el mayor general Díaz Vélez era hombre de confianza, su carácter altanero no lo hacía accesible a la amistad. Otros oficiales jóvenes, como La Madrid, ocupaban todavía un rango muy subalterno. Por lo demás, era suerte que Balcarce hubiese partido, llevando tras de sí una fuente de conflictos; pero fuerza es reconocer que, en la instrucción de la caballería, no resultó fácil encontrar quien lo reemplazara.

Estaba, pues, más solitario. Pero no había de pasar mucho tiempo antes de que llegaran a Tucumán dos hombres destinados a convertirse, el uno en mi más leal amigo, y el otro en mi colaborador más eficiente. Se trataba, respectivamente, del Dr. Joseph Redhead y de don José Antonio Álvarez de Arenales; y el hecho de que ambos hubiesen arribado al cuartel patriota fue una simple consecuencia de la actitud asumida por Tristán en Salta.

El Dr. Redhead es un médico escocés, que ejerce su profesión en esta parte de América desde 1805; ha residido algunos años en Charcas, y desde 1809, según creo, en Salta, cuyo clima benigno y bonanza social lo cautivaron. Hombre de ciencia, recogido y estudioso, a quien no atraen los afanes del siglo, practica la medicina por amor cristiano, como auténtico filántropo; éstas palabras lo harán sonrojarse cuando las lea, pero la virtud merece siempre el homenaje de la verdad. Siendo extranjero, había preferido no tomar parte en las luchas que lo rodeaban, aunque todos sabían que simpatizaba con la causa americana, y por provenir de las islas británicas los españoles de Salta lo señalaron a Tristán como individuo peligroso. ¡Peligroso, el Dr. Redhead: persona la más apacible! Sin embargo, el regreso de Tristán a Salta fue iracundo; y el buen médico, acosado, no tuvo más remedio que emigrar.

Yo recibí este hombre con gran simpatía, impresionado por su mirada bondadosa e idealista, y las bellas cualidades que lo honran. Así nació una afinidad que ha sobrevivido hasta hoy, pese a los embates de los años y de la fortuna; y no otra es la sabia y afectuosa mano que me asiste en mi postración, mientras escribo estas memorias. A la sazón, se ofreció Redhead a servir como cirujano en nuestro Ejército, dejando a un lado su neutralidad.

Debo agradecer a Dios que en medio de mis trabajos no me privó de la satisfacción de ver florecer en torno mío hermosas amistades: viva el hombre solo, y todas las aflicciones lo visitarán, y contratiempos vulgares abatirán su alma; pero tenga el hombre amigos y ninguna calamidad será suficiente a

derrotarlo. Yo invité a Redhead a revisar la traducción de Washington. Discutíamos fraternalmente de altas ideas políticas y sueños para la humanidad en las madrugadas solitarias, a la luz de una lámpara, en mi tranquila residencia.

La ira de Tristán cayó sobre Arenales, por su cooperación al motín de prisioneros. Obligado a esconderse, el aguerrido liberal español había mantenido correspondencia conmigo desde su refugio, hasta que, temiendo ser atrapado, tuvo por fin ocasión de fugar, pasando grandes peligros, porque su condición de peninsular lo tornaba doblemente odioso para los realistas. Carácter discreto pero enérgico, austero en sus hábitos, lleno a la vez de coraje cívico y cualidades militares, y muy franco en sus opiniones. Su entereza abrió un duradero camino en mi corazón.

De estos días, también, data mi primer intercambio epistolar con el creador de los Granaderos a Caballo, Coronel José de San Martín, venido no hacía mucho de Europa y coautor del movimiento revolucionario que dio origen a las nuevas autoridades. Sin haber hecho todavía cosa alguna trascendente, lo rodeaba una aureola que sus aciertos irían tornando más brillante. San Martín hubo de retribuir mis confianzas influyendo en el Gobierno para que atendiese mis reclamos.

El Gobierno, entretanto, impaciente por ver consumada la destrucción de Tristán, me enviaba abundantes auxilios. Así, mis fuerzas llegaron a contar 3.000 hombres a fines de diciembre, siendo unos 800 de los refuerzos llegados de Buenos Aires. Los Regimientos 1 y 2 de Patricios estaban entre ellos: gloriosos veteranos que no habían descansado desde las invasiones inglesas, asistiendo a todas las expediciones con el fusil al hombro, sin excusarse jamás pese a su condición de voluntarios. La Patria ha de recordar por siempre a aquellos hombres que, impagos y semidesnudos, conocieron las selvas paraguayas, la cuchillas orientales y la vastedad de la pampa, y ahora conocerían la montaña y el altiplano. También se sumaron una división de artilleros, una compañía de pardos y morenos y numerosos reclutas. El Gobierno cuidaba especialmente remitir el armamento y vestuario que tanto nos escaseaba, así como el dinero con que hacer frente a las deudas y pagar aunque fuera en parte los atrasadísimos haberes de los soldados. Con economía feroz administré los cerca de 70.000 pesos recibidos en distintas partidas, usando además del crédito abierto en los pueblos. Desde fusiles y municiones hasta camisas y corbatines, todo era preciso contemplar.

Bueno era ahora mi grupo de colaboradores: Díaz Vélez, mi segundo; el recién llegado Arenales, que aportaba su consejo político; Tomás de Anchorena, nombrado secretario de Guerra; mi amigo Feliciano Chiclana, que había sido designado Gobernador Intendente a indicación mía. Cada cual en su esfera, estos hombres me secundaron en la cansadora labor organizativa. La disciplina mejoraba; las tropas estaban ya medianamente instruidas; se habían efectuado innovaciones dentro de la estructura militar. Aboliendo parcialmente la Ordenanza española, seguida hasta entonces al pie de la letra, suprimí la división de la infantería por regimientos, más apropiada para ejércitos numerosos. También reformé la caballería; el Escuadrón de Húsares fue extinguido y refundido en el cuerpo de Dragones, regimiento completo de doce compañías.

El año de 1812 llegaba a su fin. Un nuevo año, más promisorio en realizaciones para la Libertad, estaba al comenzar bajo los auspicios de la Asamblea General Constituyente. Todo se hallaba listo. Contaba yo las horas y me frotaba nerviosamente las manos, mientras recorría mi cuarto durante las largas noches de insomnio. También mi salud mejoraba. El gran momento de avanzar se iba acercando.

En ese estado de ánimo llegó a mis manos —con notable retraso— la respuesta que enviaba Goyeneche, cuando ya no esperaba recibirla.

La carta comenzaba irónicamente, diciendo que si queríamos con sinceridad la paz, nuestros anhelos estaban proclamados en la nueva Constitución española, que acababa de difundirse en América, y de la cual, no sin humorismo, Goyeneche me enviaba un ejemplar. En cuanto a las pérdidas del Tucumán, respondía que no habían sido tantas ni tan graves, y que esa acción haría eterno honor a los realistas por el coraje desplegado. La situación externa no era, según él, como yo la pintaba, sino, por el contrario, muy favorable a los realistas, desde que Inglaterra tenía interés en aliarse con España contra Napoleón y la apoyaba en su lucha, y Portugal cooperaba con las fuerzas españolas de Montevideo. Ironizando acerca del respeto a la voluntad de los pueblos, Goyeneche recordaba mi bando dictatorial de Jujuy imponiendo a la población un éxodo forzoso. No sólo negaba que en el Perú hubiese adhesión a la causa de Buenos Aires, sino que, decía, a él mismo lo llamaban los pueblos del Río de la Plata para que los libertara de la opresión de Buenos Aires. Para que yo

me convenciera de los deseos de los habitantes en el Alto Perú, me desafiaba a consultar sus Cabildos y corporaciones, pues él daría curso a mis oficios, y los satisfaría con el voto de la nobleza, del clero, regulares y comerciantes, que eran, a su juicio, la fuente de donde dimanaba el orden social. Como conclusión, proponía que Buenos Aires terminara la guerra con Montevideo, arreglando sus desavenencias, en cuyo caso él suscribiría las bases que llegaran a concertarse entre ellas.

Ante la inminencia de la Asamblea que debía reunirse, la discusión con Goyeneche carecía de sentido. Ya meditaba derrotar a Tristán en Salta y avanzar hasta el Perú; había despachado numerosos agentes para que promovieran en aquellos pueblos la Revolución y anunciaran que el Ejército de Buenos Aires marchaba en su auxilio.

Sin embargo, no queriendo desaprovechar la oportunidad para hacer propaganda, tomé la pluma, y repliqué a Goyeneche que ni a él ni a ningún particular le competía aceptar o no la nueva Constitución española, pues esta es la obra de los pueblos, como que a ellos pertenece por todo derecho tomar conocimiento de esas decisiones, adoptarlas o rechazarlas, y darnos luego la ley que debemos obedecer. Así, precisamente, lo haría la Asamblea próxima a reunirse. En cuanto a mi bando al evacuar Jujuy, de que siempre se me acusaba, no sabía yo qué tuviera de sanguinario; si Goyeneche mismo lo contemplaba con imparcialidad, debía confesar que no fue más que una precaución para evitar que sus tropas encontrasen los fondos para continuar oprimiéndonos. Goyeneche contaba por nada el llamamiento de las provincias del Perú a mi Ejército, y me decía que se hallaba en igual caso respecto de las del Río de la Plata; pero —respondí— había una diferencia: “que a V. S. le llamarán los europeos, y a mí los americanos, que se creen con tanto derecho a la soberanía como los de Cádiz o Isla de León.” En cuanto al desafío de Goyeneche a consultar a las corporaciones del Alto Perú sobre el partido que tomaban, era ingenuo creer que pudieran pronunciarse libremente teniendo al ejército realista sobre ellas: “Retírese V. S. con sus bayonetas a la otra parte del Desaguadero y entonces preguntaré a los Cabildos y corporaciones qué es lo que desean”.

Con esta misiva puse fin a la negociación, y sin perder más tiempo, acometí los preparativos finales para el ataque sobre Salta.

¿Qué era, entretanto, del infortunado Tristán? Goyeneche no había querido destituirlo, pues, según decía, su derrota había sido obra de la mala fortuna: se había retirado sin tomar la plaza, pero en un orden memorable, atribuyendo esta infructuosa conquista a faltas graves de sus jefes.

La conducta de Tristán en Huaquí, su honrosa retirada, y el no tener otro cabo subalterno en todo el ejército realista de su concepto, impulsaron a Goyeneche a conservarlo en el mando con mil hombres de refuerzo que le puso en Salta, y porque, pienso yo, creyó sacar partido del deslustre que su honor militar acababa de sufrir, que procuraría restaurarlo, y más con nuevos recursos y abundancia de dinero con que procuró congratular los ánimos de su tropa.

Tristán se había atrincherado en la vieja ciudad. Parte de sus tropas ocupaban Jujuy, como en reserva, con el propósito de distraer nuestra atención. Esta distribución era un error que lo debilitaba, como lo era también permanecer en Salta exponiéndose a un nuevo contraste. Más prudente hubiese sido seguir el plan que había concebido el Virrey de Lima, de replegarse hasta Humahuaca para apoyar las espaldas en el Alto Perú, con el poderoso auxilio del Ejército de Goyeneche detrás.

Pero Tristán no temía un ataque. Había descuidado la línea del río Pasaje, ya que, siendo la estación de las lluvias, ese curso no ofrecía vado para cruzarlo. Además, no se atrevía a comprometer operaciones fuera de la plaza; todo el país le era hostil; bandas de gauchos le hacían una incesante guerrilla, hasta en los arrabales mismos de Salta.

Según pasaban los días, Tristán se iba afianzando en su convencimiento de hallarse libre de peligros. Nada sabía de nuestros preparativos, y ni siquiera sospechaba que algunas de esas casas señoriales, con sus rejas y sus patios, y algunas chozas de los suburbios, albergaban espías que, acechando todos sus movimientos, calculaban el número de sus fuerzas y escudriñaban sus intenciones. Los amables vecinos proseguían sus ocupaciones, trataban con cordialidad a las tropas, y aguardaban. Tristán no advertía esa callada expectación. Hasta las mujeres participaban del espionaje, y mientras Salta toleraba con aparente calma la ocupación realista, que meses atrás recibiera gozosamente, emisarios secretos se envolvían en la noche y traían sus informes a mi cuartel en Tucumán.

A Tristán le era arduo reanimar a sus tropas desmoralizadas, que ya contaban 2.500 hombres, más los de la guarnición de Jujuy y otros que de-

bían sumársele. La jura de la nueva Constitución española le dio ocasión de estruendosos festejos para levantar la moral. Él, por su parte, se tomaba un respiro, dedicándose a algunos terrenales placeres. En sus previsiones estaba fortalecerse, para luego reanudar la invasión.

A mediados de enero de 1813 empezaron a marchar nuestras primeras divisiones. Por fin me sentía listo; mis inquietudes decaían, y crecía mi confianza en el estado de las tropas reorganizadas. La campaña libertadora daba comienzo.

El día 12 de ese mes ordené abrir la marcha a la división compuesta por el batallón de Cazadores y el número 2; el día 13, los siguieron los Pardos y Morenos, el tren y los Dragones; y en los días sucesivos, el resto de las fuerzas, que avanzarían hasta el río Pasaje, lugar designado para la reunión de todas las divisiones. Tenía razón Tristán en las dificultades de cruzar el río, pero mis baqueanos conocían dónde hacerlo. En previsión de que las crecidas impedirían vadearlo, llevamos un puente de barriles alquitranados.

La tropa avanzó con el mayor entusiasmo y alegría; su subordinación prometía los resultados más favorables, y sobre todo, el gran aprecio que hacían de sus bayonetas, habiendo conocido la importancia de esta arma, y que a su presencia los enemigos abandonarían el puesto. El espíritu de mis hombres corría parejas con el mío propio. Lo más alentador era la disciplina que había logrado establecer. A tal punto era así, que durante nuestra permanencia en Tucumán no había habido quejas contra el ejército, y el vecindario había dormido con las puertas abiertas. Tal conducta tenía una importancia capital, pues, como muchas veces dije, Goyeneche había propalado la creencia en nuestra barbarie. No digo que mi mérito en esto haya sido relevante, pues sólo cumplí con el deber. Pero debo también añadir, so riesgo de inmodestia, que nunca hubo fuerza armada más respetuosa de la ley que la que yo mandaba entonces; y cuando más tarde los furores de la anarquía se apoderaron de aquellas tierras, el recuerdo de nuestra conducta hubo de renacer en todas las memorias, para señalar un contraste con las vejaciones que se sucedieron.

Pero antes de que las tropas comenzaran a marchar, quise imprimir en todas las conciencias el significado profundo de un nuevo acto de religiosidad. Mandé hacer las honras fúnebres a todos los muertos de la acción del Tucumán, sin distinguir entre propios y enemigos: todos ellos habían sido hombres, y sus muertes debían ser honradas. Los “bárbaros” patriotas dábamos así una

lección a los “civilizados” realistas, cuya costumbre de dejar insepultos los cadáveres de sus enemigos, como espectáculo ejemplarizador, se había hecho conocida. Asistí al acto con todo mi Estado Mayor.

Las monjas de Buenos Aires, a cuyos oídos llegó noticia de nuestra piedad, nos remitieron cuatro mil escapularios de Nuestra Señora de las Mercedes, Generala y patrona del Ejército. Ordené que a medida que fueran saliendo los batallones rumbo al río Pasaje, se les condujera previamente a la calle en que estaba situado el Templo de la Merced. En el atrio, al pie de la imagen, se había preparado una mesa; la tropa que iba a partir formaba allí; y los religiosos, presentando grandes bandejas en las que se traían de a cientos los escapularios, procedían a entregarlos a jefes, oficiales y tropa, colocándolos sobre los uniformes. Yo mismo me hice colocar uno. Los escapularios se convirtieron en divisa de guerra, y si alguien perdía el suyo, se esforzaba en procurarse otro.

Mi entusiasmo crecía con el de mis hombres. La casi ninguna desertión era el barómetro que manifestaba el contento de la tropa, y el espíritu que la animaba contra el enemigo, pese a no haberles dado sino una cuenta de cuatro pesos a unos, de tres y hasta de dos a otros, por la escasez de numerario. ¡Qué diferencia con la situación anterior del Ejército, cuando la desertión era uno de los más graves inconvenientes! Con sus haberes largamente atrasados, marchaban los soldados a la gloria o a la muerte deponiendo quejas que podrían haber elevado con la mayor justicia.

Como quiera que del Paraguay tenía yo aprendido que la fuerza del convencimiento debe concurrir a la de las armas, pedí por esas fechas al Gobierno treinta ejemplares de la “Carta de un Americano”, ese notable escrito que con tanto acierto destruye las argumentaciones de los realistas, y tan claramente pone de manifiesto la conducta de España frente a la América, cuya política ha sido reducir a los hombres a la condición de bestias: era mi propósito hacerlo distribuir por todo el Perú para generalizar los principios de la Revolución y uniformar las opiniones. También puse fin a la traducción de Washington, cuya última línea escribí al día siguiente de abandonar Tucumán, y la remití a Buenos Aires para su publicación por la Imprenta de los Niños Expósitos, cumpliendo así un viejo deseo.

Las tropas avanzaban; las diferentes divisiones iban llegando al río Pasaje y se concentraban; yo montaba mi caballo para unirme a ellas. Como quiera que la Asamblea General Constituyente se había reunido en Buenos Aires,

era mi intención hacerla jurar y reconocer por las tropas antes de seguir avanzando. Rebosando confianza e ilusiones, aguardaba mediante Dios el mejor de los sucesos. Y me prometía solemnemente arrojar a los enemigos de las provincias oprimidas.

FEBRERO DE 1813

En cierto lugar a la orilla del Río Pasaje, por donde el viajero encuentra vado en su camino a Salta, verá sobre la orilla opuesta un alto y añoso árbol, cuyas ramas retorcidas tan pronto parecen ofrecer protección como reclamar piedad. Si al cruzar el vado se acerca a contemplar el anciano tronco, hallará grabadas en él, a escopo, las palabras “Río del Juramento”.

Con ese nombre se viene conociendo el río desde cierto día de febrero de 1813, en que las tropas del Ejército del Alto Perú prestaron, bajo aquella sombra, un solemne voto. Deténgase el viajero a honrar la memoria de esos hombres, sin olvidar que las manos que grabaron tales palabras acaso yazgan bajo tierra a pocas leguas de allí, en el Campo de Castañares, donde tantos bravos dieron la vida por la Libertad de su patria.

Mi pecho vuelve a llenarse de emoción al recuerdo de aquella tropa numerosa, fatigada por las muchas leguas y el vado difícil, que permanecía en cuadro junto al gigantesco árbol mientras yo pasaba revista. En todos se traslucía la gravedad del juramento que estaban por prestar, mientras un oficial leía en voz alta la proclama de reunión de la Asamblea Constituyente, que ejercería la suprema potestad para darnos un gobierno soberano, y a la que los presentes debíamos jurar fidelidad y acatamiento.

El 31 de enero la Asamblea había inaugurado sus sesiones en Buenos Aires, obligándose a “promover los derechos del país con tendencia a la felicidad común de la América”, según una nueva fórmula en que se suprimía por vez primera toda alusión al vasallaje del rey de España. Desde esa fecha funcionaba en el Río de la Plata un órgano constituyente efectivo, abocado a la redacción de leyes las más gloriosas que se hubieran dictado en este suelo, para consagrar al fin los ideales últimos de nuestra insurrección. Una nueva etapa se abría en la historia de nuestras luchas, y bien pronto la Asamblea extendería su prestigio a toda América, hasta las remotas comarcas mejicanas, adonde llegaría noticia de su obra como ejemplo del camino a seguir. La Asamblea dio

nuevo impulso a la corriente de Libertad y sirvió a su causa con eficacia mayor que la que antes o después haya podido darle gobierno alguno. Y aunque a la sazón esa obra recién comenzaba, no vacilo en decir que desde su primera sesión comprendí la abundancia de frutos que cabía esperar de ella, como que los hombres más liberales se habían impuesto en todas las jurisdicciones, y el lustre de los diputados permitía abrigar las mayores esperanzas. Me convertí desde entonces en resuelto defensor de la Asamblea, por cuya supremacía abogué en toda ocasión. Animado de ese propósito, quise dar al juramento que debíamos prestar la solemnidad necesaria, aprovechando, además, para volver a sacar a luz un entrañable sueño mío.

Contemplaba yo la escena con mezcla de satisfacción y temor, preguntándome si sería dable cumplir nuestro voto en la batalla que nos aguardaba, cuando, al son de una música marcial, avanzó hacia el centro del cuadro mi segundo, Díaz Vélez, con una escolta de granaderos. Según yo había dispuesto, traía en sus manos la bandera independiente, que permanecía oculta desde su bendición en Jujuy. Yo había dicho que la reservaba para el día de una gran victoria. La victoria estaba lograda, y ahora podía congratularme de verla nuevamente ondear.

Desenvainando mi espada, arengué a las tropas y les expliqué su juramento.

“Este será el color de la nueva divisa— agregué señalando la bandera—. Con ella marcharán al combate los campeones de la Patria”.

Juré obediencia a la Asamblea Constituyente, y tomé el mismo juramento a todos los jefes de cuerpo y oficiales superiores. Enseguida me volví a la tropa, y tras repetir la fórmula prescripta por el Gobierno, la interrogué también.

“¡Sí, juro!”, repitieron tres mil voces.

Extendí mi espada horizontalmente, cruzando el asta de la bandera, cuyo paño susurraba en el tenue viento. Uno a uno desfilaron los soldados para sellar con un beso, en esa improvisada cruz, la gravedad de su compromiso. Así permanecemos largo tiempo: yo sosteniendo mi espada extendida, la bandera en alto, y las tropas desfilando con unción, protestando morir antes que volver a ser esclavos.

Horas duró este desfile, hasta que el último tambor hubo estampado su beso en el asta. Cuando mi brazo ya no pudo sostener la espada, la traspasé

a mi segundo, y este luego a otro, y a otro. Concluido el desfile, mandé que se inscribieran en el tronco del árbol las palabras conmemorativas de aquel juramento. Entonces Díaz Vélez marchó con la bandera en alto, a la cabeza de todos los cuerpos y al son de música guerrera, hasta la tienda en que me había retirado a descansar, para entregármela. El regocijo era grande, y nadie dejó de comprender que ese acto señalaba también su nueva condición de hombres libres, sin más ataduras que su voto ni más sujeción que la de su destino a la suerte de la Revolución que los había convertido en tales.

Haría falta una pluma menos pobre que la mía para retratar el efecto causado. He dicho ya cuánto me prometía de la fuerza de los símbolos. Mis hombres debían marchar a la muerte: preciso era pulsar con energía sus cuerdas morales, y la bandera lo hizo de un modo profundo e inolvidable. Por dos veces yo la había arriado con disgusto. La situación política era ahora favorable; la moral de las tropas y el juramento de la Asamblea ofrecían el pretexto para volverla a enarbolar.

El deseo de ver consagrada como nuestra la bandera que yo primero había izado, aunque vano, no era extraño a mi determinación. Cifraba quizás esperanzas ilusorias, como si el símbolo de nuestra Independencia fuera a la vez el medio de alcanzarla, y como si el tener bandera pudiera ser bastante a considerarnos una Nación soberana. Pero es tal la forma en que trabajan nuestros pensamientos que muchas veces tomamos las sombras por cosas y los símbolos por realidades.

Pronto mis desvelos empezaban a realizarse. La Asamblea Constituyente, menos interesada por elaborar constituciones prematuras que por forjar la independencia de hecho, no tardaría en dictar leyes que permanecerán por siempre en la memoria del pueblo. Suprimió el nombre de Fernando VII de las fórmulas oficiales; proclamó la nueva ciudadanía, destituyendo de sus cargos eclesiásticos, civiles y militares a todos los europeos que no obtuvieran título de ciudadanos; honró el recuerdo del Dr. Moreno; reemplazó la efigie real de las monedas por un Escudo Nacional; mandó retirar las armas reales de todas las fachadas; abolió los mayorazgos, blasones y distinciones nobiliarias; reorganizó la justicia eliminando los recursos a la metrópoli; fundó los cimientos de una iglesia independiente de Roma; promulgó la libertad de los esclavos nacidos en el Río de la Plata; abolió la Inquisición y mandó quemar en la plaza pública los instrumentos de tortura; sancionó un himno; y finalmente,

dispuso que una nueva enseña reemplazara a la de España. ¿Podré expresar nunca mi satisfacción al ver que, lejos de reprenderme por izarla, la Asamblea estampaba su alta y solemne sanción a la bandera que yo había hecho? No conocí momento más dichoso, y lo tuve por mejor triunfo que cualquiera de los obtenidos en el campo de batalla.

Además de la bandera, contaba yo, para alentar a las tropas, con la novedad de dos victorias patrias: la del Cerrito, obtenida por el coronel Rondeau el 31 de diciembre del año anterior frente a los muros de Montevideo; y la de San Lorenzo, en que San Martín estrenó a sus granaderos a caballo a orillas del Paraná. Ambos hechos encendieron los bríos: mis soldados ofrecían imitar tan gloriosos ejemplos. El Campo de Castaños, junto a Salta, los aguardaba para que, en pocos días más, tuviesen ocasión de intentarlo.

Había una sola forma conocida de acceder a Salta: por el angosto Portezuelo, paso propicio para la fortificación defensiva. El enemigo, atrincherado en la ciudad, confiaba que lo difícil de la senda, anegada por las lluvias, y lo inexpugnable de la plaza alejaban la posibilidad de ataque.

Tres mil setecientos cuarenta hombres de las tres armas constituían su fuerza, sumando los que se hallaban en Salta y la pequeña guarnición de Jujuy. Tristán, según luego supe, no quería dar crédito a los rumores que anunciaban nuestro avance. A medida que estos se fueron haciendo más insistentes, se hizo también más poderosa su decisión de resistir. Su honor militar estaba en juego: debía lavar la mancha del Tucumán, y se prometía una venganza en regla. El mismo día en que yo hacía jurar la Asamblea, Tristán escribía a su primo informando su resolución. Los rumores atribuían a nuestro Ejército cerca de cuatro mil efectivos, pero él no se amedrentaba. “¿Podrá temerse nada—razonaba—, aunque el enemigo nos supere en número, cuando en calidad, sin hipérbole ni jactancia, somos tan superiores? La tropa está robusta; hasta el día no cuenta un tercianario; y la totalidad de los enfermos es de ciento: su armamento, subordinación, espíritu militar y entusiasmo nada dejan de deseñar. Y en la situación presente, ¿qué otro arbitrio nos queda sino entregarnos a la Providencia y resolernos a vencer o morir?” Exponía luego las razones que tornaban desaconsejable una retirada: “¿Sería de nuestro honor y conveniencia dar un paso atrás? ¿Dejaríamos de ser perseguidos si el enemigo trae

resolución de atacarnos con más ventaja ya en la marcha, ya perdida nuestra opinión y amilanado el ejército por un retrógrado?” Mientras Goyeneche no le ordenara otra cosa, Tristán prefería sepultarse en Salta con honor. Así lo había jurado con su tropa.

Cuando leo esta carta, cuya copia rescatada al enemigo tengo a la vista, no deja de sorprenderme la semejanza de algunas palabras de Tristán con las que dirigí a Buenos Aires antes de la batalla del Tucumán. Aunque menos desventajosa, su situación era comparable a la mía cuando, perseguido, la retirada también se me presentaba más riesgosa que la batalla misma. Si bien las tropas realistas estaban desmoralizadas, pese a sus afirmaciones en contrario, Tristán se fiaba de las ventajas de su posición. Nuestro ejército debía atacarlo por el Portezuelo, donde el camino forma una lomada a medida que se acerca a Salta: los viajeros que se dirigen a esta ciudad sin conocerla suben penosamente la cuesta hasta que, una vez en lo alto, ven surgir repentinamente, a sus pies, el inesperado caserío. Tristán fortificó este acceso e instaló sus piezas de artillería en puntos desde los cuales podría descargar un fuerte fuego sobre nuestra línea, la cual, obligada a desplegarse en terrenos más bajos, daría fácil blanco a los proyectiles. Mi principal preocupación era, justamente, cómo llegar sin descalabro al umbral de Salta; cómo eludir la trampa del Portezuelo.

A mediados de febrero llegaron a Salta informaciones preocupantes para mi adversario. Un puñado de fugitivos entró a galope en la plaza para anunciarle que su avanzada, situada en Cobos, había sido atacada por sorpresa y dispersada, dejando en el campo algunos muertos y prisioneros. Aturdido por la noticia, Tristán quiso saber si los atacantes eran una partida suelta o un destacamento. Pero aquellos fugitivos habían abandonado su puesto con tanta precipitación que ninguno le supo responder.

Como luego averigüé por conversaciones que tuve con Tristán, él no quería admitir que ya tuviera sobre sí al Ejército patriota, cuya marcha, en medio de lluvias torrenciales, no podía haber sido tan veloz. Ignoraba que el ataque a Cobos lo había efectuado nuestra vanguardia, y que detrás avanzaba el grueso de nuestras fuerzas. No obstante, mandó acelerar los trabajos en el Portezuelo, reconoció el terreno, tomó sus notas y formó su plan de batalla, extremando la vigilancia de la ruta que suponía habíamos de traer nosotros.

Me confesó más tarde sus esperanzas de defenderse con éxito. Nos rechazaría a puro fuego de cañón, para luego salir en nuestra caza y terminar de

batirnos cuando nos dispersáramos. En todo caso, como él mismo decía, no quedándole más partido que la ignominia y la muerte, le era forzoso vencer.

El 13 de febrero nuestro Ejército había reanudado su avance bajo un cielo destemplado y abundantes lluvias.

A marchas forzadas, chapoteando en el barro, deteniéndose a empujar las carretas atascadas, mis hombres sufrían sin chistar el terco diluvio. El camino se hacía intransitable. Demandaba grandes esfuerzos cruzar los cursos de agua que por todas partes se habían abierto, o los engorrosos lodazales. No había oficial o individuo de tropa que no llevase al cuello su escapulario, protegiéndolo como podían de las aguas junto con sus armas y municiones. Pese a lo adverso del tiempo, la moral no decaía y la marcha progresaba tenazmente. Atravesamos la Ciénaga; nos dirigimos a Cabeza de Buey faldeando las primeras elevaciones, cuyas laderas ofrecían un vivo verdor a consecuencia de la lluvia; dejamos a nuestra izquierda el relieve montañoso, y, sin descansar, arribamos a Cobos, el punto que nuestra vanguardia había arrebatado a las avanzadas realistas.

Un cielo negro y embozado descargaba un terrible aguacero; nada se podía ver, aún a pocos pasos; un fango pegajoso cubría la huella; los soldados, con vacilante pie, se abrían paso a través de la densa cortina de agua; las cincuenta enlodadas carretas que constituían nuestro parque, y las doce piezas de nuestra artillería tornaban más fatigoso el andar. Yo avanzaba no menos duramente, quebrantada la salud por el mal tiempo y las preocupaciones. Reunido con la vanguardia y anoticiado de la fuga enemiga de Cobos, que recién entonces supe, dispuse continuar la marcha por el valle de la Ramada. Los contornos serranos aparecían difusos tras la veladura de la lluvia, y el arroyo que corría por el centro del valle estaba muy crecido, añadiendo un obstáculo a las operaciones. La vegetación era densa; no se oía otro sonido fuera del bravío arroyo y de la lluvia, que azotaba suelo, hojas y hombres sin compasión.

Llegados a Punta del Ojo de Agua, dimos comienzo a una maniobra estratégica de que me prometía el mejor resultado. Existe allí una bifurcación. Por el camino de la izquierda envié a nuestra vanguardia, rumbo a Las Higuierillas, en la entrada del Portezuelo, mientras que con el grueso del Ejército tomaba yo el camino de la derecha, que conduce a un espejo de agua llamado

La Lagunilla. Allí acampamos, a tres leguas de Salta, sin que el enemigo se hubiese percatado de nosotros.

Todas mis preocupaciones giraban alrededor del Portezuelo y el fuego de artillería que nos abriría el enemigo. Este era el problema capital de la campaña, pues no veía el modo de no ser batido a cañonazos. Pero una circunstancia fortuita, de esas con que la Providencia suele auxiliarnos, había venido a darme la solución.

El capitán José Apolinario Saravia, a quien apodaban “chocolate”, era, como dije, salteño. Quiso Dios que este oficial poseyera una chacra situada al norte de Salta, a mano derecha del camino a Jujuy, junto al campo de Castañares: amena pradera que limita la ciudad por el norte. Debido a la ubicación de su hacienda, Saravia conocía la existencia de una senda oculta que, partiendo de La Lagunilla, se internaba por una angosta quebrada, conocida con el nombre de Chachapoya, para desembocar en las tierras de su propiedad. Habiendo comunicado estas informaciones a sus superiores, llegaron a mí, y al instante lo hice comparecer.

“¿Cree Ud. que puede pasar por allí un Ejército?”.

“Sí, mi general, no le quepa duda”.

“¿Aún con lluvias?”.

“Con lluvias también, mi general, salvo que sea el Diluvio”.

Fue con tales las noticias que concebí un plan totalmente nuevo. La senda de Chachapoya resultaba providencial. Siendo su existencia desconocida para el común, también debía serlo para el jefe enemigo.

Mi plan tenía el acierto de la audacia, de la que siempre cabe esperar los mayores frutos, así en la milicia como en la vida. Al enviar por el Portezuelo a nuestra vanguardia, engañaría a Tristán con un ataque simulado. Mientras él se preparaba para rechazarnos en ese punto, el grueso de mis tropas emprendería el camino de Chachapoyas, dejando la ciudad a nuestra izquierda, oculta tras un cerro. Si las condiciones nos favorecían y el camino era practicable, en pocas horas habríamos aparecido en el Campo de Castañares, al Norte de la ciudad. De esta manera el enemigo era sorprendido por su retaguardia, interrumpíamos sus comunicaciones con Jujuy y le cortábamos la retirada. Mi exaltación llegó al extremo de imaginar que tomábamos de sorpresa la ciudad por el norte, derrotando al enemigo sin batalla.

Con esta atrevida concepción, instruí a mi vanguardia que distrajera a los realistas en el Portezuelo y luego se replegara por Chachapoyas, para unirse a nosotros.

La guerra tiene ominosos recodos. En Tucumán, Tristán había querido sorprenderme con una maniobra equivalente: un ataque simulado y una marcha estratégica cortando nuestra retirada. Ahora era yo quien lo hacía. Sería un magnífico desquite. ¡Ojalá mi Ejército no corriera en Salta la misma triste suerte que en Tucumán el enemigo!

Mandé reconocer la Quebrada. Las horas que tardó la partida en volver fueron de terrible tensión. Si el camino no era practicable, el plan se desmoronaba. En esa espera se agudizaron mis dolores de estómago. El doctor Redhead, agregado como cirujano militar, temió una úlcera. Pero cuando el Jefe de Estado Mayor volvió, leí en su rostro las buenas noticias:

“No es camino llano, aunque tampoco imposible”, dijo.

Suspiré. Tras cambiar algunas opiniones, di orden de avanzar. Nuestra combinación daba buen principio. Yo rogaba al Señor, tutor invariable de las causas justas, que nos preparara un desenlace no menos afortunado.

Lluvia y más lluvia; oscuridad que todo lo iba envolviendo; el cielo siniestro y encapotado, ásperos y silenciosos los montes, negro y fatídico el crepúsculo que ya caía sobre nosotros. El Ejército era una larga fila de hombres exhaustos, calados hasta los huesos. Quienes marchaban detrás apenas veían a sus predecesores, porque el velo de la lluvia esfuminaba sus agobiadas figuras. A izquierda y derecha, cerros altos, sombríos, adustos, vestidos de selva, cuyas dudosas cumbres no llegaban a distinguirse. Y a cada instante el retumbar del trueno.

Una y otra vez paraba la caravana. Cincuenta carruajes y doce piezas de artillería no eran cómoda carga en esa agreste senda: las ruedas se enterraban y había que empujar, haciendo esfuerzos casi imposibles para hombres que desde muchos días no conocían el descanso: era preciso rellenar con piedras y paladas los profundos tajos causados por los torrentes, para que pasaran las carretas. La lluvia tan pronto arreciaba como prometía escampar. En las

fugaces treguas, parecía maravilloso no oír el sempiterno ruido del agua; pero enseguida volvía a tronar, y arreciaban el diluvio y las penalidades.

Yo miraba con aprensión la fatiga de los hombres, temiendo que mi plan exigiera un empeño excedentes a sus fuerzas. Con tanta dificultad, jamás completáramos la maniobra. Cada carreta empantanada, cada torrente que se descolgaba cerrando el paso, eran otros tantos sobresaltos. Me preguntaba si esa ruta no sería un atolladero, y si para evitar una trampa no habríamos caído en otra. ¿Qué pasaría si Tristán, advertido de nuestros movimientos, iba a esperarnos al final de la quebrada? No habría escapatoria. Y mientras esto pensaba, la lluvia no dejaba de caer, ni de empeorarse mi salud. Vomité sangre. Me sentía muy enfermo, suplicando poder seguir un trecho, unas horas más, un par de días más, que ya tendría luego ocasión de restablecerme.

A nuestra izquierda, las espaldas del cerro ocultaban la ciudad, y a nosotros de ella. Llamé a Saravia para preguntarle cuánto faltaba y si el camino mejoraba o no.

“Ya falta poco –replicó Saravia con vivo optimismo– Antes de que la noche termine de cerrarse, estamos en mi hacienda”.

Pero la noche cayó, y aún no había noticias del campo abierto. Mi impaciencia crecía.

De pronto alguien avisó que ya estábamos cerca. Hacia el norte el estrecho paso parecía abrirse, distinguiéndose los perfiles de las montañas contra el cielo oscurecido. Un amplio llano sombrío se extendía más allá. Me tomé un descanso mientras mis hombres pasaban ante mí, desembocando por fin en Castañares.

En un potrero rodeado de pircas establecimos campamento. No necesité que nadie me señalara el agotamiento de mis hombres. Aunque faltaba una legua escasa para arribar a Salta, supe que debíamos renunciar a tomarla por sorpresa. Los hombres necesitaban reponerse, secar sus ropas, limpiar sus armas y recorrer sus municiones. Con pesar vi que la oportunidad nos rehuía: una acampada allí podía significar que Tristán, apercebido, saliera a cerrarnos el camino a Salta. Y sin embargo, ese último esfuerzo era algo que no podía yo exigir a mis soldados. La parte principal de mi plan estaba cumplida: había cambiado el campo de batalla, eludiendo el Portezuelo y ganando una posición más favorable; la retirada del enemigo quedaba cortada y frustrados sus planes

de defensa. Y aún quería ilusionarme pensando que la toma incruenta de la plaza no era imposible.

Relajándome lo mejor que pude, quise pasar la noche más serenamente. Las horas transcurrieron con lentitud. Nada sabíamos del campo realista, pues nuestra vanguardia no se nos había incorporado.

Por fin se oyeron rumores en la oscuridad. La vanguardia llegaba, luego de intercambiar algunos tiros y guerrillas en el Portezuelo. Por boca de su jefe supe que, hasta el momento de replegarse, el enemigo seguía apostado en el Portezuelo sin la menor sospecha de nada.

El 19 de febrero amaneció tan lluvioso, melancólico y gris como los días precedentes.

Tristán estaba sobre ascuas: el amago de nuestra vanguardia le había hecho suponer que esa mañana nos tendría frente a sí en el Portezuelo, y mandó formar en aquel punto, que tan bien estudiado tenía. Cuál no sería su desconcierto a medida que las primeras claridades le revelaban el camino despejado y solitario.

Fue entonces que vinieron a traerle el parte. Nuestro Ejército estaba al norte, en el Campo de Castañares. ¿Cómo era posible, si entre el camino de Tucumán y el Campo de Castañares mediaba un cordón de sierras?

“¡Sólo que fuesen pájaros!”, exclamó. Fue a comprobarlo en persona al cerro de San Bernardo. Desde allí pudo divisar nuestro campamento, en una pequeña chacra a sus pies. Sus comunicaciones con Jujuy quedaban cortadas, y en caso de adversidad no podría retirarse, debiendo rendirse o perecer. Lo que él había intentado hacer en Tucumán lo estaba sufriendo ahora en Salta.

Tras breve consejo, mandó contramarchar, situando a sus hombres al pie del San Bernardo, para cubrir la ciudad dando su frente al norte. Así quedaban frustradas mis esperanzas de entrar en ella por sorpresa.

Aclaró. La lluvia seguía cayendo y mis hombres no conseguían reponerse del esfuerzo del día anterior. Resuelto a una batalla que era ya inevitable, a eso de las once de la mañana ordené levantar campamento y marchar a Salta por la llanura de Castañares, que bajo la lluvia presentaba un pálido y nebuloso verdor. Los hombres avanzaban con pesadez, imprimiendo sus huellas sobre

la tierna hierba. Puesto que Castañares hacía un suave declive, pude yo, desde aquella altura, descubrir al Ejército enemigo, cuyas líneas se hallaban ya tendidas con precipitación al norte de un zanjón que cercaba la ciudad, con parte de sus fuerzas apoyadas en el cerro.

Recorrí con la vista el terreno. Al Sur, tras las líneas enemigas, se elevaban las torres de algunas iglesias o conventos; al Norte el camino a Jujuy se perdía a nuestras espaldas tras un telón de lluvias; al Este la ladera del San Bernardo, cubierta de vegetación, limitaba el Campo de Castañares, que se extendía a sus pies; al Oeste, indecisas por lo turbio de la atmósfera, las alturas de San Lorenzo cerraban el marco de ese escenario crucial. Entre ambos ejércitos veía yo la húmeda planicie, sin accidentes, que acaso en pocas horas más habría de mostrar un aspecto menos inocente.

Quien no ha estado en una batalla ignora hasta qué punto de minuciosa fidelidad quedan grabadas en la memoria las más pequeñas impresiones: las peculiaridades más insignificantes del campo de batalla, los sucesos menos trascendentes, los rostros, las actitudes, lo grande y lo ínfimo, los estruendos de una descarga y las conversaciones banales. Detalles que uno creería olvidados vuelven a surgir en el tiempo con una nitidez pasmosa, aclarando algún aspecto que se presentaba confusamente al recuerdo, o completando una visión hasta entonces fragmentaria. Cierro hoy los ojos y puedo ver ante mí el llano de Castañares con el lujo de pormenores que sólo puede dar lo muy familiar y conocido; y sin embargo no estuve allí más horas que las que precedieron u ocuparon las alternativas de aquella acción inolvidable: tal es la fuerza con que se imprimen en nosotros los grandes hechos.

Nuestros hombres desplegaron en batalla. La formación era en cinco columnas paralelas de infantería, en línea de masas, con ocho piezas de artillería a retaguardia; la caballería, como en Tucumán, formaba en dos alas a ambos flancos de la infantería. Como reserva, dispuse una columna de las tres armas, incluyendo los cuatro cañones restantes.

Los realistas, 3.500 hombres, formaban en dos líneas. Tres batallones de Infantería, apoyando su flanco derecho en el cerro de San Bernardo, con una columna ligera de doscientos hombres que destacó Tristán por las fragosidades de ese cerro para amagar nuestra izquierda, y un cuerpo de 500 jinetes sobre el ala izquierda, formaban la primera línea. Al frente de ella situó Tristán las

diez piezas de su artillería. La segunda línea la formaban dos batallones en columna a distancia de despliegue. Un poco más atrás, la reserva y el parque.

Con mayores conocimientos veo hoy, al recordar, que nuestra posición tenía debilidades entonces inadvertidas para mí. La artillería, por ejemplo, el enemigo la tenía concentrada, multiplicando su poder de fuego, mientras que yo había mandado dividir la mía, intercalada con la infantería, siguiendo el ejemplo del barón de Hølemberg. La columna ligera que Tristán había puesto en la ladera del cerro era un acierto, según se demostró, pues resultaba inatacable y podía inferir, como infirió, severos daños en nuestro flanco izquierdo. No hallé manera de neutralizar esta desventaja. El enemigo había apoyado firme y seguramente su flanco derecho en el cerro, y eso le permitía reforzar sin peligro su flanco izquierdo, que era el más débil, lo que hizo mandando hacia aquel costado sus quinientos hombres de caballería, sin dividirlos. Era también un acierto de Tristán, pues sólo allí se presentaba un terreno llano, propicio para esa arma. En cambio, yo dividí nuestra caballería en dos alas, desaprovechando la ventaja numérica, pues luego se vio que el ala izquierda no podía maniobrar en la ladera del cerro.

Fácil es criticar nuestras resoluciones una vez que la batalla ha pasado, después de ver el juego de las distintas fuerzas; dónde faltó y dónde sobró; qué punto estaba firme y cuál debió ser reforzado. Lo difícil es prever todo esto antes de la voz de ataque. Es allí donde se revela la capacidad de un militar. Yo nunca he pasado de ser uno mediocre, aunque la fortuna me haya sonreído a veces.

Pienso que Tristán conocía sus ventajas, aunque adivinaba también que no eran decisivas, pues nunca demostró otra cosa que el deseo de defenderse. Nuestra marcha estratégica lo había descolocado, y el Campo de Castañares nos favorecía, tanto por su declive como por el efecto moral que significaba para los realistas el hallarnos donde menos nos esperaban.

Por mi parte, pasé todo el tiempo anterior a la batalla midiendo y sopesando, consultando y dando directivas, observando y haciendo estimaciones, con una meticulosidad obsesiva, como nunca hice en otros casos. Temía cualquier falla, cualquier imprudencia que nos perdiera luego de haber hecho una marcha tan feliz, echando por tierra la victoria del Tucumán.

Las tropas de ambos bandos permanecían en sus lugares, inmóviles, expectantes. Todo era quietud, con excepción de algunas breves guerrillas, tiros

aislados y las provocaciones e insultos que se intercambiaban a la distancia las guardias avanzadas de una y otra fuerza. Por el momento toda la acción se reducía a ese inocuo comercio de insultos y balazos; pero era claro, por las expresiones reconcentradas de los hombres, que el desenlace se acercaba. El agua seguía cayendo, tenue, obstinada.

Hora tras hora transcurrió de este modo. No me decidía yo a ordenar el ataque, ni Tristán a otra cosa que a esperar. Continuaron las lluvias, las tropas inmóviles, las miradas torvas a través de la distancia gris; cayó el ocaso, triste y adusto; y mientras se pronunciaba la sombra, dispuse yo replegar las guardias, que todavía se empeñaban en tirotarse con las del enemigo. Nuestro frente quedó cubierto por las líneas de avanzadas, en espera de la noche, que llegaba tan veloz y densa como escasa y mortecina había sido la luz del día. Por temor a un ataque nocturno sobre alguna de las columnas que habíamos desplegado, mandé concentrar en masa sobre el centro.

El día 19, en que yo había calculado poder entrar a la Ciudad, llegaba a su fin sin que el objetivo se hubiera alcanzado.

Por la noche el agua fue abundantísima. Al recorrer mis fuerzas vi a los hombres inclinados bajo la lluvia interminable, acariciando con devoción sus escapularios, guardando armas y municiones con un cuidado extremo, prefiriéndolas a sí mismos, sufriendo el mojarse y estar a toda intemperie antes que permitir se inutilizasen los medios de ofender a los tiranos. Muchos labios murmuraban oraciones a la Virgen. Todo era tinieblas; sólo allá adelante se veían titilar, como pálidas estrellas, las humedecidas fogatas del campo enemigo, donde se calentaban hombres igualmente acosados por la lluvia, destinados a ser víctimas o matadores de los nuestros.

Mi salud me atormentaba. En vano pedí al Dr. Redhead algún alivio. Una aguda punzada en el estómago me hacía rogar a Dios no verme privado de asistir a la batalla, por el adverso efecto que tendría mi ausencia sobre la moral de las tropas. Preciso es comprender la susceptibilidad que invade a quienes van al encuentro de la muerte: los temores supersticiosos, la búsqueda de augurios y señales del destino. El Dr. Redhead diagnosticó una úlcera, producto del estado de irritación nerviosa de los últimos meses.

Contemplando a mis hombres dispuestos a todos los sacrificios, me admiré, como en tantas otras ocasiones, del poder de la voluntad, la fuerza de una idea, que lleva a los individuos a ofrecerse en holocausto; pero enseguida,

al meditar que muchos de ellos estaban ya condenados sin saberlo, fatalmente señalados para morir en pocas horas, la primitiva emoción fue reemplazada por un sentimiento de horror y vacuidad. Habían nacido, sufrido y amado, transitando los rudos caminos de la vida; eran sagrados como manifestación de la grandeza divina; y hasta el último de ellos, el más miserable y ruin, participaba, por su condición de hombre, de la Divinidad. Tenían ojos que se habían maravillado ante el espectáculo del mundo; manos que habían producido objetos que acaso las sobrevivirían; corazones capaces de fe y de temor. En cada uno de ellos había puesto Dios la luz del alma. El que estuviesen ahora allí era consecuencia de una larga cadena de azares, esfuerzos, penalidades, íntimos designios, años lentamente transcurridos; y sin embargo, sólo Dios sabía cuántos de esos hombres habrían de yacer en poco tiempo más sobre el campo impasible, derrocados de la vida, con todos sus sueños y esperanzas, y el prodigioso aparato de sus recuerdos, apagados para siempre. ¿Para qué habían vivido? ¿Para morir allí? Quien ha contemplado los despojos de una batalla sabe cuánto hay en ellos de triste y absurdo: caricaturas de seres a los que se arrebató la llama de la Divinidad. Y entonces yo, perseguido por estas punzantes ideas, me preguntaba qué razón profunda había en nuestra guerra, y si no era una soberbia criminal la que nos llevaba a nosotros, sus conductores, a suponer que existiese algo –un ideal, una doctrina, un principio– superior a la vida misma y digno de su sacrificio. Y la conciencia de mi responsabilidad se hacía tan mortificante, que se desvanecían frente a ella hasta los mismos padecimientos físicos.

20 DE FEBRERO DE 1813

Pasó la noche; llegó el amanecer, mórbido, gris, vestido de llovizna. Las tropas se reanimaron a la primera claridad. Cuando paró el agua, los soldados aprovecharon para secarse y tomar un ligero desayuno. El enemigo permanecía en las posiciones de la víspera; sus fuegos, encendidos.

Por la noche mis padecimientos se habían agravado. Al rayar el alba, un violento espasmo me hizo vomitar sangre. El Dr. Redhead acudió en mi auxilio sigilosamente, para evitar las zozobras de la tropa; pero la noticia circuló a despecho de las precauciones, y bien pronto se dijo que yo no podía tenerme en pie. Imposibilitado de montar, mandé se me preparase una carretilla tirada por caballos, para trasladarme rápidamente de un punto a otro del campo. Estos incidentes sólo sirvieron para avivar malos presentimientos. El soldado deposita una fe ciega en los arbitrios de su General, pues, buenos o malos, de ellos depende su vida; y si esa fe se quiebra, la batalla estará perdida antes del primer disparo.

Según avanzaba el día, la situación empezó a mejorar. Un viento arreó las nubes, y el azul cielo salteño pudo columbrarse a través de los jirones de la tempestad. La hierba se tornó lujosa al brillo del sol. Los temores, aventados por la creciente excitación de la batalla, empezaban a disiparse. Yo sentía mejorar mi salud, y cuando estuve lo bastante repuesto, me dejé ver a lomos de mi caballo.

Se dividía nuestra infantería, de derecha a izquierda, en cinco columnas, que eran: la primera, el Batallón de Cazadores, al mando de Manuel Dorrego; la segunda, el Batallón de Pardos y Morenos, a las órdenes del comandante Superi; la tercera y la cuarta, los Batallones 1 y 2 del Regimiento Nro. 6, el más numeroso del Ejército, mandados respectivamente por el teniente coronel Francisco Pico y por el sargento mayor Carlos Forest; y la quinta, el Batallón Nro. 6, mandado por el teniente coronel Benito Álvarez. El ala derecha de la caballería era el Escuadrón Nro. 3 de Dragones, a las órdenes del recientemente-

te ascendido teniente coronel Cornelio Zelaya; el ala izquierda, el Escuadrón Nro. 2 de Dragones a las del capitán Antonino Rodríguez. La reserva de infantería era el Regimiento Nro. 1 del teniente coronel Gregorio Perdriel; la reserva de la caballería la formaban los otros dos escuadrones de Dragones, al mando del sargento mayor Diego González Balcarce el uno, y del capitán Arévalo el otro. En cuanto a la artillería, estaba dividida en tres fracciones dirigidas por Antonio Giles, Pedro Luna y Francisco Villanueva, y una más de reserva a cargo de Benito Martínez y José María Paz.

Había yo dividido el mando de las maniobras, confiando la derecha a Díaz Vélez, y la izquierda al coronel Martín Rodríguez, que acababa de incorporarse al Ejército mandado por Buenos Aires. Yo, por mi parte, me había situado con la reserva, portando el pabellón celeste y blanco, que recibiría su bautismo de fuego.

Así comenzamos a avanzar pasadas las diez de la mañana. La idea original era hacerlo en línea de masas hasta la distancia de medio tiro de cañón, y allí desplegar en batalla todas las columnas de la primera línea, conservando solamente la reserva su formación. Entonces entrarían a jugar las columnas de ambos flancos, apoyadas por sus respectivas caballerías. Un solo temor abrigaba yo, y era que, siendo precaria la disciplina de mis hombres, un fuego enérgico y bien dirigido de la artillería enemiga, en el momento de desplegar nosotros en batalla, pudiese quebrantar el orden de nuestras líneas y provocar una desbandada. Según nos acercábamos al punto determinado para el despliegue, este temor se hacía más acuciante.

Es preciso ser tan inexperto general como lo era yo entonces para sufrir estas agonías; y ha de tener mucha temeridad o necesidad el que espere de hombres bisoños en su mayor parte la realización de movimientos riesgosos en el momento crucial de un ataque, pero yo lo fiaba todo del entusiasmo, ya que no de la instrucción. Contra lo que yo temía, Tristán dejó pasar la oportunidad sin abrir fuego, permitiendo a mis soldados hacer el despliegue en orden.

Eran cerca de las once y la batalla comenzaba realmente. Nuestras tropas desplegadas continuaban avanzando cuando el enemigo rompió fuego de fusilería, con poderoso estruendo. El humo cubrió el campo; los heridos empezaron a caer de un extremo al otro de nuestra línea. El Ejército entero vaciló azotado. Los fusiles enemigos volvieron a descargar; nuevos hombres cayeron. Corrí a la derecha, y ordené a Dorrego avanzar, con dos compañías de

cazadores apoyadas por la caballería de Zelaya, contra la izquierda enemiga. En el otro flanco la columna ligera que Tristán había apostado en las faldas del cerro San Bernardo sostenía un nutrido fuego de fusil en diagonal sobre nuestra izquierda, causando serias bajas. Nuestra caballería de ese costado quedó reducida a la impotencia por la naturaleza del terreno, mientras sus camaradas de la infantería seguían padeciendo bajo las infalibles descargas que llegaban desde el cerro. Corrí hacia allí, buscando neutralizar, con alguna disposición desesperada, las ventajas de la posición enemiga. El fragor de los disparos ya era terrible, y el humo se adensaba.

De extremo a extremo, el ataque comenzó mal. Un espectador imparcial habría apostado a nuestra derrota. La izquierda flaqueaba; la derecha, llevada por Dorrego, abría una fallida ofensiva, chocando contra el punto más sólido del enemigo. Tristán había puesto toda su caballería en refuerzo de ese flanco; los cazadores de Dorrego ni podían dispersarse en tiradores por la corta distancia, ni atacar en masa por su inferioridad numérica, y ya el enemigo contraatacaba para destruirlos.

Fue debido a un oportuno golpe de vista de Díaz Vélez que la caballería de Zelaya, frente al peligro en que se encontraba Dorrego, se adelantó a protegerlo. Pero al cabalgar por delante de la línea patriota, que aún no había abierto el fuego, Díaz Vélez recibió en el muslo un disparo aislado, proveniente de algún fusil de sus propias tropas. Inútiles resultaron sus esfuerzos por mantenerse a caballo: la sangre manaba abundante, y debió retirarse de la acción. Perdí así a mi principal lugarteniente.

Con la derecha rechazada, con la izquierda hostilizada desde el cerro, herido mi segundo, indispuerto yo, y atravesando todos una verdadera hora negra, la suerte parecía querer traicionarnos a las puertas de Salta, y la Providencia, abandonarnos cruelmente a los tiranos.

Sin haber hallado el medio de ahogar el fuego enemigo en las faldas del cerro, que tanto daño nos infligía, se me imponía regresar al otro costado. Llamé a una sección de la reserva, a las órdenes de Álvarez, encargándole atacar la columna ligera enemiga y desalojarla como fuese de aquellas alturas, y me dirigí a todo galope a la derecha, para ver qué había sido del ataque de Dorrego.

Tal vez la justicia reclama que exprese aquí hasta qué punto llegaba mi confianza en ese oficial, a quien tanto había distinguido en el pasado y de quien me separarían crueles rencores en el futuro. Dorrego era uno de los mejores hombres del Ejército, y acaso lo aguarden altos destinos si consigue triunfar de sus impulsos; pues la naturaleza humana es tal que vemos en un mismo individuo las mayores galas de valor conviviendo con los peores defectos de arrogancia. Llegado al costado derecho e informado del fracaso del ataque, así como de la herida de Díaz Vélez, vi que la batalla se perdía. Me acerqué a Dorrego.

“Comandante –le dije–: avance Ud., y llévase por delante al enemigo. Pero no intercepte los fuegos de nuestra artillería”.

Dorrego asintió. En aquel momento, de buena gana le habría perdonado todos los sinsabores que me había hecho sufrir, pues su animado y resuelto semblante me devolvió la fe.

Para apoyar su avance, dispuse que la caballería de Zelaya lo secundara, mientras la artillería lo sostenía y le preparaba el camino. Dorrego se volvió a sus subordinados con una enérgica expresión, y así advertidos, los llevó a cumplir mi orden.

Los cañones tronaron, y la tierra saltó descuajada. La derecha enemiga trepidó, mientras los proyectiles caían a sus pies. Acompañado por los Dragones de Zelaya, con el fuego de nuestra artillería a sus espaldas, Dorrego recuperó terreno palmo a palmo, internándose en lo más turbio del fuego, entre el humo y el zumbido de las balas. Vi la figura de Dorrego destacarse en la confusión, encendiendo en todos el deseo de emularlo. No exageran los poetas, no miente Homero en sus crónicas; el valor de unos pocos puede dar vuelta una batalla, y con diez como Dorrego hubiese llegado yo hasta Lima, pese a todas mis limitaciones. Nunca sentí más perder a un oficial que cuando luego debí expulsarlo.

No menos meritoria fue la actuación de Zelaya y sus jinetes, que, desplazándose con agilidad, concurrían eficazmente al ataque. Toda el ala izquierda del enemigo flaqueó, sintió la conmoción y empezó a desorganizarse. Era otra vez la escena de Tucumán, cuando la izquierda realista, anonadada, había dejado el campo libre a las operaciones de los patriotas. El terror a nuestra caballería calaba hondo en el enemigo. Al fin, como un muro que se resquebraja a golpes de maza, la izquierda enemiga terminó por derrumbarse; pero

nuestra derecha no dejó por eso de perseguirla en su fuga, sembrando su paso de cadáveres.

Los fugitivos, en desbandada, buscaron protección en la ciudad, abandonando a los heridos.

Creo que fue allí que Tristán tomó nota de su situación. Le era imperioso frenar a nuestra derecha antes de que pudiera ganarle la retaguardia como en Tucumán. Viendo que sus columnas se conservaban intactas, y que su costado derecho, en el cerro, provocaba grandes bajas en nuestras filas, ordenó cubrir el claro dejado por los fugitivos con su segunda línea.

Con esta oportuna orden quedó restablecida la paridad. El fuego se hizo general. El centro realista estaba sólido y su artillería nos castigaba. Los batallones Real de Lima y Paucartambo se sostenían con resolución. La batalla había alcanzado ese momento en que un equilibrio inestable parece reinar sobre los combatientes, y las ventajas obtenidas en un punto son contrarrestadas por las pérdidas sufridas en otro. La impresión que domina entonces a los jefes –no digo los soldados, pues estos no pueden ver sino el peligro frente a sus ojos– es que la lucha se sostendrá indefinida si ninguna de las partes flaquea. El tiempo parece dilatarse; una indescriptible tensión crispera los nervios, y el general ruega porque se resuelva la acción de una vez por todas, a favor o en contra, pero que se resuelva. Preciso es tener pecho de hielo para sufrir ese momento eterno. Hasta el menos arrojado llega a comprender a aquellos jefes ilustres que no vacilaban en exponerse junto a sus hombres en un momento así, por más que la moderna ciencia militar desaconseje esos arrestos de furor.

No sé decir cuánto tiempo transcurrió de ese modo. El humo dificultaba la visión, y el trueno de las descargas dolía en los tímpanos. Y cuando más rogaba yo la protección de Dios, cuando mayor era mi ansiedad al ver que mis disposiciones holgaban, pero que cualquier descuido podía ser fatal, algo ocurrió.

Fue cosa de un instante. Fue como la balanza que, roto el equilibrio por un grano añadido al peso, comienza a oscilar. Todos lo percibimos. Algo, una sugestión –indefinible y leve como un presentimiento– se difundió en ambos campos. Y al segundo siguiente la batalla estaba resuelta.

Fue en nuestra derecha que el equilibrio se rompió. Imperceptible al comienzo, irrefrenable después. Los batallones de refresco enviados por Tristán empezaron a ceder, lo mismo que habían hecho sus predecesores fugitivos.

Dorrego y Zelaya seguían avanzando, y cuando nuestros Dragones amenazaron con ganar la retaguardia, el pánico dominó al enemigo. Aterrados por la posibilidad de que la caballería patriota los envolviera a sus espaldas como en Tucumán, los realistas de ese flanco terminaron por replegarse velozmente. En vano Tristán procuró detenerlos; en vano quiso cerrar la profunda brecha abierta en sus líneas: sus hombres fugaban, y los nuestros caían sobre ellos en prolija persecución.

¡Qué grave momento para un general cuando ve que sus tropas han sido sobrepasadas en un punto, y toda la línea queda expuesta! Hasta entonces había mantenido Tristán su centro con ventajas, su artillería contundente e inexpugnables las posiciones del cerro... Y en un santiamén todo se desorganizaba, todo se perdía, la desbandada iba haciéndose general hacia el interior de la plaza. Al romper su flanco izquierdo la infantería de Dorrego y la caballería de Zelaya, los realistas temieron ver cortada su retirada y empezaron a retroceder, lo que sólo sirvió para acelerar su destrucción, pues quebrantada la resistencia que oponían en el centro, las columnas de Superi y Forest, que por allí atacaban, cobraron nuevo vigor, ejerciendo una presión insoportable. Tristán contempló impotente cómo cedían sus fuerzas, con tanta precipitación que ni siquiera les fue posible salvar la artillería. Los batallones de Superi y Forest les arrebataron casi todos los cañones, una bandera y varias cajas de municiones, y los masacraron en su fuga.

Mientras los desbandados trataban de escapar a la muerte, penosas escenas tuvieron lugar. Cientos de heridos y muertos quedaron abandonados en el campo de batalla; otros, desesperados, caían a las aguas del pequeño arroyo Tagarete y perecían sin llegar a la otra orilla; el desastre realista era completo. La fuga de su centro había arrastrado también a la reserva, y su derecha, hasta entonces incólume, quedaría cortada y envuelta en poco tiempo más.

Medito hoy en la terrible suerte de Tristán. Derrotado en Tucumán, se había reorganizado para vengarse. Ahora todo lo perdía en minutos: la dignidad de su Ejército, la causa del Rey que defendía, su propio honor, la confianza de Goyeneche, la gloria anhelada, su carrera. Ya no habría una tercera oportunidad. Inútiles sus esfuerzos, frustradas sus disposiciones, ¡cómo habrá sentido tambalear el mundo bajo sus pies! ¡Cómo habrá deseado que todo aquello fuese un mal sueño, tras el que vendría el consolador despertar! Yo, el abogado, al frente de una banda de forajidos traidores a su monarca, derrotaba

por segunda vez a sus disciplinadas tropas coloniales; y él, don Pío Tristán y Moscoso, militar promisorio, que había combatido toda su vida y ganado su prestigio a fuerza de coraje, estaba acabado para siempre. Trago amargo, capaz de abatir al alma más firme. ¡Y qué ignorante yo de que el Todopoderoso me reservaba también a mí el trance de apurarlo un día!

En las faldas de San Bernardo continuaba la lucha. Los batallones enemigos Real de Lima y Paucartambo querían salvar el honor sin importarles la derrota de los otros cuerpos, y la columna ligera que Tristán había puesto en las alturas seguía siendo tan dañina como al comenzar la jornada. Diré aquí mi admiración por aquellos bravos, que pese a saberse perdidos, no dudaban en sacrificarse antes que izar la bandera de la rendición. Verían desde lo alto el campo vestido de muertos, y más allá la ciudad en la que entraban en fuga sus compañeros. Abandonados por su ejército, atrapados, sin posibilidad de retirarse, ellos seguían apuntando y abriendo fuego, como si nada terrible les hubiese sucedido.

Dueño del campo de batalla, acudí con la reserva en apoyo del ala izquierda, para abatir de una vez por todas al orgulloso enemigo del cerro. Los infantes concentraron sus fusiles en aquel grupo de hombres; dos piezas de artillería, dirigidas por José María Paz, hacían más demoledor el ataque. Durante largo rato, no hubo allí otra cosa que disparos y cañonazos. Mientras tanto, el resto de la lucha se había trasladado al interior de la ciudad.

Nuestros hombres avanzaban por los arrabales de Salta con sostenido empuje. El teniente de artillería Pedro Luna había hecho arrastrar las dos piezas a su cargo, para apoyar el triunfo. Las descargas de los fusiles atravesaban las calles impactando en las fachadas. Dorrego, Pico, Forest, Superi y Zelaya llevaban a sus tropas por las calles, parapetándose, corriendo, clavando rodilla en tierra, disparando sobre los enemigos que divisaban, ganando los umbrales para ponerse a cubierto, ocupando posiciones cuadra a cuadra en dirección a la plaza Mayor, donde se había fortificado Tristán detrás de unas grandes empalizadas. Hasta los Dragones echaron pie a tierra para avanzar con mayor ligereza. Con Díaz Vélez herido y yo en el campo de batalla, no había jefe que coordinara las operaciones, salvo los jefes particulares de cada cuerpo. Las tropas derrotadas eran todavía numerosas, y la fortificación de la plaza les permitía prolongar la resistencia. Pero la confusión y el pavor habían ganado

a nuestros enemigos, que sólo parecían buscar su salvación individual frente al desastre.

Referiré aquí cosas que solo supe más tarde, pues, de haberlas conocido, tal vez fueran distintas mis decisiones. A estas alturas, Tristán había perdido el último resto de su autoridad; sus hombres no lo escuchaban y se negaban a seguir combatiendo. Aquí un grupo de soldados ganaba un umbral donde esconderse temblorosos; allá las tropas se resguardaban tras un muro; unos imploraban les abrieran las puertas de las casas; otros iban a refugiarse en la Catedral.

Solo, abandonado, haciendo ademanes de desesperación, el general realista no hallaba respuesta. Aunque muchas y graves habían sido las pérdidas en batalla, quedaban en la plaza fuerzas suficientes para resistirnos; todo dependía de que lograra restablecer la disciplina y la confianza para llevar a sus hombres a las trincheras y las azoteas de los principales edificios, con el propósito de rechazar nuestro ataque. Tarde o temprano, sería vencido, por la fuerza o por la falta de víveres; pero, resistiendo, aún podía arrancarnos una capitulación honrosa. Con impotencia y rabia, Tristán ordenó a sus ayudantes hacer un último intento por reunir las fuerzas.

Allí fueron a la Iglesia Catedral en busca de los dispersos que se habían cobijado en ella. Informe y apretado grupo llenaba el atrio. Paisanos, mujeres y niños ocupaban los bancos desde la noche anterior, y a ellos se habían unido los soldados y oficiales fugitivos. Combatientes sucios de polvo y sangre, oficiales abrumados de vergüenza, beatas, mujeres llorosas, jovencitos con ojos de miedo: todos callaban y rezaban, todos oían los ruidos cada vez más próximos de tiroteos y refriegas trabadas en las calles. Profundo y terrible se hizo el silencio cuando el ayudante de Tristán entró y habló con voz premiosa, recordando a los guerreros su deber. El General los llamaba a la defensa de la plaza, el enemigo estaba sólo cuadra y media. Nadie respondió. Esos hombres creían ya inútil luchar; bajaban los ojos con bochorno o escondían su turbación bajo la postura del rezo.

Entonces, se adelantó una de las mujeres presentes, cuyo nombre, por extrañas razones, se conserva en mi memoria, tal vez debido a la impresión que me produjo esta anécdota cuando me la refirieron, pues siempre admiré el valor aunque se ponga al servicio de causas indignas. Se llamaba doña Pascuala Balvás: natural de Buenos Aires pero habitante de Salta, americana pero devota del Rey y de la Santa Iglesia, y convencida de que éramos unos despreciables bandidos que veníamos a ultrajar todo lo que ella tenía por sa-

grado. Creyendo esta valiente matrona que el Ejército de Tristán era la única valla contra la plaga de la Revolución, ella contribuía a su lucha con el arma que le estaba permitida por su condición de mujer: el rezo. ¡Cuántas Pascualas Balvás pululaban en aquellos territorios, avivando en sus maridos e hijos el odio a la Libertad!

El caso es que esta digna señora subió al púlpito desbordante de ira para instar a los soldados a salir en defensa de su bienamado Rey Fernando. “¡Volved al puesto de honor! –les decía– ¿O el enemigo de Dios entrará por estas calles sin que haya un hombre capaz de escarmentarlo? ¡Que vuestras madres no deban avergonzarse de haber parido cobardes!”.

Sus palabras vibraron en el silencio de la Catedral. Los soldados hundieron aún más sus cabezas, pero nadie se movió. En vano el insulto sucedió a la exhortación; en vano los llamó cobardes. Toda sombra de dignidad había desaparecido en ellos, y doña Pascuala maldijo su sexo, que le prohibía salir al combate para lavar la infamia. Con la cara enrojecida de rabia bajó del púlpito; se abrió paso a los empujones; tomó a uno de los soldados –apenas un muchacho– y lo zamarreó. Pero sólo pudo arrancarle una débil súplica. Y, como un niño al que regañan con exceso, el soldado rompió a llorar.

No me he detenido en estos detalles por regodearme con la aflicción de aquellos infelices. El coraje bélico es una cualidad excedente al individuo, sujeta a circunstancias exteriores, y cuando la enfermedad del terror ha hecho presa de un Ejército difícilmente se la pueda desterrar con discursos. ¡Ay del jefe que fíe su suerte al valor individual de sus hombres! Hasta el más osado depone su pecho ante el fracaso.

En el desorden de la plaza, mientras nuestras fuerzas la iban estrechando, había sin embargo un hombre decidido a todo, excepto a rendirse. Tras defeccionar de nuestras filas, Venancio Benavídez desplegó su proverbial coraje en el Ejército del Rey. Alto, macizo, con la constitución de un gigante, semejaba la encarnación de un dios marcial. Propagaba su arrojo, como otros su cobardía; y si era preciso retroceder, nunca lo hacía sin vender caro cada palmo. Pero ahora la adversidad lo había acorralado en la plaza de Salta; y mientras Tristán desesperaba de reunir a los suyos, Benavídez, el antiguo héroe de la Banda Septentrional, el traidor, lanzaba imprecaciones y juramentos, apostrofaba a los que huían, agitaba sus grandes brazos ávidos de lucha. En medio de esos hombres despavoridos, sólo el traidor se erguía con dignidad;

él, cuyo honor estaba perdido, pretendía salvar el de sus nuevos camaradas. Acaso comprendiera, en esa hora fatal, todo el daño que había ocasionado a su antigua causa. Quizás con súbita lucidez descubrió que la Revolución era algo más que una oportunidad para desahogos de hombres inquietos, y que triunfaría pese a todos los tropiezos, dislates, batallas perdidas y defecciones. Quiero pensar que una claridad postrera iluminó su alma, y que, como Judas, como tantos traidores que lo habían precedido y que lo sucederían, se enfrentó, en esos momentos de desastre, al insoportable espejo de su crimen. En efecto, ¿por qué, para qué combatía ahora? ¿Qué sentido tenía la bravura, cuando había extraviado el camino? ¿Y en dónde quedaba la gloria perseguida a través de los campos de batalla, si, una vez capturado, no sería más que un traidor expuesto al desprecio de sus antiguos camaradas? Más valía morir en la lucha; mil veces era preferible la muerte a ese infamante fin.

Loco, despechado, sin resignarse ni entender cómo todos huían en vez de disputar a sangre y fuego cada piedra de las calles, Venancio Benavidez gesticulaba inútilmente; su figura de titán se recortaba nítida y sola; y los que pasaban a su lado se desasían con prisa de aquellas manos que trataban de detenerlos, o fingían no oír sus insultos. Al fin, como un patético héroe de la ignominia, Benavidez avanzó hacia la calle por donde llegaban los nuestros; traspuso la empalizada y dejó atrás la seguridad de la plaza. Los fusiles patriotas descargaban allí lo más nutrido de su fuego. Con paso firme, lleno de magnífica altivez, sin dejar de gritarles y desafiarlos, el traidor salió a hacerles frente agitando sus brazos poderosos; y era tal la impresión que causaba su figura de atleta, de todos conocida, que, según supe después, nuestros soldados se detuvieron un instante. Alguien disparó al fin. Benavidez trastabilló sin dejar de maldecir, alzando un puño en postrera amenaza. Cayó de bruces, atravesada la frente, desfigurado el rostro por una mueca de odio que ni siquiera la muerte consiguió borrar.

Aún hoy veo aquella mueca terrible, que contemplé más tarde impresa en los despojos de quien fuera paladín de la Banda Septentrional. En homenaje al recuerdo de sus gloriosas hazañas anteriores, días después, cuando hallé a su hermano, también traidor, entre los prisioneros tomados al enemigo, cuidé bien que no se le hiciera ofensa alguna, y le proporcioné el dinero necesario para regresar a su tierra en libertad.

Tres horas hacía que duraba el fuego. Gran parte de la ciudad estaba ya en nuestro poder. En las calles yacían muchos muertos. Dentro de las casas, los aterrados vecinos se protegían de las balas ocultos bajo las camas o en bodegas y sótanos.

El templo de la Merced cayó en manos de soldados patriotas: era uno de los edificios importantes; el resto, situados en los alrededores de la plaza, habían sido ocupados por el enemigo. Para hacernos conocer la situación a los que aún estábamos en el campo de batalla —y que nada sabíamos de lo acontecido en el interior— enarbolaron en la torre del templo un sucio poncho celeste, propiedad del comandante Superi: único trapo que hallaron parecido a la bandera.

También en las afueras la lucha llegaba a su fin, vencida la heroica resistencia del enemigo en el cerro San Bernardo. Tan duro había sido nuestro fuego que uno de los cañones que dirigía el teniente Paz quedó inutilizado de tanto disparar. Los realistas, al verse perdidos y que su jefe no podría ya auxiliarlos, se rindieron al fin, no sin habernos admirado con su perseverante valor.

Volví grupas a la ciudad. Ya había pasado de mí el delirio de la batalla; y se enfriaba mi sangre. Poco a poco iba cobrando forma otra realidad diferente, más dolorosa que el espejismo de la lucha. La tierra frente a mi cabalgadura estaba tapizada de muerte; algunos heridos o mutilados gemían sin que nadie los socorriera. El campo arrasado, hecho un lodazal, los cuerpos yacentes, las armas caídas, los despojos, constituyen un espectáculo capaz de asquear al más insensible. Fácil sería desterrar los afanes bélicos de gobernantes y pueblos, si Dios revelara al corazón el prolijo sufrimiento humano que la mente sólo concibe como un sacrificio necesario. Al discurrir por aquel macabro museo, no podía sino preguntarme hasta cuándo seguiríamos el camino de la guerra, y cuántos aún sería fuerza que pudiesen antes de que la jornada tocara a su fin. Otra vez, como en Tucumán, cada muerto, cada herido me azotaba la conciencia. ¡Y no ha querido el destino que me librara de semejantes horrores, yo, que nunca ambicioné las cosas de la guerra, y que, sin embargo, debí correr tras ellas hasta el final de mis días!

“La victoria es nuestra”, dijo alguien cerca mío, señalando el poncho celeste en la torre de la Merced.

Nada respondí. En mi ignorancia de lo sucedido, pensaba que Tristán tenía elementos para resistirnos en la plaza. Yo no juzgaba prudente confiar

en nuestras ventajas hasta que no se hubiese disparado el último tiro. Mandé reunir las fuerzas y envié emisarios al interior de la Ciudad, a tomar noticias ciertas de boca de los oficiales que habían entrado.

Entretanto, solicitó mi atención un grupo de heridos que se arrastraban a cierta distancia. Eran realistas. Dispuse su inmediato auxilio en nuestro hospital de campaña, donde el Dr. Redhead asistía sin tregua a las víctimas.

En nuestras filas era general el entusiasmo y la confianza en el triunfo. Sólo yo, taciturno y reconcentrado, rehuía por el momento toda euforia.

Tristán deponía su última esperanza. Una escasa octava parte de sus hombres había respondido a su llamamiento; el resto nada querían saber de combatir. Improvisó un consejo de guerra reuniendo a los pocos jefes que permanecían con él. Su idea era intentar una capitulación antes de que nosotros, advertidos de su situación, intimáramos rendición incondicional. Nadie opinó de otro modo; la pesadumbre y el desaliento eran generales, y hasta el propio consejo de guerra impresionaba, según dijeron testigos, por el fúnebre aspecto de sus integrantes, cubiertos de barro, los uniformes en jirones y los semblantes sombríos. Si mis ojos hubieran podido contemplarlos tal como luego supe que se hallaban, no habría necesitado más para convencerme de la tremenda derrota que acabábamos de infligirles.

Tristán buscó entre sus oficiales aquel que conservara mayor entereza para enviarlo a nuestro campo como parlamentario. El elegido resultó el coronel La Hera. Enlodado de pies a cabeza, recuerdo que llevaba por todo uniforme un frac azul de paisano, sin más distintivo que los galoncitos que designaban su grado prendidos en la botamanga. Las instrucciones que recibió de su jefe consistían en parlamentar conmigo sin tardanza, proponiendo la retirada del Ejército realista hasta Tupiza, y que se garantizaran la seguridad de los habitantes y de las propiedades, y el respeto a las opiniones de los individuos. Vino a mi presencia con los ojos cubiertos, según ordené, para que no pudiera tomar nota de nuestra situación. Erguido, tieso, expectante, me dio la impresión de que el coronel aprovechaba el cobijo de las vendas para ocultar unas lágrimas de dolor y rabia que, rebelándose contra su circunspección, debió verter amargamente, pues al serle retiradas aquellas, no pude menos que observar lo enrojecido de sus ojos.

Mis hombres desmontaron a La Hera del caballo que lo traía y lo hicieron girar dando la espalda a nuestras tropas y de frente a mí. No conociéndome, preguntó con voz ahogada:

“¿Tengo el honor de hablar con el General Belgrano?”.

Asentí. No sin trabajo expuso el objeto de su misión. Mientras lo escuchaba, mi mirada no podía dejar de vagar por el campo de batalla.

“Diga Ud. a su general –respondí al cabo de un largo silencio reflexivo– que se despedaza mi corazón al ver derramar tanta sangre americana. Estoy pronto a otorgar una capitulación honrosa que ponga fin a esta matanza. Dígale que haga cesar inmediatamente el fuego en todos los puntos que ocupan sus tropas, como yo voy a mandar se haga en las mías, y arreglaremos los términos de la capitulación. Jamás puedo tener por gloria la efusión de sangre de mis hermanos”.

FEBRERO A ABRIL DE 1813

¡Con qué extraño séquito de emociones viene a mí, desde el pasado, la mañana lluviosa y gris del día siguiente a nuestra victoria! Todo lo ven mis pupilas como lo vieron entonces: un chaparrón descarga sobre el ensangrentado campo; el ejército victorioso permanece formado en las afueras de Salta, y yo, su General, grave y taciturno. Una compacta multitud aguarda en las inmediaciones, para asistir al momento en que abandone la plaza el que fuera altivo Ejército del Perú, caído y humillado ahora, dando cumplimiento a la capitulación de la víspera.

Hacia las nueve de la mañana los realistas comienzan a salir bajo la llovizna, y se los recibe según lo convenido: con honores de guerra.

Avanzan en columna, a tambor batiente y con banderas desplegadas, los jefes de los batallones a sus cabezas. A cierta distancia hacen alto. La multitud asiste en silencio a estos movimientos; no se oye más que el redoblar de los tambores y las escuetas órdenes de los oficiales: silencio terrible, que eriza la piel.

El ejército vencido, con sus banderas y estandartes mojados por la lluvia, hace desplegar el batallón que marcha el primero. Sus integrantes desfilan frente a nosotros entregando en mano, hombre por hombre, sus armas. Se quitan cartucheras y correajes, y los entregan; los tambores entregan sus cajas, los pífanos sus instrumentos, y el abanderado la real insignia que simboliza trescientos años de dominación. Así despojados, esos hombres se dirían desnudos, visibles en sus rostros las pasiones que los dominan: humillación, rabia, bochorno. Han perdido todo rigor marcial; se alejan confusamente, esforzándose por reprimir unas lágrimas que, pese a todo, corren por muchas mejillas.

Para abreviar el acto y la humillación, permito que los restantes batallones, luego de formar en batalla, abran filas y depongan sus armas en tierra todos al mismo tiempo, dejando encima de ellas cartuchera y correajes, pertrechos y municiones. Sólo los estandartes y banderas son entregados en mano.

Pronto yacen fusiles, espadas, carabinas, cañones, cajas, juegos de armas. La caballería echa pie a tierra para desarmarse; los artilleros abandonan sus piezas; los abanderados ceden sus divisas. Desde los oficiales de mayor rango hasta los últimos soldados, nadie se exime de esta tremenda operación. Tristán se adelanta para entregarme su espada, pero yo, sintiendo la garganta hecha un nudo por la confusa emoción que me domina al ver a mi viejo amigo de juventud, me anticipo y lo dispenso de ese horrible deber. Por un momento, ambos nos contemplamos sin hablar; por un momento olvidamos la gravedad de nuestros cargos y de la ceremonia; creemos vernos tal como fuimos veinte años antes, cuando ni siquiera sospechábamos nuestros destinos. A la vista de todos, en presencia de triunfadores y derrotados, Tristán y yo nos abrazamos afectuosamente.

Nunca olvidaré aquella mañana lluviosa y gris, en que los enemigos de la Libertad depusieron ante nosotros sus instrumentos de opresión. Dios se apiade de las humanas miserias, sean ellas de quien fueren. Él ha enviado para todos similares sufrimientos e idéntica promesa de Bienaventuranza.

Al conceder la capitulación me expuse a toda suerte de críticas, tachas y censuras. No ignoraba que así sería. Mis enemigos personales aprovecharían ese acto para morder mi reputación. ¿Por qué Belgrano —preguntarían los perpetuos sagaces y los estrategas de gabinete— malograba la victoria, otorgando a los vencidos un camino de salvación? ¿Por qué, habiendo sus hombres arrasado a los realistas, dilapidaba sus esfuerzos? ¿Por qué no había exigido la rendición incondicional, y en caso de negativa, tomado por asalto la plaza, en operaciones que seguramente se hubieran visto coronadas por el triunfo? En los días siguientes, rodeado mi nombre de una aureola fulgurante, convertido en héroe, vería crecer esa sorda inquina, ese recelo no siempre dictado por nobles motivos, esa desaprobación alimentada, preciso es decirlo, por la envidia o la torpe rivalidad. ¡Siempre se divierten los que están lejos de las balas y no ven la sangre de sus hermanos, ni oyen los clamores de los infelices heridos! También son estos los más a propósito para criticar las determinaciones de los jefes; pero por fortuna daban conmigo, que me reía de todo y hacía lo que me dictaba la razón, la justicia y la prudencia, sin buscar glorias sino la unión de los americanos.

¿Tengo que repetir que, en su mayor parte, esos soldados realistas no eran sino pobres gentes, que por ignorancia o estupidez defendían la causa de sus opresores? El Ejército de Tristán estaba formado por nativos de los mismos pueblos que nos proponíamos libertar. ¿Podía ser insensible a sus padecimientos?

Por lo demás, al conceder la capitulación yo no había tenido noción exacta de la postración del enemigo. Entonces creí, como todos, que Tristán podía aún ofrecer una resistencia vigorosa, lo que, traducido en términos no militares, sino humanos, significaba mayores muertes, nuevas agonías, como si no bastasen los cadáveres esparcidos en el campo de batalla, la sangre todavía húmeda, el luto y congoja de las horas precedentes. ¿O acaso los fueros de la humanidad debían ceder siempre ante los de la guerra?

Al presentarse el coronel La Hera tuve, además, una inspiración política que terminó de decidirme. En el Paraguay, derrotado, había conseguido inocular el espíritu revolucionario en mis propios vencedores, convirtiendo el fracaso militar en éxito político. ¿Por qué no, ahora, que la fortuna nos favorecía, valerme de un acto de magnanimidad para obtener lo que tal vez nunca lograría la fuerza de las armas? ¿Por qué no demostrar en un sólo golpe maestro la falacia de la leyenda negra tejida por Goyeneche alrededor de nosotros? Así, los reacios, los escépticos, los indecisos, verían que la Revolución estaba guiada por otros móviles muy alejados de la barbarie que se le achacaba. ¿Por qué, en suma, no atar a los vencidos con los poderosos lazos de la gratitud? Perdonadas sus vidas, ellos mismos serían ejemplos ambulantes de la grandeza de sus vencedores. Acaso muchos concluyeran abrazando la causa americana; y de no, vueltos a sus lugares de origen, serían agentes de propaganda involuntarios, difundiendo por América la noticia de esa gran batalla. Contribuirían así, tal vez sin saberlo, a despertar las simpatías dormidas; harían visible el contraste entre el Ejército de la Libertad, que unía la generosidad a la eficacia, y el Ejército de la Opresión, que levantaba horcas y sometía a suplicio a sus víctimas. ¡Bella, candorosa idea! Nada evidenciaría con mayor nitidez la diferencia entre nosotros y el infame Goyeneche, quien, en similares circunstancias había aplastado a sus vencidos, asesinado a los cabecillas y guarnecido de horcas los caminos de Cochabamba. Los soldados enemigos podían sernos más útiles vivos y libres que muertos o prisioneros.

Así era cómo había accedido a la propuesta del jefe vencido. Tras una serie de negociaciones, arreglé con Tristán, la tarde del 20, los términos definitivos de su capitulación. El Ejército realista saldría al día siguiente de la plaza, como lo hizo, con todos los honores, a entregar las armas; su general, oficiales y soldados jurarían no volver a tomarlas contra las Provincias Unidas, quedando en libertad de regresar a sus lugares de origen; Cochabamba, Potosí, Charcas y La Paz se reconocían como pertenecientes al Río de la Plata a los efectos de dicho juramento. Se nos restituiría asimismo los prisioneros que hubiese en los territorios a desocupar y se promovería el canje de todos los tomados desde la acción del Desaguadero; no se molestaría a nadie por sus opiniones o acciones anteriores; los caudales públicos quedarían a nuestra disposición; la guarnición de Jujuy podría retirarse libremente y con sus armas, salvo el compromiso de no causar daño alguno mientras lo hacía. Una razón práctica adicional me había convencido de liberar a la totalidad de las tropas y no sólo a los jefes. Sumando ellas un número equivalente a las mías, me resultaba imposible mantenerlas en cautiverio. Únicamente quedarían prisioneros los tomados en batalla.

Fue en cumplimiento de esa capitulación que en la mañana del 21 de febrero el Ejército realista entregó sus armas como he descrito. General, oficiales y soldados prestaron luego el juramento acordado.

Nosotros habíamos perdido en la acción 103 muertos, 433 heridos y 42 contusos.

Los realistas lo habían perdido todo, no salvándose uno solo de sus hombres, ni un fusil, ni una caja de cartuchos.

Como trofeos de guerra, podíamos exhibir tres banderas, 17 jefes y oficiales prisioneros en batalla, 481 muertos y 2900 rendidos; vale decir, los 3.398 individuos que formaban el Ejército de Tristán, incluyendo a este último. A ello cabía añadir las diez piezas de artillería, 2188 fusiles, 200 espadas, pistolas, carabinas, el parque y maestranza.

No sé si en toda la guerra revolucionaria hubo un triunfo más completo.

Al tiempo que las tropas realistas salían de la plaza algunos cuerpos patriotas iban entrando en ella. Por un lado salían los derrotados; por otro en-

traban los vencedores: aquellos cabizbajos, la vista en el suelo y los hombros cargados; estos, orgullosos y marciales.

El contraste era tan expresivo como el que se desarrollaba en las afueras de la ciudad. La plaza cambiaba de dueño: la Revolución tomaba Salta. ¿Qué vecino olvidaría nunca la imagen de esos hombres que cedían las fortificaciones y se retiraban inermes, desconsolados, como si se hubiese escrito en sus frentes la palabra “rendición”?

Durante la entrega de armas, un comandante realista olvidó ordenar a su batallón quitarse el corraje. Advertido de la negligencia, ya volvía sobre sus pasos cuando vio que sus soldados lo hacían espontáneamente.

“No se incomode Usted –le dijo con retintín un alférez patriota– Los suyos son buenos soldados que no necesitan órdenes de su jefe... –y tras una pausa burlona añadió–: Pues para rendirse”.

El oficial realista enrojeció de ira, pero, conteniéndose, se limitó a responder con dignidad:

“Señor Oficial, estos son percances de la guerra, de que Ud. ni nadie está libre”.

Cuando, ya entregadas las armas, los realistas volvían en desorden a sus cuarteles, una mujer del público se adelantó y haciendo frente a un oficial, le cruzó la cara de un bofetón. Aturdido, el oficial reconoció en su agresora a una de las tantas mujeres salteñas que durante la ocupación de la ciudad fueran bárbaramente azotadas, por descubrirse la correspondencia secreta que remitían a Tucumán, con informes para mí. El oficial se había encargado de su castigo. Perplejo él, furibunda ella, se miraron durante un momento, hasta que la mujer le volvió la espalda con desdén.

Con excepción de estos dos incidentes, únicos de que tuve noticia, todo fue grave, silencioso, aún sublime. Nadie más cometió la vulgaridad de burlarse del enemigo infortunado.

Los muertos de ambos Ejércitos fueron enterrados en una gran fosa abierta en medio del campo de Castañares. Una sencilla cruz de madera señaló la tumba colectiva, con breves palabras:

**“AQUÍ YACEN LOS VENCEDORES Y VENCIDOS
DEL 20 DE FEBRERO DE 1813”**

Ese piadoso acto dio fin a la jornada de Salta. Yo había obtenido el mayor triunfo de las armas revolucionarias, sin dejar de reivindicar, en el delirio de la guerra, los olvidados fueros de la humanidad.

Por la tarde, ambos bandos tuvieron ocasión de conocerse: en tabernas y fogones los soldados, en muchas casas de familia los oficiales. El día anterior habían luchado a muerte, pero ahora confraternizaban, comían juntos o entonaban a coro las sencillas canciones del soldado. La comunión del peligro había creado entre todos un sentimiento cordial, de la misma manera que dos rivales, al final de una gresca callejera, olvidan su odio mortal de minutos antes y se abrazan como entrañables amigos. Los realistas pudieron comprobar que sus vencedores no eran diferentes de ellos; que no estaban sus almas deformadas por una atroz perversión, por la barbarie o la herejía, sino que eran gentes comunes, creyentes muchos de ellos, como lo indicaban los escapularios que portaban con orgullo. Más eficazmente que cualquier propaganda, el conocimiento personal contribuyó a destruir la leyenda negra, que hasta entonces creyeran los realistas a pie juntillas.

Hablaban los nuestros de la Nación Americana, de la Libertad, de la fraternidad que debía unir a los nativos frente a la opresión europea, como hombres convencidos de la justicia de su causa: todo ello sin jactancias ni soberbia, mientras reían, bebían, hacían bromas o entonaban coplas picarescas al compás de la guitarra.

Desde esa tarde, muchos de los vencidos vieron abrirse ante ellos un extraño horizonte; tímida, secretamente comenzaron a dudar si nosotros, sus enemigos, no tendríamos, después de todo, la razón. Unos y otros éramos americanos, padecíamos iguales miserias y abrigábamos esperanzas semejantes. ¿No sería posible, entonces, como pregonaban los nuestros, constituir una nueva nacionalidad, independiente, sin monarcas ni mandamases, sin terratenientes todopoderosos, sin esclavitud, torturas, guerras, castas privilegiadas o gobernantes despóticos? ¿Quién podía continuar asegurando que toda esa lucha no había sido un tremendo error, que su patria seguía siendo España, y traidores los insurgentes?

Tristán vio con alarma propagarse en su ejército las ideas revolucionarias, y quiso prevenir el peligro haciendo salir a sus hombres de la ciudad con la mayor premura. A partir del día siguiente, los capitulados comenzaron a mar-

char. En tres días no quedaba en Salta un solo realista, fuera de los heridos y del propio Tristán, que se retiró el último algún tiempo después.

El Dios de los Ejércitos nos había echado su bendición: la causa de nuestra Libertad estaba asegurada a esfuerzos de mis bravos compañeros de armas. Era mi deber y satisfacción comunicarlo así al Gobierno, y sin demora libré el parte del triunfo, remitiendo a Buenos Aires, como trofeos, las banderas tomadas al enemigo, con sólo el encargo de que se me devolviese una de ellas para ponerla al pie de la Capitana Generala del Ejército, Nuestra Señora de las Mercedes del Tucumán.

En Buenos Aires, la noticia provocó un auténtico delirio; mi nombre fue objeto de admiración frenética, y se me proclamó héroe nacional. Después de Tucumán, todas las miradas se habían fijado en este Ejército, por ver si yo consolidaba aquellas glorias o las perdía; pero ahora, reafirmada mi fortuna en Salta, pasaba a envolverme un respeto nunca conocido. Fue entonces el punto más alto de mi prestigio; pero, con el mismo vértigo que este se generalizaba en el pueblo, en otras esferas iba extendiéndose una sorda inquina. Cuídese quien alcanza celebridad en el poder, pues siempre encontrará en torno suyo envidia, celos y temor. Tarde o temprano toda fama cae, y, como dice el poeta, el esforzado guerrero vencedor de mil lides, derrotado una vez, es suprimido del Libro de la Gloria; los rivales despechados, los agraviados por su anterior fortuna, saldrán entonces de las tinieblas para abalanzarse sobre sus despojos.

Pero todavía brillaba alta mi estrella: los pormenores del gran triunfo obtenido, el alejamiento del peligro, lo rotundo del desastre realista, contribuían a sostener mi inmerecida luz, y una multitud se volcaba a la Plaza Mayor de Buenos Aires para presenciar el paseo de las banderas tomadas al enemigo. Todas las autoridades del Estado estuvieron presentes en aquella ceremonia; las banderas fueron llevadas al salón de sesiones de la Asamblea General Constituyente, y presentadas abatidas ante el cuerpo soberano, “pues era un deber del pueblo de Buenos Aires –dijo el Gobernador Intendente– consagrar a la augusta Asamblea las banderas tomadas a los liberticidas”.

El presidente de la Asamblea se puso de pie con gravedad.

“Estas banderas que presentáis a la Asamblea General Constituyente de los pueblos libres de las Provincias Unidas del Río de la Plata –replicó– son una señal evidente de la completa victoria que han obtenido las armas de la patria, arrancándolas a manos de los enemigos de América, bajo la conducta

de Vuestro hijo, el General Belgrano. Congratulaos de tener un hijo que hace un ornamento al suelo en que nació”.

Mucho me emocionaron tales palabras cuando llegaron a mi conocimiento.

Pero la gratitud pública no se limitó a declamaciones. Los más altos organismos del Estado parecían competir decretando honores, premios, distintivos, como si nadie quisiera ser tachado de tibio en los festejos. A principios de marzo la Asamblea declaró que era su deber honrar el mérito “más bien para excitar la emulación de las almas grandes que para recompensar la virtud, que es el premio de sí misma”; y, en consecuencia, dio a los vencedores de Salta el título de “beneméritos en alto grado”. Al día siguiente el diputado Castro Barros presentó moción para que se erigiera un monumento duradero a la victoria. Dos días después se resolvió ofrecerme un sable con guarnición de oro, inscripta en su hoja la leyenda “La Asamblea Constituyente al Benemérito General Belgrano”. Al mismo tiempo, se dispuso hacerme donación de cuarenta mil pesos en fincas del Estado. A fines de ese mismo mes el Poder Ejecutivo, no deseando quedar ausente, concedió a los oficiales escudos de oro, de plata a los sargentos y de paño a los soldados, con la inscripción “La Patria a los vencedores de Salta”, orlada en palma y laurel.

Tales reconocimientos no impedían que se desatara en la penumbra de los pasillos oficiales y en las reuniones reservadas de ciertos personajes un persistente rumor de censura por la capitulación, aunque nadie se atreviera todavía a expresar sus críticas en voz alta.

Tardaron algún tiempo las noticias de Buenos Aires, e ignorante yo de lo acaecido en la capital, perseveraba en ilusionarme con acabar el conflicto por vías pacíficas. ¿Diré nunca bastante lo harto que estaba de guerras? Deteriorada mi salud, empezaba a dominarme, como después de Tucumán, una invencible abulia.

Con frecuencia conversé con Tristán antes de su partida. Recuerdo claramente una de aquellas conversaciones.

Había asistido con varios oficiales al Tedeum celebrado en la Catedral, en acción de gracias por la victoria, pero sin prestar mayor atención a la misa: otros pensamientos me ocupaban. Cuando terminó la función, salí presuro-

samente, seguido de los oficiales. Ciertas palabras de Tristán me rondaban con insistencia, y al pasar frente a la casa donde se alojaba, entré sin llamar. Algunos oficiales, no queriendo dejarme solo, entraron detrás mío.

Como no me hiciera anunciar, la sala estaba desierta. Sin detenerme, pasé al escritorio de Tristán, donde lo encontré ocupado en sus papeles. Me miró con asombro.

“Dispensa –dije–, me he sentido indispuerto al salir de la Catedral”.

Tristán se puso de pie y llamó a su mayordomo.

“Haga traer al General una taza de caldo y una botella de buen vino”, ordenó. Y viendo a mis oficiales en la sala de espera, confusos y sin saber qué sucedía, me hizo una seña.

“Señores –les dije–, no se preocupen por mí; me quedaré aquí unos momentos, no me siento bien”.

Los oficiales asintieron y se retiraron. Tristán me invitó a tomar asiento mientras aguardaba el caldo y el vino. Hubo un breve silencio.

“Bien –dije al cabo–. Creo que después de todo no me siento tan mal. Me pasa frecuentemente sufrir desvanecimientos, pero enseguida me repongo. La vida militar no es para mí”.

“Desde Tucumán –replicó Tristán con suave sonrisa–, tampoco parece ser para mí”.

Adiviné en las palabras de mi interlocutor una amargura que a duras penas disfrazaba el tono burlón con que las había pronunciado.

“Son lances inevitables –dije–. Bien conozco yo el sabor de esos tragos: por dos veces los he apurado en el Paraguay”.

En el rostro de mi viejo compañero de juventud se dibujó una mueca de pesadumbre. Yo, queriendo abandonar aquel tópico penoso, abordé sin más preámbulos el motivo principal de mi visita, cuál era el de continuar una conversación anterior. Dije a Tristán que había estado pensando largamente, revolviendo una vez y otra las circunstancias, y no dejaba de deplorar el que no se pudiera llegar a un entendimiento, siendo tan pequeñas las razones que al parecer lo impedían: pues debe saberse que Tristán me había asegurado que su primo alentaba deseos de conciliación.

“Nuestro ejército –replicó Tristán, recobrando bruscamente el acento presuntuoso que lo caracterizaba– está poseído de un espíritu americano. Sería impensable que llegara nunca a su jefatura un general español. Y en cuanto a mi primo, no estaría tan lejos de un entendimiento si no tuviera sobre sí el ojo vigilante de Lima. Sería inocente creer que pueda celebrar acuerdo alguno sin contar, cuando menos, con ciertas seguridades frente a sus superiores. Por mi parte, ¿crees que no alcanzo la imposibilidad de mantener indefinidamente nuestra negativa a reconocer la situación de Buenos Aires? Veo difundirse el espíritu de la rebelión, conozco la justicia de algunos de sus reclamos, y aunque no comparta sus métodos, me persuado cada día más de la necesidad de, digamos, contemporar con la época. También mi primo sabe que no es posible sostenerse sólo por las armas, pero ¿cómo puede él hacer algo, si carga sobre los hombros la perpetua amenaza de vuestra invasión, y debe demostrar a Lima constantemente su lealtad?”.

“Bien –observé–; pero no veo que llegemos a parte alguna”.

Tristán resopló.

“No me extrañaría que recibas noticias de mi primo en pocos días”.

“¿Qué clase de noticias?”.

“Un armisticio”.

“¿Y debo aceptar un armisticio, siendo vencedor, sobre la base de vagas sugerencias?”.

“Lo que deberías interrogarte es si vosotros podéis atacar, si estáis en condiciones de iniciar operaciones en el Alto Perú. ¿No crees que un respiro, nada costoso para ti, que concedas a mi primo, favorecería el afianzamiento de lo que podríamos llamar el espíritu contemporizador? ¿Sobre qué fundamentos puede mi primo influir en Lima, si vuestro Ejército avanza en el Alto Perú?”.

“Sobre el de la prudencia y el temor –repliqué–. No he visto en esta guerra que Lima esté dispuesta a conceder nada si no la fuerzan las circunstancias”.

Entró el mayordomo con el caldo y el vino, y ambos callamos. Me llevé una mano a la frente y la noté ligeramente calenturienta. No hallaba motivos racionales para atribuir a las sugerencias de Tristán otro carácter que el que tenían. ¿Podía creer que Goyeneche deseara la paz, cuando ya había dado sobradas muestras de su mala fe? ¿Podía dar crédito a las afirmaciones de mi viejo

amigo acerca del “espíritu americano”, con las que parecía querer alimentar mis esperanzas de una eventual fraternización con las tropas de Buenos Aires? Toda mi vida he sido en muchos aspectos un hombre candoroso, y como nunca tuve inclinación al doblez, me resultaba difícil concebirlo en los otros. Mientras Tristán departía conmigo en esos términos, uno de los capitulados llevaba a Goyeneche un mensaje secreto suyo, en francés, sobre los peligros de la situación, y le recomendaba poner a salvo su persona retirándose hasta Oruro, en prevención a cualquier movimiento ofensivo nuestro. Para darle tiempo, Tristán procuraría distraerme con falsas promesas.

¿Qué pasaba mientras tanto con Goyeneche?

Este expeditivo y duro jefe, que no dudaba jamás cuando de castigar a los pueblos se trataba, sufrió una conmoción al saber la derrota de su primo en Salta.

No quiso creer las primeras noticias, y precisó varias confirmaciones antes de aceptarlas como un hecho. Fiado de los informes previos y de lo que decía la lógica militar, ni en sus peores pesadillas había imaginado tamaño descalabro. El desastre de Salta era mucho más grave que el de Tucumán, no sólo por lo completo de las pérdidas, sino también porque quedábamos ahora nosotros en posición de invadir. El Alto Perú se hallaba expuesto, la causa real peligraba, y la situación personal de Goyeneche sufría una mengua severísima. Como General en Jefe, era el primer responsable ante Lima; él había designado a Tristán con “omnímodas facultades” al frente de las fuerzas invasoras, y lo había mantenido en ese puesto tras el fracaso de Tucumán. Incluso había prestado su aquiescencia a la resolución de Tristán de permanecer en Salta, desechando el plan más prudente del Virrey Abascal, de una retirada estratégica. Ahora Abascal tendría sobrados títulos para imputarle culpas y no desaprovecharía la oportunidad. Las relaciones entre Lima y la Jefatura militar del Alto Perú se hicieron insoportablemente tensas.

El terror y la angustia habrán reemplazado al estupor tan pronto como Goyeneche leyó el mensaje secreto de su primo. Digo esto por la actitud destemplada que tuvo a partir de entonces. Goyeneche se había supuesto invencible, haciendo demostraciones de fuerza y crueldad como pocas volverían a verse en la guerra revolucionaria. Mientras la relación de fuerzas estuvo de su lado,

nadie fue más aguerrido y terrible: despiadado con sus vencidos, fanático en sus odios, inhumano en sus métodos. Jamás había respetado las reglas elementales del derecho de gentes, con excepción de los prisioneros tomados a mí, a quienes se abstuvo de maltratar por temor a represalias, ya que los patriotas también le habíamos hecho prisioneros. Ahora, sin embargo, demostraría un repentino terror que redujo todo su mérito a lo que era, pues éste consistía nada más que en crueldad y falta de escrúpulos.

No obstante que contaba aún con tres mil infantes, mil caballos y trescientos artilleros, así como armas para quinientos hombres más –fuerzas sobradas para detener a mis tropas–, Goyeneche perdió la cabeza. Convocó a una urgente junta de guerra, y exhibiendo el mensaje de su primo, anunció su determinación de replegarse sin pérdida de momento. En vano sus oficiales le recordaron que Salta, donde permanecíamos los patriotas, distaba 150 leguas, y que su frente se hallaba cubierto por dos fuertes divisiones... Era tal su pánico que puso en ejecución la retirada en 48 horas, inutilizando considerable cantidad de municiones por falta de acémilas, quemando vestuarios, pertrechos y tiendas de campaña, y liberando a más de cien prisioneros. Ordenó que todas sus fuerzas se acantonaran en Oruro, con tal precipitación que perdió parte de sus cabalgaduras en el camino. Y deponiendo su proverbial intransigencia, se aprestó a dirigirme una propuesta de armisticio, según me anticipara su primo, para retrasar mi marcha a toda costa, ofreciéndome un acuerdo “fraternal”.

Goyeneche empezó a ver en aquel escenario sólo la ocasión de futuros trabajos y penalidades. Presionado desde Lima, temeroso de perder su gloria, sus riquezas y acaso también su vida, desde ese instante, creo yo, no pensó sino en alejarse del mando. Soñaría con disfrutar en España de la inmensa fortuna adquirida en América, y sobre todo, no querría volver oír de patriotas, de sublevaciones que ya veía retoñar, y del peligro que correría su cabeza si llegaba a caer en manos de sus antiguas víctimas.

Después de una acción, tanto el que gana como el que pierde sale descalabrado. Así me sucedía a mí, que todo había de recomponerlo para ponerme en estado de seguir mis marchas. Era la época de las aguas, hallándose crecidos los ríos, a más de mil otras causas que me impedían volar, como deseaba, para aprovecharme del terror de los realistas.

Los días pasaban sin que usufructuara el impacto del triunfo, y en Buenos Aires volvían a temer que yo dilatase mis movimientos. Pero eran numerosos mis obstáculos. Había conatos de rebelión en algunos oficiales, que, como Dorrego, estaban descontentos por la capitulación. La falta de dinero era acuciante, y sólo por un milagro continuado de la Providencia los soldados subsistían con miserables cuatro pesos por toda paga, con cinco los cabos y con seis los sargentos.

Sin embargo, no dejaba el Gobierno de tener razón en sus inquietudes. Si se perdía tiempo, Lima enviaría refuerzos, el entusiasmo popular se entibiaría, y los frutos de Salta se verían malogrados. La escasez de medios, me decían, debía suplirse con el empuje moral de la victoria.

Para colmo de males, el chucho o fiebre intermitente había vuelto a instalarse en las tropas: consecuencia de tantas privaciones, intemperies, malas comidas y descanso insuficiente. Yo calculaba necesitar cuatro mil hombres, con la idea de que un Ejército poderoso intimidaría a tal punto al enemigo, que tal vez pudiera alcanzar mis objetivos sin prolongar la guerra. Era preciso trabajar con ahínco, para volver al orden en que estábamos cuando atacamos y aumentar una fuerza que por sí impusiera el respeto necesario con que evitar la efusión de sangre.

Este último pensamiento se había vuelto obsesivo en mí. La capitulación me había persuadido de que la energía debe siempre moderarse por la clemencia; de nada valen los ejércitos más poderosos si la fuerza no va guiada por principios. Allí estaba Goyeneche en el Alto Perú, aplastando una tras otra las sublevaciones, y viéndolas renacer a la primera oportunidad. El triunfo de Salta había despertado otra vez los ímpetus revolucionarios: Potosí y Chuquisaca querían ya sublevarse; La Paz, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra nos llamaban en su auxilio; y las muertes, cepos, azotes y horcas prodigados en defensa del Rey, no habían hecho más firme su causa en aquellas regiones, sino sólo más odiosa. La guerra era una necesidad, pero una necesidad horrible, de la que nadie que estuviese cuerdo podía disfrutar. ¿Por qué descartaría yo tan pronto la posibilidad de un acuerdo? ¿Acaso el Ejército de Goyeneche no estaba compuesto de americanos? ¿No me había dicho Tristán que lo poseía un “espíritu americano”?

Abonando mis esperanzas, allá iban los capitulados, testimonios vivos de esa gran victoria y la generosidad del triunfador. Si alguna cosa no entendí

entonces, ni entendería más tarde, fue el creciente rechazo a la capitulación que se insinuaba en el Gobierno y fuera de él: las críticas se tornaban abiertas, y hasta mi cautela actual comenzaban los insidiosos a atribuirle a cobardía. Abundante pasto habían hallado mis detractores, ya que no en la batalla, sí en los términos del cese del fuego. ¡Quién creyera! Cada día me llegaba, con la firma de personajes o de simples particulares, una carta por la capitulación, y porque no había hecho degollar a todos.

Esto me sorprendía tanto más cuanto que yo estaba viendo palpablemente los efectos benéficos de la capitulación. Es curioso que ésta haya suscitado más reproches entre los críticos militares, sedientos siempre de sangre, que cualquiera de mis derrotas. Y es asimismo extraño que el acto de que menos me arrepiento en toda mi carrera, sea objeto de las más asiduas censuras; pues hasta el día de hoy encuentro quien me dice que la victoria de Salta fue grande, pero grande también mi torpeza al malograrla.

La capitulación de Salta no sólo no representó el gravísimo error que pretenden los miopes, sino que fue uno de los mayores aciertos. Nada produjo tan honda impresión en los pueblos. Los capitulados, tal como preví, resultaron verdaderos heraldos de la Revolución en el Alto Perú, difundiendo el brillo del Ejército porteño, la falsedad de su supuesto vandalismo, el buen concepto de su general, y las ideas de Independencia y Libertad vislumbradas al contacto con sus antiguos enemigos.

Goyeneche comprendió que la peste de la Revolución venía con los juramentados. Para evitar que tomaran contacto con sus tropas, ordenó que se detuvieran antes de llegar a Oruro, en un pueblito llamado Sepulturas, adonde el propio Goyeneche se presentó con todo su estado mayor a exhortarlos y tantear su espíritu. Les explicó que el juramento no los ligaba, por haber sido prestado “en obsequio de gentes rebeldes a su rey y excomulgadas por el Papa Pío VII”: así acababan de decretarlo el Obispo de La Paz y el Arzobispo de Charcas, y todos los curas del Alto Perú, aliados sempiternos de la Tiranía. La Iglesia santificaba el perjurio, y llevaba su celo a liberar a los sacerdotes del secreto de confesión, para que, descubriendo a un insurgente, pudieran denunciarlo a las autoridades.

Pero ni la bendición del perjurio ni las rabiosas exhortaciones de Goyeneche fueron bastantes. Aquellos hombres habían jurado no tomar las armas contra Buenos Aires, y eran concientes de que a ese juramento y a nuestra

magnanimidad debían sus vidas. De casi tres mil, sólo siete oficiales y unos trescientos individuos de tropa se avinieron a quebrantar el juramento; con ellos formó Goyeneche el Batallón de la Muerte, que a partir de entonces vistió sus fúnebres atributos, y cuyos integrantes no ignoraban que, de caer en manos de los patriotas, pagarían el perjurio con la vida. El resto de los juramentados se negaron a tomar las armas, siguiendo su ruta a La Paz, Puno, Cuzco y Arequipa, en donde, diseminados, contribuyeron a encender el amor a la Libertad, promoviendo conferencias secretas, ensalzando a sus vencedores y dando a la Revolución un crédito imprevisible.

El propio ejército de Goyeneche quedó inficionado pese a todas las precauciones. Entre los juramentados que pudieron llegar a Oruro y tratar con sus antiguos compañeros, algunos hubo que organizaron juntas clandestinas para difundir nuestras ideas en el seno mismo del Ejército colonial. El efecto fue catastrófico. En los meses de marzo, abril y mayo de 1813, las fuerzas de Goyeneche sufrieron la mayor desertión nunca registrada en ellas: más de mil hombres abandonaron las armas. Apercibidos del peligro, los jefes se desbarbararon como pudieron de aquellos elementos de discordia, oposición o seducción, enviándolos a sus hogares con cualquier pretexto. Pero la infección ya había arraigado.

Y, sin embargo, este extraordinario logro mío, que no me canso de defender, pasó inadvertido a mis contemporáneos, siendo tachada la capitulación de necesidad, blandura o candor infantil. Se pretendieron demostradas tales tachas porque trescientos hombres aceptaron romper su palabra, y se pasó por alto a los 2.500 restantes, cuya secreta y disolvente acción hubo de provocar más daño al enemigo que cualquier bárbara masacre. Se enardece mi sangre al tocar este tema, pues mucho fue el disgusto ocasionado por la incomprensión. Yo confío que la posteridad juzgará de modo bien distinto la capitulación de Salta; y cuando los efectos de la educación hagan que se tenga en más alta estima la vida que la muerte, y el perdón que la venganza, se me recordará, no por mis escasos talentos militares ni por las victorias que el azar me deparó, sino por haber sido en estas tierras el único General victorioso que demostró compasión hacia sus vencidos.

Ya iba siendo tiempo de que el Ejército patriota pasara a ocupar efectivamente el territorio ganado con tanto sacrificio. A fines de marzo salimos de

Salta y llegamos a Jujuy, la vieja población desde la que un año atrás habíamos iniciado una memorable retirada. Ahora volvíamos triunfadores y optimistas.

Fui al Cabildo para escribir de puño y letra al pie de la primer acta del libro capitular: “Aquí concluyó el Cabildo establecido por la Tiranía, que fue repulsada, arrojada, aniquilada y destruida con la célebre victoria que obtuvieron las armas de la Patria el 20 de febrero de 1813, siendo el primer soldado de ellas Manuel Belgrano”. En esas palabras advierto hoy mi total confianza en lo irreversible de la victoria.

Poco después recibí la propuesta de armisticio de Goyeneche, que había tardado un mes en llegar a mis manos. ¿Cómo respondería? Por lo pronto, había varias cuestiones a considerar. Yo deseaba la paz, pero Goyeneche no podía ofrecerme seguridades, tanto por su conducta anterior cuanto por sus desavenencias con el Virrey de Lima, cuya conformidad a todo tratado sería muy difícil de obtener. En efecto, el Virrey había ya desautorizado oficialmente la capitulación de Salta, negándose a confirmarla. En esto obraba siguiendo precedentes: para los realistas no había armisticio o tratado inviolable, aunque lo hubieran obtenido implorando. El Virrey se sabía con elementos suficientes para resistir. Había perdido la confianza en Goyeneche y ansiaba librarse de él: si aún no lo había relevado era sólo por temor a la reacción de las tropas.

Era evidente además, hasta para alguien tan confiado como yo, que el principal interés del General enemigo, al escribirme, consistía en demorar la invasión. Todo esto hacía aconsejable arrojar su propuesta a un cesto.

Pero, por otro lado, no me atrevía a cerrar las puertas a la negociación. Goyeneche todavía estaba en condiciones de causar muchos males en las provincias bajo su dominio, antes de que nos fuera dado socorrerlas; y las diferencias entre el jefe militar y el jefe político de los realistas podían ser aprovechadas en nuestro beneficio. Debía existir una manera de mantener la voluntad negociadora sin entorpecer el avance. ¿Cómo, pues, responder a la triple exigencia de negociar, no demorarnos e impedir al enemigo la realización de atentados en las poblaciones?

Escribí a Goyeneche que daría la mejor prueba de sus sentimientos conviniendo en que el armisticio fuera por cuarenta días, bajo el seguro de que mis tropas no pasarían de las Provincias Chicas para adelante; entretanto, cambiaríamos emisarios para dar a la paz un cimiento duradero. Pero a renglón seguido aclaraba yo que no podía detener ni detendría las marchas de mi

ejército hasta el término indicado, por no ser conforme al honor de mis armas el hacerlo en el territorio evacuado por su ejército, y ser muy conveniente aún para la tranquilidad de esas provincias.

Se trataba de una astucia. El estado de mis tropas y las distancias a recorrer, no permitían pasar en cuarenta días del límite que fijaba, aunque no hubiese armisticio de por medio. La posibilidad de tratativas pacíficas quedaba abierta; y ataba al mismo tiempo a Goyeneche, comprometiéndolo a no causar daños. Incluí como condición para el armisticio, precisamente, que el jefe realista se abstuviera de todo atentado, así como de tocar los caudales pertenecientes al Estado. Acompañaba esta respuesta de una proclama a los pueblos, a los que pedía reprimieran sus impulsos, anunciándoles la pronta llegada de mi Ejército para realizar la unión y la paz.

Sin embargo de mis plausibles motivos, al informar a Buenos Aires volví a encontrar un general rechazo, que nuevamente me sorprendió. Yo no terminaba de percatarme que si el Gobierno miraba mi actitud con desconfianza, ello era consecuencia de la mala impresión causada por la capitulación de Salta.

Pero no todo era disgustos. Concluyendo marzo, tuve la gratificación de recibir el oficio en que las autoridades me comunicaban los premios y honores decretados. Fuera necio y soberbio decir que no los precisaba. El fervor popular y la actitud deferente de los poderes eran compensaciones más que oportunas a tanta solitaria adversidad. Era tiempo de gozar del reconocimiento, que me llegaba al cabo, a falta de otros auxilios más indispensables.

Cuando un hombre se ha tensado al límite de su capacidad en pos de un objetivo, las cuerdas morales terminan por aflojarse; sobreviene el abatimiento y el deseo de fuga. Ese era mi caso. En perpetua contradicción entre mi energía precisada de obrar y mi cansancio ávido de sosiego, apelaba en ocasiones, como el buen Fray Luis, a la quimera del huerto florido y la vida retirada, pero más como un ideal inalcanzable que como verdadera vocación. Y esa añoranza crecía precisamente en los momentos posteriores al triunfo, porque no le hubiera permitido el distraerme cuando las dificultades apremiaban. No era, pues, de extrañar que luego de Tucumán y de Salta repitiera a amigos, e incluso a miembros del Gobierno, la esperanza de que me relevaran del mando, para poder vivir en paz.

Obligado a echar los cimientos desde la nada, había tenido que postergar una y otra vez, como todos los de mi tiempo, los grandes ideales concebidos en mi juventud. La Colonia, primeramente, nos había frustrado con su agobio; pero la Revolución, sacándonos de la órbita natural de nuestras vidas, no nos había dado mejores ocasiones, al lanzarnos al pavor de las luchas militares. Ahora, inesperadamente, yo vine a encontrar, en la donación de la Asamblea, un singular medio de construir lo que hasta entonces me fuera imposible.

Alguno pensará que, absorbido como estaba por la vida pública, y no teniendo otro sueldo que mis pospuestos emolumentos de general, los cuarenta mil pesos de la donación eran menos una liberalidad del Gobierno que la justa retribución a mis servicios, con cuya suma podría asegurarme una vejez a salvo de la miseria y de los avatares políticos; pero me guiaba un más importante objeto cuando decidí no aceptar el premio para mí. No dejaba de valorar el honor que la soberana Asamblea me dispensaba. Pero mis servicios debían merecer el aprecio de la nación, sólo en cuanto fueran efecto de mi virtud y fruto de mis cortos conocimientos dedicados al desempeño de mis deberes; y ni la virtud ni los talentos tienen precio, ni pueden compensarse sin degradarlos. Nada hay más despreciable para el verdadero patriota que el dinero o las riquezas: éstas son un escollo de la virtud que no llega a despreciarlas, y, adjudicadas en premio, no sólo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que por general objeto de las acciones subrogue el bienestar particular al interés público, sino que también parecen dirigidas a lisonjear una pasión seguramente abominable en el agraciado. Por esas razones, no podía yo dejar de representar a la Asamblea que creía propio de mi honor y de los deseos que me inflamaban por la prosperidad de mi patria, el destinar los expresados cuarenta mil pesos para la dotación de cuatro escuelas de primeras letras, en que se enseñase a leer y escribir, la aritmética, la doctrina cristiana, los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad, hacia ésta y hacia el gobierno que la rige, en cuatro ciudades: Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero, que carecían de un establecimiento tan esencial e interesante a la Religión y el Estado, y aún de arbitrios para realizarlo. Sólo me reservé el confeccionar el reglamento de dichas escuelas, así como corregirlo o reformarlo siempre que lo tuviera por conveniente.

¿Se dirá que había soberbia en mis propósitos? Pero, si la Revolución, a mi juicio, quería significar algo, era que las funciones públicas debían ejercerse en beneficio de los pueblos, y no de los funcionarios, pues no se trataba de

honores y prebendas, sino de servicios; y criminal será siempre a los ojos de la Nación quien así no lo entendiére.

El Gobierno aceptó el ofrecimiento. Y al tiempo que iniciaba mi campaña militar, fui elaborando en los ratos libres el Reglamento de las escuelas, resumiendo ideas maduradas a lo largo de veinte años. Noche a noche perfeccioné sus artículos, que yo quería intachables y sabios a pesar de mi ignorancia. Las escuelas quedarían bajo la protección de los ayuntamientos, destinándose 10.000 pesos a cada una, de cuya renta se habrían de costear el sueldo del maestro y los útiles y libros para los niños pobres; si hubiese un sobrante, sería para premios de estímulo. Debería darse tanta importancia a la enseñanza de las primeras letras como a la formación moral, religiosa y cívica de los alumnos. El maestro gozaría de una dignidad acorde a sus importantes funciones: en las principales ceremonias tomaría asiento en el cuerpo del Cabildo, reputándosele Padre de la Patria. Procuraría en todas sus expresiones y modos inspirar a sus alumnos amor al orden, respeto a la Religión, consideración y dulzura en el trato, sentimientos de honor, amor a la virtud y a las ciencias, horror al vicio, inclinación al trabajo, despego del interés, desprecio de todo lo que diga a profusión y lujo en el comer, vestir y demás necesidades de la vida, y un espíritu nacional, que les hiciera preferir el bien público al privado, y estimar en más la calidad de Americano que la de Extranjero. Tales eran las máximas que yo aspiraba guiasen a los futuros ciudadanos, porque observaba en todas partes su falta, en pueblos dominados por la superstición, la ignorancia y la miseria moral. Asimismo, para consolidar las costumbres republicanas, en mis escuelas no se admitiría que nadie usase lujo, aunque sus padres pudieran y quisieran costearlo.

En algunos puntos había yo cambiado mi manera de pensar. Tales cambios se debían sin duda a mis experiencias militares, y a la pérdida de algunas ilusiones acerca de los hombres. Yo había prohibido, como secretario del Consulado, los castigos corporales a los alumnos, que yo mismo padeciera en mi niñez y tanto me horrorizaran. Pero el contacto con la anárquica realidad de las provincias interiores, las tendencias al desorden social que venía observando, las dificultades con que tropezaban mis intentos disciplinarios dentro del Ejército, habían terminado por inspirarme un verdadero terror al caos, y comprendiendo que el premio de las virtudes, no acompañado del castigo de los vicios, es como una persona renga, que sólo anda dificultosamente, admití en mi Reglamento la aplicación de azotes, bien que sólo en casos graves, no

pudiendo superar de doce cada vez, y lejos de la vista de los demás alumnos. Me detengo en esto porque muchos titulados liberales, que nunca cedieron un peso a los asuntos públicos, se apresuraron, como siempre, a criticarme.

Pero no había mucho tiempo para dedicar a estas ensoñaciones. Ya Buenos Aires me había ordenado activar la marcha al Alto Perú, señalando la ciudad de Potosí como primer objetivo. Pero a cada paso surgían nuevos contratiempos. La terciana causaba estragos: yo mismo pasé cerca de quince días de postración absoluta, presa de una terrible fiebre que hubo de privarme hasta del habla. El parque de artillería que debía venir desde Tucumán se demoraba; los recursos estaban agotados, asolado el camino y no había hacienda para mantener a las tropas; la ruta hasta Potosí era demasiado larga; y aunque yo conociera la importancia de la celeridad, también sabía que no era conveniente aventurar nada. ¿De qué servían mis facultades en unos países sin proporciones y sin los recursos necesarios; en que, si se necesitaba madera, era preciso ir a cortarla a los montes; donde no había transportes y faltaban infinitos renglones necesarios? Pese a todo, ya marchaba una división de vanguardia a Potosí, al mando de Díaz Vélez.

Irritado por lo que creía un incumplimiento a sus órdenes, el Gobierno me reprendió severamente, indicando que cuando los resultados están en contradicción con las medidas, no son las intenciones las que pueden salvar a los pueblos; siempre que yo no aprovechara la consternación moral producida por la victoria – se me dijo–, los efectos serían contrarios a mis mejores sentimientos: era necesario que supliera la fuerza lo que había dejado de hacer la oportunidad.

Herido por esta amonestación, hice presente al Gobierno, una vez más, el estado de mis fuerzas. Venir la infantería sin calzado, la caballería sin frenos ni espuelas, la artillería con sólo las cureñas precisas, y no haber repuestos ni de hombres ni de pertrechos, no era como para continuar las marchas, ni para sacar todo el provecho de la victoria. Advertí al Gobierno que no había habido parálisis en los movimientos ni en nada de cuanto estuviese a mi cargo; ni mi genio me lo permitía, ni mi deseo de concluir cuanto antes con mi comisión, que me era sumamente odiosa: no había instante que no ansiara verme libre de ella. “Es una injusticia –insistí–, atribuirme el menor descuido; pues por más que redoblo mis esfuerzos, todo lo hallo lento, sin que lo pueda remediar sino con el tiempo. Me sería de la mayor satisfacción que viniese otro a ven-

cer o allanar los obstáculos: con gusto serviría yo a sus órdenes con el fusil al hombro”.

Con esta réplica, el Gobierno enmudeció. Se trabajaba con empeño, y ya las primeras tropas avanzaban por los desiertos caminos del Alto Perú.

Comenzaba así, pese a todo, la segunda campaña revolucionaria en esas regiones. La anterior había sido un fracaso completo. Si yo también fracasaba, perdería lo ganado, y el peligro de una invasión volvería a cernirse sobre las Provincias bajas. Si, en cambio, tenía éxito, Lima quedaría cercada, el Ejército revolucionario habría extendido su influencia, y mi nombre luciría el título de Libertador. En posesión al fin de mi destino, habría yo alcanzado el sueño de mi juventud: ser el Washington de estos desventurados países.

El Alto Perú custodiaba el gran misterio que nos reservaba la Providencia. Aquellos cerros tristes y desnudos y aquellas deshabitadas planicies serían testigos de nuestra derrota o nuestra exaltación.

CUARTA PARTE: “POTOSÍ”

*“Quiero volar, pero mis alas son
chicas para tanto peso”.*

BELGRANO

MAYO A JUNIO DE 1813

Hay una región de América en que la gigantesca columna vertebral de Los Andes alcanza su mayor anchura. Son países altos, descarnados, inhóspitos, crueles para los hombres y las bestias. Allí, la Cordillera se abre en dos grandes cadenas, separadas una de otra por centenares de leguas: el cordón occidental aísla el país de los de Chile y el Bajo Perú, frente al Pacífico; el cordón oriental lo separa de una extensa llanura selvática que se diluye en el Amazonas y el Paraguay. Entre ambos cordones se encuentra situado el territorio conocido como Alto Perú: teatro de sangrientas luchas durante la conquista, de sublevaciones implacablemente reprimidas durante la colonia, y de una guerra prolongada y cruel a partir de nuestra Revolución.

Este país, cuyo adjetivo definitorio encuentra sobrada justificación en la inusuales alturas en que se mantienen incluso sus valles, muestra al viajero los contrastes más extraños, los paisajes más imponentes, tristes y desolados. A mitad de camino entre el cordón oriental y el occidental se elevan macizos vestidos de hielo: las llamadas Cordillera Central y Cordillera Real, cuyas grandes moles dividen el país de Norte a Sur, dando lugar a dos regiones bien diversas. En el este, entre estos macizos centrales y la Cordillera Oriental, se forman valles abrigados, de una vegetación espléndida, alimentados por ríos y arroyos, propicios para la instalación humana, y en donde se asienta la mayor parte de la población: tales los valles de provincias como Chuquisaca y Cochabamba. En el oeste, en cambio, entre los macizos centrales y el cordón Occidental, se extiende la altiplanicie: árida, fría, monótona, gris, cubierta de enormes salares llenos de desolación. Raudos y despiadados vientos la baten a toda hora; lo delgado del aire produce en los hombres el soroche: un perpetuo malestar que torna penoso hasta el mínimo esfuerzo, y que los viajeros suelen llamar el “mal de puna”; los ríos son temporarios y se disipan sin desembocar en ninguna parte; una gran sequedad lo domina todo, y sólo en algunas cuencas salinas se forman espejos de agua, como los lagos Titicaca y Poopó,

unidos por el río Desaguadero. Al noroeste de este río se encuentra el Perú propiamente dicho, o Bajo Perú.

La altiplanicie carece de vegetación, excepto algunas matas ralas de ichu: pasto duro que alimenta a los rebaños trashumantes de llamas o cabras. A pesar de su latitud, las temperaturas son bajas aún en el verano, y durante las noches refresca hasta ser intolerable a quien, para su desgracia, no ha podido hallar oportuno cobijo. En la zona de los valles andinos, el clima no es mucho más templado, pero el suelo ofrece, por contraste, una tierna y esplendorosa verdura.

Este territorio singular, paisaje único en el mundo, de gran riqueza minera, fue antaño parte del abatido imperio incaico, hasta que los españoles provenientes del Bajo Perú consiguieron sojuzgarlo, no sin resistencias. Desde entonces quedó incorporado al Virreinato del Perú, formando la llamada audiencia de Charcas, dividida en cuatro gobernaciones: Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y La Paz, más dos pequeñas provincias: Moxos y Chiquitos. Posteriormente, al crearse el Virreinato del Río de la Plata, la Corona creyó conveniente poner el Alto Perú bajo la jurisdicción de Buenos Aires.

La población de origen europeo fue siempre allí minoría; los indios, desorganizados y en derrota, vivieron sometidos y explotados sin cuartel, obligados a trabajar para sus señores gratuitamente hasta seis días por semana, o sujetos a la atroz institución de la mita: bárbara contribución de trabajo personal en las minas de metal precioso. Cada vez que decidían insurreccionarse, caía sobre ellos la inmisericorde furia de las tropas coloniales: el atroz martirio de Tupac Amarú en la plaza de Cusco y de Tupac Katari en la de Las Peñas, no era más que un ejemplo –quizás el más ilustre– de esa larga cadena de crueldades.

El elemento criollo, a que pertenecían nueve de cada diez individuos de raza europea, se mantenía ajeno a estas luchas, porque también usufructuaba la explotación de los indios; pero opuesto al predominio de los españoles, quería desde hacía tiempo sacudirse sus injustos privilegios, concentrando sus actividades en la célebre Universidad de Chuquisaca, por cuyas aulas desfilaron numerosos jacobinos, incluyendo al más conspicuo de todos: el Dr. Mariano Moreno.

La Revolución estalló aquí en 1809, un año antes que en Buenos Aires, si bien fue rápidamente desbaratada por los Ejércitos del Perú. Muchos de sus

promotores, como el ilustre Murillo, perecieron en la horca; pero las ideas revolucionarias no murieron con ellos y la “tea encendida” de Murillo nunca se apagó. Desde entonces las sublevaciones no habían hecho sino repetirse, hasta convertir al Alto Perú en obligado escenario de la lucha entre Buenos Aires y Lima. La primera expedición patriota obtuvo una auspiciosa victoria en Suipacha y prosiguió su avance, llevada por el comisionado de la Junta porteña, mi malogrado pariente Castelli, hasta las márgenes mismas del río Desaguadero, a un paso del Perú; pero, sorprendentemente vencida, debió retroceder. El Alto Perú, desde esa fecha en poder Goyeneche, quedó transformado en cuartel general del Ejército realista, y el general vencedor amagó durante meses invadir desde allí las Provincias bajas argentinas, hasta que, producidas las acciones de Tucumán y Salta, la situación pareció variar nuevamente en favor de la Libertad. Ahora el Ejército patriota se mostraba en condiciones de volver por sus fueros, ansioso de recuperar el Alto Perú para la Revolución.

La guerra se había trasladado a este teatro; la segunda campaña al Alto Perú ya estaba en marcha; ya subían por el tortuoso camino desde Jujuy las primeras tropas revolucionarias, mientras el grueso de mi Ejército continuaba organizándose en aquella ciudad. Esperanzas de pueblos hambrientos de Libertad, sueños de indígenas esclavizados, ideales de reformadores sociales, ambiciones heroicas, afanes de dominio, odios largamente fermentados, mezquindades, venganzas: la infinidad de móviles, altos, ruines, grandiosos o despreciables, que pueden llevar a los hombres a matar y morir, se agitaban en la oscuridad de las almas, preparando los tremendos acontecimientos que tendrían lugar en el curso de ese año de 1813, que tan imprevistos desenlaces reservaba para todos.

Desde mediados de abril estaba yo en Jujuy ultimando preparativos, urgido por el Gobierno a avanzar. Allí recibí noticia del grave contraste que acababa de sufrir la causa revolucionaria en Chile, e informé los movimientos favorables de las poblaciones en el Alto Perú. Se retrocedía aquí, se adelantaba allá; la guerra amenazaba prolongarse indefinidamente, a menos que los patriotas consiguiéramos abatir Lima: misión que ahora me estaba confiada. El Gobierno volvía a inquietarse por mi supuesta lentitud, y redoblaba sus instancias.

Entretanto, yo había hecho jurar la Asamblea Constituyente por todos los pueblos liberados. Al llegar el 25 de mayo, celebré, otra vez en Jujuy, el tercer aniversario de la Revolución, presentando una bandera con las armas de la Asamblea, al tiempo que volvía a insistir ante el Gobierno en la adopción de la enseña independentista, que sería aprobada bien pronto. La bandera se había convertido en una verdadera obsesión, y yo me tenía jurado no descansar hasta verla tremolante sobre los pueblos libres de la América del Sur.

La terciana declarada en el Ejército aún no remitía. Yo iba reponiéndome a duras penas de la fiebre. Las preocupaciones estratégicas me desvelaban. A fines de mayo, aún no tenía un plan decidido del camino a tomar para ir al enemigo, pues esto dependía de las circunstancias y de los obstáculos que pudieran presentarse para la conducción de la artillería, que pensaba conocer acaso con mis propios ojos. ¿Era pereza mental lo que me contenía? Yo me hallaba solo, sin un plan militar, sin un plan topográfico, pero ni aún geográfico que se acercara en algo a la verdad, que es cosa bien singular para uno a quien se llama General. Por el momento, mis operaciones se reducían a que hubiera orden y disciplina, lo que demandaba no pocos esfuerzos. En cuanto pudiera, haría marchar a las divisiones hasta el punto en que se abrían los dos caminos posibles del Alto Perú: el de la Posta, directo al enemigo, y el del Despoblado, inclinado al oeste, pues aún no había decidido cuál tomar. Como el Gobierno se quejara de que no le comunicaba mis planes, hube de responder pidiendo paciencia y confianza en mis disposiciones: las operaciones militares se hallan sujetas a mil pequeñeces que es necesario contemplar con cuidado, y mucho más para un aprendiz de guerra como yo, mandado a países que nunca antes pisara ni mirara sino por curiosidad en el mapa; por ese motivo prefería no adelantar decisiones, para no verme luego obligado a desdecirme.

He leído en los mejores autores militares de muchas acciones perdidas, dirigidas por los Gabinetes, lo cual no debe extrañar, aún cuando tengan los mejores planes y conocimientos, porque no es posible que estén al alcance de los que dirigen a distancia las infinitas ocurrencias que sobrevienen. La experiencia me ha enseñado que todos los planes las más de las veces son fallidos, y se varían en la guerra instantáneamente según los medios u obstáculos que se presentan: en Tucumán creí tener la acción al Norte, y con este concepto reconocí el campo y posiciones, y fui a darla al Sur, tal vez cerca de media legua de distancia; en Salta pensé entrar de sorpresa, como lo habría hecho si las aguas y otros inconvenientes surgidos en la marcha no me lo hubieran

impedido. Yo sostengo que, teniendo confianza en el encargado de esta clase de negocios, se le debe dejar obrar proveyéndole de cuanto puede necesitar, a saber: dinero, dinero y más dinero.

Así se lo manifesté una vez más al Gobierno, para poner fin a sus amonestaciones, y en efecto, logré que me escucharan. En su respuesta, el Gobierno me reconoció la mayor libertad de movimientos, sin dejar de sugerirme la toma de Potosí. Este era uno de los motivos de controversia. El Gobierno estaba persuadido de que Potosí debía ser nuestra base de operaciones; yo me mostraba contrario a encerrarme en la aristocrática villa, en las inmediateces del enemigo, desconfiando del ánimo de esa población, que ya causara serios contratiempos en la anterior campaña. Hubiese preferido establecerme en Cotagaita, o en otro punto que llevara por el Despoblado a Oruro, para tomar ese camino si el enemigo atacaba. Sin embargo, me avine al fin a seguir las indicaciones de Buenos Aires. Por lo pronto, ya la vanguardia había marchado a tomar Potosí, al mando de Díaz Vélez, más para aplacar los reclamos gubernamentales que por auténtico convencimiento.

En el terreno de la disciplina, que por el momento constituía mi única idea cierta, seguía yo luchando por arraigarla en las tropas no sin grandes dificultades. Al comienzo de los movimientos había expedido un bando severísimo para desterrar los desmanes o represalias que pudiera inspirar en mis hombres el orgullo del vencedor. El crédito de la Revolución, sumamente alicaído en el Alto Perú a causa de la inconducta anterior de los patriotas, dependía de mantener ahora un comportamiento irreprochable. Sabiéndolo, ordené respetar los usos, costumbres y aún preocupaciones de los pueblos; el que se burlase con palabras o acciones sería inmediatamente pasado por las armas, y se respetaría a rajatabla las propiedades, penando con la vida el robo, aunque fuese de un huevo. No habría actitudes indecorosas o soberbias que diesen a los enemigos de la Revolución el menor argumento.

El problema disciplinario, que tan arduamente buscaba resolver, trajo por esos días nuevos disgustos, y me obligó a una medida que más tarde deploraría: la expulsión de Dorrego.

Desde Salta, su rebeldía se había incrementado hasta el límite de lo tolerable. Su orgullo lo llevaba a creerse personalmente agraviado por la capitulación, y en charlas confidenciales llegaba a acusarme de traidor. “Nosotros derramábamos sangre –decía–, mientras Belgrano obsequiaba a su estimado

Tristán con el camino de la salvación”. Y en cartas a sus amigos de Buenos Aires alimentaba el malestar por la capitulación y se presentaba como su principal oponente. Incapaz de dominar su genio, juzgándose acreedor a una inmunidad absoluta, desde entonces pareció empeñado en probar mi paciencia con una serie de escandaletes que desmerecían la disciplina. Debí hacerme violencia para no sancionarlo como hubiese exigido el decoro.

Alejados Hølemberg, Moldes y Balcarce, pronto Dorrego halló un nuevo antagonista en Forest, el otro héroe de Salta, tan orgulloso y obstinado como él.

Ocurrió que un soldado del regimiento de Forest se había pasado a los Cazadores de Dorrego sin saberlo su jefe. Un día Forest lo encontró en las calles de Jujuy y lo hizo arrestar y conducir a su cuartel como desertor. Enterado Dorrego, le intimó la devolución del preso; Forest se negó y Dorrego envió como represalia, a las calles de Jujuy, una partida de Cazadores a tomarle prisioneros de su regimiento. La respuesta de Forest fue enviar también una partida a capturar Cazadores. La ciudad quedó convertida en escenario de esta insólita guerra de cautivos. Por enésima vez tuve que intervenir en persona.

La insubordinación de Dorrego prosiguió, y cada vez fingí no enterarme; pero llevó las cosas a un punto en que ya no me fue dado protegerlo más.

Hallándose en Humahuaca, camino a Potosí, instó a dos subalternos –apenas muchachos– a batirse por una disputa trivial, sin importarle mi prohibición del duelo. “Quiero ver si estos dos son valientes”, explicaba, y se ofrecía como padrino. Los jóvenes se encontraron en el campo de honor, y, tras un intercambio de disparos, quedaron ambos tendidos y medio muertos. Poco después el cuerpo de Dorrego partía con la vanguardia rumbo a Potosí. Su conducta habría quedado sin sanción de no haber llegado a mis oídos. De inmediato lo separé del mando y le ordené regresar a Jujuy para afrontar un sumario, aunque ya había avanzado considerable trecho por los caminos del Alto Perú. Esta vez no estaba yo dispuesto a consentir sus arrebatos. Fue así que Dorrego quedó afuera del Ejército. Era el cuarto oficial de importancia de que me desprendía en cuestión de meses.

Puesto fin a su mal ejemplo, la disciplina mejoró en forma palpable. Con todo y haber sido tan justa la medida, no sería remoto el día en que yo echara de menos el arrojo del jefe depuesto, y lamentara no tenerlo a mi lado en lo crucial de una batalla.

Las oscuras y fatales fuerzas que desde dos años antes operaban la expansión revolucionaria desde el Río de la Plata hacia el Norte, en oleadas sucesivas, acusando progresos y retrocesos, estancamientos temporarios y renovadas agitaciones, iban, a mediados de 1813, a manifestarse en un potente avance sobre el Alto Perú, donde el Ejército realista, como un vacilante y quebrantado dique de contención, trataría de resistirlas una vez más.

La situación de los realistas era difícil. Mientras nuestra vanguardia se dirigía a Potosí, Goyeneche permanecía acantonado en Oruro, destemplado y sin ánimo. Sus efectivos rondaban los 4.000 pese a todos los esfuerzos por remontar ese número, pues le era imposible hallar nuevos reclutas y la desertión no cesaba. En su intimidad había desistido de todo empeño militar serio, no ansiando más que huir a tiempo de aquella enfadosa jefatura.

Las desavenencias entre él y el Virrey Abascal habían alcanzado su máximo punto. Los correos traían y llevaban cartas plagadas de ironía: ni el primero ocultaba ya su hartazgo ni el segundo su decepción. Por fin, pocos días después de la llegada de nuestra vanguardia a Potosí, Goyeneche aprovechó su conflicto con el Virrey para tenerse por ofendido y elevó la renuncia.

La rapidez con que fue aceptada no pareció molestarle. Al fin estaba libre. En el curso de su jefatura había conquistado celebridad militar y títulos de gloria, a más de la cuantiosa fortuna que le permitiría un holgado retiro. Lo que no imaginó fue que una de las bases de su poder —la adhesión incondicional del Ejército realista a su persona, que durante mucho tiempo lo puso a resguardo de cualquier golpe de autoridad—, ahora se convertiría en un obstáculo.

Oficiales y tropas, lejos de sospechar los íntimos deseos de Goyeneche, proclamaron intolerable que la capital virreinal quisiera imponerles otro jefe, máxime cuando, según los rumores, sería español el reemplazante. Aquel ejército estaba imbuido de un localismo incomprensible: defendía el predominio español en el sistema político, pero no lo admitía en su seno, y nadie aceptaría un mandamás de la península. El motín estalló. Tomando las armas, el Batallón de Cuzco se dirigió a la residencia del General entre gritos y protestas.

“¡No queremos a otro Jefe!”, prorrumpieron frente a su ventana. Goyeneche, en su despacho, distaba de sentirse halagado por esa inoportuna explosión de lealtad. Disimulando la contrariedad, salió al balcón a calmar a

sus partidarios; su presencia fue saludada con aclamaciones. Alzó los brazos y reclamó silencio.

“Os doy las gracias por esta muestra de afecto –dijo–, que es para mí recompensa sobrada por los trabajos que hemos padecido. Pero las necesidades de la guerra obligan a los hombres a prepararse para toda eventualidad, por ingrata que sea”.

Un rumor de protesta quiso elevarse de la multitud, pero el general, echando mano a sus recursos histriónicos, lo contuvo a tiempo con un gesto entristecido. Dijo que la defensa de la Santa Religión y del Rey exigía sacrificios; que él no concebía uno mayor que separarse de sus compañeros de armas; que, sin embargo, diferentes razones hacían aconsejable no dejarse ganar, en hora tan crítica, por la tentación del desorden, pues a combatir el desorden habían venido ellos. Confiaba que sus soldados no lo defraudarían y seguirían luchando junto a un nuevo General, para honrar con sus hazañas al jefe de que ahora debían despedirse. No aspiraba a otro premio que comprobar, en calidad de simple particular, cómo el Ejército continuaba respetando la tradición de heroísmo, dignidad y subordinación establecida bajo su mando, para escarmentar a los herejes y traidores de Buenos Aires. Nuevas protestas, nuevas aclamaciones, nuevas explosiones de lealtad. Goyeneche debió apelar a toda su habilidad oratoria para sosegar los espíritus, pero al fin logró que el Batallón de Cuzco depusiera su actitud. Poco después regresaban mohínos los soldados al cuartel, y él aliviado a su despacho, a concluir los aprestos de viaje, pues en días más abandonaría Oruro, el Alto Perú y la guerra, para no regresar ya nunca.

Desde entonces ha vivido en España, la patria que sirvió con preferencia a la suya americana, en donde ya no puede habitar. Se le concedió el título de Conde de Huaqui, como reconocimiento a aquella victoria. Hoy disfrutará seguramente sus riquezas, y evocará, con la mansa nostalgia de los militares retirados, sus viejas hazañas en salones y tertulias, cuidadosamente expurgadas de algunas desdeñables minucias, tales como horcas, torturas y degüellos, cuyo recuerdo tal vez no caiga bien en sociedad.

Trescientos años antes de los sucesos que estoy relatando tuvieron lugar otros que en cierta forma constituyen el antecedente fatal de nuestras luchas.

A comienzos del siglo XVI, el poderío español se iba extendiendo por América lenta pero seguramente, ciñéndola por sus costas, penetrándola por sus ríos, destacando expediciones militares tierras adentro, a través de desiertos, selvas y gigantescas cadenas de montañas. Hombres osados, segundones codiciosos, aventureros, bandidos, místicos, desesperados: tales los conquistadores que avanzaban por países ignotos entre peligros imaginarios o reales, sufriendo cruentos encontronazos con los nativos, luchando con una naturaleza desconocida y hostil, y escribiendo una de las páginas más singulares, sangrientas y asombrosas de la historia.

Solís, intrépido descubridor del Mar Dulce, luego llamado Río de la Plata, dejó a su muerte, en la costa, a un puñado de perplejos europeos: entre ellos un portugués de nombre Alejo García. Tras naufragar su nave, García, sin más compañía que otros cuatro sobrevivientes, perdido en un territorio que ningún europeo había pisado nunca y sin medios de regresar a la civilización, vivió una aventura casi increíble por sus peligrosas vicisitudes y el despliegue de resistencia y valor de sus protagonistas. Informado por nativos de la existencia de un fastuoso imperio gobernado por un Rey Blanco, y de una Sierra de Plata de que el extraño monarca sacaba sus tesoros, resolvió salir en su busca. Atravesó a pie un extenso territorio, hasta llegar al país de los guaraníes; consiguió evitar por milagro la muerte a manos de los salvajes; trabó amistad con ellos, aprendió su lengua y ganó rápido influjo en las tribus; haciéndose indicar el camino del Rey Blanco. Acompañado de sus cuatro camaradas españoles y dirigiendo una expedición de 2.000 indios que se le sumaron con el mayor entusiasmo, Alejo García atravesó selvas y pantanos en el Chaco y llegó hasta las estribaciones de Los Andes, descubriendo la fuente de la riqueza incaica, cuya leyenda deformada y magnificada se había propagado por las extensas regiones que acababa de atravesar. Pero el aventurero ignoraba que su descubrimiento le sería fatal. Los guaraníes, deseosos de despojarlo, se rebelaron y le dieron muerte. Su figura, su viaje y su descubrimiento no quedarían en la oscuridad: habiendo llegado a otros oídos europeos, nuevas expediciones se prepararon, y más nutridos contingentes de invasores, alucinados por la leyenda del Rey Blanco y de la Sierra de Plata, recorrieron aquellas soledades persiguiendo el reflejo mortecino, magnético, del metal que escondían las entrañas torturadas del Nuevo Mundo.

Sin embargo, no provinieron del Atlántico sino del Pacífico los descubridores de la Sierra del Plata. Al tiempo que el imperio de los Incas se derrum-

baba en poder de Pizarro y sus secuaces, las expediciones iban internándose más y más en la Cordillera en busca de nuevas minas, hacia esa región de elevadas planicies, soledad y frío que recibiría el nombre de Alto Perú.

Un guía indígena del Cuzco subió casualmente, cierto día, a una altura que los de su raza llamaban Potochí –grandioso cerro de agudo pico al que se atribuía carácter sagrado–, y descubrió una veta de plata. Era la famosa Sierra de cuya existencia corrían tantas leyendas jamás confirmadas; irónicamente estaba reservado a un indio el hallazgo de ese botín, que haría más pesadas las cadenas de sus hermanos de sangre. Huallpa, el descubridor, llevó la novedad a su amo, que no le dio crédito; amparado en ese escepticismo, el indio comenzó a explotar la mina por sí solo. Tiempo después Diego de Villaruel supo de la explotación, y a fines de 1544 la tomó a su cargo.

Así comenzó la historia de la que, en pocos años, sería la principal mina de plata del Nuevo Mundo y una de las más fabulosas de la tierra. A la noticia del descubrimiento, las inmediaciones del cerro, hasta entonces desnudas, se cubrieron de edificaciones, y nació una nueva ciudad, refugio de aventureros, criminales, locos hambrientos de poder y riqueza, vagabundos enceguecidos por el resplandor de una colosal prosperidad, curas codiciosos y capitanes furibundos. Ya en 1553 Carlos V concedió a la ciudad el título de villa imperial; en algo más de una década se había convertido en el asiento poblacional más importante de América; poco tiempo después contaba con municipio propio, y a fines de ese siglo el Virrey del Perú le daba forma urbana, ordenaba la construcción de la Iglesia Catedral, e imponía el bárbaro servicio de la mita: la fe católica se instalaba en Potosí junto con la esclavitud más despiadada que hubieran sufrido los nativos.

Un siglo más tarde, Potosí era una de las ciudades más espléndidamente improbables de la tierra. Centro de arte y de lujo en medio de un inhospitalario desierto, llegó a contar 150.000 habitantes; un nuevo estilo arquitectónico iba delineándose en sus residencias, iglesias y conventos, sus campanarios fastuosamente labrados, sus fachadas decoradas en relieve, sus calzadas y puentes, diques y lagos artificiales. Magníficas perspectivas, dominadas por el cerro que alimentaba día a día y hora a hora aquel despliegue de poderío y ostentación; palacios particulares u oficiales; todas las comodidades y toda la suntuosidad de una civilización orgullosa y cruel; sesenta iglesias para señalar que Dios tampoco estaba ausente de aquel monumento triunfal de la Conquis-

ta: tal era Potosí, el emporio de la plata, la fuente al parecer inagotable con que contaban los monarcas y los cortesanos de España para sus dispendios, sus tontas guerras y sus torpes políticas. Y el sacrificio vergonzoso y secreto que ofrecían los amos, los poderosos, los grandes propietarios, los jefes militares, los funcionarios de la Iglesia, a ese otro Dios cuyo culto no declaraban —el insaciable dios llamado Plata, que dormía en el vientre del cerro puntiagudo—, consistía en la multitud de cadáveres de indios que iban vomitando las negras bocas de las minas, con la misma asiduidad con que vomitaban esas costosas toneladas de destellante metal.

La mita, la nefasta institución, obligaba a los indios de varias leguas de distancia a trabajar en las minas por tres años, en faenas tan duras que, si ellas mismas no los mataban, se encargaría de hacerlo la mala alimentación, o la feroz alternancia de temperaturas, ya que en el interior de las minas hacía un calor agobiante, y al aire libre era el frío tan intenso que el agua estaba casi siempre en estado de congelación.

Potosí, proveedora incesante de las arcas reales, fue durante centurias el corazón económico del Alto Perú. Luego comenzó a decaer. Los filones se agotaron poco a poco, y con ellos el esplendor que habían alimentado. La ciudad se convirtió en una reliquia de pasadas glorias; los aventureros emigraron; los que se habían enriquecido cargaron sus baúles y se fueron; el cerro Rico seguía proveyendo plata, pero cada vez más tenue y exhaustamente. Hacia fines del siglo XVII, Potosí había reducido su población a menos de la quinta parte de lo que era en sus épocas doradas. En los años de la guerra revolucionaria, apenas contaba 10.000 habitantes: últimos descendientes de los antiguos y soberbios amos del Nuevo Mundo; aristocracia degradada y soñolienta, con el agobio de un pasado hartamente brillante sobre sus hombros, asistiendo a la decadencia de sus palacios, sus torres, sus iglesias, sus estanques, como un reflejo de su propia decadencia social.

Señorial, esclavista, arrogante en su derrumbe, Potosí había sido siempre enemiga encarnizada de la Revolución. No podían existir intereses más divergentes ni ideales más opuestos. El primer ejército revolucionario había enardecido a los indios, convocado a los pobres, atacado las iglesias, abolido la mita, suprimido los tributos: herido, en suma, a los estamentos privilegiados de la degradada villa imperial; y Potosí se cobró bien caras tales ofensas. Cuando el ejército revolucionario, vencido en el Desaguadero, retrocedía en

desorden, el pueblo de Potosí cayó sobre sus restos como una jauría de hienas sobre un cadáver: cien soldados patriotas perecieron en las calles a manos de la turba. Poco después Goyeneche instalaba allí su cuartel general, y el grueso de la población lo recibía como un salvador.

Esa era la ciudad hacia la que se encaminaban por segunda vez las tropas revolucionarias, buscando ocuparla luego que Goyeneche se retirara de ella, aterrizado por el desastre de Salta. Una atmósfera viciosa flotaba sobre sus calles, impregnaba los pulmones, corrompía las inteligencias; y el odio y la traición parecían acechar en los pórticos sombríos un momento de debilidad o fatiga, para caer sobre los patriotas y saciarse en sangre.

Serían las tres de la tarde del 7 de mayo de 1813 cuando nuestra vanguardia —que yo había destacado para ocupar Potosí mientras me demoraba en Jujuy activando la marcha del resto de mi Ejército— arribó al Socavón, a sólo una legua de la vieja ciudad. El mayor general Díaz Vélez, al mando de esas tropas, tendió la vista con impaciencia; desde hacía varios días se esforzaba por abreviar el viaje y llegar a su destino. Ciertas versiones informaban de un movimiento favorable a la causa patriota en la población, pero Díaz Vélez no se atrevía a darles crédito, porque tenía bien presentes los sucesos ocurridos en el último paso del Ejército por allí.

Entonces fue que vio con escéptica sorpresa, según más tarde hubo de referirme, al primer gentío que salía en su recibimiento. Vecinos numerosos aguardaban la llegada de nuestros hombres, junto con las autoridades potosinas, revestidas de grave servilismo, y una especie de guardia de honor montada sobre vistosos caballos aderezados a la española. Ya aquella visión, pese a todo lo que tenía de halagadora, era un anticipo del espíritu que dominaba la ciudad. Nada de trajes nativos, nada de esas pintorescas prendas criollas; todo era ropas señoriales, ostentación y brillo, adornos y afectación. La pomposa escolta de honor, de treinta hombres, se acercó a Díaz Vélez para presentarle la ciudad, como se presentaría una cortesana engalanada y llena de afeites al rico señor cuyos favores aguarda obtener. Un grotesco contraste, que en otras circunstancias hubiera movido a risa, entre los anfitriones lujosamente ataviados y sus raídos huéspedes, saltaba a la vista de manera desagradable. Venían los oficiales patriotas con muy pobre traza, no obstante haberse acicalado y vestido lo mejor posible; los soldados no habían tenido tiempo ni de asearse, y traían el polvo y el sudor de los caminos; pero oficiales y soldados, con simi-

lares ropas, apenas se distinguían unos de otros: semejaban en conjunto una horda de bárbaros. Sus anfitriones, en cambio, con las mejores galas, lucían soberbios, y hasta el último de los soldados potosinos se hubiese dicho un general, a juzgar por el costo de su uniforme, todo galoneado, o por la riqueza y bordado del ajuar de sus cabalgaduras. Los briosos corceles potosinos parecían más elegantes aún comparados con las flacas y derrengadas mulas de los patriotas. Intimidados por ese lujo, aunque sin avergonzarse de su pobreza —pues todos ellos tenían hazañas reales que oponer a aquellos galones de grupo—, los hombres de la vanguardia revolucionaria ingresaron a la ciudad. Las calles estaban adornadas con arcos; la multitud que las ocupaba prorrumpía en vítores a los invasores; las expresivas muestras de alegría, los aplausos, los festejos: todo parecía indicar que Potosí, en vez de ser cuna de la reacción española en el Alto Perú, era el más ardiente centro revolucionario.

¿A qué se debía esta inesperada bienvenida? No a otra cosa que al terror. Estaba fresco en todas las cabezas, de habitantes e invasores por igual, el recuerdo de la masacre que en esas mismas calles, ahora ornadas y festivas, sufrieran dos años antes los patriotas a manos de la chusma. El pueblo temía represalias: quería hacer olvidar con obsequios el sangriento ultraje.

Se habían preparado las mejores mansiones para los oficiales. Díaz Vélez fue conducido a una residencia lujosísima. Se les agasajó con banquetes; se organizó un baile. Todos los oficiales concurrieron, esperanzados en contemplar las femeniles bellezas que, era fama, solían resplandecer en los salones de Potosí. Díaz Vélez mismo esperaba que la velada fuera brillante, acorde con la calidez del recibimiento. Pero al ver lo deslucido y escaso de la concurrencia local, los patriotas tuvieron una primera muestra del verdadero sentimiento que se ocultaba bajo tan clamorosa y falsa alegría. Casi toda la aristocracia estuvo ausente; hubo pocas señoras, poco entusiasmo, poca repercusión.

Días después las tropas celebraron el aniversario de la Revolución, sin hallar otra cosa, nuevamente, que indiferencia. En lugar de festejos, vieron en la población, y hasta en las mismas autoridades, apatía y desinterés. ¿Cómo se explicaba el cambio? Era sencillo: habiendo comprendido que no habría represalias, que la disciplina de las tropas era ejemplar y no se atentaría contra las propiedades ni se perseguiría a los individuos, Potosí ya no juzgaba necesario prolongar su fingimiento.

Todo lo que hizo Díaz Vélez por entonces fue destacar una avanzada de observación por la senda a Oruro, en donde estaba el enemigo.

La atmósfera de Potosí iba ejerciendo sobre la vanguardia revolucionaria una acción malsana, enervante, bien que todavía apenas perceptible, como la ejercería más tarde sobre el resto del Ejército, que ya venía en camino desde Jujuy para posesionarse definitivamente de la villa imperial.

Un error lamentaré siempre de mi actuación en la guerra, y es haber establecido el cuartel general en Potosí.

Gradualmente, con lentitud, íbamos llegando al nuevo teatro de la guerra quienes seríamos sus protagonistas en la cambiante etapa que se hallaba al comenzar. Se alejaban unos, otros acudían en su reemplazo; este renunciaba; era licenciado aquel; cambiaban los actores, pero los motivos y carácter de la lucha permanecían inalterables.

Después del alejamiento de Goyeneche, el ejército realista había quedado provisoriamente al mando de su segundo, el brigadier Juan Ramírez. Sabía Ramírez que Potosí estaba mal guardada por los escasos hombres de la vanguardia patriota, y que le resultaría fácil desalojarlos siempre que actuase con rapidez, anticipándose a la llegada del grueso de mi Ejército: así, pues, su primera idea había sido intentar la reconquista de la ciudad aprovechando la superioridad de número.

Llamado un consejo de guerra, los otros jefes disintieron. El mando de Ramírez era precario, y no resultaba prudente desarrollar acciones ofensivas cuando el reemplazante de Goyeneche venía ya desde Lima a hacerse cargo. Además la situación en Cochabamba era otra vez explosiva: si ellos avanzaban, la inquieta provincia quedaría a sus espaldas, con todas las probabilidades de que volviera a insurreccionarse. Pero Ramírez insistió en su plan y consiguió finalmente imponerlo. Dio comienzo a su ejecución, y ya había avanzado treinta leguas por el camino a Potosí, cuando llegaron a sus oídos las temidas novedades de una nueva revuelta en Cochabamba. Debió suspender sus marchas al llegar a Condo-Condo, regresando a Oruro frustrado en sus designios y con grave mengua de cabalgaduras.

Justamente por esas fechas —el 10 de junio—, anunciaba yo desde Huma-huaca, en oficio al Gobierno, que pese a todos los inconvenientes iniciaría la demorada marcha al Alto Perú.

Lenta, penosamente, el grueso de mis tropas fue internándose en aquel extraño y agreste territorio, de sequedad exasperante. Cerros de caprichosas formas, angostas quebradas, rocas amontonadas caóticamente ofreciendo idea de antiguos cataclismos: tal era el paisaje que los soldados veían, conocido ya de algunos, pero enteramente nuevo para los ojos de los reclutas, y también para los míos. Ora subíamos una altura por estrechas veredas de granito, ora faldeábamos un cerro o atravesábamos un desnudo llano sin rastros de vegetación. Los primeros efectos del mal de puna empezaban a hacerse sentir en las respiraciones fatigosas, el andar desganado, los mareos.

A mediados de junio arribamos a Suipacha, teatro de la primera victoria patriota durante la campaña anterior. Pocos días después, Potosí nos veía entrar finalmente por sus calles, con todas nuestras divisiones, nuestro parque y caballería, y mi para entonces famosa y temida persona a la cabeza.

Se cumplía así la primera etapa de la campaña. Sumando, con la vanguardia de Díaz Vélez, un total de dos mil quinientos hombres, esperaba yo aprovechar el estado de disolución del enemigo, que a pocas leguas de allí se hallaba aún en disposición de concentrar casi el doble de fuerzas. Por primera vez, sin embargo, me dominaba un sentimiento de tranquila confianza, como no había sentido antes de Tucumán, y ni siquiera antes de Salta.

Casi al mismo tiempo que yo, llegaba al teatro de la guerra el nuevo jefe del Ejército realista: el Brigadier Joaquín de la Pezuela, reemplazo de Goyeneche, para repeler el avance de mi Ejército. Con este adversario habría de medirme: sus cualidades personales lo calificaban para ello.

Acreditado oficial de artillería, tenía Pezuela una larga experiencia militar y una meritoria foja de servicios. Hombre discreto, introvertido, adverso a toda grandilocuencia y de rígidas convicciones absolutistas, carecía en absoluto de ese sentido de la teatralidad que tantos réditos diera a su predecesor; pero en cambio poseía una firmeza de carácter y una resolución poco comunes. No era vándalo, no sentía inclinación a las represalias salvajes y no aspiraba a urdirse una fama siniestra con que intimidar a los pueblos. Creía en el orden; la Revolución se le antojaba un movimiento convulsivo, insano, nefasto para la vida social, alimentado por la avidez de las potencias extranjeras que pretendían

reemplazar a España en la dominación colonial. Odiaba los principios de la Revolución por considerarlos la formulación teórica del caos: veía en ellos sólo el aspecto disolvente, la deslealtad hacia el monarca, el origen de tribulaciones mayores que empobrecerían a los pueblos y arruinarían a la metrópoli. Era, en suma, un hombre honesto, tan sincero como podíamos serlo los revolucionarios, y por ende mucho más útil para la causa del Rey que el terrorista Goyeneche, que tanto contribuyera a desacreditarla con sus crímenes.

Cuando el Virrey Abascal se vio en el caso de cubrir la Jefatura del Alto Perú, halló en los posibles candidatos una embozada resistencia. El ejército realista, a un paso de la disgregación, rodeado de países hostiles, resentido por el alejamiento de su Jefe anterior, y en que la desertión hacía estragos, estaba condenado tal vez a nuevas derrotas, a retrocesos vergonzantes o a penurias sin fruto. Su situación era comparable a la del Ejército patriota un año antes, y al igual que a las autoridades de Buenos Aires, a Abascal le había costado dar con el hombre para ese arduo puesto. Como yo el año anterior, Pezuela no opuso reparos, marchando sin pérdida de tiempo a hacerse cargo de tan grave responsabilidad, con lo que evidenciaba una entereza nada corriente.

Por toda ayuda había recibido del Virrey 360 hombres, 10 piezas de artillería y 400 fusiles de repuesto. Con tales refuerzos llegó el 1.º de julio al Desaguadero, límite del Alto Perú, decidido a realizar el último intento en defensa de las autoridades coloniales. Dueño de un temple robusto, convencido de la justicia de su causa como yo de la mía, y animado por idéntico fervor, era Pezuela un digno adversario: yo sólo esperaba la ocasión de medirme con él en el campo de batalla.

Los sucesos comenzaban a precipitarse, y no pasaría mucho tiempo antes de que esa ocasión se me ofreciera, en jornadas ominosas, de imprevistas consecuencias para la guerra revolucionaria.

JULIO A SEPTIEMBRE DE 1813

Vacila mi pluma al emprender el relato de lo acaecido en el Alto Perú desde el instante en que pisamos sus melancólicas extensiones, buscando afianzar una posesión siempre esquiva y dificultosa. Los años no han disminuido el agudo sentimiento que me embarga al recordar; y si la memoria de Tucumán y Salta me llena aún de gozosa emoción, Vilcapugio y Ayohuma vienen a mí desde las tinieblas del tiempo, para atormentarme con no declinada viveza. ¡Sin embargo, bien sabe Dios que al arribar a Potosí, mi corazón latía al compás de las más halagadoras esperanzas! Me veía ya de libertador en Lima, expulsando a los tiranos de su cubil y haciendo flamear en las torres de El Callao la divisa de nuestra emancipación... Pero el Todopoderoso, que abate a los soberbios, castigaría duramente esa necia confianza mía.

Me lisonjaba la idea de dar un nuevo curso a la guerra, uniendo la acción política a la militar. Desde mi llegada a Potosí, tenía el propósito de hacer sentir a la población, mediante hechos positivos, la seriedad de nuestros deseos por el bien del común, para que contrastaran con la atroz conducta del enemigo. Aquellos países no sólo eran por sí miserables: los realistas los habían arruinado, como si su objeto no hubiera sido otro que el destruirlos, pues a haber pensado en dominarlos diferente fuera su proceder. El estado de las finanzas era lamentable y nulos los recursos; el comercio estaba paralizado, la tierra yerma, hambreados los campesinos, suspendida toda fructífera actividad. Mi primera preocupación se dirigió, pues, a restaurar en algo la riqueza pública a través de una administración competente, no sólo por el prestigio de nuestra causa, sino también para asegurar la subsistencia del Ejército, cuyo peso no podía cargar sobre los hombros ya demasiado agobiados de los habitantes.

Rehabilité así la Casa de la Moneda que desde antaño funcionaba en Potosí, con la mira de normalizar los negocios, y también el Banco, al que proveí con los fondos de la comisaría del Ejército, que había traído especialmente de Salta para que reanudara sus giros. A fin de evitar peligrosas morosidades en la administración de aquellos vastos territorios, y dotar a los gobiernos locales

de un mayor impulso, subdividí en ocho las cuatro provincias que formaban el Alto Perú, y nombré gobernadores a gentes de mérito, como el teniente coronel don Ignacio Warnes, don Francisco Ortíz de Ocampo y el coronel don Álvarez de Arenales, que lo fueron respectivamente de Santa Cruz de la Sierra, Chuquisaca y Cochabamba, respondiendo sobradamente con su dedicación a la confianza puesta en ellos. Diré aquí, en rigor de justicia, que las medidas adoptadas, asumiendo un carácter de orden y moralidad rigurosos, consiguieron poco a poco montar sobre el pie de regularidad la hacienda pública: al cabo de un tiempo, ésta hubiera bastado no solamente a las necesidades del Ejército, sino para aumentarlo y proveerlo abundantemente.

Pero no eran las finanzas mi único desvelo. La Tiranía halla siempre pasto en la ignorancia: los pueblos no pueden amar la Libertad sin conocer sus beneficios, ni pueden conocerlos si viven de oscuridad y superchería. ¡Y qué lastimoso era el estado del Alto Perú en este aspecto! Los errores más groseros poblaban las cabezas, haciéndolas proclives al miedo supersticioso: ignorancia fomentada por los propios dignatarios de la Iglesia, sin que se comprenda cuál era el rédito que esperaban para nuestra Sagrada Religión de desnaturalizarla con las más burdas creencias. Júzguese la verdad de mi aseveración por unos breves ejemplos.

Sobrevino durante esos días un eclipse solar, y en los poblados de las inmediaciones asistieron nuestros hombres a un pasmoso espectáculo. Las gentes ignorantes empezaron a reunirse en las plazas con alboroto indescriptible, que aumentaba según se iba opacando el día, llenas de pavora y congoja por lo que suponían ser la muerte del astro. Como para hacer partícipes de su aflicción a todos los seres vivientes, corrían a las gallinas, azotaban a los perros y castigaban a los niños, prorrumpiendo en tristes lamentaciones. Hasta se les vio encender grandes fogatas con la ingenua ocurrencia de dar calor al sol. Las campanas repicaban en son de plegaria, implorando la misericordia divina, y los infelices indios se postraban de rodillas y clamaban al cielo con gritos que hubiesen conmovido a las piedras; pero los curas de las poblaciones, satisfechos del abyecto terror que había cundido, nada intentaban para disiparlo, especulando tal vez con reforzar la piedad por ese indigno medio.

Hacia la misma época tuvo lugar otro hecho comparable. El Tribunal militar condenó a muerte a tres desertores, reclutas de la zona, que fueron puestos en capilla. Hallándome en misa al día siguiente, una multitud encabezada por

los prelados de las comunidades religiosas, portando las imágenes de Nuestra Señora de las Mercedes, Santo Domingo y San Francisco, acudió a mi residencia a pedir gracia por los reos; y al no encontrarme, dejaron allí las imágenes, mientras se dirigían a la iglesia donde yo estaba, para exponerme su súplica. No podía yo acceder por no dar muestras de debilidad nocivas a la disciplina, y mandé restituir las imágenes a sus altares. Poco después supe que un clérigo, desoyendo mis órdenes, había enardecido a la multitud, convenciéndola de llevar las imágenes nuevamente ante mí. Decidido a cortar de raíz esta inusitada rebelión, expulsé de Potosí al clérigo e hice arrestar e incomunicar a varios prelados y frailes que habían participado. ¿Y qué cosas llegaron a mis oídos con motivo de este asunto? Pues que las gentes afirmaban haber entrado a mi casa la imagen de la virgen con colores, y haber salido descolorida y llorosa al no obtener lo que pedía. ¡Educación, educación es lo que necesitan estos pueblos para ser virtuosos e ilustrados como corresponde, siquiera en los principios de nuestra Religión; si no, jamás seremos nada! Al cabo, para no irritar a la población ya alborotada por estas especies, ni dar pie a que se me acusase de impiedad ante el vulgo, resolví perdonar a los reos, lo que solamente hice cuando los sacaban al suplicio, de modo de salvar los respetos a la autoridad.

Cualquiera colige lo dificultoso que sería difundir los principios de nuestra Revolución. Por ello encomendé a mis gobernadores promover como el objeto más interesante la educación de la juventud. Pero no se crea que las clases ilustradas nos fueran más afectas, al menos en Potosí.

El inmenso poder de que yo gozaba como jefe militar en tierras sometidas a mi exclusivo dominio creó bien pronto la infaltable cohorte de adulones. La aristocracia local, desdeñosa con Díaz Vélez, se había vuelto servil por terror al verme llegar con el grueso del Ejército. Difícil hubiera sido discernir los patriotas sinceros de los fingidos; y aunque tal vez yo abrigara excesiva suspicacia, lo cierto es que nunca logré sentirme cómodo mientras permanecí en la vieja ciudad que había elegido como Cuartel General. En todas partes adivinaba traiciones, distando mucho de convencerme la multitud de agasajos y fiestas en mi honor, o los reiterados votos por la Libertad que oía a cada instante. Pronto me torné sombrío y receloso con ajenos, distante y duro con los míos.

Las señoras patriotas me regalaron por esos días, en memoria de la Libertad debida a nuestro Ejército, una costosa tarja de oro y plata de valor

de más de 7.000 pesos fuertes, primorosamente cincelada, donación que yo acepté para donarla a mi vez al Cabildo de Buenos Aires, en donde aún hoy debe conservarse. Pero los que nos eran realmente adictos no pasaban de ser minoría. La sorda inquina trabajaba agazapada, como que ya empezaban a notarse algunas deserciones. Sospechábamos que agentes realistas corrompían a nuestros soldados. Yo había creado un tribunal militar para castigar a los traidores, con todas las garantías del juicio, y pronto saldría a luz la oscura trama de aquellas deserciones.

En efecto, aconteció que un cadete de Cazadores avisó cierto día a su Capitán haber sido invitado a pasarse a las filas enemigas. Consultado el asunto, resolvimos ordenar al cadete que fingiera prestarse a las propuestas que se le hacían, y aún ofrecerse a seducir a otros soldados. Así lo hizo, y a poco tuvieron lugar unas conferencias con los civiles que estaban en la conjura, a las que el cadete llevó dos oficiales disfrazados de soldados. Los conjurados eran un tal Boyer, español riquísimo, y un americano Ereñózaga, cajero de una fuerte casa comercial, más otros que no pudimos descubrir. El caso es que estos hombres cayeron en el engaño y dieron a los nuestros dinero y ropas, conduciéndolos a una finca apartada donde aguardaban las mulas que los llevarían al cuartel realista. Allí fue que los capturamos, sometiéndolos inmediatamente a juicio. Viene a mi memoria la singular obstinación de Boyer en negar ante el Tribunal su participación en el hecho, provocando que muchos creyeran en su inocencia, máxime que era hombre respetabilísimo de Potosí. Pero cuando fue presentado como testigo el cadete que intentara seducir, al ver la inutilidad de su negativa, confesó de pronto:

“Señores, sí, es cierto lo que se me arguye. Pero sépase que este hombre —añadió señalando a nuestro espía— es un malvado sin honor, sin fe y sin delicadeza”.

Como si hubiera honor, fe y delicadeza en la indigna misión que había asumido, de sobornar a nuestros hombres. Aún debí soportar que otro rico personaje se presentara ante mí ofreciendo una contribución de cuarenta mil duros para el Ejército a cambio de la vida de Boyer. Rechacé enérgicamente la propuesta. Fuerza era escarmentar de una vez a nuestros enemigos, y Boyer y Ereñózaga perecieron infamemente en la plaza pública.

Antes de entrar en la consideración de los problemas militares, permítame referir algunos sucesos que darán idea de nuestra estrategia política en el Alto Perú.

Nueve de cada diez habitantes son allí de raza india o mestizos, clase la más desgraciada de la sociedad, sometida a las arbitrariedades del poder y en algunos casos a las formas más descarnadas de esclavitud. Los indios eran elemento principal de todas las revueltas, como lo habían sido desde los tiempos del célebre Tupac Amarú. Puestos en pie de guerra, recorrían en hordas el país, sin más armas que sus palos, piedras, macanas y chuzas; aquí emboscaban una partida realista, allá interceptaban la correspondencia del General enemigo, un día ofrecían batalla –aun sin armas de fuego–, otro día se internaban en las sierras retirando víveres y forrajes, para dejar sin medios a las tropas que atravesaban sus territorios. Eran, pues, aunque débiles como fuerza militar para el combate, importantes auxiliares de las operaciones que yo meditaba llevar a cabo.

Uno de mis principales propósitos al internarme en el Alto Perú consistía en alimentar la adhesión espontánea que los indios tenían por nuestra causa. Ya Castelli lo había hecho en la primera expedición patriota, dictando el decreto que los liberaba de toda servidumbre, para disgusto de los individuos de sangre europea. Me acongojaba la suerte de aquellos infelices, primitivos dueños de la tierra americana, que hoy eran extranjeros en ella y vivían miserables luego de haber sufrido seculares despojos. Así, pues, con la mayor prudencia, hube de hacerles patentes nuestras benévolas intenciones con cuanto medio hallé, desde la sana administración hasta el gesto meditado. El éxito acompañó mis propósitos, y si la causa de la Revolución caló más profundamente en el alma de los pueblos, ello fue obra, en no escasa parte, de esta salubre conducta.

Respondían los indios a las órdenes de tal o cual caudillo, siendo uno de los más destacados Baltasar Cárdenas, quien, al frente de una indiada numerosa, se había mantenido a pie firme en la inaccesible provincia de Chayanta, después incluso de la caída de Cochabamba. No tardó Cárdenas en ponerse en contacto conmigo, ofreciendo más de dos mil indios mal armados. Tanto para asegurarme su fidelidad como por incorporar definitivamente a la lucha a los que lo seguían, di a Cárdenas el grado de Coronel, y más tarde lo introduje en mis combinaciones militares.

Pronto, por obra de no sé qué misteriosa difusión, adquirí un inesperado prestigio entre los nativos, que se propagó hasta las regiones más remotas. Llegó un día el pedido de un cacique oriundo del Chaco, que quería tener conferencia conmigo. Se trataba de Cumbay, guerrero ilustre, que se daba a sí mismo el título de General, y a quien nadie contradecía en ese rasgo de vanidad a causa del gran número de sus seguidores: multitudes que lo veneraban como a un ídolo. Partidario fervoroso de la Revolución, había combatido por ella en diversas ocasiones, y aún tenía la justa vanagloria de exhibir como medallas las heridas de bala recibidas en Santa Cruz de la Sierra. Era un hombre orgulloso de su condición y de su raza, que hacía gala de soberano desdén por la civilización y jamás había querido pisar una ciudad: sólo se avenía a hacerlo ahora en Potosí por el deseo de conocerme. Sin dejar de comprender el significado lisonjero de tal excepción, accedí a la conferencia. Vino escoltado de veinte altivos flecheros, cada uno con su carcaj a la espalda, el arco en la siniestra y una flecha envenenada en la diestra; lo acompañaban sus dos hijos, y un indio lenguaraz, porque el orgulloso cacique no rebajaba su dignidad a hablar la lengua de los españoles. Para honrarlo en forma acorde, dispuse todo género de agasajos y obsequios.

Me anunciaron su llegada, y salí hacia él. Me maravilló el curtido cuero de su rostro, ajado por las arrugas más vigorosas, así como el curioso orificio del labio inferior, en donde lucía una piedra de adorno según la usanza de su tribu. Todo en su persona era de una dignidad y altivez naturales. Antes y después, en el Viejo y el Nuevo Mundo, he tratado con individuos cargados de títulos, y no exagero si afirmo que ninguno de ellos poseía esa digna serenidad, indicadora de una enraizada conciencia de su estirpe, que advertí en el taciturno cacique, rey de salvajes, que había venido de la selva para verme.

Echando pie a tierra, se adelantó y clavó en los míos sus ojos diminutos. Al fin dijo, por medio de su lenguaraz:

“No me han engañado: el General Belgrano es muy lindo, y según su cara así debe ser su corazón”.

Le presenté un caballo blanco que había mandado enjaezar ricamente y herrar con herraduras de plata. Cumbay aceptó el presente con gusto, pero sin asombro. Montando, lo llevé a pasar revista a nuestro Ejército, formado en su honor. El cacique no se dignó concederle una mirada.

“Tenga el General Cumbay cuidado con su caballo –le dije al pasar frente a la artillería–, porque van a abrir fuego los cañones”.

“Cumbay nunca tuvo miedo a los cañones”, replicó.

Ordené dar al cacique lujoso alojamiento en una de las más ricas residencias de Potosí. Al ver la magnífica cama que se le había preparado, Cumbay echó a un rincón los adornos de que estaba cubierta y tendió sobre ella su apero de campo, como prueba de desprecio por esos inútiles accesorios de la vida civilizada. En las numerosas fiestas a que se le hizo asistir conservó siempre su inalterable dignidad, observando los artificios del lujo como quien los tiene en menos; y aún hubo de responder, cuando lo llevé a presenciar los ejercicios de nuestro Ejército, a mi pregunta de qué opinaba sobre el despliegue de fuegos y maniobras:

“Con mis indios desharía todo esto en un santiamén”.

El día de su partida lo colmé de presentes. Le obsequié un vistoso uniforme y una esmeralda incrustada en oro para que la luciera en el consabido orificio, en vez de las ordinarias piedras que usaban los indios de su tribu.

“Dos mil de mis indios pongo a su disposición –me dijo al despedirse– para luchar contra los malvados españoles”.

Se dirá que todo esto son extravagancias indignas de un General solicitada por más serias preocupaciones. Sin embargo, es incalculable el efecto que tales deferencias tuvieron en las multitudes nativas. En cuanto a mí, tengo como uno de mis mayores blasones el que aún hoy, tras tantos años y sucesos como han pasado, se siga pronunciando mi nombre con afecto y respeto entre los indios del Alto Perú, al punto que, según se me dice, suelen todavía alentar sus sueños de libertad, asegurando en sus penurias que yo volveré para auxiliarlos.

Progresaba firmemente nuestra causa en la opinión. Normalizada la hacienda pública, desenmascarados los conspiradores y eficaz la administración de las restantes provincias, un éxito mediano iba siguiendo cada una de mis medidas. Pero no era sencillo poner al Ejército en condiciones de batallar, tanto por la dificultad de recursos cuanto por la de reclutar hombres en la zona, que bien pronto desertaban.

Hoy hallo entre mis papeles algunas ajadas cartas de aquellos días de afán, incluyendo la correspondencia que mantuve con el entonces coronel San Martín, cuya ciencia militar, adquirida en Europa, era notoria. “Por casualidad, o mejor diré, porque Dios ha querido –le escribí entre tantas– me hallo de general sin saber en qué esfera estoy: no ha sido esta mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme, y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación”. No exageraba al expresarme así, pues que era mucha mi incertidumbre y no poca la falta que me hacía el consejo de alguien experimentado en la guerra. Sus alentadoras palabras me reconfortaron; y no pasaría mucho tiempo antes de que tuviera oportunidad de tratar cara a cara a ese hombre, destinado por la Providencia a cambiar fructíferamente el curso de la contienda.

Penetrando en mis preocupaciones militares, diré que uno de mis primeros arbitrios fue hacer una recluta en Potosí y Chuquisaca para llenar los claros de mis batallones, si bien resultaba arduo el conservar a los nuevos, proclives a la defección. Entre mis auxiliares se distinguía, en esto de procurar reclutas, el intendente de Charcas, que me mandaba asiduos refuerzos. Las gentes del Alto Perú, o nos eran contrarias, o, si favorables, poco dispuestas a sobrellevar la disciplina militar como simples soldados.

Por el mismo tiempo envié al Coronel Zelaya a Cochabamba, la levantisca provincia, con vistas a formar un nuevo Regimiento de Caballería y poner orden y regularidad en las milicias de nativos ya existentes, todo lo cual cumplió con gran diligencia. Estas medidas apuntaban a remontar convenientemente nuestras tropas, pues el enemigo, aunque desmoralizado, nos llevaba superioridad.

La concentración de fuerzas iba operándose lentamente, como que no había subsistencias bastantes, y hasta las mulas y caballadas distaban del número preciso, aún para las descubiertas. Esta era una de mis mayores zozobras: al abrir campaña habría de toparme, justamente, con la insoluble escasez de transportes y la necesidad de hacer llevar muchos pertrechos a hombro.

Lejos estaba de poder tomar la ofensiva, pero más que yo lo estaba el enemigo, cuya impotencia me daba tiempo para la organización. A fin de mantenerlo en permanente inquietud aumentando los peligros que lo rodeaban, hice soliviantar los territorios de Cochabamba y La Paz. Emisarios secretos partieron a la costa del Bajo Perú, a fomentar la insurrección de los pueblos

de Arica, Tacna, Arequipa y Cuzco: con esto último quería, si la Divina Providencia no contrariaba mis planes, cortarle sus comunicaciones con Lima y preparar el terreno para cuando, obtenida una victoria, pudiese abrir campaña sobre la capital realista. Como se advierte, mi plan comprendía diversas operaciones simultáneas, tratando de no descuidar ningún aspecto. Preciso era no sólo fortalecer el Ejército en número y disciplina sino también poner en pie de guerra a las poblaciones, a cuyo concurso mucho fiaba.

Al escribir estas líneas viene a mi memoria un suceso posterior, demostrativo de la cruel ironía con que se regodea el Destino. En día no muy lejano recibiría yo noticias alentadoras de mis enviados al Bajo Perú, que hablaban de favorables movimientos en los pueblos, de la esperanza en nuestra victoria y del apoyo de las gentes a una eventual marcha sobre Lima; y sin embargo, tales noticias llegarían a mí con un sabor muy amargo, en inoportuno momento, no para alegrarme sino para hacer más dura mi congoja y más gravosa mi desolación. Dejo para su debida ocasión el referirlo.

Hoy creo un error el haberme quedado en Potosí, en vez de adelantar mi Ejército a una posición más amenazante y resguardada, como pudo ser la de Cochabamba, rica en recursos, fervientemente adicta a nuestra causa —según lo había demostrado—, y que tenía la virtud adicional de permitirme acechar el flanco de los realistas, acantonados en Oruro. Pero el pobre estado de mi Ejército me había imbuido una cautela excesiva, y ese error no tendría reparación, pues los acontecimientos empezaban a precipitarse. A comienzos de agosto llegaba a la zona el Brigadier Pezuela, ordenando a su Ejército avanzar sobre nosotros 23 leguas, hasta Ancacato, en actitud ofensiva, tal vez buscando ya el punto de batalla. Su fuerza contaba 2.700 infantes, 800 caballos y 18 piezas de artillería, aparte de las guarniciones que había dejado en Oruro y en el Desaguadero, todo lo cual sumaba cerca de 4.500 hombres: número apreciable, que él mismo se encargó de remontar en varios cientos más.

En vista de sus movimientos, debía yo también ir fijando nuestro curso de acción. Con el paso de los días, los informes se tornaban más imperiosos. Decíase que el enemigo avanzaría aún otro trecho, hacia Condo Condo, con miras a un encuentro campal. Pensé que mucho nos ahorraban esos movimientos al acortar el camino que deberíamos hacer para ir en su busca; pues, aparte de que mientras ellos caminaban nosotros adelantábamos en preparación, su avance nos aliviaría del inmenso tráfago con que teníamos que marchar, lle-

no de obstáculos casi invencibles, al extremo de resolverme a apelar, para el transporte, a los hombros de los naturales. La posición de la pampa de Vilcapugio, próxima a Condo Condo, nos era más ventajosa que cualquier otra más distante; y el espíritu de la tropa estaba alto, como que aún tenía presentes sus triunfos, ardiendo en el anhelo de llegar a las manos. Así, pues, aunque me inspirara natural temor la proximidad del desenlace, mi confianza era sólida en lograr, mediante Dios, un buen éxito que acabara con el enemigo.

¡Véase cuán pobre cosa son nuestras previsiones, y en qué profundos arcanos duermen los decretos de la Divinidad, inaccesibles a los mortales hasta el momento en que se manifiestan! Por aquellos días yo soñaba aún, con buenos fundamentos, en caer sobre Lima y darme la mano con los patriotas de Quito y Nueva Granada, para asegurar así la libertad de este vasto y desdichado continente... Raras veces, en mi accidentada carrera militar, experimenté tanta fe en un plan como durante aquellos días previos a la acción de Vilcapugio: y sin embargo, bien sabía yo que poco cabe fiarse de los planes, por brillantes que sean, pues el más pequeño contratiempo puede desbaratarlos.

El enemigo estaba en Ancacato, como dije, con intenciones aparentes de avanzar, bien que rodeado de países hostiles. Aunque más numerosas y potentes sus fuerzas, a duras penas lograba su nuevo general revertir el mal espíritu que las poseía. Mi idea era atacarlo y estrecharlo, no sólo con el Ejército que permanecía en Potosí, sino también con los refuerzos que esperaba recibir del país de Cochabamba, adonde había ido Zelaya a levantar milicias, y de la provincia de Chayanta, en que Baltasar Cárdenas, el caudillo de los indios, preparaba una fuerza numerosa para auxiliarme. Zelaya, según podía colegirse de sus informes, había conseguido reunir unos 1.200 efectivos y armado una fuerza de caballería. En cuanto a Cárdenas, a quien yo había dado el grado de coronel, prometía dos mil indios mal armados, pero animosos. Así, pues, sumando todas las divisiones, nuestro Ejército alcanzaría un número muy superior al enemigo, y las condiciones de la batalla nos favorecerían. Pero para esto era necesario que Zelaya y Cárdenas concurrieran al ataque sin pérdida de momento. Yo atacaría al enemigo por su frente, marchando desde Potosí hacia Vilcapugio, al tiempo que Zelaya y Cárdenas insurreccionaban todas las indiadadas a espaldas del enemigo, para finalmente incorporarse al Ejército por la derecha. Con esta combinación, la victoria era segura: Pezuela estaba perdido, se allanaba el camino a Lima y finaban nuestras preocupaciones en el Alto Perú. Todos los movimientos habrían de realizarse en el curso de ese

mes de septiembre de 1813 que se iniciaba, para cuyas postrimerías debían hallarse ejecutados.

Así, pues, al tiempo que ultimaba los detalles de la marcha del Ejército, libré sendos oficios a Zelaya y Cárdenas, con instrucciones precisas. Y, conviene decirlo, tales instrucciones serían las que, de un modo totalmente inesperado, influyeran en el desenlace ulterior de la batalla, por una de esas raras incidencias que escapan a la humana previsión.

Al evocar hoy el teatro de nuestras acciones, la memoria trae a mí, con una minuciosidad que asombra, todos los accidentes de aquella región inolvidable, como si tuviese ante mis ojos un mapa extendido, de los que por entonces febrilmente consultaba, o como si me hallase aún en el seno mismo de esos crueles países.

El camino central que unía Potosí y Oruro discurría entre ásperas montañas, ora faldeándolas, ora subiéndolas, ora descendiendo hasta angostas quebradas. Era una senda dificultosa, y más para nosotros, que no contábamos con adecuados medios para su travesía. Piénsese que era preciso recorrer casi cuarenta leguas por esas anfractuosidades, desde Potosí hasta la pampa de Vilcapugio. Y si a ello se añade que las mulas eran pocas y menos los caballos; que las carretas iban cargadas con exceso, no pudiendo transitar en muchos tramos; que el estado del camino era fatal; que no había forrajes en todo lo largo y los que llevábamos se agotaban rápidamente; y que los nativos, viendo el cúmulo de trabajos, casi sobrehumanos, a que habríamos de someterlos para transportar todas nuestras pertenencias, se ocultaban a nuestra sola vista; si se piensa en todo eso, repito, tal vez llegue a formarse una ligera idea de la multitud de dificultades superiores a nuestra capacidad que rodeaban la marcha hasta nuestro final destino.

Es Vilcapugio un triste llano, con unas pocas elevaciones de piedra, acotado por montañas en todos sus flancos, y surcado de Este a Oeste por un modesto arroyuelo que brota de un ojo de agua. A unas cuatro leguas más adelante está la entrada al valle de Ancacato, por donde vendrían Zelaya y Cárdenas a incorporarse a nuestras fuerzas. Separado de este punto por una cadena montañosa se encuentra el camino llamado del Despoblado, y en sus inmediaciones los pueblos de Poopó, Challapata y Condo Condo, de donde

avanzaría el enemigo, pues será oportuno remarcar que éste había finalmente abandonado Ancacato para establecerse en Condo Condo, distante solo cuatro leguas del campo de batalla.

El grueso de nuestro Ejército, partiendo de Potosí, iría a Vilcapugio por la angosta garganta de Las Leñas, donde yo había situado la vanguardia, y luego de seguir hasta un paraje llamado Lagunillas, a escasas cinco leguas de nuestra meta, se detendría para operar allí la concentración de fuerzas antes del avance final. Las de Cárdenas y Zelaya deberían unírse nos en Vilcapugio.

Esta era la idea, y sólo Dios Nuestro Señor decidiría la forma en que habría de llevarse a cabo. Duras experiencias me han adoctrinado en la convicción de que nada se consigue sin voluntad, pero que la voluntad es cosa deleznable en manos del destino.

El día 5 de septiembre comenzó la salida del Ejército desde Potosí. Recuerdo hoy que la noche anterior me asaltó un vago presentimiento. Me había retirado a descansar, y ya se cerraban mis ojos cuando creí oír leves golpes a la puerta. Sobresaltado, pregunté quién llamaba. Nadie respondió, y justamente supuse que era una de esas frecuentes ilusiones que nos acometen en los umbrales del sueño; pero entonces una angustia inexplicable, abrupta, se apoderó de mí; el sudor corrió por mi frente, y ya no me fue dado volver a soñar por el resto de la noche. ¿Qué razones había para aquella angustia? ¿Un miedo supersticioso? ¿La zozobra que precede a todas las grandes jornadas de nuestra vida? Jamás he creído en fantasmagorías que contradicen nuestra Santa Religión; pero fuerza es confesar que lo agudo de esa impresión inspiró en mis pensamientos las ocurrencias más sombrías. Todo lo adverso se presentó en sucesión para señalarme que el triunfo era imposible: mis combinaciones podían fallar; la desertión nos había clareado el Ejército mucho más de lo previsto; Dorrego no estaría para acometer al godo, porque yo mismo lo había expulsado; Zelaya había marchado a Cochabamba y tampoco estaría conmigo hasta el momento que se nos uniera en Vilcapugio...; en fin: desfilaron ante mí, en aquellas horas, todas las contrariedades, sin que mi mente pudiera hallar argumentos para el optimismo, que tan claros me parecieran horas antes. Con el alba se disiparon esos temores como un mal sueño, y al regresar a la actividad olvidé pronto la fiera noche pasada, cuyo recuerdo, empero, habría de volver nítidamente andando los días.

Comenzamos a movernos. En la infantería, seis eran nuestros batallones: el regimiento Nro. 1 hacía el primero; el regimiento Nro. 6 hacía otros dos; el regimiento Nro. 8, de arribeños hacía un cuarto; y el batallón de Cazadores y el de Pardos y Morenos los restantes dos: todo lo cual no sobrepasaba los tres mil hombres, no pudiendo reunirse más por la gran deserción experimentada en los hijos del país. Con todo, cerca de 1.000 eran reclutas poco disciplinados. La caballería era el regimiento de Dragones, con quinientos hombres más; la artillería: catorce piezas y dos obuses. Tales eran nuestras fuerzas, habiendo resultado imposible el remontarlas por encima de ese número; y si no fuera porque aún se esperaban los refuerzos de Zelaya y Cárdenas, hubiésemos debido confesar nuestra inferioridad frente al enemigo.

Hacia un impiadoso frío el día de nuestra marcha. Los soldados comenzaron a avanzar por el áspero camino que a muchos los llevaría a la muerte. Atrás quedaba Potosí, con sus sesenta iglesias, sus fastuosos caserones y ese ceñudo cerro que fuera tantos años dador de lujos y padecimientos. Cuando, al alejarme, volví por última vez la vista, nada imaginaba de las condiciones en que divisaría nuevamente la inmóvil ciudad de que nos estábamos despidiendo.

Contradiendo mis inciertos temores de la víspera, el espíritu de la tropa era ejemplar. Nadie dudaba del triunfo, e íbamos a la batalla acicateados por el entusiasmo propio y por la inquietud de nuestros adversarios.

No obstante, como un ave que va perdiendo las plumas en su vuelo, íbamos dejando en el camino multitud de elementos que nos era imposible continuar cargando. Cajas enteras de municiones, que necesitaríamos para la batalla, fueron abandonadas en puntos determinados del camino, con la idea de volver más tarde por ellas, lo que me inspiraba la natural aprensión de no poder recobrarlas. En Lagunillas ordené detenernos y efectuar la reconcentración, pero se me hizo cuesta arriba el conseguir quien nos auxiliase para la recuperación de las municiones. No podía yo desprenderme de mis hombres, y los habitantes nos rehusaban sus espaldas. Solamente por la intercesión de un sacerdote lugareño, favorable a nuestra causa, fue posible que saliera una breve caravana de nativos a buscar los pertrechos abandonados.

Al fin, la reconcentración se cumplió con buen suceso, y tan pronto como me vi en condiciones, mandé avanzar hasta Vilcapugio, pues la parte final

del camino no ofrecía dificultades. Debo aquí detenerme en mi relato para explicar el por qué de esta última determinación, que tan serias consecuencias tendría para nosotros.

Siendo mi idea, como queda dicho, aguardar la incorporación de Cárdenas y Zelaya antes de cualquier acción, porque sus hombres me darían la superioridad numérica, al reunir unos cinco mil de pelea y otros tantos que ultimasen a los realistas en la persecución, alguno juzgará imprudente —y acaso lo fuera—, posesionarnos con tanta anticipación de Vilcapugio, donde, si el enemigo se presentaba, no tendríamos más remedio que hacerle frente, aun cuando no hubieran llegado los refuerzos. Pero debe comprenderse que ni remotamente era posible un ataque enemigo, porque Pezuela no estaba en condiciones de ordenarlo, y no lo habría hecho si un acontecimiento azaroso no hubiese venido a ponerlo sobre aviso del peligro mayor que lo amenazaba. El ejército realista, al pronto, sólo podía aspirar a defenderse.

Así, pues, no se advertía error alguno, a primera vista, en mi determinación: antes bien, ganaba con ella una ventaja al permitirme estudiar mejor el terreno y adoptar todos los recaudos para una posición más favorable. El día 27 de septiembre entramos en el llano de Vilcapugio. Luego de examinar minuciosamente sus condiciones topográficas, consideré apropiado formar dando frente al oeste, y apoyando nuestras espaldas en las montañas del este, que separaban el llano de la provincia de Chayanta, con lo que la retaguardia quedaba resguardada. Los días sucesivos los empleamos en ejercicios militares, de suerte que las tropas se fueran haciendo a la configuración del terreno, probando en él las dos maniobras con que yo esperaba asegurarme el triunfo: los pliegues y despliegues de columnas y los cambios de frente. Varias veces rectificué nuestra posición, para cubrir mejor los flancos, hasta que me sentí enteramente satisfecho.

Así transcurrieron los días 28, 29 y 30. La moral subía, las tropas aguardaban el momento de medirse, los refuerzos de Zelaya y Cárdenas iban acercándose por los caminos que confluían en Vilcapugio, y todo era esperanza y fe para nosotros. La última noche de septiembre la pasé sin sobresaltos. Un crudo frío había descendido sobre el llano y nos castigaba con fiereza; el cielo era negro, de una negrura absoluta, como jamás había visto hasta entonces, y las estrellas, en prieta muchedumbre, ardían con una nitidez que pasmaba, pues ha de saberse que en aquellas altas regiones las estrellas nunca titilan. Me

recogí a mi tienda, y, curiosamente, el sueño cayó sobre mí sin dificultad. Soñé que me hallaba en un claustro del Colegio de San Carlos, tal como era en los tiempos en que me tuvo como uno de sus alumnos, y que el Dr. Chorroarín, mi antiguo maestro, me interrogaba acerca de abstrusas cuestiones metafísicas, a las que yo respondía con invariable éxito. De pronto, el buen profesor, mudando su semblante, se dirigió a mí como si ya no fuese un niño, y me dijo:

“¡General, despierte, el enemigo está frente a nosotros!”.

Desperté lleno de angustia, sacudido por tan abrupto cambio, y en efecto, sentí que llamaban a la entrada de mi tienda con anhelosa voz, repitiendo las palabras que acababa de oír de labios del maestro.

MAÑANA DEL 1RO. DE OCTUBRE

A toda prisa abandoné mi tienda, disipado el sueño como por una jarra de agua. Mi corazón latía violentamente, aunque no quería dar crédito a lo que acababan de anunciarme. Aún estaba lejos el amanecer; transcurría esa hora fatal que marca la linde entre la noche y el día: hora la más inclemente, porque del cielo cae un rocío helado, y los tibios rayos del sol aún tardarán bastante en bendecir a los mortales. Nada se divisaba, excepto las pocas fogatas de nuestro propio campamento: el resto era negrura, y sólo podía barruntarse la proximidad del alba por la insegura franja gris contra la que se recortaban los cerros a nuestras espaldas.

“¿Qué habéis dicho?”, inquirí a los hombres que me aguardaban. Díaz Vélez me saludó asegurando que se habían visto movimientos, y que todo parecía indicar que el enemigo venía bajando la cuesta de los cerros que separaban Vilcapugio de Condo Condo, habiendo transpuesto sus cumbres durante la noche.

Quise oírlo por mí mismo, y el enviado de nuestras avanzadas, portador del nefasto parte, lo ratificó ante mí.

“No quiero pensar –repliqué– que os habéis acobardado de balde”.

Sin aguardar respuesta, me adelanté a caballo seguido del mayor general y de otros oficiales, a fin de observar desde cerca las tenebrosas moles de los contornos. Pero nada era posible distinguir en aquella maciza negrura, todavía no desvelada por la creciente claridad del cielo. Díaz Vélez dijo que era el segundo parte que recibíamos, y que por esa razón se habían resuelto a interrumpir mi sueño. Enviamos una nueva avanzada de observación, pero no fue preciso aguardar su informe, porque en cuestión de minutos una tímida claridad fue propagándose por las laderas de los cerros, y en donde antes no había sino oscuridad uniforme, ahora empezaba a discernirse un inquietante detalle. Una diminuta y prolongada hilera de hombres descendían como hormigas la empinada cuesta. En la base del cerro, la multitud se derramaba y

extendía, caótica aún, pero buscando ordenarse. El cielo, sin una nube, había aclarado ya lo suficiente como para permitirnos divisar con más precisión a aquellos que no podían ser, por su número y por la dirección que traían, otra cosa que el grueso del Ejército enemigo. Mi escepticismo debió rendirse ante la evidencia, si bien parecía imposible que Pezuela se hubiera resuelto a atacarnos. Lo inesperado de tal decisión me llenó de perplejidad. Volvimos grupas a toda prisa y ordené disparar el cañonazo de alarma, cuyo imprevisto trueno sacudió a nuestro campamento de su sopor.

Mientras daba las primeras precipitadas disposiciones, mandando formar a las tropas con urgencia, sentía en mi pecho una opresión sofocante, y no dejaba de preguntarme qué podía haber sucedido para que el general enemigo viniera sobre nosotros. Ahora no había posibilidad de rehuir la batalla, y los refuerzos que aguardábamos no llegarían nunca a tiempo. ¿Sabría Pezuela nuestro plan? ¿Alguna infidencia lo habría puesto sobre aviso? Aún el sol, oculto tras los cerros, no proyectaba sus rayos sobre el llano de Vilcapugio, pero el cielo había aclarado por completo y todos los ojos podían ver ante sí la formación enemiga, que poco a poco iba tomando orden, aprestándose para atacar.

Hasta pasados muchos días, no pude saber la causa de aquel misterioso movimiento, pero el buen orden del relato obliga a consignar aquí la explicación. Mi plan falló por circunstancias fortuitas: obligado es someterse a los designios divinos, contra los cuales, como se verá, chocan sin fruto las determinaciones de los hombres.

Pezuela había establecido su campamento en Condo, sobre el Camino del Despoblado, pero dejó una fuerza de observación en Pequereque, para custodiar el camino a Oruro y vigilar los desfiladeros de Cochabamba y Chayanta, previniendo cualquier avance rebelde desde esas indómitas provincias. Dicha fuerza estaba formada por un escuadrón de caballería y dos compañías de infantes, y la mandaba el salteño Saturnino Castro: el mismo que andando el tiempo acabaría sus días en el suplicio, al intentar pasarse a nuestras filas.

Se me antoja harto significativo el destino de este Castro, pues ilustra la fuerza primitiva que impulsaba a muchos a participar en la guerra. Hace parte de nuestra naturaleza un fervor irresistible por la violencia, una sed de sangre

no amenguada desde Caín, inmune a mandamientos y filosofías. Sería yo muy iluso si con toda mi experiencia aún creyese que la guerra revolucionaria ha de explicarse únicamente por el choque entre nuestras concepciones políticas y las de nuestros enemigos. Como Venancio Benavidez, y como tantos otros que destacaron por su valor y por su inconstancia, Saturnino Castro parece dar la razón a quienes piensan que la guerra es una inclinación natural, y que las ideas no actúan en ella sino como pretexto para desatarla o como justificativo ante la conciencia. ¿O no tenemos hoy sobrados indicios, en la lucha fratricida que nos envuelve, de la horrible verdad de este aserto? ¡Quiera Dios que la fuerza de la educación logre algún día desterrar de América los malsanos impulsos que la han cubierto y la cubren de sangre!

Era Castro un salteño valeroso que había abrazado la causa realista y combatido por ella a sus mismos paisanos. Al ser vencido por segunda vez Tristán, Castro prestó también el juramento de no volver a tomar las armas contra las Provincias Unidas, pero no tardó en quebrantarlo. ¿Qué ideal lo guiaba? Ninguno, excepto su deseo de combatir; y su conducta posterior demuestra que le daba lo mismo hacerlo por el Rey que por la Libertad. Se dice en Salta que había dejado allí a su amada, y que resuelto a volver en su busca, combatía con bravura para abrirse paso hasta ella. También se dice que al no conseguirlo por la fuerza de las armas, defecionó más tarde de las filas del Rey. Tan pueriles eran los motivos que llevaban a algunos hombres a adoptar un bando u otro. Se pensará que me detengo inútilmente en estas reflexiones, pero constituye para mí un enigma obsesionante, desde que ejerzo funciones militares, el rasgo de espíritu que conduce a cultivar con tanta asiduidad la muerte.

Castro tenía ganada una justa reputación guerrera, y en aquellos días del Alto Perú llegaría a acrecentarla con un despliegue de valor que lo colocó el primero en todo su Ejército. Audaz y diestro jinete, certero con el fusil, enérgico con el sable, sus correrías habrían de hacerse célebres. Por desdicha para mis combinaciones, en las vísperas de la batalla tuvo ocasión de demostrarlo de un modo imprevisto.

Cárdenas, el caudillo de Chayanta, venía avanzando en cumplimiento de mis instrucciones a la cabeza de sus dos mil indios, y a fines de septiembre asomó por Ancacato buscando incorporarse a nuestras fuerzas. Castro divisó desde su puesto aquella indiada informe y, sin tiempo de pedir órdenes a Pezuela, decidió atacarla con las escasas fuerzas de que disponía. Confiaba en

que la desorganización de los indios y sus malas armas, junto a la sorpresa, le permitirían desbandarlos. Así fue, en efecto. En cuestión de minutos se habían dispersado por completo, mientras los hombres de Castro perseguían a los fugitivos, dándoles muerte por la espalda y dejando tendidos cientos de cadáveres. Ya Castro se congratulaba de su éxito, cuando sus asistentes le trajeron un inesperado botín: en los baúles tomados a Cárdenas estaban mis instrucciones de campaña. Castro supo así, y se lo hizo avisar a Pezuela, que venían refuerzos desde Cochabamba, al mando de Zelaya, en número que él no hubiera podido resistir.

No es difícil imaginar la situación en que se habrá visto Pezuela al conocer nuestros designios. Su Ejército distaba de hallarse listo; sus víveres eran escasos, lo mismo que el forraje para sus cabalgaduras, y estas no alcanzaban para emprender la retirada; tenía tras de sí ochenta leguas de páramos hasta el Desaguadero, base de sus operaciones, y si era que se resolvía por el partido de retirarse, las provincias que lo rodeaban, que se habían sublevado, lo hostilizarían implacablemente. El desastre era seguro. ¿Qué hacer, pues? Era claro que, si Zelaya llegaba a unírseles con buenos y numerosos jinetes, Pezuela y sus hombres no tendrían oportunidad. Sólo le restaba atacar, aún en condiciones desfavorables, antes de que Zelaya tuviera tiempo de incorporarse a nosotros, pues era preferible arriesgar una posible derrota que no resignarse de antemano a ella.

Yo he sufrido un dilema similar en Paraguari, al despertarme frente al ejército paraguayo sin retirada posible: puedo imaginar las dudas de Pezuela, y estimar la animosidad de su resolución. Como en Tucumán, también aquí estaba en juego la suerte de la guerra, pues vencido aquel ningún obstáculo se nos hubiera opuesto para avanzar hacia Lima. Pero otros eran los planes de la Providencia, y Pezuela, al ordenar el improvisado ataque, seguía una oportuna y valiente inspiración.

El jefe realista ordenó reconocer el terreno, hizo replegar un cuerpo de tropas avanzadas y libró una orden a Castro para que el día 1ero. de octubre se presentase en Vilcapugio con sus hombres, a sumarse a la batalla.

El 30 de septiembre, todo el Ejército realista se movilizó, emprendiendo el ascenso de las cumbres que lo separaban de Vilcapugio. Hora tras hora avanzaron por la pedregosa cuesta, mientras la noche caía sobre ellos, ocultando a nuestros ojos sus movimientos. Mulas y soldados arrastraban penosamente

los cañones y cajas, y el crudo frío nocturno sin duda los habrá hecho tiritar y maldecir. Atrás irían quedando los cañones que, agotados, los realistas no pudieron cargar, puesto que sólo tuvieron en la batalla doce piezas de a cuatro. Llegados a la cumbre, habrán contemplado nuestras tranquilas fogatas en la lejanía, ardiendo desaprensivamente, mientras la mayoría de nosotros conciliábamos el sueño.

Ya el sol iluminaba brillantemente la pampa de Vilcapugio. Una indescriptible agitación se había apoderado de nosotros a la vista del enemigo. Al cañonazo de alarma, todo el campamento se había sacudido, y no hubo individuo que dejara de comprender lo que los jefes ya sabíamos de cierto: que la batalla tendría lugar mucho antes de lo planeado. Todas las tiendas quedaron vacías en cuestión de segundos; los soldados corrían en procura de sus equipos, los oficiales de sus compañías y los jinetes de sus cabalgaduras. Expedí las órdenes necesarias, mandando formar en el acto, según la manera ejercitada en los días previos. No tuve tiempo de padecer mis usuales angustias; era tanto lo que había que preparar, y con tal diligencia, que todas mis facultades quedaron absorbidas.

Al otro lado del llano, distante una legua, el Ejército realista desplegaba ya su línea de batalla. Era claro que su general estaba dispuesto a mantener la iniciativa. Pronto comenzó a avanzar. Recuerdo con precisión la imagen que hirió mis ojos: los tibios rayos del sol caían de frente sobre las tropas realistas, haciendo destellar a la distancia los filos de las bayonetas, mientras un viento suave prestaba marcial ondulación a las banderas desplegadas. A través del llano, llegaba hasta nosotros el rumor de la marcha granadera de la antigua ordenanza, cuyo compás marcaban solemnemente los tambores. Pezuela había ordenado a sus hombres plegarse en columnas, y así marchaban, con resolución y buen paso. Todo había sido tan precipitado y sorpresivo, que aún no conseguíamos reponernos, pese al sacudón con que el inminente peligro nos despojó del letargo matinal. Sin embargo, era alto el entusiasmo de las tropas, como lo había sido hasta allí, y nos prometíamos la más completa victoria.

Pero la confusión dominaba nuestro campo. Ni siquiera fue posible abatir las tiendas de campaña. Era tal la prisa que llegó a haber capitanes separados

de sus compañías, escuadrones faltos de jefes y otras irregularidades imposibles de remediar.

Mandé formar según lo previsto: en la extrema derecha, el batallón de Cazadores, a cuyo jefe anterior, Dorrego, reemplazaba ahora el sargento mayor Ramón Echevarría; en el centro: los batallones 1ero. y 2do. del Nro. 6, al mando de los comandantes Miguel Aráoz el uno y Carlos Forest el otro, y el batallón de Pardos y Morenos, dirigido por el coronel José Superi; en la izquierda, el Regimiento Nro. 8, a las órdenes del coronel Benito Álvarez. La caballería custodiaba los flancos dividida en dos alas, ligeramente atrasadas: la derecha, al flamante mando del coronel Diego Balcarce y del mayor Máximo Zamudio; y el ala izquierda, al de los comandantes Bernáldes y Arévalo. Vacilé en dar tal ubicación a dicha fuerza, como que apenas sobrepasaba los 500 efectivos, y su menguado número desaconsejaba dividirla; pero no queriendo desgarnecer ninguno de los flancos, al fin me resolví por aquella solución, que tan bien resultara en Tucumán. La reserva, por último, quedó situada a retaguardia de nuestra izquierda, y la formaba el regimiento Nro. 1 del coronel Gregorio Perdriel: las alternativas posteriores me hicieron lamentar el no haberla puesto más distante de la línea de batalla, ya que a causa de esta negligencia hubo de quedar al alcance de los fusiles enemigos. En cuanto a la artillería, siguiendo el método de Hølemberg, la dividí en secciones, intercaladas con la infantería.

Mis hombres formaban, pues, una línea de columnas en masa, dando frente al Oeste, y con las espaldas cubiertas por los cerros que yo había escogido como protección natural. Casi olvido agregar que el día anterior se nos habían reunido unos dos mil indios de Chayanta, que llegaron guiados por un escuadrón de Dragones. Como era de esperar, carecían de todo armamento, disciplina e instrucción. A algunos los empleé para arrastrar a brazo limpio las piezas de artillería. A otros los dejé como en reserva en las faldas de los cerros, al no tener armas, para hacerlos simbólicamente partícipes de nuestra suerte. Desde allí hacían el efecto de una abigarrada platea, siguiendo las vicisitudes de la batalla con maravillada expectación.

Media legua habría transitado el enemigo, cuando un repentino movimiento evidenció su plan. Con rapidez, las columnas desplegaron en batalla, quedando dividida la infantería en tres cuerpos con cuatro piezas de artillería cada uno y la caballería también dividida e intercalada con la primera. Poco más atrás marchaba la reserva de las tres armas que había dejado Pezuela a

retaguardia. En esa disposición continuaron avanzando, pero ahora corriéndose hacia nuestra izquierda, como si amagaran ganarnos ese flanco para interrumpir nuestras comunicaciones con Potosí.

Me sorprendió la animosidad ejecutiva de mi nuevo rival. Pezuela había ordenado un resuelto ataque, y estaba ejecutándolo con tal velocidad que apenas nos dejaba tiempo para intentar un replanteo más favorable de la línea de batalla; aunque sus operaciones resultaban temerarias. Avanzar frontalmente tan largo trecho, sobre un terreno llano, era arriesgarse a que nosotros, moviéndonos sobre uno de los flancos, quebrantáramos el paralelismo que él perseguía y desplegáramos antes de que sus tropas pudiesen cambiar de frente. Así pensé hacerlo, pero me contuvo el temor de perder en la maniobra las ventajas de nuestra posición, máxime cuando no podía asegurarme que los indios que arrastraban los cañones siguieran el movimiento con la necesaria rapidez. Debí, pues, desechar esa maniobra, y en su lugar dispuse correr la línea sobre el flanco izquierdo, para enseguida cambiar de dirección y dar frente de nuevo al enemigo, adelantando el ala izquierda. De este modo prevenía el intento de Pezuela de cortar nuestras comunicaciones.

Hecho esto, mandé desplegar en batalla. Era el momento oportuno para abrir fuego de artillería, que llegaría a destino sin que el enemigo pudiera responderlo, ya que sus piezas eran de un alcance menor y no podía darlas vuelta contra nosotros sin detener su avance.

El trueno de los cañones resonó con violencia, quebrando la calma matinal. Un humo denso envolvió nuestra línea. Los indios que habían empujado nuestros cañones se echaron a tierra, llenos de pavor, pues nunca habían estado ni cerca de una detonación. Allá enfrente saltó la tierra descujada. La línea realista pareció vacilar. Atronó la segunda descarga y se repitió la terrible escena. Los cañonazos volvieron a impactar con éxito: los primeros realistas muertos yacían ya en el campo de batalla. Pero el avance enemigo no cesó. Perdida su regularidad, atrasada su derecha, empezaba ya a desordenarse; y, sin embargo, siguió marchando hasta dos tercios de tiro de fusil. Recién entonces Pezuela ordenó hacer alto. Hubo un segundo de eternidad en que la calma pareció volver, y los hombres de una y otra fuerza pudieron verse los rostros a través del humo en suspenso. Ordené abrir fuego a granel en el momento exacto en que el enemigo también lo abría. La batalla propiamente dicha había comenzado.

En un instante se alzó entre ambas líneas una densa nube de pólvora: el estruendo de los fusiles, que vencía a todo otro sonido, sembró pavor y muerte.

El enemigo procuraba hacer pie firme, pero ya no se atrevía a avanzar. Notando su vacilación, creí llegado el momento de intentar una ofensiva que volcara la jornada a nuestro favor. Al tornar la vista a mis hombres, vi, en efecto, que a pesar de lo mortífero del fuego, el buen ánimo inicial no sólo no sufría, sino que aumentaba. Los infantes hacían fuego con obstinado continente, y jinetes y cabalgaduras se impacientaban. Ordené que toda nuestra línea cargara a la bayoneta, con la caballería apoyando los flancos.

La orden fue recibida con entusiasmo; las bayonetas destellaron; todas las columnas avanzaron a una; al trueno de los fusiles se sumó la feroz algarabía de nuestros hombres, que juraban a gritos el triunfo. El choque no tardó en producirse y la lucha se hizo general, ambos ejércitos confundidos en furiosa mixtura. Se combatía cuerpo a cuerpo, los oficiales a la par de los soldados, los infantes mezclados con los jinetes, los fusiles con los sables. Fue un momento de febril confusión, que amenazó eternizarse; pero, a diferencia de lo ocurrido en anteriores batallas, hube esta vez de percibir tal brío en mis hombres que ni siquiera llegué a dudar de la victoria.

La fortuna de la carga fue despareja, no tanto por el diferente arrojado de nuestras columnas cuanto por la desigual resistencia del enemigo. El mayor éxito acompañó desde un comienzo a nuestra derecha. El batallón de Cazadores se abalanzó sobre las tropas que tenía ante sí, que eran del batallón de Partidarios, y la buena fortuna no se hizo esperar.

Mandaba a los Partidarios el coronel español La Hera, quien, como se recordará, había negociado la capitulación de Salta. Su condición de perjuro lo hacía particularmente odioso a los nuestros, y le daba motivos adicionales para no desear caer prisionero. Él fue responsable de que en los primeros encontronazos nuestras tropas no pudiesen quebrantar la integridad de su batallón. Acudiendo adonde sus hombres flaqueaban, entreverándose en la lucha cuerpo a cuerpo, infundiendo ánimo a los que parecían perderlo, contuvo personalmente el avance de los Cazadores. Pero una descarga de fusil puso fin a su osadía. Al caer de rodillas, vinieron sobre él las bayonetas patriotas; vanamente quiso rehuirlas, y tres capitanes que lo secundaban perecieron también a su lado. Los Partidarios perdían así a su jefe, y el ejército realista a uno de sus mejores oficiales.

Descabezado, perdido todo orden, sin nadie que lo reorganizara, el batallón de Partidarios comenzó a ceder. El resto fue cuestión de tiempo. Los Cazadores redoblaron el ataque. Toda la izquierda realista se dispersó, dejando un centenar de hombres, entre muertos y heridos, y tres cañones intactos como trofeo.

Adrede comencé relatando el triunfo de nuestra derecha, que primero se impuso al enemigo; pero, en rigor de verdad, no vi sus progresos sino cuando ya la izquierda enemiga se dispersaba. Al romper nuestro ataque, me encontraba en el extremo opuesto, en compañía de Díaz Vélez, y las alternativas que allí presencié distaron de ser tranquilizadoras.

Nuestra izquierda enfrentaba a las tropas más valerosas y mejor mandadas del enemigo. Los jefes de la derecha realista eran los bizarros coroneles Picoaga y Olañeta, que pronto alcanzarían celebridad. Ya entonces empezaban a acreditar un valor extraordinario, y no vacilo en adjudicarles la mayor influencia en el resultado final de la batalla.

Al comienzo, el Regimiento Nro. 8 avanzó fuertemente sobre la derecha realista, apoyado por la caballería. Pero las tropas de Picoaga y Olañeta se sostuvieron encarnizadas, sin dar un paso atrás. Recuerdo haber observado cómo nuestros hombres iban a chocar contra aquel firme muro sin conmovirlo. Esto me inquietó, pues yo me fiaba más de nuestra izquierda que de nuestra derecha: en la primera tenía jefes experimentados, mientras que en la segunda, ausente Dorrego, no sabía muy bien cuál podía ser el desempeño de los oficiales. Encomendé a Díaz Vélez la dirección de la izquierda, mientras yo acudía a ver qué pasaba en el resto de la línea. Díaz Vélez replicó, con su seguridad característica, que él se ocuparía de llevar a nuestros hombres sobre el enemigo hasta arrollarlo.

Piqué espuelas en dirección al centro, temeroso de hallarlo en una situación igualmente comprometida; pero, según me aproximaba, tuve la grata sorpresa de comprobar que nuestras tropas iban prosperando aquí con rapidez, y a partir de entonces no me abandonó la confianza que dejó dicha en el triunfo. El centro enemigo se sostenía a duras penas ante la embestida del nuestro, formado por los batallones 1ero. y 2do. del Nro. 6 y por el cuerpo de Pardos y Morenos Patricios. Se luchaba con ardor, y aunque el enemigo resistía, era claro que empezaba a doblegarse. Recién entonces supe que nuestra derecha había arrasado a la izquierda enemiga. Esto explicaba

la vacilación del centro realista, con uno de sus flancos descubierto. Para colmo de infortunios, los dos jefes que lo mandaban —el coronel Lombera y el comandante Zabala— cayeron heridos casi al mismo tiempo. No tardó en suceder a esas bajas el desorden más completo. Con gran oportunidad, el comandante Forest dirigió una carga decisiva. El centro enemigo se puso en fuga. Durante varios minutos sólo pudo verse una masa informe de hombres que corrían a la desbandada, presentando sus espaldas a nuestras bayonetas. La reserva enemiga, envuelta por sus compañeros en fuga, no atinó a auxiliarlos y debió retroceder con ellos. Tan efectiva fue la carga de Forest que prácticamente puso la victoria en nuestras manos. Por desgracia, el osado comandante no salió indemne. Lo retiraron del campo gravemente herido, quedando nuestro centro privado de su mejor oficial.

Así es cómo las incidencias se van encadenando hasta dar un resultado que luego se nos antoja inevitable. En pocas horas más, yo mismo lamentaría haber expulsado a Dorrego, como que aún hoy sigo creyendo que su decisión nos habría asegurado el triunfo. A su ausencia se sumaba la de Zelaya, jefe esencial a nuestra caballería, a quien tampoco tardaría en echar de menos. Y ahora, en medio de una acción afortunada, el comandante Forest quedaba fuera de la lucha. Nuestro Ejército, casi victorioso, se encontró así sin dirección competente en una mitad de sus fuerzas, pues, según se verá, también la izquierda sufrió bajas sensibles, que dejaron a todo ese costado huérfano de mando.

Sin embargo, aún no había habido tiempo para que tales ausencias se hicieran sentir. En el centro y derecha la euforia de nuestros hombres era mayor que nunca. Sintiendo próximo el triunfo, fui con ellos para animarlos.

“¡Soldados! —los arengué— Un último esfuerzo, que el Cielo nos proteja... ¡Viva la Patria, y a arrollar al enemigo!”.

Y repitiendo el viva, todos se lanzaron a poner en obra la exhortación. Izquierda y centro realistas huían ahora hacia la cuesta de Condo, por donde apenas unas horas antes descendieran especulando con derrotarnos. El general Pezuela se desesperaba sin poder frenar su dispersión.

Para proteger la fuga envió una fuerza de caballería a cortar el paso de nuestros jinetes, la que quedó destrozada en un instante. Pero al llevar una de las cargas, cayó otro de nuestros oficiales de importancia: el comandante Bernáldez. Los dos capitanes que lo sucedieron en el mando tuvieron el mismo fin.

Ya las fuerzas realistas habían sido arrastradas hasta la cuesta de Condo casi en su totalidad, con la solitaria excepción de su derecha, en donde Olañeta y Picoaga mantenían por sí solos el honor de las armas del Rey. Según supe más tarde, Pezuela daba la batalla por perdida y se aprestaba a dejar el campo. Yo, por mi parte, viendo el llano de Vilcapugio cubierto de cadáveres enemigos, abrazaba la convicción opuesta. No hacía tres horas que se luchaba, y la causa de la Libertad había triunfado por tercera vez; sólo faltaba acabar con las últimas resistencias del enemigo, cuya abandonada derecha aún permanecía batallando. Vencido este obstáculo, el camino a Lima quedaba expedito.

Me duele hoy evocar esta confianza. Cuando ya el triunfo era un hecho, circunstancias impensables vinieron a volcar el curso de la jornada, tornando nuestro júbilo en desolación.

FIN DE JORNADA

Difícil es explicar el desastre de Vilcapugio, y no tengo, para hacerlo, sino que reconocer mis propios errores, hijos de una experiencia insuficiente, junto a circunstancias infelices que vinieron a conjugarse para convertir en derrota la victoria que ya todos cantábamos. La Providencia nos reservaba, después de tanta lucha, un amargo desenlace.

Antes del mediodía la batalla estaba ganada; la mayor parte de las tropas realistas se habían puesto en fuga, y el propio Pezuela pensaba abandonar el campo. ¿Qué fue lo que sucedió? Mucho tardé en averiguarlo. No faltaron, por cierto, graves responsabilidades de algunos jefes, pero tampoco puedo excusar la mía por no haber prevenido los yerros de otros.

Dejo dicho que, trabada la batalla, me dirigí a vigilar el centro, confiando la izquierda al celo de Díaz Vélez. Las alternativas de ese costado me fueron desconocidas hasta finalizada la acción. Este es el lugar para referirlas.

Cargó nuestra izquierda briosamente sobre la derecha realista, sin poder quebrantarla. Envalentonados, Picoaga y Olañeta ordenaron a sus hombres redoblar el esfuerzo. Apoyados por un cuerpo de caballería, se conservaban a pie firme, y aún empezaban a imponerse con su constancia, valor y perfecta disciplina.

El ala izquierda de nuestra caballería no fue más feliz. Mal montada en pésimas mulas y en unos cuantos derrengados caballos, armada sólo en su tercera parte de sables que habían sido tomados en Salta al enemigo, reacia todavía al empleo de lanzas, intentó sin embargo varias cargas y logró poner en fuga a parte de la caballería enemiga. Pero al querer cargar a la infantería, chocó contra ella sin orden ni eficacia. Por fortuna, los infantes enemigos no habían tenido tiempo de recargar sus armas. La caballería se detuvo a cuatro varas de la compacta masa que formaban los infantes, y unos y otros se estudiaron unos segundos, sin intentar más que inofensivos forcejeos. Ni podían nuestros jinetes agredir por falta de armas, ni los impotentes fusiles enemigos

repulsarlos. Cuando los realistas pudieron abrir fuego nuestra caballería debió alejarse precipitadamente.

Al ver que nuestros infantes vacilaban, el jefe del regimiento Nro. 8, coronel Benito Álvarez, se adelantó gritando: “¡De nuevo a la carga!” y poniéndose a la cabeza. Este osado gesto restituyó la confianza. El Número 8 volvió a avanzar. Álvarez, vestido de gran uniforme, blandiendo fieramente su espada, vociferando e hiriendo, buscó lo más denso de las tropas realistas y echó el caballo sobre sus bayonetas. Su temeridad sembró desconcierto en el enemigo, que le abrió un claro. Pero cuando picaba espuelas para redoblar el ataque, un certero fusil hizo blanco en él, y cayó muerto en medio de los festejos de los realistas.

La carga del Núm. 8 cesó tan pronto como los soldados, en su mayor parte reclutas, vieron abatido a su jefe. Todo parecía indicar que se entregarían a la fuga, cuando el segundo de Álvarez, mayor Beldón, surgió de la retaguardia a tomar el puesto del caído. La suerte guiaba la puntería del enemigo: un nuevo disparo, y el sable del mayor Beldón cayó de sus manos, y él, muerto, del caballo.

Desde la retaguardia avanzó otro oficial patriota el capitán Villegas quien, como el más antiguo, se puso al frente. Se reanudó el ataque, abrieron fuego los realistas y Villegas cayó envuelto en sangre, mientras el enemigo celebraba estruendosamente los aciertos de ese fatal tiro al blanco.

Entonces una inesperada voz se hizo oír en las filas patriotas, ordenando el ataque con la misma obstinación de los tres jefes muertos. El capitán José Apolinario Saravia –el mismo que en Salta me indicó el camino oculto de Chachapoyas– venía corriendo a pie a tomar el mando. Todo el Num. 8 celebró su intervención en lo que se había convertido ya en una ruta de postas hacia la muerte. Pero también Saravia fue abatido por ese infortunio que tercamente anulaba los esfuerzos de su Regimiento. Varias horas más tarde, pasada la batalla, su hermano don Domingo hallaría su cuerpo entre los cadáveres, descubriendo, al abrazarlo, que aún estaba vivo, y poniéndolo a salvo poco después.

Roto y descabezado el Núm. 8 por una fatalidad que parecía empeñada en su perdición, su fin no resultaba dudoso. El enemigo, consciente de sus ventajas, comenzó a contraatacar. En ese instante resonó por todo el campo una llamada a reunión para el Ejército patriota. Los hombres del Núm. 8 la oyeron

con un estremecimiento. ¿Qué significaba esa llamada? ¿La batalla se había perdido? ¿El resto del Ejército empezaba a retirarse? El pánico los dominó. Se entregaron a una fuga desordenada y sin esperanzas.

La situación de nuestras fuerzas en el momento en que la batalla dio un vuelco se resume simplemente: derecha y centro triunfantes, y la izquierda rechazada. Dos circunstancias vinieron a sumarse para trastornarlo todo.

Acabo de mencionar un toque de reunión que aterrorizó a nuestra izquierda. Esa misma llamada detuvo la persecución que el resto de nuestras fuerzas estaba llevando a cabo contra los jirones del enemigo, en fuga hacia Condo. No podríamos haber hecho favor más señalado al enemigo ni aún queriéndolo, pues por obra del nefasto toque nuestras fuerzas se pararon en seco, sin asegurar la victoria, y dieron a Pezuela tiempo y aliento para reorganizarse.

Ha sido durante largo tiempo un misterio el origen de semejante llamada; en vano ordené instruir un sumario para averiguarlo. Recién al cabo de muchos meses pudo saberse, en el proceso incoado en Buenos Aires, que el autor de la misma fue el sargento mayor Ramón Echevarría, quien, se recordará, reemplazaba a Dorrego en el mando de los Cazadores. No acierto a explicarme el propósito que perseguía al dar semejante orden, fatal a nuestras tropas, pero si hubiese querido perjudicarnos de intento no habría hallado medio más seguro. Con razón sostengo desde entonces que de no haberme faltado Dorrego, la victoria era nuestra. Hoy resulta tardío lamentarse.

Recuerdo que observaba yo con total confianza el campo de batalla cuando empezó a sonar el toque de reunión en el costado derecho, y se propagó de inmediato, siendo repetido por todos los cuerpos antes de que pudiese hacer nada para acallararlo. Angustiado e impotente hube de contemplar cómo se malograban en un segundo los esfuerzos y la sangre de varias horas de lucha.

Declaraciones de oficiales y testigos demuestran que Echevarría actuó por propia iniciativa, tomando a su cargo atribuciones que no le concernían y desoyendo incluso las advertencias formuladas por otros oficiales.

Tan ruda había sido la acción que algunos hombres apenas podían sostenerse a causa del cansancio. Uno de ellos era el capitán de Cazadores José Cano, a quien recogió en su caballo el sargento mayor Benito Martínez. Así

marchaban ambos montados cuando se toparon con el jefe de Cazadores, que se disponía a ordenar el toque de llamada.

“No lo haga, Sr. –le dijo Cano–. Nuestros hombres triunfan”.

“Si llama a reunión ahora –añadió Martínez–, detiene la persecución del enemigo y nos pierde a todos”.

Pero el jefe de Cazadores se empecinó. Un momento después, todo nuestro Ejército estaba frenado.

No quiero descargar mi responsabilidad, pues debí anular con mi oportuna presencia los efectos de esa fatal equivocación. Pero la misma no habría sido tan desastrosa si una circunstancia adicional no viene a añadir la indispensable cuota de pánico, haciendo que nuestros hombres de desbandaran cuando más nítido era su triunfo.

Un individuo en combate no tiene más visión de la batalla que lo que acaece en su extrema cercanía, a sí mismo, a sus compañeros que lo rodean y a los enemigos que se hallan a su frente: la situación general de la batalla permanece oculta para el grueso de los combatientes. Si no fuese así, resultaría incomprensible que el toque de reunión se convirtiera, como ocurrió, en el comienzo de una desbandada general.

Pero lo realmente determinante del pánico fue la imprevista aparición de una fuerza enemiga de refresco, cuya presencia indujo a error a la mayor parte de nuestros hombres. Esa fuerza no era significativa por sí misma, pero el hecho de coincidir su aparición con el toque de llamada hizo creer a todos que yo ordenaba la retirada por haber sido nuestra línea quebrada al medio.

Como se recordará, Saturnino Castro, vencedor de los indios de Cárdenas y casual descubridor de nuestros planes, había recibido de Pezuela la orden de presentarse con su escuadrón, en Vilcapugio, la madrugada del 1 de Octubre, trasponiendo un paso que quedaba sobre el flanco derecho de nuestras fuerzas; Castro marchó sin tardanza, y alrededor de las tres de la madrugada se presentó en Vilcapugio, esperando encontrarse con el Ejército realista. Sin embargo, los tropiezos de este último en la ardua cuesta de Condo habían retrasado su marcha, de modo que Castro, al llegar al punto de reunión, sólo divisó las fogatas de nuestro campamento, y ni rastros de los hombres de Pezuela. Creyendo que la combinación había fracasado, y no queriendo ser sorprendido por nuestras guardias, decidió regresar a su posición originaria antes de que

rompiera el alba. Varias horas más tarde, habiendo andado un respetable trecho, cuando el día ya bañaba las fragosidades que atravesaba su escuadrón, un repentino estruendo advirtió a Castro de que la batalla, que había creído pospuesta, acababa de empezar. Ordenó desandar el camino a toda prisa, aún cuando él y sus hombres llevaban cerca de veinte horas sin desensillar. Así fue cómo el escuadrón de Castro apareció en el campo de batalla algunas horas después, pero con tan azarosa oportunidad que su presencia fue decisiva. Como nuestra derecha y centro se hallaban avanzados hacia Condo, las fuerzas de Castro, al descender a Vilcapugio, vinieron a quedar a su retaguardia. Ante el toque de reunión, nuestros soldados volvieron la vista atrás, descubriendo una fuerza enemiga entre ellos y el campamento patriota. Fue natural que el terror se apoderara de ellos, atrapados como se creyeron entre dos fuegos.

Coincidiendo con esto, nuestra decapitada izquierda cedía por entonces el terreno a las columnas de Picoaga y Olañeta. Díaz Vélez mandó a la reserva en auxilio del Num. 8, pero con tan escaso vigor que ambos, Núm. 8 y reserva, quedaron bien pronto confundidos en desairada fuga hacia las laderas de un cerro cercano, o huyendo por el camino de Potosí.

Al ver que nuestra izquierda fugaba, que la derecha enemiga se imponía, y que el escuadrón de Castro aparecía cortando la retirada, el resto de nuestros hombres se tuvieron por perdidos. Algunos oficiales más lúcidos trataron de contenerlos, pero fue inútil.

“¡Al Cerro! –gritaban los soldados con desesperación– ¡Al Cerro!”.

Y huyendo sin orden, dejando atrás cañones y pertrechos, todo nuestro centro y derecha, hasta entonces victoriosos, se desbandaron irremisiblemente. El enemigo se encontró a salvo por milagro; sus perseguidores de minutos antes corrían a refugiarse en las laderas más próximas; el escuadrón de Castro se unía a las columnas de Picoaga y ambos quedaban inesperadamente en posesión de Vilcapugio. La batalla estaba perdida.

Debo consignar aquí algunas palabras acerca de mí mismo y de mi situación al ocurrir lo que dejo relatado. Promediando la batalla, observé las dificultades de nuestra izquierda, privada sucesivamente de cuatro jefes. Resolví dirigirme hacia ella para arbitrar los medios de salvarla. De modo que en el

momento clave en que se perdió la batalla me hallaba yo lejos de cualquier punto de interés, a mitad de camino entre nuestro centro y derecha detenidos y nuestra izquierda castigada. Esta lejanía de los lugares en que se decidía la acción atrajo sobre mí una responsabilidad que no pretendo excusar.

No diré que la desesperación me dominó, pero sí una rabiosa impotencia. No pudiendo frenar la desbandada, dudaba entre acudir hacia la derecha o picar espuelas hacia la izquierda. Al fin, adopté este último partido, con el propósito de intentar alguna resistencia, aún sabiendo que sería un manotazo de ahogado.

¿Cómo expresar la angustia, la desazón, el dolor de quien, en un instante, y luego de haber acariciado la gloria, se halla hundido en la derrota más completa? El pecho se me encogió. Hubiera querido llorar de rabia, pero las lágrimas no acudieron en mi alivio. Todo esto lo sufrí en un segundo horroroso, mientras me invadía un deseo de fuga casi irresistible. ¡Qué no hubiera dado por hallarme lejos, a muchas leguas de esa tierra infausta, libre de todo mando o responsabilidad, transitando una plácida oscuridad! El calor de la acción me distrajo de este sufrimiento, que sólo hube de experimentar en su plenitud varias horas más tarde, una vez silenciado el retumbar de los cañones.

Me encaminaba hacia nuestra izquierda cuando salió a mi encuentro un jinete que tardé en reconocer. Era un emisario de Enrique Pillardell, uno de los hombres que, meses antes, había enviado a la costa del Bajo Perú a insurreccionar a los pueblos. Poniéndose a mi par, sin notar el sentimiento que me embargaba, me saludó confiadamente. Recién llegado a nuestro campamento, me había estado buscando para comunicarme excelentes novedades.

“Encontramos favorable repercusión en todas partes –dijo–. Arica, Tacna y Moquegua están prontos a levantarse, y Arequipa sólo espera un triunfo suyo, mi General, para hacer estallar la sublevación. Ya ha habido movimientos parciales en algunos puntos, que confirman el estado de la opinión; no bien acabe Ud. con el enemigo, el camino a Lima estará libre”.

Aquellas noticias, que en otras circunstancias no podría haber recibido sino con júbilo, eran ahora latigazos sobre una piel en llaga. Sentí un nudo en la garganta, y no pudiendo responder, miré a mi interlocutor con una expresión que debió ser de profunda amargura, pues éste enmudeció y se puso pálido, como si hubiera leído en mis ojos la magnitud del desastre. ¡Los pueblos esperarían en vano nuestro triunfo!... Y, sin embargo, habíamos estado a punto de

alcanzarlo. La libertad de América recibía, junto con nuestro Ejército, en esa jornada todavía inconclusa, un golpe durísimo a manos del enemigo.

En ese instante un repentino clamor concitó nuestra atención. Nuestra reserva se dispersaba hacia un cerro. Los soldados de Picoaga y Olañeta prorrumpieron en vítores, pues con esa huída quedaban dueños del campo de batalla.

Espoleé mi caballo y lo hice trepar a galope la cuesta en que nuestra azotada izquierda había buscado refugio. Los dos mil indios que por la mañana ocuparan esas elevaciones, hacía tiempo las habían desalojado. Nuestros hombres corrían en espantosa confusión, dejando atrás la artillería, los pertrechos y hasta las armas que les hubieran permitido defenderse: tal era su pánico. Divisé el paño azul y blanco de la bandera, y arrebatándosela al hombre que la sostenía, grité con ronca voz:

“¡Viva la Patria!”.

Echando pie a tierra en medio del asombro de los soldados, que no esperaban mi presencia, comencé a agitar la bandera para ser visto de todos. A duras penas conseguí reunir a los tambores y algunos restos de nuestra dispersada reserva, que no llegaban ni a la cuarta parte de su número primitivo.

“Seguidme”, ordené, mientras me encaminaba con la bandera en alto hacia la cumbre de un pequeño cerro. Había por allí, abandonado, uno de nuestros cañones, que algún artillero había tenido el coraje de arrastrar. Mandé recogerlo y llevarlo con nosotros. Fue la única pieza que pudimos salvar.

Con esa minúscula fuerza, de unas pocas decenas de hombres, continué subiendo hasta la cumbre. Al echar la vista atrás, el panorama era sobrecolector. Se dominaba desde allí todo el campo de batalla. El sol del mediodía caía a plomo. El humo permanecía aún ligeramente suspendido, aunque ya comenzaba a disiparse. No se oían detonaciones sino de cuando en cuando. En toda la ancha extensión se veían bultos diminutos e inmóviles de muertos y agonizantes. Debajo de nosotros, casi a nuestros pies, una compacta columna de seiscientos realistas se afirmaba en la posesión del campo de Vilcapugio. Eran las fuerzas de Picoaga y Olañeta, quienes podían vanagloriarse de haber salvado por sí solos al Ejército de Pezuela. El escuadrón de Castro marchaba despaciosamente a incorporarse a esa columna. Aparte de ellos, ninguna otra fuerza organizada, ni patriota ni enemiga, llegaba a columbrarse en toda aquella pampa. Nuestra derecha y centro habían huido hacia otro cerro cercano. En

cuanto al resto del enemigo, aún no parecía haberse repuesto de la masacre, pues yo sólo alcanzaba a divisar, al pie de la cuesta de Condo, una desorganizada muchedumbre de fugitivos.

Nuestro fracaso se leía lo mismo en el paisaje de Vilcapugio que en los pesarosos rostros de quienes me acompañaban. Pero no quise dejarme ganar por el abatimiento. De sobra sabía que una batalla no acaba mientras haya soldados resueltos a pelear; las alternativas del día eran la mejor ilustración de que un desenlace seguro puede transmutarse en su contrario. Pezuela no había conseguido superar el descalabro inicial, y, si nosotros actuábamos con rapidez, acaso aún pudiéramos arremeter exitosamente contra los hombres de Picoaga y Olañeta, antes de que el general enemigo estuviera en condiciones de enviarles refuerzos. No sé cuánto habría de coraje en esta idea, y cuánto de obstinación, pero no podía yo admitir la derrota sin un intento final.

Con la bandera en alto, mandé tocar a reunión. El Ejército auxiliar del Alto Perú, de más de tres mil quinientos combatientes, había quedado reducido a un centenar. A esa llamada, algunos de los dispersos empezaron a confluír en pequeños grupos. Eran los últimos despojos de la quebrantada infantería: los uniformes raídos, las armas trabajosamente cargadas, los rostros exhaustos y llenos de despecho. El mayor general Díaz Vélez se presentó ante mí con el saludo de rigor, sombrías las pupilas bajo sus cejas y cruzada la frente por una honda arruga de preocupación.

“Intentaremos renovar el combate –le dije–, tan pronto como se nos reúnan algunos hombres más”.

Díaz Vélez asintió en silencio.

Ordené a todos prepararse para combatir. Nuestra columna se fue nutriendo hasta contar doscientos hombres: triste e insignificante número para un Ejército que yo había querido remontar, no hacía mucho tiempo, por encima de los cinco mil. Pero aún me esperaba en que, al vernos resistir en aquel cerro, el resto de nuestras tropas acudiría a auxiliarnos.

Contemplé, al pie del cerro, la intacta columna enemiga. Agitando el pabellón azul y blanco, ordené avanzar y deshacerla. No sólo era un movimiento riesgoso sino aún quimérico, dada la superioridad del enemigo. Sin embargo, los ánimos de todos se inclinaban, como yo, a negar la derrota.

La columna enemiga avanzó también. Sus cañones dispararon alzando espesas nubes de polvo y piedra. Apuramos el paso para atravesar cuanto antes la línea de fuego.

La pelea no tardó en trabarse. El furioso despecho de nuestros soldados compensaba la desventaja del número. Pero cada palmo costaba sangre, y cuanto más nos aproximábamos al pie del cerro más dura era la resistencia. Varios hombres cayeron muertos; el avance estaba frenado y el enemigo se afirmaba; Díaz Vélez se me acercó con grave semblante; interpreté su mirada y ordené retroceder.

Aunque entonados por el ejercicio, nuestra permanencia en aquellas alturas se hizo más y más dificultosa. El enemigo volvió a cañonearnos. Durante largos minutos soportamos templadamente el fuego y la lluvia de piedras que lo acompañaba. La mayor parte de los cañonazos no llegaban a ofendernos, aunque algunos hombres cayeron heridos. Más dañosos eran el temor y el desaliento. El trueno de los cañones suscitaba cada vez la misma contenida agitación. No queriendo prolongar esa terrible incertidumbre, y observando que el enemigo volvía a escalar, ordené un segundo avance.

Se repitió como plagiada toda la escena anterior: nuestros hombres bajando la cuesta que los realistas subían; los cañonazos abriendo el terreno ante nuestros pies; el duro encontronazo; la lucha indecisa; los realistas empujados por nosotros hasta el pie del cerro; el avance detenido al cabo como contra un muro; y mi final comprensión de la inutilidad del sacrificio.

Regresamos a la cumbre en medio de un cañoneo incesante, agotados, jadeantes, cubiertos de barro y sangre. Era tal la fatiga de mis hombres que ni siquiera parecían escuchar los cañonazos. Díaz Vélez me llamó.

“General: Pezuela se moviliza”.

Al tender la mirada hacia Condo, comprobé que algunas columnas empezaban a cruzar el llano. Pezuela las mandaba para terminar con nuestra resistencia.

¿Qué había sucedido con los dispersos? ¿Por qué Pezuela había logrado reunir a los suyos, mientras yo, pese a mantenerme a pie firme en aquel cerro, no congregaba sino a unos pocos? Una amarga ira me hizo temblar; no sin razón culpé a los oficiales de los distintos cuerpos por su incapacidad y cobardía. Era cierto que muchos jefes, de los mejores, estaban muertos o heridos,

al tiempo que otros ausentes. Pero también había oficiales que se hallaban a la sazón perfectamente a salvo, y, sin embargo, nada hicieron por conducir a sus hombres al campo de batalla, a salvar el honor. Esta queja debo dolorosamente sentarla aquí, pues si la Historia ha de juzgarnos a todos, no es lícito que el hombre de mérito ocupe el mismo rango que el vil y el cobarde. Más de media hora hacía que nos sosteníamos en el cerro, luchando y llamando a reunión continuamente; en ese tiempo, mientras Pezuela se reorganizaba, nuestros camaradas tuvieron oportunidad sobrada de engrosar la resistencia: la victoria acaso hubiera regresado con nosotros. ¡Qué distintas habrían sido las cosas teniendo yo conmigo a Zelaya o Dorrego, incapaces de retirarse del campo mientras otros permanecieran combatiendo!

“Ahora sí estamos acabados”, murmuré. Dirigiéndome Díaz Vélez, añadí: “Hicimos cuanto estaba en nuestras manos, pero Dios no ha querido favorecernos. Mayor general: veamos el modo de reunir a los dispersos y salvarlos de un total exterminio. ¡Sólo desearía saber qué ha sido de las restantes tropas!”.

“Muchos tomaron el camino de Potosí”, repuso Díaz Vélez.

Pero yo me resistía a volver a Potosí, pues era resignarme a la derrota. El efecto sobre las poblaciones sería catastrófico. Mi mente repasaba febril otras posibilidades.

“¿Qué pretende hacer, mi General?”, interrogó Díaz Vélez con escepticismo, al manifestarle mis dudas.

Miré una vez más el campo de batalla. Las fuerzas de Pezuela seguían avanzando. El tiempo apremiaba.

“Tenemos que reunirnos con las fuerzas que Zelaya trae desde Cochabamba. Es la única manera de remontar este Ejército deshecho. Iría al encuentro de Zelaya por las alturas, y si el enemigo no logra alcanzarme, mi propósito quedaría cumplido”.

“El camino es difícil, —observó Díaz Vélez—. Habría que internarse en las montañas con el enemigo pisándonos los talones. ¿Y qué haríamos con los dispersos que fugaron a Potosí?”.

“De eso deberá ocuparse Usted —repuse—. Vuelva ahora mismo a Potosí y reúna a todos los que encuentre en el camino. Trate de remontar alguna fuerza de consideración. Prepárese para defenderse en Potosí si el enemigo lo ataca.

Y ponga todo en condiciones para reunirse al cabo otra vez conmigo, que, si Dios defiende las causas justas, hemos de tomarnos desquite de este agravio. Yo iré a Cochabamba con los que logre reunir aquí”.

Díaz Vélez asintió. Poco después partía a cumplir su cometido. Los tambores seguían llamando a reunión. Dispuse que los soldados sanos recogieran a los heridos y los cargaran como pudiesen, pues nadie debía ser abandonado al enemigo. En el curso de aquellos minutos continuaron llegando dispersos, siempre en número insuficiente para intentar otra cosa que la retirada.

Mientras se ultimaban los preparativos para la marcha, permanecí solitario y meditabundo, apoyado en el asta de la bandera. Ésta había dejado de ondular y pendía melancólica, envolviéndome con su paño. El campo de batalla, sembrado de muertos, se extendía bajo el fuerte sol, que comenzaba a declinar hacia occidente. No podía digerir aquel desastre. Las palabras que acababa de pronunciar ante Díaz Vélez, llenas de ardorosa decisión, ya no me parecían persuasivas sino apenas desesperadas. Mi ánimo se abatía más y más, y habría llorado a lágrima viva mi rabia y decepción, si la noción de mi deber en presencia de las tropas no hubiese acudido a contenerme.

COMIENZOS DE OCTUBRE

Cerca de media hora permanecimos a la espera de dispersos. Los tambores seguían llamando, y los hombres que acababan de incorporarse a la maltrecha columna habían elevado su número a cuatrocientos.

El enemigo no se resolvía a atacar. Satisfecho con la posesión del campo de batalla, disparaba cañonazos de tiempo en tiempo, más para intimidarnos que para ofendernos realmente.

Pero tampoco podíamos demorarnos más. La retirada se haría por una escarpada cordillera al este de nuestro cerro. Díaz Vélez no había exagerado las dificultades del camino. Era una senda incierta y borrosa, no frecuentada más que por rebaños de llamas, rodeada de abismos, expuesta a todos los vientos, que seguía los inhóspitos filos de aquella cordillera a considerable altitud. La tarde huía, y todo hacía prever una helada noche: la claridad del cielo, profundamente azul; la frialdad creciente de la atmósfera; algunos distantes nubarrones, auguradores tal vez de una nevada. Esto último resultaba especialmente temible: nuestra marcha nocturna por aquellas descarnadas cumbres se hallaría sujeta a Dios sabe qué inclemencias, pudiendo la nieve embozar los siniestros despeñaderos y cerrar los estrechos pasos que nos aguardaban. A todo ello, había que añadir el lastre de los heridos, cargados a hombros o en improvisadas camillas, puesto que mi columna era de infantes, y no habíamos recuperado un solo caballo con excepción del mío. El enemigo nos perseguiría sin tregua, para deshacer esas lastimosas reliquias del Ejército revolucionario, haciendo más difícil y acuciante nuestra retirada. Si Pezuela estaba resuelto a destruirnos, quizás contara con algún baqueano que guiase sus fuerzas a través de sendas ocultas, adelantándose a tomar los desfiladeros y cortarnos el camino.

Todo esto aconsejaba la prisa. Exhaustos tras una jornada de duro combate, privados de reposo y alimento, y abatidos por la derrota, había que con-

vencer a los hombres de no bajar los brazos, para que afrontaran dificultades quizás mayores que las pasadas.

¿Pero quién se ocuparía de hacerlo? Sufría yo lo peor de mi propio abatimiento. La vista del campo sembrado de despojos; la amargura de saber frustradas mis ilusiones; la pesadumbre de que la derrota se debiera nuestros errores; una duda inexpresable, entonces abrigada por primera vez, respecto de los designios de la Divinidad: todo contribuía a paralizarme. Hubo un segundo en que me sentí tentado de pronunciar el fatídico “sálvese quien pueda”. ¡Así es de mísera nuestra mortal condición! Harto frecuentemente, no existe más distancia entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, entre la cobardía y el valor, que la que media entre un segundo y otro segundo: la decisión que nos condena es vecina de la que nos redime, y cada uno lleva en sí la simiente del heroísmo y de la indignidad... ¿Cómo erigirme en severo juez de persona alguna desde aquella dura tarde en que sentí el deseo de renunciar ante el enemigo victorioso? Sé que el valor reside menos en no sufrir flaquezas que en llegar a dominarlas; y si entonces dominé la mía, no se debió tanto a mí como a un salvador azar.

Apoyado estaba aún en el asta de la bandera, sin hablar palabra, cuando el gemido de un agonizante me sacó de mis tristes reflexiones.

“¿Qué tiene este hombre?”, pregunté a quienes lo atendían.

“Una esquirra, mi General”.

Me incliné sobre el desdichado, a quien restaban escasas horas de vida. La fiebre empezaba a dominarlo, pero aún guardaba algo de lucidez, y al verme sonrió.

“¿Sufre mucho?”, le pregunté, aunque la respuesta saltaba a la vista.

“Conocí días mejores, mi general –replicó, y luego, sin dejar de sonreír, añadió en un susurro: –Ya decía yo que el General Belgrano nunca iba a abandonarme”.

Lo observé. Estaba más cerca de la muerte que de la vida, y sin embargo sus palabras me sonaron con la imperiosa seguridad de un mandato. Sentí que a través de aquel infeliz hablaba una más alta voz.

“No abandonaremos a ningún herido”, le dije.

Me incorporé. Sostenía aún la bandera en mis manos. Dejé reposar la vista sobre los que me rodeaban. Había un crecido número de heridos, y los

que no lo estaban sufrían las consecuencias de un esfuerzo agobiante. Me juré que nada nos separaría. Aunque todos debiéramos perdernos, los sanos cargaríamos con los heridos, los vivos con los muertos; y cuando ya no fuera posible seguir, todos en aquel ajetreado grupo esperaríamos nuestro destino sin separarnos.

“¡Soldados!”, dije con firme voz. Se hizo un silencio. Los hombres dejaron sus tareas y se volvieron a mirarme, como si hubiesen estado aguardando mis palabras. Sus semblantes reflejaban fatiga y decepción, sucios de esa atroz suciedad de las batallas, mezcla odiosa de sangre y tierra.

“Soldados: hemos perdido después de tanto pelear”.

Hube de hacer un gran esfuerzo para concluir la frase:

“La victoria nos ha traicionado, pasándose a las filas enemigas en medio de nuestro triunfo”.

Hasta los heridos, a quienes rondaba la muerte, clavaron en mí unos ojos saturados de lágrimas. Lágrimas que no eran por ellos, sino por el desenlace que esterilizaba su sacrificio.

“Pero no importa –proseguí con energía, mientras agitaba la bandera–. ¡Aún flamea en nuestras manos la bandera de la Patria!”.

“¡Viva la Patria!”, gritó el herido que yacía a mi lado.

“¡Viva la Patria!”, repitieron todos.

Atardecía cuando comenzamos la retirada, sin que el enemigo nos hostigase ni intentase perseguirnos.

Mandé que los heridos fueran en la vanguardia y yo me puse el último de todos. Así partimos, mientras contemplaba al andar las encorvadas espaldas de quines me precedían en esa luctuosa columna. A mi lado, sólo iba un tamborcillo de órdenes, de no más de catorce años de edad, cuyos ojos me estudiaban a hurtadillas con una mezcla de perplejidad y agobio.

Aún retienen mis pupilas la postrera mirada que dirigí al campo de batalla. El llano empezaba a embozarse en las largas sombras del crepúsculo, lentamente tendidas sobre él como los dedos de una gigantesca y codiciosa mano. El cielo me pareció aplastante en su grandeza, y los hombres, más pe-

queños y desvalidos. ¿Qué significaban nuestras luchas y sufrimientos ante aquella arrolladora vastedad? ¿Qué cosa éramos todos, vencedores y vencidos, sino ínfimos accidentes, apenas discernibles en el majestuoso cuadro que nos envolvía, ni qué papel jugaban los humanos sucesos en el inmensurable plan del universo? No éramos sino una excrecencia, un leve musgo, el temblor de una brizna sobre una piedra ciega. Nada importaba a aquel trágico cielo el que algunas de esas briznas hubiesen dejado ya de agitarse para siempre, confundidas sus sombras en la sombra mucho mayor que empezaba a caer sobre el paisaje; nada importaba a la dura tierra saber a qué bando había favorecido la victoria. Las cosas seguían su curso eterno, y ni nosotros podríamos tener en ellas incidencia alguna, ni nuestros efímeros combates alterarlas. En esos momentos de profunda congoja todo se me antojaba vano, risible, absurdo: la Divinidad jugaba con nosotros, arrojando al tapete del azar vidas y muertes, victorias y derrotas, dolores y alegrías.

Poco a poco nos fuimos internando en las solitarias cumbres por una angosta vereda. Lenta y accidentada era la marcha. Oscurecía. Hacía una hora que caminábamos cuando oímos a nuestras espaldas un ruido de cascos. Nos volvimos con aprensión. Pero por fortuna, los jinetes que se aproximaban nos dirigían señas familiares.

Era un pequeño grupo de nuestra caballería, mandado por Diego González Balcarce. Llegó ante mí y me presentó su saludo.

“Venimos a sumarnos a vuestra marcha, mi general”, dijo. Respondiendo a mis preguntas, me hizo saber que él y sus hombres, al tomar conocimiento del camino seguido por nosotros, se habían decidido a buscarnos; que Díaz Vélez había tomado la ruta a Potosí con multitud de dispersos; y que el enemigo no se había movido aún de Vilcapugio.

“Vuestra llegada no puede ser más oportuna –repliqué–. Tenemos aquí muchos heridos. Preciso es desmontar todos los caballos y cargar en ellos a los que no pueden seguir a pie”.

Así se hizo. Los heridos fueron acomodados de a dos y aún de a tres en cada caballo. Para dar ejemplo, yo mismo desmonté, cediendo mi cabalgadura al herido con que hablara por la tarde, cuyas palabras tanto me habían impresionado, y me eché al hombro su fusil y fornitura. Llamé a uno de los oficiales –Gregorio Perdriel–, y le dije:

“Confío a Usted el mando de la columna. Ocúpese de dirigir la marcha. Yo caminaré el último”.

Y puse en sus manos la bandera.

Luego de esta breve reorganización, aliviados por el imprevisto auxilio de los caballos, continuamos avanzando en mejores condiciones. La senda era más dificultosa, y había caído la noche. Don Gregorio Perdríel impartió la terminante prohibición de fumar: medida oportuna, pues en las tinieblas hasta la insignificante luz de un cigarro puede distinguirse desde muy lejos, delatando a los que huyen. Caminaban a mi lado un sargento del Número 1, viejo conocido mío a quien he sabido estimar, y dos oficiales de mi perdida escolta; un poco más atrás, unos ocho dragones de a pie, que cubrían la retaguardia. Ninguno profería palabra, ni yo quería que me hablasen. La marcha era dura: cada paso demandaba un gran esfuerzo de voluntad a causa de la fatiga. De vez en cuando hacíamos alto para asistir a un moribundo, ocasiones que yo aprovechaba para tomar asiento sobre alguna piedra. El frío era atroz; carecíamos de ropas adecuadas: íbamos apenas con lo puesto, tiritando, sintiendo entumecerse nuestros miembros a pesar de la actividad. En cada alto, se arrimaba hasta mí alguno que otro jefe u oficial, por ver si me encontraba bien, pero luego de unos segundos se retiraban en silencio, sin osar hablarme.

Mi desconsuelo aumentaba. Revolvía en la mente las alternativas del día con la estéril obsesión de quien busca explicarse lo impensable, ora pasando revista a las decisiones que hubiera debido tomar, ora imaginando otros cursos posibles de la lucha. A veces alimentaba mi mortificación tratando de medir los alcances de aquella derrota, funesta a la causa de la Libertad. Otras veces me sorprendía rezando: pidiendo al Todopoderoso que Su compasión no nos desamparara: que diera fortaleza a mis hombres y esperanza a los pueblos... Pero hasta mis oraciones estaban cargadas de reproches. Inquiría al Altísimo las causas de su abandono y sentía crecer en mí una blasfemia inexpressable. Nunca mi fe vaciló como en aquellas horas desoladas, en que la Divina Providencia se me figuraba revestida de los caprichosos atributos de un tirano.

Los heridos agonizaban de fiebre y frío. Tres de ellos murieron: el tercero, aquel a quien yo había prometido no abandonar. Al detenernos para asistirlo, me aproximé a él. Ya ni siquiera me reconoció. Cuando me incliné para hablarle, dejó escapar el último aliento. Sentí como si hubieran muerto en ese instante todas mis esperanzas.

Poco después, se aproximaron varios hombres. Uno de ellos dijo:

“General: los soldados tienen frío, cansancio y hambre. Quieren saber si ya podrían fumar”.

Alcé la vista recobrándome de mi amargura.

“Hasta este punto llegan los miramientos y respeto que me tienen –dije, conmovido–. Fumen todos, muchachos, que si a la luz de nuestros cigarros viene el enemigo, se encontrará con pitadores que les den para tabaco”.

Prorrumpieron en carcajadas. He arengado muchas veces a mis tropas, con frases elocuentes y marciales, pero creo no mentir si afirmo que nunca arenga mía tuvo tan poderoso efecto como aquel mal chiste. El ánimo volvió a los hombres, predisponiéndolos a continuar la marcha a pesar de los desastres. Resonaron los golpes de los eslabones contra los pedernales y la oscuridad se pobló, en un santiamén, con las minúsculas estrellas de los cigarros. No sé cuál habrá sido la virtud de mis palabras, pero pareció que todos hubiesen comprendido, gracias a ellas, que la derrota no era tan arrolladora y que aún había posibilidades de salvación. ¡Grandeza de la voluntad! Nada, ni el más completo derrumbe, puede doblegarla si está encendida de nobles propósitos.

Tres leguas habríamos andado desde Vilcapugio cuando arribamos a un solitario y desnudo paraje en donde se alzaban dos cabañas abandonadas, y que los lugareños conocían con el nombre de El Toro. La noche era más cerrada que nunca, el frío más crudo, y el hambre y la fatiga habían aumentado hasta ser irresistibles. Consultado, ordené detenernos y hacer noche allí.

Los hombres encontraron un rebaño de llamas, cuya carne, apreciada allí, me resulta indigesta. Pronto, reuniendo algunas ramas, encendieron un fuego con que asar malamente los animales que habían matado. Acuciado por el hambre, que sabe sobreponerse a todo, yo mismo quise probar un bocado, pero con tan poca fortuna que me movió a vómito y terminó de desarreglar mi maquinaria. Largo rato permanecí postrado sin lograr reponerme. Mis hombres tuvieron la delicadeza de hurgar sus pocas pertenencias para asistirme, hasta que un dragón halló en sus bolsillos un poco de café mal tostado y de azúcar más negra que el café. Con ese brebaje me sentí mejor.

Dispuse las guardias para la seguridad de nuestro campamento y di una breve recorrida. Todos callaban, tiritando bajo el tremendo frío. Algunos oficiales se habían envuelto, para abrigarse, en los cueros todavía sangrantes

de las llamas. Los cadáveres de los muertos yacían acostados en hilera, como dormidos bajo el estrellado cielo, pues era orden mía el transportarlos hasta encontrar un sitio propicio para su sepultura. Luego de comprobar que estaba todo en calma, me retiré a una de las cabañas donde se me había improvisado un lecho con pajas. Era tal mi cansancio que ni siquiera el dolor de la derrota me impidió caer hundido en el más profundo sueño.

Así fue cómo transcurrió la primera noche luego de nuestra derrota, en aquel perdido refugio: muy diverso destino del que habían concebido mis esperanzas.

Llegó el amanecer, y aunque tremenda la fatiga de todos, mucho más lo era el frío que entonces descendió sobre el campamento, arrancándonos del sueño.

La gris claridad del alba me mostró, al abandonar la tapera, un paisaje melancólico, solitario, desnudo, lacerante en su tristeza, todo piedra y aridez, todo silencio y frío; las taciturnas cumbres que nos rodeaban parecían custodiarlos como hurtaños carceleros a un infeliz grupo de cautivos, y era tal la pesadumbre que trascendía de aquellos inmóviles contornos, que hubiera preferido las tinieblas de la noche, aunque más no fuese para preservarme de su afligente visión. Ante nosotros se alzaba una sierra gris que nos cortaba el paso: el camino la trepaba cruzando una larga y pronunciada pendiente de arenas sueltas, cuya sola contemplación hubiera bastado para desalentar al más animoso. Pero no había sino treparla para continuar nuestra fuga, o sucumbir.

La falta de descanso y de alimentos, la indisposición de la víspera y la amargura habían quebrantado hasta tal punto mis fuerzas que me sentía desfallecer. Confié nuevamente a Perdriel el mando de la columna y ordené marchar, pero esta vez salí yo el primero de todos, sin ocuparme de nada, pues no estaba en condiciones de dirigir la marcha y tampoco quería servir de estorbo, dejando al celo de los distintos jefes la conservación de la regularidad y el orden. Esta flaqueza mía resultó un grave contratiempo: en el curso de esa jornada habría de perderse la cohesión y dispersarse las tropas, hasta ese momento unidas.

Comencé a subir. La cumbre se veía distante, inalcanzable; los pies se hundían en la arena, incomodidad que acrecentaba el cansancio de la ascensión. No volví una sola vez la vista para comprobar si mis hombres venían; tampoco torné a mirar la remota cumbre: sentía que si dirigía los ojos a otro objeto que no fuera mi camino inmediato, perdería toda fortaleza. Avancé con lentitud y empeño, sin detenerme jamás ni responder a las palabras de los pocos que iban a mi lado. Tercamente, con la determinación de un obseso, proseguí la marcha paso a paso. El sol se había elevado y la mañana era radiante, aunque fría. Una brisa tenue levantaba cada tanto pequeñas nubes de arena. Como a las tres horas de marcha llegué a la cumbre. Un oficial que venía cerca, echando la vista atrás, murmuró:

“La columna se ha desordenado. Unos avanzan, otros hacen alto. ¿Es que no hay nadie que mantenga el orden?”.

Yo ignoré adrede esa observación. Sin detenerme más que para tomar aire, sólo atalayé el camino que se extendía delante. Se presentaba más llano, con menos quebras y tropiezos, siempre en las alturas, donde el viento soplaba sin reparos. Continué avanzando. A cada momento me acometían mareos. No tenía pensamientos para otra cosa que mis desdichas.

¿Por qué quebrantaba de esa manera mi anterior propósito de no separarme de las tropas? No era que hubiese sobrevenido la bancarrota de mi voluntad ante el fracaso. Aunque debilitada, ésta seguía firme, y en cuanto a fracasos, mi vida tenía de ellos gran acopio como para dejarme aturdir. Si he de decir verdad, lo que tambaleaba era mi fe. La idea de que la Providencia se hubiese burlado de nosotros, como una deidad tornadiza y voluble, condenando una causa tan justa, me torturaba y paralizaba. Muchos hombres viven sin fe, y hallan fortaleza en su convicción; pero yo, habiendo construido mi vida sobre el cimiento de la fe, no conservaba, despojado de ella, más que ruinas y escombros polvorientos. Si la Divina Providencia se mostraba adversa a la Libertad, si mi fe estaba en pugna con mis ideales, si el mundo no obedecía a un plan de justicia y los decretos del Todopoderoso podían favorecer a los tiranos o fulminar en un instante nuestros mejores esfuerzos, entonces todo era insensato, todo absurdo, y la Historia, una horrible farsa urdida para divertimento de un dios cruel.

Pero, ¿por qué entregarme a semejantes reflexiones, como si no hubiese ya probado, en el Paraguay, el amargo sabor de la derrota? Una batalla perdida,

lo sabía bien, suele ser apenas un accidente, un contratiempo dentro del curso muchísimo más vasto de los acontecimientos. Derrotas había habido muchas para la Revolución, allí, en el Alto Perú: Huaqui, Amiraya, la caída de Cochabamba, los infinitos contrastes de las fuerzas indígenas; y, sin embargo, nadie podía suponer que la Revolución estuviera derrotada. Acaso la explicación de mi congoja deba buscarse en las desmedidas expectativas que yo mismo había puesto en los frutos de mi acción militar. Si bien era cierto que ninguna derrota podía ser definitiva, por el estado progresivo de la opinión, nuestra victoria, en cambio, tal vez sí lo hubiese sido. Triunfante nuestro Ejército en Vilcapugio, era casi un hecho que el Alto Perú quedaba liberado, y Lima sometida a una fuerte amenaza. Hacía muchos meses que venía ilusionándome con ese objetivo: de algún modo había llegado a convencerme de que se me reservaba, como a un hijo favorecido, la gloria del Libertador. Infatigable vanidad de los hombres: mi arrogante corazón suponía que, derrotado yo, lo estaba también nuestra Causa.

Transcurrió lenta y fatigosamente el segundo día de nuestra fuga, y casi al anochecer nos acercamos a una miserable aldea de indios, perdida en las montañas, que se llamaba Caine y constituía el primer punto habitado en aquella peregrinación. Pocos eran los que me acompañaban. Los indios salieron de sus chozas a contemplar nuestra llegada con ojos de asombro. Rendido, pedí un sitio donde descansar, y se me hizo entrar a una vivienda rústica, calmando mi sed con una jarra de agua, y mi hambre con algunos rudos productos de aquella tierra yerma. Al cabo de media hora, el número de los que había llegado tras de mí no pasaba la veintena. Decidí hacer noche en aquella población y esperar el arribo de los otros, que, según todo indicaba, venían marchando caóticamente y con gran retraso.

Llegaron las tinieblas, y con ellas unos pocos exhaustos contingentes. Ahora sumábamos un centenar: la quinta parte de los hombres que por la mañana saliéramos de El Toro. Los cuatrocientos restantes se habían extraviado o demorado en el camino. Yo empezaba a arrepentirme de mi abandono, pero sólo quedaba aguardar, confiando en que los dispersos se nos reunieran en el curso de la noche. Los soldados estaban exhaustos: habría sido una crueldad inútil enviarlos por sus compañeros extraviados. Si era preciso, dedicaríamos a ese objeto todo el día siguiente, pero esa noche nada cabía intentar.

Dormí con un sueño inquieto y torturado, despertando lo menos diez veces por vagas sensaciones que me sobresaltaban. A cada instante regresaba a mí, entre sueños, la visión del herido que murió durante la marcha. En ocasiones, esa visión se confundía con otras provenientes de épocas muy remotas de mi vida, a cuál más ingrata y cargada de remordimientos. Hacia el amanecer soñé que ingresaba a un templo en rara y anormal penumbra, en donde poco a poco mis ojos fueron descubriendo una densa multitud de fieles hincados y rezando. Al arrodillarme para orar, aquellos rostros numerosos se volvieron a mí. Presa de una gran turbación, quise salir al exterior, abriéndome paso a través de la multitud que se había incorporado y me rodeaba. Comencé a reconocer esos rostros, que eran todos de soldados míos muertos en batalla. Algunos habían caído en el Paraguay, otros en Tucumán, muchos en Salta, y muchos también en Vilcapugio. No me hablaban ni respondían; sólo me miraban. Desperté poseído de profunda angustia, y abandonando el lecho, salí a la calle. La aurora empezaba a despuntar bajo un agudo frío. Me saludó la guardia, y yo pasé sin contestar. Había una humilde capillita a la que me dirigí, pero sus puertas estaban cerradas, pues en aquella perdida población no se celebraban regularmente oficios. Apoyándome en una tapia, permanecí inmóvil y pensativo durante largo rato.

Había tocado fondo. La fatiga, la mala alimentación, el pésimo descanso, lo sombrío de mis sueños y, en especial, la penosa sucesión de mis ideas me habían arrastrado al último grado del abatimiento. Más abajo no podía caer.

Recé. Al principio maquinalmente, luego con angustiosa súplica. Estaba solo, solo de toda soledad en aquella oscuridad helada, en medio de la brutal indiferencia de los elementos. Y fue entonces, precisamente entonces, cuando más profunda era mi desesperación, que mi espíritu se vio sacudido por un amargo reproche. ¿Acaso tenía derecho a llorar por mi persona y olvidar la razón que le servía de fundamento? Había tocado fondo, era cierto; pero también en ello había cierto alivio. Me dije —o algo en mí me dijo— que sólo quedaban dos caminos: terminar de hundirme o empezar otra vez a caminar. Y mis ruegos se hicieron ahora más ardientes, pero ya no pedía el fin de mis desventuras; ahora pedía las fuerzas necesarias para levantarme. Juré ante Dios que, si Su bondad me las concedía, nunca más mi ánimo volvería a decaer; que podían sobrevenir nuevas desdichas, nuevos contrastes aún peores que el pasado, podía el mundo derrumbarse, y yo seguir viviendo y de pie. Junto a esa capillita perdida, prometí no descansar hasta lograr la ocasión de un

desquite. Así fue cómo Su gracia me devolvió la fortaleza cuando mayor era mi debilidad. Al abrir los ojos, los tenía empañados. La opresión que durante horas había agobiado mi pecho acababa de desaparecer. Creí saber también, no sé cómo, ni por qué conducto, que una voz superior, en un lenguaje propio, acababa de responder a mis dudas. Basta de agonías. La partida sería a todo o nada, hasta arrollar al enemigo o ser destruido por él.

A partir de entonces, un fuerte vigor renació en mi pecho. Nada sabía ya de derrotas ilevantables; mi juramento se cumpliría, y en un lugar no lejano se decidiría de una vez por todas mi desgraciada campaña. El día entraba ya, y los indios y mis hombres se desperezaban bajo la fría luz. No me sentía menos indispuesto que antes, pero toda penuria se me olvidó. Libré orden general convocando a todos a cumplir con su deber; llamé la banda, pero no había músicos ni clarines, sino sólo tambores, que fueron sin embargo suficientes para hacerse oír en aquel corto paraje. Cada soldado echó mano de su fusil, y cansados como estaban, acudieron todos a mi llamamiento.

Preciso era dar alguna forma a ese andrajoso resto del Ejército para que no siguiera deshilachándose. Así lo hice. Poco después salían del pueblito pequeñas partidas en todas direcciones, a la busca de rezagados. Pedí ayuda a la población, y vinieron un centenar de indios para auxiliarnos en mil urgentes menesteres. Procedí a distribuir las pocas municiones salvadas, y arreglé mi fuerza en cortas secciones y divisioncillas. Destaqué un piquete de infantería asistido de algunos indios para que transportasen en burros y llamas a los heridos, a quienes envié por el rumbo que al día siguiente seguiríamos los sanos. En medio de mi actividad, no volvieron a incomodarme ni la fatiga, ni el hambre, ni la penosa desazón.

Así llegó el atardecer. Muchos dispersos habían sido recogidos, e iba cobrando número el diminuto grupo de los que me acompañaban. Dispuse llamar a reunión. Los tambores sonaron y todos acudieron en armas.

La luz del crepúsculo iluminaba el modesto cuadro. Paseé mis ojos, calculando en trescientos los al fin reunidos. Con la fornitura y el fusil del soldado muerto, de que no me había desprendido hasta entonces, hice un alto al centro de la formación, observando de uno en uno los rostros que me rodeaban. Ordené rezar el rosario, como se hacía siempre a aquella hora, y la orden se cumplió con unción. Un cielo hermoso e imponente brillaba sobre nosotros con los últimos arboles del ocaso. Tremendo y fatídico era el silencio que

nos envolvía. Desde las casas, algunas mujeres indias y chiquillos observaban con ojos compungidos. Terminamos el rezo; el silencio se espesó; la quietud del paisaje se hizo doliente. Con emoción no disminuida, volví la mirada a mis hombres, que no habían sacado las suyas de mí. Pasé revista.

“Soldados de la Patria –dije luego–: juntos hemos atravesado penurias indecibles desde que tomamos el empeño de llevar la Libertad adelante. Juntos vimos crecer este Ejército de la nada, desengañando a los que proclamaban su ruina, y conocimos la alegría de la Victoria, en Tucumán y en Salta. ¿Y alguno de vosotros piensa que vuestro General ha de permitir que sucumbamos? ¿No os equivoquéis! ¡Bajo este cielo que ostenta los sagrados colores de la Patria, os juro que no abandonaré la campaña hasta ver al enemigo arrodillarse a nuestros pies!”.

Hice un alto, obligado por la silenciosa conmoción que produjeron mis palabras. Luego, más despaciosamente, proseguí:

“Y puesto que todo aquello lo vivimos juntos, y no nos hemos separado ni en la adversidad ni en la victoria, bueno será que honremos una vez más nuestra anterior conducta. Sabed que a partir de este momento impondré la pena de la vida al que abandonase a su compañero en el peligro”.

Todas las cabezas asintieron en silencio. Yo sentí que me embargaba una honda dulzura. Me adelanté mirando directo a los ojos a cada uno de mis soldados.

“Conozco por sus nombres y apellidos a todos los valientes que en este momento están conmigo. Yo sabré recomendarles a la gratitud de la Patria. Pero, si por desgracia llegasen a abandonarme en esta retirada, yo moriré solo por el honor del Ejército”.

“¡No así, mi General!”, gritó un soldado.

“¡Todos moriremos al lado de nuestro General!”, gritaron otros. Ese grito fue repetido por toda la tropa. Mis ojos se llenaron de lágrimas, por primera vez, creo yo, desde mis años mozos. Avanzando pausadamente entre las filas, murmuré el nombre y apellido de cada uno de los que veía, pues a todos recordaba, y aún hoy no los olvido. Luego, volví a ponerme al frente, y echándome el fusil al hombro, dije:

“¡Ojalá el enemigo se atreviese a buscarnos!”.

OCTUBRE A NOVIEMBRE DE 1813

Con el contraste de Vilcapugio, muchas personas, tanto amantes como enemigas de la Libertad, creyeron que se repetiría la escena del Desaguadero, cuando el Ejército patriota, derrotado, se desbandó ignominiosamente, levantando contra sí, con sus desmanes, a los mismos pueblos cuya liberación decía buscar. Se engañaban. Mi Ejército no había perecido: vivía, y vivía con su General, para escarmentar mediante Dios a los enemigos.

En balde, pensaba yo, se fatigarían nuestros adversarios, así interiores como exteriores; en balde, tal vez, nos veríamos casi a las puertas de nuestra total ruina, como ya lo habíamos estado en algunas épocas de nuestra gloriosa empresa: las Provincias Unidas serían libres, o mejor aún, ya lo eran, por el sólo hecho de no desesperar de alcanzar la Libertad; y los restantes pueblos de la América se nos unirían a la postre, afirmando con sus esfuerzos la Libertad e Independencia que el Cielo mismo ponía en nuestras manos. Aún había sol en las bardas y un Dios que nos protegía.

Grandes, sin embargo, fueron nuestras pérdidas. Dejamos en Vilcapugio todo el parque y artillería, más de 400 fusiles, los mejores jefes, trescientos cadáveres y numerosísimos prisioneros, así como infinidad de dispersos que no volvieron a unirse a nuestras tropas. ¿Qué nos quedaba para alentar aquellas esperanzas? Apenas mil hombres, divididos entre los que me seguían y los que se habían ido a Potosí con Díaz Vélez; y el ánimo, la disciplina y el hambre de desquite. Pero, sobre todo, quedaba la incontrastable simpatía de la población.

Fuertes resultados habían tenido mis disposiciones de los meses precedentes, así como la intachable conducta de mis gobernadores, insuflando en todo el Alto Perú un espíritu decidido por la Libertad. Grande y fecundo había sido nuestro esfuerzo, y acertado el no ofender las creencias religiosas, ni practicar requisiciones, ni saquear bienes, ni imponer tributos. Ahora los acontecimientos venían a demostrar cuánta razón me había asistido cuando encarecía respetar a las poblaciones. Al llegar al Alto Perú nos rodeaba la prevención hasta

en los mismos partidarios de la sagrada causa, frescas en las memorias las tropelías cometidas durante la campaña anterior. Esos resquemores se habían disipado, y los pueblos más recalcitrantes, si no se afligían con nuestra derrota, tampoco la aprovechaban para darnos la estocada final. Piénsese hasta qué punto llegaría la amistad de los pueblos cuando, transcurridos quince o veinte días de la batalla, el General Pezuela aún ignoraba que yo no había tomado el camino de Potosí, sino que estaba a sus espaldas, escondido en algún lugar de las provincias vecinas, acechándole la retaguardia con mi puñado de hombres. En todo ese tiempo, las poblaciones habían contemplado nuestro paso, teniendo sobre nosotros un espeso velo de silencio, proporcionándonos víveres y forraje, consuelo y habitación, sin que nos viéramos obligados a tomar nada por la fuerza. En vano enviaba Pezuela a sus espías o destacaba partidas a tomar noticias: nadie sabía nada; nadie nos había visto; el país estaba mudo, sordo y ciego. ¡Dios bendiga la lealtad de aquellos pueblos, que ocultaron al caído para que pudiera levantarse!

Pero si muchas habían sido nuestras pérdidas, no menores eran las del enemigo. Recuérdese que Vilcapugio fue batalla ganada hasta casi el final. Tuvimos trescientos muertos, pero los del enemigo no bajaban de quinientos, y sus dispersos eran apenas menores que los patriotas. Sin cabalgadura, en un país hostil, privado de víveres y auxilios, el Ejército colonial agonizaba. Y al tiempo que yo cruzaba territorios amistosos, Pezuela, incapaz de perseguirme para consolidar su victoria, debía quedarse en el campo de batalla como un luchador que ha recibido muy severos golpes antes de ultimar al adversario, y debe resoplarse largamente para reponerse. Poco después retrocedía hasta Condo Condo y se guarecía allí, exhausto, molido, inmovilizado.

¿Adónde habíamos ido nosotros? A un pueblito llamado Macha, en donde yo trabajaba la reorganización. Díaz Vélez, con parte de las tropas en Potosí, fortificaba la Casa de la Moneda y encerraba en ella el armamento, municiones, pertrechos y dineros del Estado, para defenderlos hasta la última extremidad. De todo el Alto Perú llegaban ahora auxilios para el Ejército abatido. Ortiz de Ocampo, gobernador de Charcas, mandaba refuerzos de hombres, artillería, municiones y como doscientos caballos de pesebre para nuestra caballería. Arenales, gobernador de Cochabamba, proveía auxilios y pertrechos

abundantes, y lanzaba una enérgica proclama para que los pueblos no cedieran al desaliento. Ignacio Warnes, gobernador de Santa Cruz de la Sierra, no se quedaba atrás en sus esfuerzos por ayudar a nuestra reconstitución. Habiendo reunido como 600 hombres, Díaz Vélez se aprestaba a defenderse a todo trance en Potosí, y me remitía dos cañones de a 1 y municiones. Todos trabajaban, todos ponían infinito celo; los caminos del Alto Perú veían desfilar las carretas y las tropas de voluntarios que desde todos los puntos avanzaban hacia Macha, a mi encuentro, para alzar de las ruinas al Ejército del Alto Perú, tan fresco y vigoroso como si no hubiera sufrido contrastes. El fervor por una causa opera milagros. ¡Qué maravilloso es el poder de la Voluntad! Si aquellos bravos que me asistían, si aquellos colaboradores que no me habían abandonado, y si aquellos pueblos que permanecían fieles no hubiesen, en el pasado, dado sobradas muestras de su heroísmo y abnegación, su comportamiento luego de Vilcapugio habría bastado para empeñar a la patria eternamente en su gratitud. No habían pasado dos semanas de la derrota, y ya mi Ejército destruido estaba nuevamente en pie, recibiendo de todas partes muestras de amor y respeto, aguardando solamente cobrar mayor vigor para aplastar en desquite a los tiranos.

Al tender hoy una mirada abarcadora sobre la totalidad de mi campaña, hallo dos puntos de máxima gloria, y curiosamente, ninguno de ellos coincide con un triunfo. El primero fue la retirada imborrable desde Jujuy hasta Tucumán, hecha en condiciones las más temibles, y con un orden, un éxito y un heroísmo de todos los que en ella intervinieron, que no hubo otra igual en la guerra por nuestra emancipación. Y el segundo fue aquella milagrosa recomposición de un Ejército aniquilado en el término de breves días, tan breves como los que mediaron entre la batalla de Vilcapugio y la que estaba por librarse en las inmediaciones de Macha. No pasó un mes desde el desastre, y los hombres a mi mando llegaron a rozar el imposible número de 3.400.

¿Cómo se obtuvo este prodigio? Yo mismo no lo sé. El recuerdo de aquellos es de una vertiginosidad pasmosa. Sólo sé que no hubo un instante de descanso ni un segundo de flaqueza; que todo fue perpetua actividad y fe en el triunfo; y que esa fe la compartía conmigo hasta el último soldado.

¿Pero cuáles eran mis planes para abrigar tal confianza? Me fundaba en el estado de postración del enemigo. Sin recursos, sin movilidad, sin caminos francos, sin socorros de los pueblos, Pezuela y los suyos debían perecer. Yo me

preparaba para una larga campaña. Cada día recibía en Macha nuevas provisiones y bienes con que sostener a mis tropas, y los acopiaba con celo rayano en avaricia. Me preparaba para una conflagración general, en que ardería todo el país, sublevado en masa contra sus opresores, contando con dar largas a la guerra, para que el enemigo, incapaz de atacarme, sucumbiera por inanición. En mi campamento de Macha, donde esperaba que viniese en breve tiempo el coronel Zelaya con refuerzos de caballería, podría yo conservar las provincias de Cochabamba y de Potosí, privando así a Pezuela de incontables recursos; y si éste, advertido al fin de mi presencia, se decidía a atacarme, aún me restaba el arbitrio de retrogradar hasta Potosí, en donde se hallaban los mayores depósitos del Ejército. Esta fue mi idea original, que más tarde varié por las circunstancias que se referirán a su debido tiempo.

Pezuela, entretanto, se limitaba a destacar al batallón de Olañeta por el camino del Despoblado, y al escuadrón de Saturnino Castro por el de Potosí, con designio de hostilizarme en mi supuesta fuga hacia esta última ciudad, ignorando que con ese rumbo sólo se había retirado Díaz Vélez.

A mediados de octubre llegó Castro a Yocalla, a escasas seis leguas de Potosí. Desde ese punto, jactancioso, libró un desafío caballeresco a Díaz Vélez:

“Lo reto a batirnos, yo con mis cien dragones y Ud. con toda su división, en campo a su elección”.

Era una bravata, porque ni siquiera su temeridad podía hacerle suponer que derrotaría a las tropas mucho más numerosas de Díaz Vélez. Pero Castro pretendía con esto afirmar su fama de valeroso, y al mismo tiempo inspirar el desánimo en nuestros hombres. Díaz Vélez, indignado, y creyendo que venían con Castro las fuerzas todas de la vanguardia realista, no hizo demorar su réplica:

“No es nadie ese Castro para retarme con honor –le mandó decir–. No le reconozco sino por un perjuro, que ha burlado su juramento prestado en Salta, y digno solamente de ser ahorcado, si es que llega a caer en mis manos”.

Ante la resolución de Díaz Vélez de mantenerse en Potosí, Castro terminó replegándose a Condo para unirse con Pezuela.

Yo seguía, a todo esto, la remonta de mis tropas. La provincia de Chayanta, habitada casi con exclusividad por indios, me asistía invalorablemente. Ha de saberse que los tales indios de Chayanta eran famosos por su avaricia:

cada vez que, en las provincias vecinas, se quería significar un avaro, se le nombraba de Chayanta, y las bromas relativas a la mezquindad tenían en todo el Alto Perú como destinatarios a los pobladores de ese territorio. Yo puedo afirmar que tales especies, de haber sido ciertas, quedaron entonces desmentidas. Nadie fue más generoso conmigo y con mis hombres que los indios de Chayanta. Desde todos los puntos de esa provincia, no cesaron de venirme auxilios, traídos por varones y mujeres, y hasta por niños, sobre sus propios hombros. Víveres, ganados y cabalgaduras, bálsamo y vino para los enfermos, regalos y ofrendas para los oficiales, artículos de los más variados con los que aquellos pobres indios, ignorados de todos, objeto de burlas, perdidos en su miseria, pretendían demostrarme su agradecimiento por haberles dispensado el honor de establecerme entre ellos... ¡Y dígame después que me equivocaba al tratar con tanto miramiento a los nativos! Emocionado por ese despliegue de generosidad, me dispuse a recompensarla. Dicté un bando por el que ordené distribuir entre los pobres, los desposeídos y las víctimas de la guerra todas las tierras comunales, para que pudiesen cultivarlas y elevarse de su triste condición, pues jamás habrá soberanía del pueblo si éste es miserable, explotado y afligido, ni podrá nunca prosperar la libertad de unos por sobre la indigencia de otros. Otra vez veía lo que ya en Jujuy había aprendido: no es de los ricos que ha de esperarse ayuda en la hora del peligro; ellos se entregan al extranjero si conviene a sus negocios. ¡Siempre son y serán los pobres los que defienden la patria!

Así fue cómo mi maltrecho Ejército empezó a recomponerse. Tenía ya un tren de artillería, sino suficiente para su defensa, al menos útil para apropiarla. Había logrado montar mis escuadrones. Nada faltaba a mi parque. Los almacenes estaban llenos. Temeroso, sin embargo, de que la prolongación de la guerra pudiera sumirnos algún día en la escasez, y consciente de los sacrificios que representaba para unos pueblos pobres el habernos provisto de aquella abundancia, no quise tampoco caer en el sacrilegio del derroche. Vinieron a informarme de haber entre nuestros víveres algunos medio podridos.

“Los serviremos a las tropas un día sí y otro no –repuse– Que nadie se entere cuándo están buenos”.

Inútil ocultarlo. Los soldados olían desde lejos la podredumbre, y los días que se servía podrido ayunaban. A tal punto llegaba su consideración hacia

mí que jamás hicieron cuestión alguna por aquellos pútridos manjares; antes bien, los recibían con chanzas y coplillas, y entretenían su hambre cantando:

Cielito, cielo que sí,
Cielo de Puente de Márquez,
no andés pitando chapá,
que están podridos tus charques.

Pienso que buena parte en esta resignación la tenía el observar los soldados que yo comía tan podrido como ellos. El primer día de servirse tasajo maloliente, el cocinero me preparó un plato especial.

“¿Qué significa esto? –le dije– Rancio comen mis tropas y rancio comeré. Guarde este plato para mañana, que hoy no es día de banquete”.

Así, aquellos bravos no sólo consagraban a la patria sus pechos, sino también sus estómagos.

Al tiempo que nos organizábamos para una nueva acción, yo no dejaba de ocuparme en mantener al enemigo reducido a la nulidad, para que fuera seguro su quebranto.

Con tal objeto, destaqué montoneras y partidas en todas direcciones para levantar a los pueblos y estrechar a Pezuela en Condo, así como hostilizar a los destacamentos realistas que aún no habían podido concentrarse. Los caudillos indios me sirvieron fielmente. Baltasar Cárdenas, aquel a quien derrotara Castro antes de Vilcapugio, se había puesto nuevamente a mi lado. A él, a Lanza, y a otros jefes de indios, los mandé a cortar las comunicaciones de Pezuela con La Paz y con su base de operaciones en el Desaguadero. Así se iba cerrando el círculo que ponía al jefe enemigo en situación cada día más afligente: me había derrotado en batalla, pero su mismo triunfo lo estaba sepultando.

De aquellos tiempos datan la mayores proezas del teniente de Dragones Don Gregorio Aráo de La Madrid, quien entonces se ganó mi definitivo respeto y amistad.

“Escoja Usted cuatro hombres de su compañía –le dije cierta vez–, y marche a traerme noticias exactas de la vanguardia enemiga. Por lo que sabemos,

esta se encuentra en Yocalla, mandada por el perjuro de Castro, molestando a Díaz Vélez”.

Al cabo de un rato volvió La Madrid con cuatro voluntarios.

“Ya estoy, mi General –me dijo bromeando–. Sólo falta que me dé Usted un pasaporte para que se me permita entrar al campo enemigo”.

Yo sonreí.

“Usted sabrá proporcionarse el pasaporte”, repliqué.

Y no me equivocaba. La Madrid marchó, guiado por un baqueano, a través de caminos imposibles; una nevada lo sorprendió en la noche, allá en las alturas, siendo ya una proeza no sucumbir; arribó al amanecer a Yocalla, y, sin amedrentarse, hizo allí mismo, en las narices del propio Castro y de los cien jinetes del escuadrón realista, cinco prisioneros, capturando a una pequeña partida que se había alejado del grupo principal. Poco después llegaban a mi campamento los prisioneros, para que yo pudiera interrogarlos y tomar las noticias que precisaba. Dos de ellos resultaron ser juramentados de Salta, y mis hombres, que llevaban grabados sus rostros, los reconocieron. Los hice fusilar por la espalda, como indignos de morir dando cara al escuadrón. Las cabezas de aquellos traidores fueron cortadas y escrita en sus frentes la leyenda “Por perjuros”. Envié a La Madrid un refuerzo de ocho Dragones, que le llevaron las cabezas, con orden de situarlas en la inmediatez del enemigo, para advertencia de los otros perjuros, entre los que se contaba el propio Castro.

Poco después La Madrid se resolvió a mayores capturas. Castro había desprendido una compañía de Cazadores montados, y La Madrid quiso tomarla prisionera en la estrechez de una quebrada, donde se hallaba la posta de Tambo Nuevo, en que hacía noche la compañía. Envié como batidores a tres soldados, quienes treparon en la sombra la difícil cuesta hacia Tambo Nuevo. Los relinchos de los caballos que en número de cincuenta habían dejado los desprevenidos realistas en un corral, confirmaron a estos tres valientes que allí se hallaba el enemigo, y deslizándose en las tinieblas sin un murmullo, descubrieron al fin al centinela, que se había dormido sobre su fusil. A lo largo de la pared de la posta estaban apoyadas las armas; en el interior dormían once soldados, y un poco a retaguardia los cuarenta restantes de la compañía. En temeraria y sigilosa acción, aquellos tres patriotas desarmaron al centinela, tomaron las armas de la pared, sorprendieron a los once durmientes, y dando voz de ríndanse, los tomaron a todos, los maniataron y se los llevaron a La Madrid.

Con esos once prisioneros, La Madrid se envalentonó. Marchó a rodear al resto de la compañía enemiga, la encontró bajando la cuesta, se abrió fuerte tiroteo, y la luz del alba, que ya llegaba, reveló a los realistas el corto número de sus atacantes. Se alejó La Madrid con once cautivos. Informado de aquella acción, premié a los tres soldados valerosos con un ascenso, y los hice reconocer como los “Sargentos de Tambo Nuevo”. Los cazadores enemigos justificaron su cobardía diciendo a Castro que habían sido atacados, no por tres soldados, sino por tres batallones, con lo que el jefe realista decidió replegarse a Condo.

No quedaban fuerzas realistas fuera de Condo. La Madrid me informó haberse presentado en Vilcapugio para tomar noticias y hallar un horrible espectáculo: nuestros muertos permanecían insepultos; vagaban perros famélicos y volaban en círculo las aves, haciendo presa en los despojos de mis queridos soldados. Tal noticia me llenó de amargura y de rabia, pues el rencor de la guerra jamás debe prolongarse más allá de la muerte. No había tenido el enemigo la piedad de enterrar a aquellos infelices junto a sus propios caídos, y pagaba así, con semejante blasfemia, la delicadeza que tuvimos nosotros con los caídos en Tucumán y Salta. Testimonien esos pobres muertos, abandonados para pasto de las fieras, contra el bárbaro realista que los dejó pudrirse sin el amparo de una cruz.

La Madrid halló los restos del heroico comandante Benito Álvarez y de su segundo el mayor Beldón. Junto a ellos clavó un madero y colgó las cabezas de los perjuros. Luego, sin más que hacer, se retiró del llano sombrío y hediondo, que ilustraba la atrocidad de nuestros opresores.

Todo era actividad incesante para mí. Con la noticia del agravio inflingido a nuestros muertos creció mi ira; me preparé para la venganza. Personalmente presidía las evoluciones, los ejercicios, la instrucción de los reclutas; libraba proclamas y llamamientos; restañaba las heridas; restituía la confianza en un próximo triunfo; hacía, en suma, cuanto estaba a mi alcance para que la Divina Providencia pudiera favorecernos: pues es cierto que si el Cielo se resuelve a protegernos, no lo hará de nuestra pereza, ni de nuestra flojedad, ni de nuestras equivocaciones.

Marchaban ya nuevos emisarios al Perú. Solamente el pueblo de Tacna se había insurreccionado: los de Moquegua y Arequipa se habían acobardado

al final; ansiaban por libertad, pero a costa de sangre ajena. ¡Ay!, aún faltaba mucho para que, saliendo de la esfera de degradación en que estábamos los americanos, nuestro espíritu tomara aquel vuelo que hace al hombre superior a la idea de perder las efímeras comodidades de su vida, por otra parte muy llena de vicios...

Marchaban también los diputados del Alto Perú para la Asamblea Constituyente, de cuya elección me había ocupado. No dejaba de alarmarme el modo en que había cundido la idea de federalismo, plausible en la paz, pero inoportuna en mitad de una guerra revolucionaria, que exige una dirección unificada, al menos mientras se está con el invasor encima. Pero la culpa la tenía Buenos Aires con su egoísmo, y también la mucha ignorancia que había en todas partes: tanta, que hasta llegué a temer más sus efectos después de la victoria que a los enemigos entonces.

Se progresaba poco a poco. Pasó el mes de octubre; llegó noviembre con grandes expectativas; creció mi ejército más de lo que hubiera osado imaginar. No faltaban víveres ni caballos; la moral era alta; los pueblos nos acompañaban; Zelaya llegaba con sus jinetes y Cochabamba enviaba sus milicias; venía Díaz Vélez a reforzarme; nuestro número pasaba ya de los tres mil cuatrocientos combatientes, de los cuales, fuerza es confesarlo, sólo mil eran veteranos: el resto, reclutas de poca o ninguna instrucción, y muchos de ellos puramente de bulto. Las armas, pese a los abundantes envíos, no alcanzaban para todos.

El enemigo, mientras tanto, veía acabarse sus víveres; no podía mover una partida de Condo sin exponerla a los ataques de nuestras montoneras; los indios de Lanza y de Cárdenas habían cortado sus comunicaciones, y no tenía esperanzas de recibir auxilios. El paso del tiempo aumentaba sus penurias y el descontento de las tropas. Pezuela tomó una determinación. Quedarse en Condo era perecer por falta de recursos: había que movilizarse. Un traidor, un desnaturalizado de los que nunca faltan, fue a ayudarlo burlando el cerco de hierro que le habíamos tendido. El infame Cura de Coroma, caudillo fanático, empedernido realista, abandonando a sus compatriotas, proporcionó a Pezuela seiscientos burros y llamas. Gracias a este socorro y a los hombros de los ignorantes indios que dirigía el Cura, estuvo Pezuela en condiciones de mover su parque y artillería. Entonces, confirmando el temple que había demostrado en Vilcapugio, se decidió a una atrevida jugada, en la que arriesgaba el todo por el todo para salir de aquella quietud fatal.

En los primeros días de noviembre tuve noticias de sus movimientos. Llegaron a Macha, fugitivos, algunos indios de Lanza y de Cárdenas. ¿Qué había sucedido? Cuando lo supe tuve un temblor de inquietud, pues comprendí que se aproximaba la hora. En el camino que unía Condo con Ancacato, los indios habían sido batidos por el Ejército realista en una cruenta lucha, dejando numerosos muertos y prisioneros y algún armamento. Avanzaba Pezuela rumbo a Ancacato, buscando penetrar en la provincia de Chayanta para un encuentro campal con nuestras fuerzas.

Indagué a los fugitivos. ¿Cómo marchaba Pezuela? ¿Cuáles eran sus fuerzas? ¿Qué paso traían? Por sus informes, y por los de las partidas de batidores que destacué, el Ejército realista contaba tres mil quinientos a cuatro mil hombres; su caballería: unos trescientos jinetes bien montados; su artillería, dieciocho piezas de a 4 y de a 6. Nuestra infantería era muy inferior en número y calidad, pero en cambio, nuestra caballería ascendía al doble de la suya y estaba mejor montada e instruida. Ni hablar de la artillería patriota, que a la sazón se reducía a ocho cañoncitos de pésima factura, con un calibre de a 1 y de a 2, lo que equivalía a decir que carecíamos de esa arma. Los realistas avanzaban con mucha dificultad: había lluvias y los caminos estaba muy malos; la caballería marchaba desmontada; los cañones eran arrastrados por los indios de Coroma; la lentitud de las marchas era grandísima, como que no superaba las tres leguas por jornada, y aún hubo de hacer quince leguas en diez días para llegar con gran agotamiento a Cayampayano, a ocho de distancia de nuestro cuartel. Allí, todavía debió aguardar tres días más a su parque, que se había retrasado.

La jugada de Pezuela era arriesgada en grado sumo; y aunque deploro su conducta para con nuestros muertos, debo confesar admiración por el valor que demostraba. Al atacarnos, se ponía en disposición de perderlo todo. Sin embargo, creo yo que tampoco le quedaba otra salida, pues, de permanecer en Condo, su situación se hubiese vuelto insostenible.

Huelga describir la inquietud que se apoderó de nuestro campamento con las novedades. Nadie, ni yo tampoco, aguardaba una acción tan inmediata.

Mucha era mi ira y mi deseo de venganza; mucha, también, mi renovada fe en la protección de Dios. No vacilé en inclinarme por hacer frente al enemigo.

Pero la opinión de los distintos jefes distaba de ser tan belicosa. Contados eran los que compartían mis inspiraciones: la gran mayoría dudaba, y aún proponía la retirada. Uno de ellos era Díaz Vélez, quien me dijo con franqueza:

“General, soy del parecer de replegarnos al Potosí. Sería temerario presentar batalla como el enemigo quiere, y Usted sabe tan bien como yo que en lo posible nunca hay que seguir los movimientos que propone el rival, salvo señalada ventaja que nosotros no tenemos”.

“¿No cree que nos halleemos en condiciones de batirnos?”.

“No. Vea Usted las tropas. Sin menospreciar la rapidez con que fueron reunidas, ¿adónde llega la disciplina, adónde la instrucción? Son demasiados los reclutas, y ni sabrán moverse llegado el caso. ¿Cuál es nuestro fuerte?”.

“La caballería”, repliqué.

“No basta –insistió Díaz Vélez–. No tenemos artillería, y no puede darse ese nombre a los cañones que le remití. Conviene posponer la acción. Sabemos que nos envían desde Salta un tren de artillería nuevo, que viene a marchas forzadas. Con eso, y con un poco más de instrucción, ya la relación de fuerzas habrá cambiado. No se fie, General, del espíritu de las tropas. Ellas lo siguen a Usted, pero están desmoralizadas por Vilcapugio; demasiados camaradas han muerto allí y ellas temerán a sus matadores. Todavía es posible remontar mucho el personal y los ánimos. ¿A qué arriesgarnos ahora?”.

Yo respetaba su opinión, pero pensaba que una retirada sería mucho más desmoralizadora, perdiéndose lo poco que habíamos logrado; las tropas de Cochabamba y Valle Grande desertarían si nos íbamos a Potosí, pues creerían que abandonábamos esta provincia; a más de que no existía forma de transportar los víveres, que tendríamos que destruir pese a todo el esfuerzo para acopiarlos. No, no me decidía a emprender la retirada.

En estas dudas, salí a reconocer las inmediaciones, siguiendo el camino a Potosí. No hacía media legua que me alejaba de Macha cuando me invadió una rarísima impresión.

Hay cerca de Macha, en el camino que dejo dicho, una corta pampichuela, a cuyo costado derecho –siempre yendo a Potosí– se elevan, allá en el fondo, los altos de Taquiri. Aquellos altos eran el punto en donde el enemigo aguardaba la reunión de su parque, antes de atacarnos. En la llanura intermedia se alzaban algunos cerrezuelos de poca monta, y hacia el Sudoeste unas grandes

lomas de pedregullo, cortadas por un arroyito. Yo había pasado anteriormente por allí en dirección contraria a la que ahora llevaba sin reparar demasiado en los accidentes del terreno. Pero ahora, al volver la vista hacia los altos de Taquiri, vale decir, hacia mi derecha, experimenté una violenta emoción. Tuve la extraña, la supersticiosa certidumbre, de que ese era el sitio en que se decidiría mi campaña. Me adentré en esa pampa, allí conocida como de Ayohuma, por hallarse al pie del cerro del mismo nombre, y empecé a recorrerla en forma febril. Lo hice largo tiempo, a solas y secundado de mi Estado Mayor. Grandemente excitado, tomaba nota de cada detalle del terreno, y aún me parecía saber lo que encontraría. Ríanse los escépticos, pero persisto hasta hoy en la realidad de tales impresiones, sin que deje de sobrecogerme el secreto que encierran. Poco sabemos de los artilugios del Destino. Creían los antiguos que los sueños, las visiones, las ilusiones con que a cada paso nos topamos sin acertar a explicarlas –toda esa corriente oculta de experiencias que pareciera envolver o secundar nuestra vida– no se hallan desprovistos de significación: que pueden develar al hombre sagaz el arcano de su suerte. Consultaban los griegos sus oráculos, y los romanos sus augures; y el gran Julio César, según se dice, pudo conocer, por repetidos anuncios, su propio fin. ¡Nadie está en condiciones de afirmar que todo esto no sea cierto! Sostenía el ilustre obispo de Hipona que no tiembla una hoja sin la intervención de Dios, y que nuestro destino está escrito irrevocablemente en los libros celestiales desde el principio de los tiempos. Siendo así, ¿por qué la Divina Providencia no habría de enviarnos indicios de la suerte que nos depara? ¿Por qué no habría de estar nuestra vida sembrada de casi imperceptibles señales, que nos advierten, como en una mala comedia, lo que está por suceder? Yo nada sé, ni quiero mostrarme blasfemo; no alcanza mi ciencia a estos incommovibles arcanos, y sólo puedo limitarme a referir lo que a mí me sucedió.

Ello fue que, conmovido e impresionado, supe que ese era el campo de batalla. Todo, en efecto, se prestaba para nuestra defensa; la posición era óptima; allí podrían desplegarse bravamente nuestros jinetes; allí cortábamos al enemigo el camino a Macha y lo obligábamos a presentarse en inferioridad. Toda la acción desfiló ante mis ojos, y el plan general de la batalla se delineó poco a poco en mi imaginación. Mi ejército debía ocupar el medio de la pampa; en la espalda de su flanco izquierdo quedarían las lomas pedregosas de que ya hablé; nuestra derecha se apoyaría en las últimas anfractuosidades de un cerro, que habría de cubrir además nuestra retaguardia. El enemigo, bajando de los

altos de Taquiri, se vería obligado a cruzar un río que por allí discurre y trepar un barranco antes de salir a la llanura, donde nuestro Ejército lo aguardaría. Yo imaginaba el avance de la formación enemiga, hasta estrechar su flanco izquierdo contra un barranco allí existente, que la obligaría a desfilar buscando ganar terreno en dirección opuesta. Al ejecutar esa maniobra, sería el momento de que nuestros jinetes, con Zelaya a la cabeza, envolvieran al enemigo por la izquierda tomando su espalda, mientras nuestros infantes lo acometían por el frente con las bayonetas en ristre. ¡Sí, toda la batalla se desplegó ante mí! Tuve completa confianza en nuestra victoria. La Libertad avanzaba hasta Lima protegida por el Todopoderoso.

Cuando terminé de exponer mi plan a Díaz Vélez, este asintió.

“No deja de ser bien meditado, General. Pero es también mi obligación advertirle que el coronel Perdriel me ha visto esta mañana para exponerme un plan que él mismo desarrolló. Le confieso que me ha sorprendido. Ruego a Usted que lo escuche”.

“¿En qué consiste ese plan?”, pregunté con disgusto. Creía yo que Díaz Vélez cedería en sus reparos al oír mis explicaciones sobre el terreno.

“General, él sabrá explicarlo mejor. Otros jefes lo apoyan”.

“¿Debo convocar a junta de guerra? –repuse, sin poder disimular mi decepción—. Está bien. Lo haré”.

Poco después tenía lugar la junta. Todos los jefes se hallaban reunidos, y yo incité a Perdriel a comunicarnos sus ideas.

“Mi general –comenzó Perdriel–: parto de la base de que no estamos en las mejores condiciones para presentar batalla. Las tropas no tienen suficiente instrucción y carecemos de artillería. Las ventajas de la caballería no son suficientes. Si salimos a batalla y perdemos, tendremos que abandonar el Alto Perú, y todos los progresos se perderán. En estos momentos, la plaza de Montevideo ha recibido refuerzos de más de dos mil soldados españoles: la situación en Buenos Aires es crítica, y en caso de desastre no podrá auxiliarnos. Los peligros para la patria son muy graves. No podemos jugarlo todo a una partida como quiere el enemigo, no sólo por los riesgos que digo, sino también porque el tiempo nos favorece. Cuanto más se demore la batalla, más se habrá debilitado Pezuela, carente como está de recursos y rodeado de pueblos hosti-

les. Ha tardado diez días en hacer quince leguas: no puede seguir moviéndose y caerá por sí solo. Lo que nos conviene es eludir el encuentro campal”.

“Coronel –interrumpí–: todo esto ya lo hemos hablado y no son razones suficientes, porque también la retirada tiene riesgos. Todo se perderá en moral y en reclutas, y tendremos que desprendernos de víveres que no podemos acarrear”.

“No así, mi General –insistió Perdriel–. Por el contrario, con el plan que propongo la moral de las tropas se verá robustecida. Dejemos Macha al enemigo, destruyamos nuestros víveres, y no temamos por ello, pues nuevos recursos se nos proporcionarán en cuanto los pueblos sepan que no nos retiramos para abandonarlos, sino para defenderlos mejor. Mi propuesta –continuó– es rehuir batalla. Corriéndose nuestro Ejército por el flanco derecho del enemigo, nos alejaremos de él sin peligro. Atravesamos luego de Sur a Norte la Provincia de Chayanta, que nos asistirá sin duda, como lo ha hecho hasta ahora, y desviamos hacia el oeste tomando la retaguardia del enemigo. Así, mientras Pezuela nos busca por aquí, agotándose, nosotros pasamos al Norte del territorio. Llegados a las pampas de Oruro, asaltamos la base de operaciones realista, que está desguarnecida por la ausencia de Pezuela: quedan en nuestro poder las guarniciones y depósitos que ha reunido. Nos reponemos de cualquiera pérdida de víveres, y acometemos sin demora contra La Paz. El enemigo quedará desmoralizado y aislado, y se perderá solo. Por el contrario, nuestras tropas se verán triunfantes y robustecidas, a un paso de Lima, y en condición de sostenernos en los movimientos que han dado los pueblos del Bajo Perú”.

“Es un plan atrevido –observó uno de los comandantes”.

“Y peligroso –dije yo–. Olvida usted que si nosotros quedamos a retaguardia del enemigo, también él queda a nuestra retaguardia. Nosotros tomamos Oruro y ellos Potosí. Nosotros avanzamos sobre el Perú y ellos pueden hacerlo sobre las provincias bajas. La única diferencia es que nada hay que se les oponga a ellos, salvo tal vez algunas montoneras, mientras que nosotros deberemos enfrentarnos con cualquier fuerza armada que envíen desde Lima”.

“No es posible que el enemigo se pueda mover hacia Potosí o hacia parte alguna –replicó Perdriel–, pues se ha visto que a duras penas anda tres leguas por día, y ni tiene forrajes ni víveres ni forma de evitar la deserción. Lo único que lo puede salvar es un triunfo”.

Tomé la palabra y reiteré ante todos mi plan. Insistí en que no podíamos entregar todas las ventajas con que contábamos, de las cuales eran nuestros víveres las principales, así como la gran reunión de gentes, que desertarían si nos alejábamos. Las tropas estaban desnudas y el frío las castigaba; los caminos estaban imposibles con las lluvias. Repetí todos mis argumentos, y mantuve mi posición, concluyendo por hacer presente mi completa seguridad en la victoria. Como viera que los planes de Perdriel habían convencido a muchos, que acaso por respeto se cuidaban de contradecirme, propuse no demorar la votación. Estaba cierto de ganar. ¡Cuál no sería mi sorpresa al contarse los votos y descubrir que la mayoría había votado por retirarnos a Potosí, y aún eran más los que apoyaban a Perdriel que a mí mismo!

Con inocultable malestar me puse de pie.

“Señores –dije–: habéis dado vuestra opinión. Cada uno es responsable de lo que le concierne, y a mí me toca el decidir. Contra el parecer de la mayoría, hemos de presentar batalla. Yo respondo a la Nación con mi cabeza, pues el triunfo nos acompañará”.

FINES DE 1813

Desde que resolví combatir, se apoderó de mí una extraordinaria impaciencia. ¿Diré que tuve inquietudes o temores, como los que me atormentaran en Tucumán o en Salta? No. Jamás me he sentido más seguro que entonces. Yo he sido propenso a experimentar grandes turbaciones que resentían mi salud. Pero en aquellos días que precedieron a la batalla, y en la jornada misma en que ésta tuvo lugar, cayó sobre mí una serenidad inaudita en cuanto a los resultados, y sólo hube de abrigar ansiedad porque el enemigo no frustrara mis planes, anticipándose a ellos.

En efecto, un temor tenía, y era que Pezuela, descendiendo de los altos de Taquiri, se apoderase del campo de batalla. Si esto sucedía, todos mis propósitos y todas mis ideas se verían trastocados. Así, pues, antes de cerrar la junta de guerra, impartí las instrucciones necesarias, y advertí a los distintos jefes que estuviesen listos para movilizarse a la primera orden. Poco después anocheció y ordené movernos. Emprendimos la marcha en tinieblas hacia la pampa de Ayohuma. Antes del amanecer del día 9 de noviembre de 1813, nos hallábamos acampados ya en el futuro escenario de un nuevo encuentro, del que me prometía los resultados más tajantes.

He dicho con error que el enemigo estaba ya en los altos de Taquiri. Esto no es exacto, toda vez que Pezuela acampaba a la sazón en Cayampayaní; pero tampoco es enteramente inexacto, ya que la única forma de venir sobre nosotros era atravesar aquellas serranías, que le quedaban a un paso. Pezuela ejecutó ese movimiento recién el 13 de noviembre, bajo una furiosa nevada, porque lo había demorado la lentitud con que venía su parque. Yo recibí en Ayohuma tal noticia, que me dieron mis guardias de observación el mismo día 13, sin perder ni un ápice de calma. Todo se desarrollaba según lo previsto. Situé a nuestro Ejército sobre el terreno, del modo que había concebido. Nuestra derecha, cubierta por el barranco y apoyada en las estribaciones de un cerro, la componían el regimiento de Dragones, mandado por el coronel Diego González Balcarce, y dos batallones de infantería: los Cazadores, al mando del

mayor Cano, y Pardos y Morenos, del coronel Superi; en el centro militaban el batallón Nro. 6, mandado por el mayor Benito Martínez, y el batallón Nro. 1, por el coronel Perdriel; y nuestra izquierda estaba cubierta por la caballería de Cochabamba, de lanceros, dirigida por el coronel Zelaya. Las tropas peores en instrucción y armamento quedaron en reserva, pues eran más bien de bulto: tres compañías de infantería armadas solamente con picas, y dos de caballería, con lanzas, montadas en mulas. Coloqué nuestra artillería dividida sobre dos lomas que se alzaban la una a izquierda de los Cazadores, y la otra entre el Nro. 6 y el Nro. 1. Había además algunos grupos de indios, también de bulto, que puse lejos de los lugares peligrosos. Así permanecimos, plegados en columnas y a la espera del enemigo.

Cayó la noche del día trece. Yo recorrí nuestras filas alentando a los hombres y mostrándoles mi confianza. Las horas transcurrieron con lentitud. De vez en cuando me detenía a contemplar el tenebroso cielo, que no se había despejado, y las negras moles rocosas que se erguían en la sombra. Muchas veces oré durante aquella madrugada, sin poder descansar, pero sin sentirme agobiado.

El amanecer vino al fin. Cuando la oscuridad se disipó lo suficiente, pudimos ver que el enemigo ya bajaba en desfilada por la larga y abrupta cuesta, siguiendo un sendero tan estrecho y empinado que apenas podían marchar de tres en tres, con la artillería desmontada y cargada en mulas. Aquella procesión se desarrolló largamente ante nuestros ojos, pues les era muy difícil el descender. Poco a poco, los primeros soldados fueron llegando al pie de la cuesta, al breve llano que se abría entre ésta y el río de que ya hablé. Ese movimiento era en extremo arriesgado, pues bajando en desfilada, toda su fuerza quedaba reducida a una hilera de hombres como hormigas que se prolongaba desde la cumbre hasta el pie de los altos de Taquiri. El capitán La Madrid se acercó en aquellos momentos para decirme:

“General: si atacamos ahora, los destrozamos. La cabeza de la columna está ya sobre el llano, y el resto de los hombres, en la cuesta, no podrá hacer nada sino escapar”.

Hablaba con gran excitación, y otros oficiales compartían su pensamiento. Yo vi que era exacto lo que decía, pues la imprudencia de aquel descenso en fila resultaba palmaria. Pero, por otra parte, de atacar entonces, no conseguiríamos más que un pequeño triunfo sobre la cabeza de la columna realista. El

resto del enemigo escaparía replegándose a las alturas. Puse mi mano sobre el hombro de La Madrid, y le dije:

“No se aflija Usted, capitán. Deje que bajen todos, para que no escape ninguno. La victoria es nuestra”.

De este modo renuncié a aprovecharme de aquella ocasión que nos ofrecía el enemigo.

Siguieron sus hombres descendiendo y cruzando el río que los separaba de nosotros, para formar en columnas sobre esta orilla, al pie de un barranco que los ocultaba de nuestra mirada. Así, pues, en los largos instantes que se sucedieron, el enemigo fue desapareciendo ante nuestros ojos, como devorado por la tierra.

Yo, siempre bajo los efectos de una extraña serenidad, mandé que se dijera misa desde el altar que había hecho erigir en medio de nuestro campo. Todos los soldados, y yo mismo, nos arrodillamos para oír el servicio sagrado. Este se prolongó un tiempo que a muchos pareció excesivo, pero los efectos sobre la moral de la tropa fueron grandes y palpables. Oré agradeciendo al Señor, y cuando concluyó la misa, alcé los ojos para ver qué había sido de nuestros oponentes.

Suponía para entonces que, habiendo descendido todos los hombres de Pezuela, no tardarían en aparecer sus columnas en el llano, emergiendo del barranco tras el cual debían permanecer a la sazón. Sin embargo, no fue así. Transcurrieron varios minutos, y no vimos ante nosotros otra cosa que la cuesta de Taquiri. El enemigo se había hundido bajo el barranco del río y no demostraba intenciones urgentes de abandonar su escondite. Creo que fue durante aquella espera que me empecé a inquietar. Todo mi Ejército permanecía escrutando el paisaje desierto. Sabíamos que el enemigo estaba allí, en algún lugar, por haber observado sus evoluciones, pero, si no hubiese sido así, bien podríamos haber supuesto que no se agitaba en toda aquella extensión ser alguno. Sólo el viento, sólo el terco silbido del viento llegaba a nosotros. Nadie hablaba; conteníamos la respiración.

Cuánto tiempo transcurrió de ese modo, no lo puedo precisar. Eternidades. Yo empecé a sentir en torno mío miradas interrogadoras. Díaz Vélez se aproximó.

“¿Qué cree Ud.?” me dijo.

“Los demorará el recobrar la formación –arriesgué–. Ya van a salir”.

En ese preciso instante, un murmullo de asombro recorrió nuestras filas. Al oírlo, mi corazón se detuvo, pues era necesario que algo muy grave ocurriera para motivar tamaño desorden. Nada había a nuestro frente, pero al seguir con mis ojos la dirección de todas las miradas, yo también dejé escapar una exclamación.

El enemigo, en lugar de presentarse frente a nosotros, surgía en columnas paralelas por un punto situado a nuestra derecha, echando por tierra con esa maniobra todas mis previsiones.

“¿Qué hacemos, mi General?”, inquirió Díaz Vélez, no menos sorprendido, y trasluciendo honda inquietud.

No pude responderle.

E intuí, aunque no quise confesármelo, que habíamos sido vencidos antes de efectuar el primer disparo.

Todo lo que siguió a aquel primer presentimiento fue una horrible pesadilla. Tan ciega había sido mi confianza en el plan trazado, y tan absoluta mi convicción de que el enemigo no podía cambiarnos el frente, que la sorpresa de sus evoluciones me dejó atónito y sin saber qué arbitrio tomar. Pezuela se había percatado de mis ideas, de lo que sólo yo tenía culpa por haber dispuesto las tropas con excesiva anticipación. Aunque seguía repitiéndome que la victoria era nuestra, no lograba ahuyentar mi desconcierto.

“¿Qué hacemos?”, preguntaba Díaz Vélez, y yo lo miraba sin respuesta. Yo también me formulaba una pregunta. ¿Qué cruel jugarreta me había hecho, sino la Divina Providencia al inspirarme engañosas certezas, tal vez mi propia necedad al atribuírselas? Con ronca voz, ordené un cambio de frente. Era visible, sin embargo, que la confianza de mis hombres se había perdido; y del mismo modo que hasta hacía unos momentos nadie dudaba de la victoria, ahora todos empezaban a sospechar que serían derrotados. Cuando tal sensación se apodera de un Ejército, se puede estar casi seguro de que se verá confirmada. Yo sentí cómo el temor se propagaba. Ordené retirar nuestra ala derecha y avanzar el ala izquierda, para rotar la posición sobre el centro, de modo que, al dar frente al enemigo, nuestra derecha quedaba apoyada en el cerro que antes tuviera a sus espaldas. Pero mientras se ejecutaba a toda prisa

este cambio, observé un nuevo movimiento del enemigo, más peligroso y sorprendente que el anterior, y que no supe responder.

Así como en el ajedrez hay un casillero cuya posesión decide la partida, y por el cual se empeñan ambos jugadores, hay también en cada campo de batalla un punto, un accidente del terreno, acaso un montículo, un zanjón, un arroyuelo o un bosque, cuya importancia deviene, en el curso de la lucha, fundamental, aún cuando al despuntar la misma pueda haber parecido intrascendente. En Ayohuma, este punto era el cerro que ahora había quedado junto a nuestra ala derecha. Como en el ajedrez, también en las batallas el triunfo acompañará al General que primero descubra el punto clave y consiga ocuparlo. Pezuela destacó en el acto una fuerte guerrilla que avanzó sobre el cerro de marras, apoyada por un batallón de infantería. Yo vi su intención, pero no creí que ese cerro fuera tan importante como luego resultó, y en vez de disputárselo, lo cedí, para ocupar con parte de nuestra caballería otro cerro que se hallaba más a retaguardia, y que para nada entraba en los planes del enemigo ni tendría incidencia alguna en la lucha que ya empezaba a trabarse. Nunca podré perdonarme los tremendos errores que entonces cometí. El enemigo se había posesionado al fin de aquellas alturas, sin oponente, cortando el camino a Macha y privándonos de escapatoria; desde allí amenazaba nuestro flanco, y se disponía a hacer en nosotros una masacre. Si la batalla no había estado perdida con el cambio de frente, ahora sí lo estaba. Todo temblaba en mí, todo era un manojo de estupefacción y empeño absurdo. ¡Y qué espantosa pesadilla se fue desarrollando! ¡Qué fragores, qué gemidos, qué inútiles muertes sucedieron a mis errores! Yo seguía repitiendo para mis adentros: “venceremos”, mientras el enemigo se aprestaba a romper el fuego; decía “venceremos” cuando Pezuela hizo avanzar sus 18 piezas de artillería dirigiendo sus bocas contra mis hombres; y no cesaba de decirme “venceremos” cuando los cañones descargaron por primera vez a bala rasa, y se alzaron en torno mío nubes de polvo y miembros destrozados, mientras a cada instante las descargas me daban un sangriento mentís.

Sólo hay horror y pesadumbre en las imágenes que se suceden. Media hora larga dura el cañoneo, que inútilmente trata de contrarrestar nuestra pobre artillería, cuyos proyectiles caen inocuos a mitad de camino, sin siquiera atemorizar al enemigo. Nuestra línea recibe inmóvil todas las ofensas, y es tanto su valor, y tanto su deseo de no echar paso atrás, que los muertos vuelan por los aires, barridos, sin que un solo hombre abandone su puesto. ¡Y qué letal

eficacia la de aquellos cañonazos! ¡Cuántos cuerpos reducidos a bultos sanguinolentos! Pido compasión a mi memoria: apártense de mí aquellas lacerantes imágenes, y perdónese que abrevie el referirlas.

Contemplaba el enemigo la matanza con asombro y admiración por nuestros bravos. Se dice que el propio Pezuela exclamó, mientras ordenaba redoblar el fuego:

“Esos soldados no se mueven de su sitio. Ni que hubieran criado raíces”.

Mientras llovían los cañonazos, mientras mis soldados se conservaban inmóviles, resistiendo aquel diluvio fatal, una morena de nombre María, a quien llamaban las tropas la “Madre de la Patria”, valiente y patriota como he visto pocas, iba y venía entre las descargas acompañada de dos hijas, apenas mozueltas, llevando en cántaros sobre las cabezas el agua con que saciaban la sed de los hombres. Hubo mucho de heroica belleza en aquella acción horripilante.

Al fin se acallaron los cañones, luego de disparar sobre nosotros más de cuatrocientas veces, agotando las balas. Ordené atacar. Había entre ambas líneas un profundo zanjón, cuyo cruce fue mortal, porque el enemigo, desde el otro lado, descargaba su fusilería. No respondieron los nuestros, y pese a su corto número, siguieron avanzando, no sin dejar atrás numerosos caídos. A medio tiro de fusil abrimos fuego. El enemigo, impuesto por tamaño despliegue de valor, trepidó. Vi que la acción pegaba un vuelco; la victoria volvía con nosotros. Mandé cargar lanza en ristre a la caballería de Zelaya, que galopó sobre el flanco derecho de los realistas. Pezuela, ante el peligro, envió todos sus refuerzos disponibles en auxilio de aquel flanco, incluyendo su misma escolta, pero resultó tal el vigor de los jinetes de Zelaya, que aún eso no fue suficiente. Dos batallones realistas y diez cañones acudieron con premura al punto disputado, abriendo fuego cruzado de fusilería sobre Zelaya y descargando ciento cincuenta cañonazos en espacio de pocos minutos, con lo que el intrépido coronel no tuvo más que replegarse.

Desde el cerro que ocupaban los realistas caía un furibundo fuego que raleaba a nuestra derecha, la cual, al avanzar cargando a la bayoneta, había quedado atrapada entre los enemigos que tenía a su frente, y los que la acechaban desde aquella altura. No pudiendo resistir, fugó desordenadamente. Toda nuestra línea se encontró en el caso de retroceder siguiendo a la destruida derecha, perseguida ahora por los infantes enemigos. Aquí se resistía, allá se fugaba, estos sostenían la escapatoria de sus compañeros, aquellos buscaban

algún camino de salvación; cayó muerto el mayor Cano, cayó muerto el coronel Superi: los batallones de Cazadores y Pardos y Morenos quedaron sin jefe. Retrocedía la infantería patriota perseguida sin descanso, y al llegar al zanjón que momentos antes cruzara para atacar, se encontraba con una trampa mortífera. En aquellos momentos apareció otra vez Zelaya, que había logrado reorganizar a sus jinetes y volvía a la lucha para salvar a sus compañeros de la infantería. Su intervención fue providencial, pues permitió a los infantes atravesar el zanjón de la muerte. Yo envié al resto de la caballería a reforzar a Zelaya, siguiéndose algunas incidencias sin fruto, mientras cada vez se tornaba más claro que la batalla estaba irrevocablemente perdida.

“Ayúdeme –dije a Díaz Vélez–; reunamos a los dispersos antes de que esta carnicería sea completa”.

Fuimos a todo galope al zanjón, y entre las balas que silbaban en torno nuestro, logramos juntar a algunos de los hombres que habían sobrevivido a duras penas, llevándolos muy luego a la cumbre de unas lomas, donde enarbolé la Bandera y mandé tocar a reunión.

El espectáculo que había ante mis ojos era demoledor. El campo de batalla estaba tapizado de cadáveres, doscientos nuestros, y un número igual de realistas. Otros doscientos patriotas heridos, y trescientos realistas, se arrastraban o agonizaban. Cuatrocientos de nuestros hombres habían caído prisioneros: número que fuera mayor de no haber matado el enemigo, cobardemente, a muchos de los que se le rindieron. Se había combatido durante todo el día, y ya la tarde empezaba a caer. Apoyado en la Bandera, yo contemplaba el campo de batalla con ojos desorbitados. Una punzada de dolor me atravesó el pecho. No había a mi lado sino trescientos o cuatrocientos hombres: miserable despojo de un Ejército que había llegado a contar tres mil más. Incontables eran los dispersos. Todo el parque y bagaje y toda la artillería habían quedado allá abajo. El desastre era absoluto y no había esperanzas. Moría mi sueño de Libertador; morían mis ambiciones de llegar a Lima; el Alto Perú estaba perdido, acaso para siempre; el enemigo podría volver por sus fueros y amenazarnos con una nueva invasión. ¿De qué habían servido tantos esfuerzos, tantas luchas, tantas muertes? Todo estaba otra vez como al comienzo de mi campaña, y ésta quedaba reducida a un sueño pasajero, a una ilusión, a una nube de humo que el viento arrastraba hacia lo alto junto con el humo de la pólvora y los cañones. Dios Todopoderoso me había ofrecido el desquite, y

yo, con mi precipitación en ocupar la pampa de Ayohuma, la había malogrado al revelar mis planes a Pezuela, con cuyo conocimiento éste, cambiando de frente, acababa de derrotarme.

Poco queda por referir de la batalla. En Ayohuma se decidió efectivamente mi destino: en esto no me había engañado. De aquí en más, mi recuerdo es una larga procesión de amarguras, como ha de serlo siempre la memoria del vencido.

El enemigo estaba exhausto de tanto combatir, y se demoraba. Esta circunstancia me dio tiempo para seguir reuniendo dispersos sobre mi loma, en donde llegué a contar unos cuatrocientos infantes y como ochenta jinetes de Zelaya. Había dos horas más de sol: cuando el enemigo viniera a buscarnos, sería muy dificultosa nuestra salvación. Vi que las tropas de Pezuela empezaban a movilizarse: debíamos alejarnos con la mayor premura.

“Coronel Zelaya –dije–, tome a sus hombres, descienda hasta aquel arroyo, y cierre el paso al enemigo; de lo contrario, nos perdemos todos. Resista cuanto pueda para darme tiempo de salvar a la infantería”.

“A la orden, mi General”, replicó Zelaya, sin que se le notara la menor vacilación, aún sabiendo que iba casi al encuentro de la muerte.

Bajó la cuesta con sus jinetes, y yo emprendí la retirada con mis pocos infantes. No se había agotado el heroísmo en la derrota. ¡Cuántas escenas hubo, de imborrable recuerdo, durante aquella fuga! Íbamos nosotros buscando amparo, y atrás quedaba Zelaya con sus ochenta valientes, defendiendo el arroyito que nos separaba del enemigo. Echaron pie a tierra junto a una choza abandonada, aguardando al Ejército victorioso que se les venía encima, mientras Zelaya, sólo él montado, recorría las fragosidades, de un extremo a otro, dándoles aliento, impulsándolos a no ceder, gritando y apostrofando, alzando sus puños amenazadores en las narices mismas del enemigo, mientras las balas silbaban en torno sin alcanzar siquiera a rasguñarlos. Pasaban así los minutos, disparaban los realistas sin cesar, miraba Zelaya hacia lo alto de la loma por ver si nos habíamos alejado lo suficiente. Un patriota caía herido, un realista muerto; el arroyo era como un muro infranqueable, custodiado sin flaqueza por los hombres de Zelaya. Una hora se sostuvo así, una hora

imposible, dándonos tiempo para alcanzar los despeñaderos de las montañas. Gloria perpetua a aquel valiente: gracias a sus esfuerzos nos libramos de una total destrucción, y recibimos al fin el cobijo de la noche, cuyas sombras nos ocultaron de nuestros perseguidores.

Se sostuvo Zelaya a todo trance, incluso más allá de lo necesario, y cuando al fin cedió a las persuasiones de los que lo acompañaban, aún se creyó en el deber de no dejar un palmo de la loma sin disputa. Así fue como retrocedió, culebreando su caballo por las rocosidades; un escuadrón enemigo lo seguía pisando sus cascos, con el perjuro Castro a su frente.

“¡Porteño cobarde!”, gritaba Castro.

“¡Mulato traidor!”, respondía Zelaya.

El primero lo retaba a duelo singular, el segundo detenía su caballo para aceptar el reto, y sólo a último momento sus subordinados lograban disuadirlo de ese insensato propósito. Continuó Zelaya el repliegue haciendo ostentación de su poca prisa, y arriesgando su vida para que se salvaran sus camaradas.

¡Y cuántas otras muestras de heroísmo hubo aún! Soldados que perecían junto a su superior herido, sin querer abandonarlo; un capitán que volvía grupas para rescatar de las lanzas a su hermano caído y desmontado; uno que se hacía pagar cara la vida; otro que no respondía a la voz de rendición; este que quedaba muerto sin ceder su fusil; aquel que ganaba una altura en medio de las balas. No puedo detenerme en pormenores: hasta la misma derrota fue gloriosa.

Al día siguiente, luego de una noche atroz, arribé a Tambo Nuevo, donde pude reorganizar mis batallones y restituir el orden, que era nuestra única fuerza. Transcurrió aquel día en esta reorganización, y al caer la tarde pasé lista. Sólo un hombre de cada cuatro dio el presente: los otros habían muerto o caído prisioneros. Se acongojaba mi alma con cada llamada no respondida. Mandé formar en cuadro, y, como demostración de que la derrota no había alterado la disciplina, dispuse rezar el rosario según costumbre. Sin embargo, tan apretada era nuestra fuga que oculté estandartes en lugares que sólo yo me sé, para no dar el gusto al invasor de capturarlos. ¡Alguna vez serán recobrados! Tres días más tarde alcanzamos Potosí, esa ciudad tan enemiga de nuestra causa, en cuyas calles cierta vez, desbaratada la primera campaña libertadora, perecieran cien hombres del Ejército. Pero no hubo entonces ni un desmán, ni una burla, ni un insulto: tanto habíamos progresado en la simpatía de Potosí

que, aún cuando no compartiesen nuestra causa, respetaban al menos nuestro dolor. Digna y melancólicamente nos recibieron, observando sin ofensiva compasión los últimos y lastimosos jirones de unas fuerzas que, hacía apenas dos meses, habían dejado atrás esas mismas calles con la esperanza de llegar hasta Lima, y que ahora regresaban desahuciadas.

No había ni qué pensar en resistir. Ya Pezuela venía a buscarnos. Abandonamos Potosí dos días después. Yo contemplé con pesadumbre nuestros depósitos y las riquezas acumuladas por mi administración. Todo se perdería. Dejé a Díaz Vélez con el encargo de volar la Casa de la Moneda, en donde habían sido escondidos varios barriles de pólvora. Pero ni siquiera este proyecto pudo cumplirse, pues el pueblo se negó a permitir la voladura del edificio más representativo de la Ciudad, y que era acaso el alma misma de Potosí y la mejor reliquia de su pasado esplendor. Manos traidoras apagaron la mecha, y la Casa de la Moneda se salvó, para regalo del jefe enemigo.

Se suceden en mi memoria las crueles imágenes. Allá van las tropas descendiendo los arduos caminos del Alto Perú, seguidas de cerca por un adversario victorioso. No hay momento de respiro ni descuido impune: todo debe hacerse, sin esperanzas pero con la mayor atención, sin ánimo pero con prisa, sin gloria pero con imperiosa necesidad. Atrás van quedando los cerros inmóviles, las tristes planicies, las quebradas llenas de ecos aciagos. Una jornada tras otra, retrocede el Ejército caído, hambrientos y desnudos sus hombres, inútiles sus armas, inclinadas las cabezas, las lenguas mudas. Nadie se rinde, sin embargo. En ningún momento se pierde el orden ni se olvida la disciplina. Aún en el oprobio, conservan mis hombres un destello inmortal de dignidad. Son apenas ochocientos los que vienen conmigo hasta San Salvador de Jujuy. A fines de 1813 alcanzamos las taciturnas calles de aquel hermoso pueblo, donde, no hacía mucho tiempo, había yo enarbolado, por primera vez en aquellas regiones, la bandera azul y blanca de la Libertad. Ahora aquella bandera estaba cubierta de sangre y rasgada de balazos, y la Libertad sufría renovados peligros. Ahora todo volvía a estar como antes de mi primera venida, o tal vez peor.

Aún restaban para mí otros sinsabores, que ni me ahorró el enemigo ni me perdonó el Gobierno.

La actitud de Pezuela posterior al triunfo mostraba toda la arrogancia del vencedor. Desde Potosí, yo le había escrito proponiendo un armisticio, con el objeto de que mis parlamentarios pudieran tomar noticias de sus movimientos. Respondió patentizando un soberano desprecio hacia mí y calificando a nuestros oficiales prisioneros de delincuentes, que no merecían más que la horca, y que él no ejecutaba por pura lástima. ¿He de decir cuánto me hirió aquella grosería? Así debía haberme comportado yo con mis vencidos de Tucumán y Salta. Lleno de ira, enfermo de despecho, pedí a Buenos Aires las más terribles medidas para imponer al enemigo. Mi rabia buscaba como desahogo a los españoles que aún seguían habitando el Río de la Plata: la guerra debía hacerse como Pezuela la quería, sin ceder en lo sucesivo a una mal entendida compasión, persiguiendo sin tregua a esos infames y enviando al patíbulo a cuantos no dieran pruebas de la mayor adhesión a nuestra causa. ¿Pereceríamos siempre los americanos, mientras aquellos sobrevivían para celebrar nuestras desgracias? Dios me perdone estos desmedidos impulsos, nacidos del rencor y de la frustración, y preserve al hombre turbado de contar con los medios para llevar a cabo venganzas que luego lamentará.

Según pasaban los días y el Gobierno tomaba mayor conciencia del desastre, sus comunicaciones se revestían de una gran frialdad, de un estilo desdeñoso, para mí desconocido. Ya Buenos Aires cedía a la vulgaridad de echar dardos sobre el que pierde. ¿Había yo contraído la obligación de triunfar en todas mis batallas? No, sino solamente de poner en ellas mis cortos talentos y mi flaca ciencia. ¡Y bien sabían todos cuán costoso me había sido el entrar en las milicias, violentando mi carácter y agriándome la vida! Pero la inquina afloraba; la envidia de mis anteriores glorias echaba leña a la hoguera; los espíritus quietos se congratulaban de verme caer; se alegraban los despechados. Por todas partes se me acusaba; éste, que me había aplaudido en la victoria, era quien estrenaba la silbatina; aquél, que había cantado mis proezas, proclamaba ahora mi bochorno. Y en medio de semejante ruido, tampoco el Gobierno era capaz de discernir, y daba en tratarme indignamente. ¡Cuánta razón asistía a Sófocles! De nadie puede asegurarse que fue dichoso mientras no haya muerto, pues así como Edipo, siendo de todos envidiado por su gran felicidad, cayó luego en terribles desventuras, así también todo mortal está expuesto a perder en un segundo sus más preciados bienes.

Desde que noté la grosería del Gobierno, ya nada quise saber, y empecé a clamar por mi relevo. Si el Gobierno sospechaba haber sido mala o criminal mi

actuación, no tenía más que juzgarme: así se lo pedí, para que saliera a luz la verdad y se acallaran las insidias. Pedí también ser despojado del mando, como que no me movía ambición alguna, y aún estaba dispuesto a servir en la clase de soldado si era menester, pues había experimentado esa vida sin embargo de ser General en Jefe, cargando el fusil y cartuchera para ejemplo de mis compañeros. Me oyó el Gobierno y me abrió proceso. Poco después fui notificado de que estaban suspendidas mis facultades de Capitán General, limitando provisoriamente mi autoridad al Ejército del Alto Perú. Días más tarde se me hizo saber que aceptaban mi dimisión y reducían mi mando al Regimiento Nro. 1 de Patricios. El coronel don José de San Martín, que había venido como refuerzo con sus Granaderos a caballo, fue designado el nuevo General en Jefe. Depuse ante él mi mando con satisfacción. Ya nada podía hacer allí; mi salud estaba quebrantada, y ni aún me era dado reclamar autoridad moral sobre hombres a quienes había conducido al fracaso. Sólo debía agradecer el que se me permitiera seguir sirviendo al frente de mi primitivo regimiento.

Tuve el primer encuentro con el coronel San Martín en la posta de Yatasto: el mismo lugar adonde hacía dos años llegara yo para recibir de manos de Pueyrredon la Jefatura que ahora dejaba en las de mi reemplazante. Mi campaña había sido un largo e infortunado círculo. Allí en Yatasto la había comenzado bajo la amenaza de una invasión, y allí en Yatasto la acababa, con una nueva invasión en ciernes. Desde Jujuy me había retirado para frenar al invasor en Tucumán y destruirlo en Salta. Había remontado el Alto Perú, invasor a mi vez, con designios de llegar a Lima, pero, como a Tristán en Tucumán, me aguardaba una repulsión en Vilcapugio, y como a él en Salta, la caída final en Ayohuma. Cuatro batallas, dos victorias, dos derrotas, lo ganado perdido, y mi campaña, que arrancó en Yatasto, allí mismo terminaba. ¡Horrible simetría!

Pero no todo quedaba en el mismo punto. Aunque muchas eran las urgencias de la situación militar y grande el desánimo nacido de mis derrotas, algo había cambiado respecto de 1812. Habían cambiado los pueblos.

Frialdad, quejas, lamentos, hallé yo en mi primer venida. Ardor, abnegación y valentía encontraba ahora. Nadie dudaba; nadie suponía mejorar con los realistas; la Libertad había calado hasta en las clases más tristes de la sociedad, y se preparaban los pueblos a no tolerar impávidos una nueva invasión.

Ya no sería un bando dictatorial el que los obligara a abrazar la causa: por sí solos dejarían sus bienes y retirarían sus haciendas; de los andurriales surgirían voluntarios y guerrillas; cada paraje se convertiría en una fortaleza, cada humilde habitante en un soldado aguerrido. Gauchos e indios alzaban ya sus picas y sus bolas; desde los montes, ocultos mosquetes acechaban, listos a descargar sobre el inadvertido opresor; todo el territorio se disponía a arrojar a los tiranos. Cabalgaba ya el gauchaje atravesando los cerros de Salta, y Tucumán se preparaba para repetir sus hazañas. ¡En cada detalle, en cada sitio, en cada rostro obtenía yo nuevas evidencias de esta pasión encendida por la Libertad, a la que, sin inmodestia, mis anteriores disposiciones no eran enteramente extrañas! Y me consolaba de las derrotas militares con este gran triunfo cívico.

Y luego, los vecinos, los emigrados. ¡Cuánto cariño me demostraron aquellas buenas gentes que salían a mi encuentro para manifestarme su lealtad, su aprecio, su tristeza por mis contrastes y su alegría por tenerme con ellas! No olvidaban tantas penurias y tantas glorias pasadas: no era aquí Buenos Aires, donde todo se sabía por noticias más o menos infieles, y se juzgaba por los desenlaces y no por los trabajos: aquí se había sufrido y luchado, y aquí no se perdía la memoria. ¡Vengan sobre un hombre todos los infortunios! Si él ha obrado con justicia, hallará en el reconocimiento de su prójimo un consuelo a su aflicción.

Debo consignar también mi gratitud por el bondadoso trato que me dispensó el nuevo Jefe del Ejército, don José de San Martín, militar de fuerte estampa, criado desde niño entre milicias, que casi puede decirse había dejado el regazo materno para vestir el uniforme. Todas las guerras de la Europa lo habían tenido como protagonista; había visto cara a cara a Napoleón, y estaba familiarizado con las últimas adquisiciones de la estrategia moderna. Muchas veces, en el curso de mi campaña, intercambiamos correspondencia, en donde jamás dejó de manifestarme sus respetos, no obstante que bien conocía, por mis propios dichos, lo corto de mi ciencia militar. Lo traté al fin en Yatasto. Todo en él revelaba esa seguridad en la propia fuerza, esa confianza de los hombres nacidos para forjar sus destinos, con tenacidad en lo posible, y a golpes si es necesario. De estatura regular y sombría tez, sus ojos penetraban a su interlocutor, y cuando la ira lo dominaba, temibles relámpagos parecían surgir de aquellas pupilas, que por sí solas imponían a los subordinados y los inclinaban a obedecer. Pronto observé de qué modo restauraba la disciplina,

sin ningún esfuerzo, sin ninguna oposición. ¡Qué contraste con mis luchas, vacilaciones y ansiedades!

Acometió el nuevo jefe, como digo, la reorganización. En poco tiempo empezaron a advertirse los cambios y beneficios. La caballería era ya irreconocible, afloraban reclutas, todo asumía un nuevo carácter de orden. Algunas de sus reformas me entristecieron, como que dejaban sin efecto anteriores previsiones mías: tal, la proscripción del duelo, que San Martín levantó, permitiéndolo y aún fomentándolo. Pero debía yo aceptar tales reformas, y así lo hice.

No dejaba San Martín de mostrarme deferencias. Yo había quedado en Tucumán como Coronel del Regimiento Nro. 1. Todos los piquetes sueltos los puso a mi mando, para incrementar el número de mis subordinados. Ordenó luego que se suspendiera el sumario labrado por la Comisión que me investigaba. No cesó de consultarme día tras día mientras permanecí a su lado, tomando informes de la geografía y del carácter de las gentes, de las tácticas del enemigo y de las deficiencias de nuestras tropas. Oía con respeto, sin interrumpirme ni menospreciar mi opinión, y aún llegó a defenderme repetidas veces contra el Gobierno, que había ordenado me pusiera en camino a Córdoba o Buenos Aires, para consejo de guerra.

“No permitiré que me lo lleven a Usted –me advirtió–. Necesito de su contracción y empeño; los vecinos tienen de Ud. una opinión inmejorable, y no querrán que se vaya. Y yo tampoco hallaré quien me proporcione los conocimientos que preciso”.

Para entonces, se había abatido sobre mí una pasmosa terciana, que desmejoraba a cada hora mi salud. El Gobierno ordenó a San Martín me hiciese marchar de una vez a Buenos Aires, y éste se negó a obedecer.

Yo recibía diariamente las muestras de reverencia de mis viejos soldados. Aún los que no estaban bajo mi mando no dejaban de patentizarme su devoción. Todos me trataban con las consideraciones debidas, no a un simple jefe, sino al propio General. Solamente algunos oficiales con quienes me había enemistado, y en especial Manuel Dorrego, que por entonces había vuelto al Ejército, me guardaban rencor. Dorrego no me perdonaba el haberlo expulsado, y en todo sitio y oportunidad aprovechaba para expresarme su desdén.

San Martín había fundado una academia de oficiales, para instruirnos a todos en la táctica moderna. Se realizaban las sesiones por las noches, en su mismo domicilio, y él en persona impartía los conocimientos. Cierta noche

dispuso a uniformar las voces de mando. Daba él una orden en un tono de voz, y luego debíamos repetirla todos sucesivamente, imitando el tono. Llegó mi turno y lo hice lo mejor que pude, con esta voz atiplada que me ha dado la naturaleza, y que tanto contrastaba con el vozarrón de San Martín. Esto fue motivo para que Dorrego soltara la risa.

“¡Señor Coronel!”, lo amonestó San Martín, “Hemos venido aquí a uniformar las voces”; y luego de fulminarlo con la vista, se volvió a mí y me invitó a repetir la orden como si nada hubiese sucedido. Obedecí, y Dorrego soltó otra vez la carcajada. El rostro de San Martín se ensombreció; sus ojos brillaron iracundos; tomó un candelero de bronce, y dando con él un fuerte golpe sobre la mesa, cuyo eco repitieron los pasillos, lanzó una imprecación. Se hizo el silencio más completo. Dorrego, que no le temía al enemigo aunque viniera tocando a degüello, se puso pálido.

“He dicho, Señor Coronel –prosiguió San Martín–, que vinimos a uniformar las voces de mando”.

Después de aquella escena, Dorrego fue expulsado por segunda vez del Ejército, marchando en destierro a Santiago del Estero, donde días más tarde volvería yo a encontrarlo.

Así pasaban los días en Tucumán luego de mi total derrota. Algunas veces venían a verme los emigrados del Alto Perú y de Jujuy, y me manifestaban una preocupación. También los vecinos parecían compartirla.

“General –decían–, debe Ud. volver al mando. Su sucesor no permanecerá aquí, pues todos saben que ha venido temporariamente. ¿Qué pasará cuando Ud. haya partido a Buenos Aires y él también se vaya?”.

Yo desalentaba aquellas inquietudes. Si algo me aterrorizaba era la perspectiva de volver a mandar en jefe. Y tampoco quería que se me atribuyera intriga alguna. Poco después se supo que los vecinos y emigrados, sin mi conocimiento habían elevado un pedido formal para que se me restituyera el mando del Ejército. El Gobierno, indignado, y queriendo prevenir una representación, ordenó terminantemente a San Martín no demorar más mi marcha a Buenos Aires.

“Ya ve usted –me dijo éste– que no me dejan opción”.

Al circular la noticia, muchas gentes vinieron en protesta de no disminuida amistad. Pero nada había sino obedecer, y al fin partí. Vecinos, de los más encumbrados hasta los más oscuros, me dirigieron su adiós, titulándome libertador de su ciudad. Emigrados que habían conocido otros esplendores de nuestro Ejército, me despidieron con desconsuelo, como si despidiesen en mí la posibilidad de regresar a sus tierras. Un soldado de Vilcapugio pidió licencia de abrazarme. La madre de un muerto en el Campo de las Carreras juró que al rezar por el descanso de aquella alma querida, también lo haría por mí... ¿Podré nunca recrear aquellas inolvidables expresiones de afecto que rodearon mi partida? ¿Podrá nunca mi alma mostrarse impasible a tales recuerdos? Nadie se cebó en mi desgracia; no hallé sino simpatía y amables deseos. Amé desde entonces a Tucumán por sobre cualquiera otra tierra; la amé más que si hubiera nacido entre sus montañas y sus engalanados bosques: pues ha de saberse que también el terruño se elige, y mi corazón había sufrido y querido mucho allí, y echado insensiblemente sus raíces.

Mis soldados también me despidieron con cariño, recordando nuestras victorias y no mis fracasos. Volví la vista atrás al alejarme, reservando para ellos un adiós entristecido, y un melancólico deseo: que el General San Martín, o quien viniese a mandarlos, llevara mediante Dios a aquellos valientes por el camino de gloria que merecían y yo no había sabido abrirles.

Mi enfermedad era más aguda con cada legua que me alejaba de San Miguel del Tucumán; en Buenos Aires se impacientaban mis juzgadores; atrás quedaban los inútiles afanes de dos años de guerra. Yo sólo quería olvidar.

Al pasar por Santiago del Estero, donde se hallaba Dorrego desterrado, tuvo lugar la última escena de aquella campaña. Dorrego, para mofarse de mí, había vestido al loco del pueblo con un burdo disfraz de Capitán General. Aquel pobre infeliz desfilaba junto a mi carruaje haciendo venias y librando órdenes absurdas. Dorrego reía a mandíbula batiente, y una nube de niños, atraídos por el loco, a quien nunca vieran tan vistosamente ataviado, corrían alegremente, en su inocencia, dando voces alrededor:

“¡Allá va Belgrano!”, decían, señalando al loco, para regocijo de holgazanes y gandules.

Allá iba yo, era verdad. Un loco andrajoso, patético, objeto de risas y chacota, que gesticulaba bajo el potente sol. ¡Sí, tenían razón los niños de Santiago! ¡Allá iba yo!

CONCLUSIÓN

“Los enemigos exteriores son nada, compañero; los interiores, los interiores sí son los terribles”.

Carta a Guemes 26-12-1817

Seis años pasaron desde aquel penoso viaje a Buenos Aires: seis años pródigos en peligros, en luchas, en conquistas y en derrotas; y hoy de nuevo, como entonces, al trazar las palabras con que pienso clausurar mis recuerdos, me hallo en camino a la desdichada capital donde hace medio siglo nació: pero ahora viajo al encuentro de la muerte.

Lo que entonces se me negó, a otros estaba reservado. Ya marchó San Martín en su campaña, los colombianos perseveran, vacila el godó, ceden las golpeadas resistencias. Día llegará en que no gobierne este vasto continente más autoridad que sus hijos, y a nadie sino a nosotros podremos culpar de nuestras desventuras.

En cuanto a mí, no fue larga mi defenestración. La justicia puso cada cosa en su sitio, y el Ejército de que me separé volvió a tenerme como jefe para cerrar el frente Norte a la ambición del tirano. Nunca pude desligar mi suerte de las milicias.

No repudio tal destino. Entre tantos sinsabores, me deparó la felicidad de abogar por nuestra Independencia ante el Congreso del Tucumán, cuya proclama llenó de asombro al mundo.

¡Pero qué pronto asistimos al derrumbe de esas esperanzas! ¡Con qué brusca lucidez comprobamos que esa Declaración no sería más que palabras huecas, mientras reinara entre nosotros la discordia fratricida!

Comencé estas memorias en Tucumán como expediente para engañar los días, que ya nada tenían para mí: ni ilusiones, ni dichas, ni aún inquietudes, como que era yo, al comenzarlas, poco menos que mi propia sepultura. La enfermedad había ganado un cuerpo que sólo por gracia de un continuo milagro seguía manteniendo las funciones de la vida. Y aunque amigos y camaradas quisieran aún engañarse, bien sabía yo, y bien sabía el Dr. Redhead, el querido médico que me asiste, que nada más podía exigirse de esta gastada maquina-

ria. Sólo ambicionaba el morir en Tucumán, la tranquila ciudad rodeada de cerros, en que tantos recuerdos de pasadas alegrías parecían hacerme un sensible acompañamiento. Allí herí a la tiranía española castigando la soberbia del invasor; allí escuché a la augusta voz del Congreso proclamar la Independencia de la Patria; allí, en fin, conocí el amor y engendré a la pequeña que ha de continuar mi ser en la tierra. Durante las quietas tardes en que mi enfermedad me permitía montar, iba yo despaciosamente, taciturno, al Campo de las Carreras, a ver ponerse el sol al fondo de aquel solemne escenario, que un día lo fue de mi exaltación. El suelo parecía hablarme en lenguaje familiar, y en el silencio de los ocasos mis oídos fingían percibir antiguos ecos de cañones. ¡Qué dulce hubiera sido echar allí mis huesos, como anhelaba! Pero la cruel anarquía que desgarró la Nación, no respetando el lecho de un moribundo, hubo de golpear a mi puerta queriendo hacerme conocer en la agonía lo que no sufrió mi mejor salud: la ignominia de ver engrillada mi inútil libertad por los decretos de un sedicioso. ¡Ah, y yo quise a Tucumán! La quise más que al lugar de mi nacimiento. Pero fueron allí tan ingratos conmigo que he determinado irme a morir a Buenos Aires.

Triste cosa es peregrinar sin amparo después de darlo todo. Hasta los recursos para el viaje me han negado. Don Bernabé Araoz, el mismo que en 1812 me imploraba no abandonar su tierra al godo, pretextó que el tesoro se hallaba exhausto.

Postrado en esta sórdida posta del camino, he debido oír del maestro de postas la siguiente respuesta, al llamarlo a mi habitación:

“De mi cuarto al suyo hay igual distancia: si Belgrano quiere hablarme, que venga al mío”.

No es contra mí que se dirigen estos agravios, pues nada valgo ya. Es contra el recuerdo de cuantos combatimos por ver a nuestra patria libre y unida. Y no es la conducta de los hombres lo que me abate, pues demasiado los he conocido para dolerme de ellos. Me duele la patria, como duelen las vísceras mordidas por el tumor, o a un hijo las aflicciones de su madre venerada. Prospere la anarquía, sáciese el odio en hermana sangre, gimán aún más los pueblos: día llegará en que los que clamaban por libertad reciban con ambos brazos todos los despotismos.

Revolución, madre terrible: yo acepté el destino asignado a tus hijos. No se cuentan con los dedos los compañeros de otros tiempos a quienes quisiste

perder, muertos unos, otros en destierro y otros extraviados en torpes pasiones. ¿Pero por qué me dejaste vivir hasta esta fecha? ¿Por qué me obligaste a ver, antes de la final negrura, a la bandera de la hermandad pisoteada en las plazas, ondulando en su lugar emblemas de odio?

Alguna vez soñamos a la América unida de océano a océano, bendita por los frutos de la Libertad, sin esclavos ni príncipes, sin la soberbia de los mandones, sin ofendida miseria, como un renovado Edén para los hombres de corazones puros. ¿Qué insensata ilusión nos guiaba, cuando ahora comprobamos que, derrocados los antiguos opresores, expulsado el godo de sus fortalezas y el verdugo de sus cárceles, otros nuevos han venido a reemplazarlos?

En mis horas de esperanza, cuando el fatigado cuerpo me lo permite, vuelvo a pensar en la sufrida tierra que dejo.

Entonces me digo: ella no es, no puede ser, un sueño inútil.

¡Tal vez mis buenos paisanos, que todavía los hay, trabajarán en remediar sus desgracias!

ÍNDICE

Primera Parte: “Jujuy”

Los azares de la Providencia.....	15
Año doce.....	18
Febrero de 1812.....	25
Marzo de 1812.....	31
Otoño de 1812.....	38
Abril-Mayo de 1812.....	45
Mayo-Julio de 1812.....	52
Agosto de 1812.....	66
Septiembre de 1812.....	79

Segunda Parte: “Tucumán”

Septiembre.....	91
24 de septiembre.....	103
Mediodía del 24.....	115
Fin de jornada.....	123
Primavera de 1812.....	133

Tercera parte: “Salta”

Primavera de 1812.....	143
Fin del año 12.....	153
Febrero de 1813.....	169
20 de febrero de 1813.....	183
Febrero a abril de 1813.....	196

Cuarta parte:
“Potosí”

Mayo a junio de 1813	219
Julio a septiembre de 1813	235
Mañana del 1ro. de octubre.....	250
Fin de jornada	261
Comienzos de octubre	272
Octubre a noviembre de 1813.....	284
Fines de 1813.....	299
Conclusión.....	315

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Noviembre de 2016